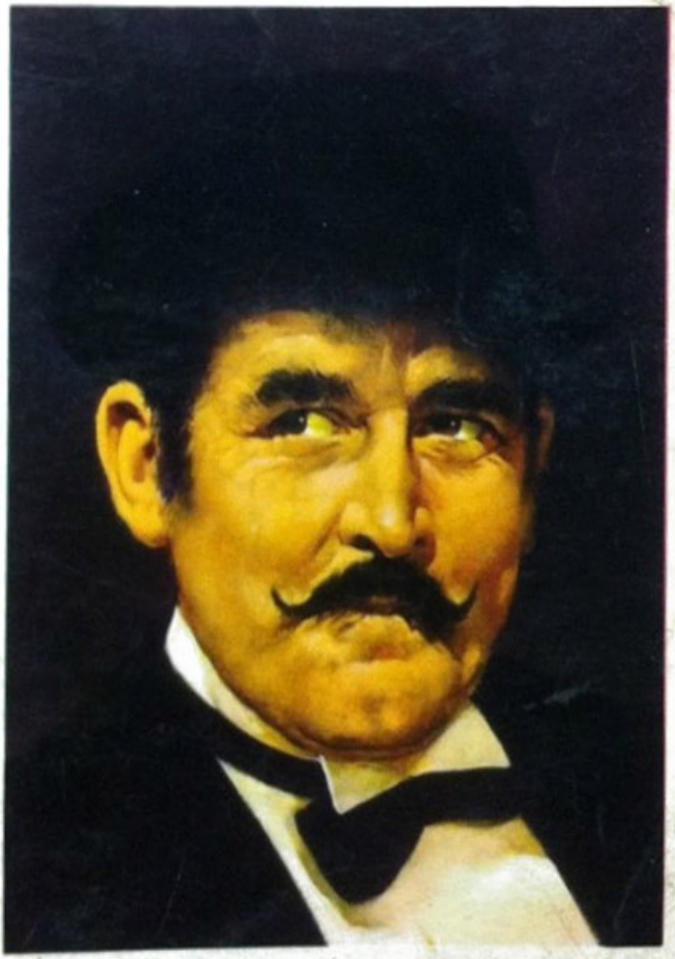
AGATHA CHRISTIE

PRIMEROS CASOS DE POIROT



Selecciones de Biblioteca Oro

Agatha Christie publicó las historias reunidas en este volumen entre 1923 y 1935, dispersas en periódicos de Gran Bretaña. La recopilación original, de 1974, puso al alcance de los fieles lectores de la «Reina del Crimen» unos relatos que ya parecían relegados al olvido por no haber sido nunca editados en forma de libro. En este volumen se recogen diecisiete casos de uno de los detectives literarios más célebres del mundo, Hércules Poirot, desde sus orígenes en su Bélgica natal hasta sus mayores logros como investigador en Londres: *El caso del baile de la Victoria, El misterio de Cornualles, Doble pista, El expreso de Plymouth* —cuya trama originaría la novela *El tren azul*—, *Nido de avispas* y *Problema en el mar*, entre otros. Para el lector de hoy supone una formidable oportunidad de conocer aún más a fondo el personaje, su evolución en el tiempo y la de sus peculiares métodos de investigación, además de los atractivos estilísticos y literarios de una de las más reputadas autoras de novela criminal de todos los tiempos.

Agatha Christie

Primeros casos de Poirot

Hércules Poirot - 40

ePub r1.0
Titivillus 21.05.15

Título original: *Poirot's Early Cases*
Agatha Christie, 1974
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El caso del baile de la Victoria

Una pura casualidad impulsó a mi amigo Hércules Poirot, antiguo jefe de la Force belga, a ocuparse del caso Styles. Su éxito le granjeó notoriedad y decidió dedicarse a solucionar los problemas que muchos crímenes plantean. Después de que me hirieran en el Somme y de quedar inútil para la carrera militar, me fui a vivir con él a su casa de Londres. Y precisamente porque conozco al dedillo todos los asuntos que se trae entre manos, es lo que me ha sugerido el escoger unos cuantos, los de interés, y darlos a conocer. De momento me parece oportuno comenzar por el más enmarañado, por el que más intrigó en su época al gran público. Me refiero al llamado «Caso del baile de la Victoria».

Porque si bien no es el que demuestra mejor los méritos peculiares de Poirot, sus características sensacionales, las personas famosas que figuraron en él y la tremenda publicidad que le dio la Prensa, le prestan el relieve de una causa célebre y además hace tiempo que estoy convencido de que debo dar a conocer al mundo la parte que tomó Poirot en su solución.

Una hermosa mañana de primavera me hallaba yo sentado en las habitaciones del detective. Mi amigo, tan pulcro y atildado como de usual, se aplicaba delicadamente un nuevo cosmético en su poblado bigote. Es característica de su manera de ser una vanidad inofensiva, que casa muy bien con su amor por el orden y por el método en general. Yo había estado leyendo el Daily Newzusmonger, pero se había caído al suelo y me encontraba sumido en sombrías reflexiones, cuando la voz de mi amigo me llamó a la realidad.

—¿En qué piensa, *mon ami*? —interrogó.

—En el asunto ese del baile —respondí—. ¡Es espantoso! Todos

los periódicos hablan de él —agregué dando un golpecito en la hoja que me quedaba en la mano.

—¿Sí?

Yo continué, acalorado:

—¡Cuánto más se lee, más misterioso parece! ¿Quién mató a lord Cronshaw? La muerte de Cocó Courtenay, aquella misma noche, ¿fue pura coincidencia? ¿Fue accidental? ¿Tomó deliberadamente una doble dosis de cocaína? ¿Cómo averiguarlo?

Me interrumpí para añadir, tras de una pausa dramática:

—He aquí las preguntas que me planteo.

Pero con gran contrariedad mía, Poirot no demostró el menor interés, no me hizo caso y se miró al espejo, murmurando:

—¡Decididamente esta nueva pomada es una maravilla!

Al sorprender entonces una mirada mía se apresuró a decir:

—Bien, ¿y qué responde usted?

Pero antes de que pudiese contestar se abrió la puerta y la patrona anunció al inspector Japp.

Ése era un antiguo amigo y se le acogió con gran entusiasmo.

—¡Ah! ¡Pero si es el buen Japp! —exclamó Poirot—. ¿Qué buen viento le trae por aquí?

—*Monsieur* Poirot —repuso Japp tomando asiento y dirigiéndome una inclinación de cabeza—. Me han encargado de la solución de un caso digno de usted y vengo a ver si le conviene echarme una mano.

Poirot tenía buena opinión de las cualidades del inspector, aunque deploraba su lamentable falta de método. Yo, por mi parte, consideraba que el talento de dicho señor consistía, sobre todo, en el arte sutil de solicitar favores bajo pretexto de prodigarlos.

—Se trata de lo sucedido durante el baile de la Victoria —explicó con acento persuasivo—. Vamos, no me diga que no está intrigado, y desea contribuir a su solución.

Poirot me miró sonriendo.

—Eso le interesa al amigo Hastings —contestó—. Precisamente me estaba hablando del caso. ¿Verdad, *mon ami*?

—Bueno, que nos ayude —concedió benévolo el inspector—. Y si llega usted a desentrañar el misterio que lo rodea podrá adjudicarse un tanto. Pero vamos a lo que importa. Supongo que conocerá ya los pormenores principales, ¿no es eso?

—Conozco únicamente lo que cuentan los periódicos… y ya sabemos que la imaginación de los periodistas nos extravía muchas veces. Haga el favor de referirme la historia.

Japp cruzó cómodamente las piernas y habló así:

—El martes pasado fue cuando se dio el baile de la Victoria en esta ciudad, como todo el mundo sabe. Hoy se denomina «gran baile» a cualquiera de ellos, siempre que cueste unos chelines, pero éste a que me refiero se celebró en el Colossus Hall, y todo Londres, incluyendo a lord Cronshaw y sus amigos, tomó parte en…

—¿Su dossier? —dijo interrumpiéndole Poirot—. Quiero decir su bio… ¡No, no! ¿Cómo le llaman ustedes? Su biografía.

—El vizconde Cronshaw, quinto de este nombre, era rico, soltero, tenía veinticinco años y demostraba gran afición por el mundo del teatro. Se comenta y dice que estaba prometido a una actriz, *miss* Courtenay, del teatro Albany, que era una dama fascinadora a la que sus amistades conocían con el nombre de «Cocó».

—Bien. Continúe.

—Seis personas eran las que componían el grupo capitaneado por lord Cronshaw: él mismo; su tío, el Honorable Eustaquio Beltane; una linda viuda americana, *mistress* Mallaby; Cristóbal Davidson, joven actor; su mujer, y finalmente, *miss* Cocó Courtenay. El baile era de trajes, como ya sabe, y el grupo Cronshaw representaba los viejos personajes de la antigua Comedia Italiana.

—Eso es. *La commedia dell'Arte* —murmuró Poirot—. Ya sé.

—Estos vestidos se copiaron de los de un juego de figuras chinescas que forman parte de la colección de Eustaquio Beltane. Lord Cronshaw personificaba a Arlequín; Beltane a Polichinela; los Davidson eran respectivamente Pierrot y Pierrette; *miss* Courtenay era, como es de suponer, Colombine. A primera hora de la noche sucedió algo que lo echó todo a perder. Lord Cronshaw se puso de un humor sombrío, extraño, y cuando el grupo se reunió más adelante para cenar en un pequeño reservado, todos repararon en que él y *miss* Courtenay habían reñido y no se hablaban. Ella había llorado, era evidente, y estaba al borde de un ataque de nervios. De modo que la cena fue de lo más enojosa y cuando todos se levantaron de la mesa, Cocó se volvió a Cristóbal Davidson y le rogó que la acompañara a casa porque ya estaba harta de baile. El joven

actor titubeó, miró a lord Cronshaw y finalmente se la llevó al reservado otra vez.

"Pero fueron vanos todos sus esfuerzos para asegurar una reconciliación, por lo que tomó un taxi y acompañó a la ahora llorosa *miss* Courtenay a su domicilio. La muchacha estaba trastornadísima; sin embargo, no se confió a su acompañante.

Únicamente dijo repetidas veces: «Cronshaw se acordará de mí». Esta frase es la única prueba que poseemos de que pudiera no haber sido su muerte accidental. Sin embargo, es bien poca cosa, como ve, para que nos basemos en ella. Cuando Davidson consiguió que se tranquilizase un poco era tarde para volver al Colossus Hall y marchó directamente a su casa, donde, poco después, llegó su mujer y le enteró de la espantosa tragedia acaecida después de su marcha.

"Parece ser que a medida que adelantaba la fiesta iba poniéndose lord Cronshaw cada vez más sombrío. Se mantuvo separado del grupo y apenas se le vio en toda la noche. A la una y treinta, antes del gran cotillón en que todo el mundo debía quitarse la careta, el capitán Digby, compañero de armas del lord, que conocía su disfraz, le vio de pie en un palco contemplando la platea.

—¡Hola, Cronsh! —le gritó—. Baja de ahí y sé más sociable. Pareces un mochuelo en la rama. Ven conmigo y nos divertiremos.

—Está bien. Espérame, de lo contrario nos separará la gente.

Lord Cronshaw le volvió la espalda y salió del palco. El capitán Digby, a quien acompañaba la señorita Davidson, aguardó. Pero el tiempo pasaba y lord Cronshaw no aparecía.

Finalmente, Digby se impacientó.

—¿Se creerá ese chiflado que vamos a estarle aguardando toda la noche?

En ese instante se incorporó a ellos *mistress* Mallaby.

—Está hecho un hurón —comentó la preciosa viuda.

La búsqueda comenzó sin gran éxito hasta que a *mistress* Mallaby se le ocurrió que podía hallarse en el reservado donde habían cenado una hora antes. Se dirigieron allá ¡y qué espectáculo se ofreció a sus ojos!

Arlequín estaba en el reservado, cierto es, pero tendido en tierra y con un cuchillo de mesa clavado en medio del corazón.

Japp guardó silencio. Poirot, intrigado, dijo con aire suficiente:

—*¡Une belle affaire!* ¿Y se tiene algún indicio de la identidad del

autor de la hazaña?

No, es imposible, desde luego.

—Bien —continuó el inspector—, ya conoce el resto. La tragedia fue doble. Al día siguiente, los periódicos la anunciaron con grandes titulares. Brevemente, se decía en ellos que se había descubierto muerta en su cama a *miss* Courtenay, la popular actriz, y que su muerte se debía, según dictamen facultativo, a una doble dosis de cocaína.

¿Fue un accidente o un suicidio? Al tomar declaración a la doncella, manifestó que, en efecto, *miss* Courtenay era muy aficionada a aquella droga, de manera que su muerte pudo ser casual, pero nosotros tenemos que admitir también la posibilidad de un suicidio. Lo sensible es que la desaparición de la actriz nos deja sin saber el motivo de la querella que sostuvieron los dos novios la noche del baile. A propósito: en los bolsillos de lord Cronshaw se ha encontrado una cajita de esmalte que ostenta la palabra «Cocó» en letras de diamantes. Está casi llena de cocaína. Ha sido identificada por la doncella de *miss* Courtenay como perteneciente a su señora. Dice que la llevaba siempre consigo, porque encerraba la dosis de cocaína a que rápidamente se estaba habituando.

—¿Era lord Cronshaw aficionado también a los estupefacientes?

—No, por cierto. Tenía sobre este punto ideas muy sólidas.

Poirot se quedó pensativo.

—Pero puesto que tenía en su poder la cajita debía saber que *miss* Courtenay los tomaba. Qué sugestivo es esto, ¿verdad, mi buen Japp?

—Sí, claro —dijo titubeando el inspector.

Yo sonreí.

—Bien, ya conoce los pormenores del caso.

—¿Y han conseguido hacerse o no con alguna prueba?

—Tengo una, una sola. Hela aquí.

Japp se sacó del bolsillo un pequeño objeto que entregó a Poirot. Era un pequeño pompón de seda, color esmeralda, del que pendían varias hebras como si lo hubieran arrancado con violencia de su sitio.

—Lo encontramos en la mano cerrada del muerto —explicó.

Poirot se lo devolvió sin comentarios. A continuación preguntó:

—¿Tenía lord Cronshaw algún enemigo?

—Ninguno conocido. Era un joven muy popular y apreciado.

—¿Quién se beneficia de la muerte?

—Su tío, el honorable Eustaquio Beltane, que hereda su título y propiedades. Tiene en contra uno o dos hechos sospechosos. Varias personas han declarado que oyeron un altercado violento en el reservado y que Eustaquio Beltane era uno de los que disputaban. El cuchillo con que se cometió el crimen se cogió de la mesa y el hecho sugiere de que se llevase a cabo por efecto del calor de la disputa.

—¿Qué responde a esto mister Beltane?

—Declara que uno de los camareros estaba borracho y que él le propinó una reprimenda, y que esto sucedía a la una y no a la una y media de la madrugada. La declaración del capitán Digby determina la hora exacta, ya que sólo transcurrieron diez minutos entre el momento en que habló con Cronshaw y el momento en que descubrió su cadáver.

—Supongo que Beltane, que vestía un traje de Polichinela, debía llevar joroba y un cuello de volantes…

—Ignoro los detalles exactos de los trajes de máscara —repuso Japp, dirigiendo una mirada de curiosidad—. De todos modos no veo que tengan nada que ver con el crimen.

—¿No? —Poirot sonrió con ironía. No se había movido del asiento, pero sus ojos despedían una luz verde, que yo comenzaba a conocer bien—, ¿verdad que había una cortina en el reservado?

—Sí, pero…

—¿Queda detrás espacio suficiente para ocultar a un hombre?

—Sí, en efecto, puede servir de escondite, pero ¿cómo lo sabe, *Monsieur* Poirot, si no ha estado allí?

—No he estado, en efecto, mi buen Japp, pero mi imaginación ha proporcionado a la escena esa cortina. Sin ella el drama no tenía fundamento. Y hay que ser razonable.

Pero, dígame: ¿enviaron los amigos de Cronshaw a por un médico o no?

—Enseguida, claro está. Sin embargo, no había nada que hacer. La muerte debió ser instantánea.

Poirot hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, sí, comprendo. Y ese médico, ¿ha prestado ya declaración en la investigación iniciada?

—Sí.

—¿Dijo algo acerca de algún síntoma poco corriente?

Japp fijó una mirada penetrante en el hombrecillo.

—Ignoro adónde quiere ir a parar, pero el doctor explicó que había una tensión, una rigidez en los miembros del cadáver que no podía ni acertaba a explicarse.

—¡Ajá! ¡Ajá! ¡Mon Dieu! —exclamó Poirot—. Esto da que pensar, ¿no le parece?

Yo vi que a Japp no le preocupaba lo más mínimo.

—¿Piensa tal vez en el veneno, *Monsieur*? ¿Para qué ha de envenenarse primero a un hombre al que se asesta después una puñalada?

—Realmente sería ridículo —manifestó Poirot.

—Bueno, ¿desea ver algo, *Monsieur*? ¿Le gustaría examinar la habitación donde se halló el cadáver de lord Cronshaw?

Poirot agitó la mano.

—No, nada de eso. Usted me ha referido ya lo único que puede interesarme: el punto de vista de lord Cronshaw respecto de los estupefacientes.

—¿De manera que no desea ver nada?

—Una sola cosa.

—Usted dirá…

—El juego de las figuras de porcelana china que sirvieron para sacar copia de los trajes de máscara.

Japp le miró sorprendido.

—¡La verdad es que tiene usted gracia! —exclamó después.

—¿Puede hacerme ese favor?

—Desde luego. Acompáñeme ahora mismo a Berkeley Square, si gusta. No creo que mister Beltane ponga reparos.

Partimos en el acto en un taxi. El nuevo lord Cronshaw no estaba en casa, pero a petición de Japp nos introdujeron en la «habitación china», donde se guardaban las gemas de la colección. Japp miró unos instantes a su alrededor, titubeando.

—No se me alcanza cómo va usted a encontrar lo que busca, *Monsieur* —dijo.

Pero Poirot había tirado ya de una silla, colocada junto a la chimenea, y se subía a ella de un salto, más propio de un pájaro que de una persona. En un pequeño estante, colocadas encima del

espejo, había seis figuras de porcelana china. Poirot las examinó atentamente, haciendo poquísimos comentarios mientras verificaba la operación.

—*¡Les Voilà…!* La antigua Comedia italiana. ¡Tres parejas! Arlequín y Colombina; Pierrot y Pierrette, exquisitos con sus trajes verde y blanco. Polichinela y su compañera vestidos de malva y amarillo. El traje de Polichinela es complicado. Lleva frunces, volantes, joroba, sombrero alto… Sí, de veras es muy complicado.

Volvió a colocar en su sitio las figuritas y se bajó de un salto.

Japp no quedó satisfecho, pero al parecer Poirot no tenía intención de explicarnos nada y el detective tuvo que conformarse. Cuando nos disponíamos a salir de la sala entró en ella el dueño de la casa y Japp hizo las debidas presentaciones.

El sexto vizconde Cronshaw era un hombre de unos cincuenta años, de maneras suaves, con un rostro bello pero disoluto. Era un *roué* que adoptaba la lánguida actitud de un *poseur*. A mí me inspiró antipatía. Sin embargo, nos acogió de una manera amable y dijo que había oído alabar la habilidad de Poirot. Al mismo tiempo se puso por entero a nuestra disposición.

—Sé que la policía hace todo lo que puede —declaró, pero temo que no llegue nunca a solucionarse el misterio que encierra la muerte de mi sobrino. Le rodean también circunstancias muy misteriosas.

Poirot le miraba con atención.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Ninguno. Estoy bien seguro. —Tras de una pausa, Beltane interrogó: ¿Desea dirigirme alguna otra pregunta?

—Una sola. —Poirot se había puesto serio—. ¿Se reprodujeron exactamente los trajes de máscara de estos figurines?

—Hasta el menor detalle.

—Gracias, milord. No necesito saber más. Muy buenos días.

—¿Y ahora qué? —preguntó Japp en cuanto salimos a la calle—. Porque debo notificar algo al Yard, como ya sabe usted.

—¡Bien! No le detengo. También yo tengo un poco de quehacer y después…

—¿Después?

—Quedará el caso completo.

—¡Qué! ¿Se da cuenta de lo que dice? ¿Sabe ya quién mató a

lord Cronshaw?

—*Parfaitement*.

—¿Quién fue? ¿Eustaquio Beltane?

—¡Ah, *mon ami*! Ya conoce mis debilidades. Deseo siempre tener todos los cabos sueltos en la mano hasta el último momento. Pero no tema. Lo revelaré todo a su debido tiempo. No deseo honores. El caso será suyo a condición de que me permita llegar al *denouement* a mi modo.

—Si es que el *denouement* llega —observó Japp—. Entretanto, ya se sabe, usted piensa mostrarse tan hermético como una ostra, ¿no es eso? —Poirot sonrió—. Bien, hasta la vista. Me voy al Yard.

Bajó la calle a paso largo y Poirot llamó a un taxi.

—¿Adónde vamos ahora? —le pregunté, presa de viva curiosidad.

—A Chelsea para ver a los Davidson.

—¿Qué opina del nuevo lord Cronshaw? —pregunté mientras le daba las señas al taxista.

—¿Qué dice mi buen amigo Hastings?

—Que me inspira instintiva desconfianza.

—¿Cree que es el «hombre malo» de los libros de cuentos, verdad?

—¿Y usted no?

—Yo creo que ha estado muy amable con nosotros —repuso Poirot sin comprometerse.

—¡Porque tiene sus razones!

Poirot me miró, meneó la cabeza con tristeza y murmuró algo que sonaba como si dijera:

«¡Qué falta de método!».

Los Davidson habitaban en el tercer piso de una manzana de casas-mansión. Se nos dijo que mister Davidson había salido pero que *mistress* Davidson estaba en casa, y se nos introdujo en una habitación larga, de techo bajo, ornada de cortinajes, de alegres colores, estilo oriental. El aire, opresivo, estaba saturado del olor fuerte de los nardos. *Mistress* Davidson no nos hizo esperar. Era una mujercita menuda, rubia, cuya fragilidad hubiera parecido poética, de no ser por el brillo penetrante, calculador, de los ojos azules.

Poirot le explicó su relación con el caso y ella movió tristemente la cabeza.

—¡Pobre Cronsh… y pobre Cocó también! —exclamó al mismo tiempo—. Nosotros, mi marido y yo, la queríamos mucho y su muerte nos parece lamentable y espantosa. ¿Qué es lo que desea saber? ¿Debo volver a recordar aquella triste noche?

—Crea, *madame*, que no abusaré de sus sentimientos. Sobre todo porque ya el inspector Japp me ha contado lo más imprescindible. Deseo ver, solamente, el vestido de máscara que llevó usted al baile.

Mistress Davidson pareció sorprenderse de la singular petición y Poirot continuó diciendo con acento tranquilizador:

—Comprenda, *madame*, que trabajo de acuerdo con el sistema de mi país. Nosotros tratamos siempre de «reconstruir» el crimen. Y como es probable que desee hacer una representación, esos vestidos tienen su importancia.

Pero *mistress* Davidson parecía dudar todavía de la palabra de Poirot.

—Ya he oído decir eso, naturalmente —dijo—, pero ignoraba que usted fuera tan amante del detalle. Voy a por el vestido en seguida.

Salió de la habitación para regresar casi en el acto con un exquisito vestido de raso verde y blanco. Poirot lo tomó de sus manos, lo examinó y se lo devolvió con un atento saludo.

—¡*Merci, madame*! Ya veo que ha tenido la desgracia de perder un pompón, aquí en el hombro.

—Sí, me lo arrancaron bailando. Lo recogí y se lo di al pobre lord Cronshaw para que me lo guardase.

—¿Sucedió eso después de la cena?

—Sí.

—Entonces, ¿muy poco antes de desarrollarse la tragedia, quizá?

Los pálidos ojos de *mistress* Davidson expresaron leve alarma y replicó vivamente:

—Oh, no, mucho antes. Justo después de cenar.

—Entiendo. Bien, eso es todo. No queremos molestarla más. *Bonjour, madame*.

—Bueno —dije cuando salíamos del edificio—. Ya está explicado el misterio del pompón verde.

—Hum…

—¡Oiga! ¿Qué quiere decir con eso?

—Se ha fijado, Hastings, en que he examinado el traje, ¿verdad?

—Sí.

—Eh, bien, el pompón que faltaba no fue arrancado, como dijo esa señora, sino… cortado por unas tijeras porque todas las hebras son iguales.

—¡Caramba! La cosa se complica…

—Por el contrario —repuso con aire plácido Poirot—, se simplifica cada vez más.

—¡Poirot! ¡Se me está terminando la paciencia! —exclamé—. Su costumbre de encontrar todo tan sencillo es un agravante.

—Pero cuando me explico, diga, *mon ami*, ¿no es cierto que resulta muy simple?

—Sí, señor, y eso es lo que más me irrita: que entonces se me figura que también yo hubiera podido adivinar fácilmente.

—Y lo adivinaría, Hastings, si se tomase el trabajo de poner en orden sus ideas. Sin un método…

—Sí, sí —me apresuré a decir, interrumpiéndole, porque conocía demasiado bien la elocuencia que desplegaba, cuando trataba de su tema favorito—. Dígame: ¿qué piensa hacer ahora? ¿Está dispuesto, de veras, a reconstruir el crimen?

—Nada de eso. El drama ha concluido. Únicamente me propongo añadirle… ¡una arlequinada!

Poirot señaló el martes siguiente como día a propósito para la misteriosa representación y he de confesar que sus preparativos me intrigaron de modo extraordinario. En un lado de la habitación se colocó una pantalla; al otro un pesado cortinaje. Luego vino un obrero con un aparato para la luz y finalmente un grupo de actores que desaparecieron en el dormitorio de Poirot, destinado provisionalmente a cuarto tocador. Japp se presentó poco después de las ocho. Venía de visible mal humor.

—La representación es tan melodramática como sus ideas —manifestó—. Pero, en fin, no tiene nada de malo y, como el mismo Poirot dice, nos ahorrará infinitas molestias y cavilaciones. Yo mismo sigo el rastro, he prometido dejarle hacer las cosas a su manera. ¡Ah! Ya están aquí esos señores.

Llegó primero Su Señoría acompañando a *mistress* Mallaby, a la que yo no conocía aún. Era una linda morena y parecía estar nerviosa. Les siguieron los Davidson.

También vi a Chris Davidson por vez primera. Era un guapo

mozo, esbelto y moreno, que poseía los modales graciosos y desenvueltos del verdadero actor.

Poirot dispuso que tomasen todos asiento delante de la pantalla, que estaba iluminada por una luz brillante. Luego apagó las luces y la habitación quedó, a excepción de la pantalla, totalmente sumida en tinieblas.

—Señoras, caballeros, permítanme unas palabras de explicación. Por la pantalla van a pasar por turno seis figuras que les son familiares: Pierrot y su Pierrette; Polichinela, el bufón, y la elegante Polichinela; la bella Colombina, coqueta y seductora, y Arlequín, el invisible para los hombres.

Y tras estas palabras de introducción comenzó la comedia. Cada una de las figuras mencionadas por Poirot surgieron en la pantalla, permanecieron en ella un momento en pose y desaparecieron. Cuando se encendieron las luces sonó un suspiro general de alivio. Todos los presentes estaban nerviosos, temerosos, sabe Dios de qué. Si el criminal estaba en medio de nosotros y Poirot esperaba que confesase a la sola presencia de una figura familiar, la estratagema había ya fracasado evidentemente, puesto que no se produjo. Sin embargo, no se descompuso, sino que avanzó un paso, con el rostro animado.

—Ahora, señoras y señores —dijo—, díganme, uno por uno, qué es lo que han visto.

¿Quiere empezar, milord?

Este caballero quedó perplejo.

—Perdón, no le comprendo —dijo.

—Dígame nada más qué es lo que ha visto.

—Ah, pues… he visto pasar por la pantalla a seis personas vestidas como los personajes de la vieja Comedia italiana, o sea, como la otra noche.

—No pensemos en la otra noche, milord —le advirtió Poirot—. Sólo quiero saber lo que ha visto. *Madame*, ¿está de acuerdo con lord Cronshaw?

Se dirigía a *mistress* Mallaby.

—Sí, naturalmente.

—¿Cree haber visto seis figuras que representan a los personajes de la Comedia italiana?

—Sí, señor.

—¿Y usted, *Monsieur* Davidson?

—Sí.

—¿Y *madame*?

—Sí.

—¿Hastings? ¿Japp? ¿Sí? ¿Están ustedes completamente de acuerdo?

Poirot nos miró uno a uno; tenía el rostro pálido y los ojos verdes tan claros como los de un gato.

—¡Pues debo decir que se equivocan todos ustedes! —exclamó —. Sus ojos mienten… como mintieron la otra noche en el baile de la Victoria. Ver las cosas con los propios ojos, como vulgarmente se dice, no es ver la verdad. Hay que ver con los ojos del entendimiento; hay que servirse de las pequeñas células grises. ¡Sepan, pues, que lo mismo esta noche que la noche del baile vieron sólo cinco figuras, no seis! ¡Miren ustedes!

Volvieron a apagarse las luces. Y una figura se dibujó en la pantalla: ¡Pierrot!

—¿Quién es? ¿Pierrot, no es eso? —preguntó Poirot con acento severo.

—Sí —gritamos todos a la vez.

—¡Miren otra vez!

Con un rápido movimiento el actor se despojó del vestido suelto de Pierrot y en su lugar apareció, resplandeciente, ¡arlequín!

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! —exclamó la voz de Davidson—. ¿Cómo lo ha adivinado?

A continuación sonó el ¡clic! de las esposas y la voz serena, oficial, de Japp, que decía:

—Le detengo, Cristóbal Davidson, por el asesinato del vizconde Cronshaw. Todo lo que pueda decir se utilizará como acusación en contra.

Un cuarto de hora después cenábamos. Poirot, con el rostro resplandeciente, se multiplicaba, hospitalario, respondía de buena gana a nuestras múltiples y continuas preguntas.

—Todo ha sido muy simple. Las circunstancias en que se halló el pompón verde sugería, al punto, que había sido arrancado del vestido de máscara del asesino. Yo alejé a Pierrette del pensamiento, ya que se necesita de una fuerza considerable para clavar un cuchillo de mesa en el pecho de un hombre, y me fijé en

Pierrot. Pero éste había salido del baile dos horas antes de verificarse el crimen. De manera que si no regresó al baile para matar a lord Cronshaw pudo matarle antes de marchar. ¿Era esto posible? ¿Quién había visto a lord Cronshaw después de la hora de la cena? Sólo *mistress* Beltane cuyo testimonio, lo sospecho, fue falso; una mentira deliberada para explicar la desaparición del pompón, que, naturalmente, quitó de su traje de máscara para reemplazar el que su marido perdió. A Arlequín se le vio a la una y media en un palco. También ésta fue una representación. Yo pensé primero en mister Davidson como presunto culpable. Pero era imposible, dado lo complicado de su traje, que hubiera doblado los papeles de Arlequín y de Polichinela. Por otra parte, siendo mister Davidson un joven de la misma edad y estatura que la víctima, así como un actor profesional, la cosa no podía ser más simple.

«No obstante me preocupaba el médico. Porque ningún médico profesional puede dejar de darse cuenta de que existe una diferencia entre una persona que sólo hace diez minutos que ha muerto y la que lleva difunta dos horas. ¡Eh bien! ¡El doctor se había dado cuenta! Sólo que como al colocarle delante del cadáver no se le preguntó "¿Cuánto hace que ha muerto?», sino que, por el contrario, se le comunicó que estaba con vida diez minutos antes, guardó silencio. Pero en la investigación habló de la rigidez anormal de los miembros del cadáver, ¡que no se explicaba!

"Todo concordaba, pues, con mi teoría. Hela aquí: Davidson mató a Cronshaw inmediatamente después de la cena, o sea, después de volver con él, como recordarán ustedes, al comedor. A continuación acompañó a *miss* Courtenay a casa, dejándola a la puerta del piso en vez de entrar para tratar de calmarla como declaró, y volviendo a escape al Colossus, pero no ya vestido de Pierrot, sino de Arlequín, simple transformación que efectuó en menos de lo que se tarda en contarlo.

El actual lord Cronshaw miró perplejo al detective.

—Si fue así —dijo—, Davidson debió ir al baile dispuesto a matar a mi sobrino. ¿Por qué? Nos falta descubrir el motivo y yo no acierto a adivinarlo.

—¡Ah! Aquí tenemos la segunda tragedia, la de *miss* Courtenay. Existe un punto sencillo de referencia que hemos pasado por alto. *Miss* Courtenay murió después de tomar una doble dosis de

cocaína… pero la habitual estaba en la cajita que se encontró sobre el cuerpo de lord Cronshaw. ¿De dónde sacó entonces la droga que la mató?

Únicamente una persona pudo proporcionársela: Davidson. Y el hecho lo explica todo.

Su amistad con los Davidson, su petición a Cristóbal de que la acompañase a casa.

Lord Cronshaw era enemigo acérrimo, casi fanático, de los estupefacientes. Por ello al descubrir que su novia tomaba cocaína sospechó que era Davidson quien se la proporcionaba. El actor lo negó, pero lord Cronshaw sonsacó a *miss* Courtenay en el baile y le arrancó la verdad. Podía perdonar a la desventurada muchacha, pero no duden ustedes que no hubiera tenido piedad del hombre que tenía como medio de vida el tráfico de los estupefacientes. Si llegaba a descubrirse esto era inminente su ruina y por ello acudió al Colossus dispuesto a procurarse, a cualquier precio, el silencio de lord Cronshaw.

—Entonces ¿fue casual la muerte de Cocó?

—Sospecho que fue un accidente que provocó hábilmente el mismo Davidson. Ella estaba furiosa con el lord, ante todo por sus reproches, después por haberle quitado la cajita de cocaína. Davidson le proporcionó más y probablemente le sugeriría que tomase una dosis mayor como desafío «al viejo Cronsh».

—¿Cómo descubrió usted que había en el comedor una cortina? —pregunté yo.

—¡Toma! ¡*Mon ami*! Si no puede ser más fácil… Recuerde que los camareros entraron y salieron de él sin ver nada sospechoso. De esto se deducía que el cadáver no estaba entonces tendido en el suelo. Tenía forzosamente que estar oculto en cualquier parte y por ello se me ocurrió que debía ser detrás de una cortina. Davidson arrastró el cadáver hasta allí y más adelante, después de llamar la atención en el palco, lo sacó y abandonó definitivamente el baile. Este paso fue uno de los más hábiles que dio. ¡Es muy listo!

Pero en los ojos verdes de Poirot leí lo que no osaba expresar:

¡No tan listo, sin embargo, como Hércules Poirot!

La aventura de la cocinera

En la época en que compartía mi habitación con Hércules Poirot contraje el hábito de leerle, en voz alta, los epígrafes del Daily Blare, diario de la mañana.

Este periódico sabía sacar siempre un gran partido de los sucesos del día para crear sensación. A sus páginas asomaban a la luz pública, robos y asesinatos. Y los grandes caracteres de sus títulos herían la vista ya desde la primera página.

He aquí varios ejemplos:

«Empleado de una casa de Banca que huye con unas acciones negociables cuyo valor es de cincuenta mil libras». «Marido que mete la cabeza en un horno de gas para escapar a la mísera vida de familia». «Mecanógrafa desaparecida. Era una hermosa muchacha de veinte años». «¿Dónde se halla Edna Field?».

—Vea, Poirot. Aquí tiene dónde escoger. ¿Qué prefiere: un huidizo empleado de Banca, un suicidio misterioso o una muchacha desaparecida?

Pero mi amigo, que estaba de buen humor, movió la cabeza.

—No me atrae ninguno de esos casos, *mon ami* —dijo—. Hoy me inclino por una existencia sosegada. Sólo la solución de un problema interesante me movería a levantarme de este sillón. Tengo que atender a asuntos particulares más importantes.

—¿Como, por ejemplo…?

—Mi guardarropa. Me ha caído una mancha, una sola, Hastings, en el traje nuevo y me preocupa. Luego tengo que dejar en poder de Keatings el abrigo de invierno. Y me parece que voy a recortarme el bigote antes de aplicarle la pomada.

—Bueno, ahí tiene un cliente —dije después de asomarme a mirar por la ventana—. Creo que no va a poder poner en obra tan

fantástico programa. Ya suena el timbre.

—Pues si no se trata de un caso excepcional —repuso Poirot con visible dignidad— que no piense ni por asomo que voy a encargarme de él.

Poco después irrumpió en nuestro santa sanctórum una señora robusta, de rostro colorado, que jadeaba a causa de su rápida ascensión por la escalera.

—¿Es usted Hércules Poirot? —preguntó dejándose caer en una silla.

—Sí, *madame*. Soy Hércules Poirot.

—¡Hum! Qué poco se parece usted al retrato que me habían hecho… —repuso la recién llegada mirándole con cierto desdén—. ¿Ha pagado el artículo encomiástico en que se habla de su talento, o lo escribió el periodista por su cuenta y riesgo?

—¡*Madame*! —dijo incorporándose a medias mi amigo.

—Usted perdone, pero ya sabe lo que son los periódicos de hoy en día. Comienza usted a leer un bello artículo titulado: «Lo que dice la novia a la amiga fea», y al final descubre que se trata del anuncio de una perfumería que desea despachar determinada marca de champú. Todo es bluf. Pero no se ofenda, ¿eh?, que voy al grano.

Deseo que busque a mi cocinera, que ha desaparecido.

Poirot tenía la lengua expedita, mas en esta ocasión no acertó a hacer uso de ella y miraba a la visitante, desconcertado. Yo me volví para disimular una sonrisa.

—No sé por qué se entretiene hoy la gente en meter ideas extravagantes en la cabeza de los sirvientes —siguió diciendo la señora—. Les ilusionan con el señuelo de la mecanografía y qué sé yo más. Pero como digo: basta de estratagemas. Me gustaría saber de qué pueden quejarse mis criados que no sólo tienen permiso para salir entre semana, sino también los domingos alternos y festivos, que no tienen que lavar ni tomar margarina porque no la hay en casa. Yo uso siempre mantequilla superior.

—Temo que comete una equivocación, *madame*. Yo no dirijo ninguna investigación encaminada a averiguar las condiciones actuales del servicio doméstico. Soy detective particular.

—Ya lo sé —repuso nuestra visitante—. Ya he dicho que deseo que busque a mi cocinera, que salió de casa el miércoles pasado, sin decir una palabra, y que no ha regresado.

—Lo siento, *madame*, pero yo no trato de esta clase de asuntos. Le deseo muy buenos días.

La visitante lanzó un resoplido de indignación.

—¿Sí, buen amigo? ¿Conque es usted orgulloso, verdad? ¿Conque sólo trata de secretos de Estado y de las joyas de las condesas? Pues permítame que le diga que una sirvienta tiene tanta importancia como una tiara para una mujer de mi posición. No todas podemos ser señoras elegantes, de coche, cargadas de brillantes y perlas. Una buena cocinera es una buena cocinera, pero cuando se la pierde representa tanto para una como las perlas para cualquier dama de la aristocracia.

La dignidad de Poirot libró batalla con su sentido del humor; finalmente volvió a sentarse y se echó a reír.

—Tiene razón, *madame*; era yo el equivocado: sus observaciones son justas e inteligentes. Este caso constituirá para mí una novedad, porque aún no había andado a la caza de una doméstica desaparecida. Éste es, precisamente, el problema de importancia nacional que yo le pedía a la suerte cuando llegó usted. *¡En avant!* Dice usted que la cocinera salió el miércoles de su casa y que todavía no ha vuelto a ella. Y el miércoles fue anteayer…

—Sí, era su día de salida.

—Pues, probablemente, *madame*, habrá sufrido un accidente. ¿Ha preguntado ya en los hospitales?

—Pensaba hacerlo ayer, pero esta mañana me ha mandado a pedir el baúl, ¡sin ponerme cuatro líneas siquiera! Si hubiera estado yo en la casa le aseguro que no la hubiera dejado marchar así. Pero había ido a la carnicería.

—¿Quiere darme sus señas?

—Se llama Elisa Dunn y es de edad madura, gruesa, de cabello negro canoso y de aspecto respetable.

—¿Habían reñido ustedes antes?

—No, señor. Y esto es lo raro del caso.

—¿Cuántos criados tiene, *madame*?

—Dos. Annie, la doncella, es una buena muchacha. Es olvidadiza y tiene la cabeza algo a pájaros, pero es buena sirvienta siempre que se esté encima de ella.

—¿Se avenían ella y la cocinera?

—En general sí, aunque tenían sus altercados de vez en cuando.

—¿Y la doncella no puede arrojar alguna luz sobre el misterio?

—Dice que no, pero ya conoce usted a los sirvientes, se tapan unos a otros.

—Bien, bien, ya veremos esto. ¿Dónde reside, *madame*?

—En Clapham; Albert Road, número 88.

—Bien, *madame*, le deseo muy buenos días y cuente con verme en su residencia en el curso del día.

Luego *mistress* Todd, que así se llamaba la nueva clienta, se despidió de nosotros.

Poirot me miró con cierta rudeza.

—Bien, bien. Hastings, éste es un caso nuevo. ¡La desaparición de una cocinera!

¡Seguramente que el inspector Japp no habrá oído jamás cosa parecida!

A continuación calentó una plancha y con ella quitó, con ayuda de un trozo de papel de estraza, la mancha de grasa del nuevo traje gris. Dejando con sentimiento para otro día el arreglo de los bigotes marchamos en dirección a Clapham.

Prince Albert Road demostró ser una calle de pocas casas, todas exactamente iguales, con ventanas ornadas de cortinas de encajes y llamadores de brillante latón en las puertas.

Al pulsar el timbre del número 88 nos abrió la puerta una bonita doncella, vestida pulcramente. *Mistress* Todd salió al vestíbulo para saludarnos.

—No se vaya, Annie —exclamó—. Este caballero es detective y desea dirigirle a usted algunas preguntas.

El rostro de Annie reveló la alarma y una excitación agradable.

—Gracias, *madame* —dijo Poirot haciendo una pequeña reverencia—. Me gustaría interrogar a su doncella ahora y sin testigos.

Nos introdujeron en un saloncito, y cuando se fue *mistress* Todd, a disgusto, comenzó Poirot el interrogatorio.

—*Voyons, mademoiselle* Annie, todo cuanto nos explique revestirá la mayor importancia. Sólo usted puede arrojar alguna luz sobre nuestro caso y sin su ayuda no haremos nada.

La alarma se desvaneció del semblante de la doncella y la agradable excitación se hizo más patente.

—Esté seguro, señor, de que diré todo lo que sé.

—Muy bien —dijo Poirot con el rostro resplandeciente—. Ante todo, ¿qué opina usted? Porque posee una inteligencia notable. ¡Se ve en seguida! ¿Cuál es su explicación de la desaparición de Elisa?

Animada de esta manera, Annie se dejó llevar de una verbosidad abundante.

—Se trata de los esclavistas blancos, señor. Lo he dicho siempre. La cocinera me ponía siempre en guardia contra ellos. «Por caballeros que te parezcan —me decía—, no olfatees ningún perfume ni comas ningún dulce de los que te ofrezcan». Éstas fueron sus palabras. Y ahora se han apoderado de ella, estoy segura. Han debido llevársela a Turquía o a uno de esos lejanos lugares de Oriente donde, según se dice, gustan de las mujeres entradas en carnes.

—Pero en tal caso, y es admirable su idea, ¿hubiera mandado a buscar el baúl?

—Bien, no lo sé, señor. Pero supongo que aun en aquellos lugares exóticos, necesitará ropa.

—¿Quién vino a buscar el baúl? ¿Un hombre?

—Carter Peterson, señor.

—¿Lo cerró usted?

—No, señor. Ya estaba cerrado y atado.

—¡Ah! Es interesante. Eso demuestra que cuando salió el miércoles de casa estaba ya decidida a no volver a ella. Se da cuenta de esto, ¿no?

—Sí, señor —Annie pareció sorprenderse—. No había caído en ello. Pero aun así puede tratarse de los esclavistas, ¿no cree? —agregó con tristeza.

—¡Claro! —dijo gravemente Poirot—. ¿Duermen ustedes en una misma habitación?

—No, señor. En distintas habitaciones.

—¿Le había dicho Elisa si estaba descontenta de su puesto actual? ¿Se sentían felices las dos aquí?

—La casa es buena —replicó Annie titubeando—. Ella nunca habló de que pensara dejarla.

—Hable con franqueza. No se lo diré a la señora —dijo Poirot con acento afectuoso.

—Bien, la señora es algo difícil, naturalmente. Pero la comida es buena. Y abundante. Se come caliente a la hora de la cena, hay

buenos entremeses y se nos da mucha carne de cerdo. Yo estoy segura de que aunque hubiera querido cambiar de casa, Elisa no se hubiera marchado así. Hubiera dado un mes de tiempo a la señora; sobre todo porque de lo contrario no hubiera cobrado el salario.

—¿Y el trabajo es muy duro?

—Bueno, la señora es muy meticulosa y anda buscando siempre polvo por todos los rincones. Además hay que cuidar del alojado, del huésped, como a sí mismo se llama.

Pero únicamente desayuna y cena en casa, como el amo. Los dos pasan el día en la City.

—¿Le es simpático el amo?

—Sí, es bueno, muy callado y algo picajoso.

—¿Recuerda, por casualidad, lo último que dijo Elisa antes de salir de casa?

—Sí, lo recuerdo. Dijo: «Esta noche cenaremos una loncha de jamón con patatas fritas. Y luego, melocotón en conserva». Se moría por los melocotones.

—¿Salía regularmente los miércoles?

—Sí, ella los miércoles y yo los jueves.

Poirot dirigió todavía a Annie varias preguntas y luego se dio por satisfecho. Annie se marchó y entró *mistress* Todd con el rostro iluminado por la curiosidad. Estaba algo resentida, estoy seguro, de que la hubiéramos hecho salir de la habitación durante nuestra conversación con Annie. Poirot se cuidó, no obstante, de aplacarla con tacto.

—Es difícil —explicó— que una mujer de inteligencia tan excepcional como la suya, *madame*, soporte con paciencia el procedimiento que nosotros, pobres detectives, tenemos que emplear. Porque tener la paciencia con la estupidez es difícil para las personas de entendimiento vivo.

Habiendo sido disipado el resentimiento que *mistress* Todd pudiera albergar, hizo recaer la conversación sobre el marido y obtuvo la información de que trabajaba para una firma de la City y de que no llegaría hasta las seis a casa.

—Este asunto debe traerle preocupado e inquieto, ¿no es así?

—Oh, él no se preocupa por nada —declaró *mistress* Todd—. «Bien, bien, toma otra, querida». Esto es todo lo que dijo. Es tan tranquilo que en ocasiones me saca de quicio: «Es una ingrata. Vale

más que nos desembaracemos de ella».

—¿Hay otras personas en la casa, *mistress* Todd?

—¿Se refiere a mister Simpson, el realquilado? Pues tampoco se preocupa de nada mientras se le dé de desayunar y de cenar.

—¿Cuál es su profesión, *madame*?

—Trabaja en un Banco.

Mistress Todd mencionó el nombre y yo me sobresalté recordando la lectura del Daily Blare.

—¿Es joven?

—Tiene veintiocho años. Es muy simpático.

—Me gustaría poder hablar con él y también con su marido, si no tienen inconveniente. Volveré por la tarde. Entretanto, le aconsejo que descanse, *madame*. Parece fatigada.

Poirot murmuró unas palabras de simpatía y nos despedimos de la buena señora.

—Es una coincidencia curiosa —observé—, pero Davis, el empleado fugitivo, trabajaba en la misma casa de Banca que Simpson. ¿Qué le parece, existir alguna relación entre las dos personas?

Poirot sonrió.

—Coloquemos en un extremo al empleado poco escrupuloso y en el otro a la cocinera desaparecida. Es difícil hallar relación entre ambas personas a menos que si Davis visitaba a Simpson se hubiera enamorado de la cocinera y la convenciera de que le acompañase en su huida.

Yo reí, pero Poirot conservó la seriedad.

—Pudo escoger peor. Recuerde, Hastings, que cuando se va camino del destierro, una buena cocinera puede proporcionar más consuelo que una cara bonita. —Hizo una pausa momentánea y luego continuó—: Éste es un caso de los más curiosos, lleno de hechos contradictorios. Me interesa, sí, me interesa extraordinariamente.

Por la tarde volvimos a la calle Prince Albert, número 88, y entrevistamos a Todd y a Simpson. Era el primero un melancólico caballero, de unos cuarenta años.

—¡Ah, sí, sí, Elisa! Era una buena cocinera, mujer muy económica. A mí me gusta la economía.

—¿Alcanza a comprender por qué les dejó a ustedes de manera

tan repentina?

—Verá: los criados son así —repuso con un aire vago—. Mi mujer se disgusta por todo.

Le agota la preocupación constante. Y el problema es muy sencillo en realidad. Yo le digo: "Busca otra, querida. Busca otra cocinera. ¿De qué sirve llorar por la leche derramada?

Mister Simpson se mostró igualmente vago. Era un joven taciturno, poco llamativo, que usaba gafas.

—Era una mujer madura. Sí, la conocía. La otra es Annie, muchacha simpática y servicial.

—¿Sabe si se llevaban bien?

Mister Simpson lo suponía. No podía asegurarlo.

—Bueno, no hemos obtenido ninguna noticia interesante, *mon ami* —me dijo Poirot cuando salimos de la casa después de volver a escuchar de labios de *mistress* Todd la explicación, ampliada, de lo ocurrido, que conocíamos desde por la mañana.

—¿Está decepcionado porque esperaba saber algo nuevo? —dije.

—Hombre, siempre existe una posibilidad, naturalmente —repuso Poirot—. Pero tampoco lo creí probable.

Al día siguiente recibió una carta que leyó, rojo de indignación, y me entregó después.

"*Mistress* Todd —decía— lamenta tener que prescindir de los servicios de *Monsieur* Poirot, ya que después de hablar con su marido se da cuenta de lo innecesario que es llamar a un detective para la solución de un problema de índole doméstica. *Mistress* Todd le incluye una guinea como retribución a su consulta…

—¡Ajá! —exclamó mi amigo lleno de cólera—. ¿Será posible que crean que van a desembarazarse de mí, Hércules Poirot, con tanta facilidad? Como favor, un gran favor, consentí en investigar ese asunto tan miserable y mezquino y me despiden, *comme ça?* Aquí anda, o mucho me engaño, la mano de mister Todd. Pero ¡no y mil veces no! Gastaré veinte, treinta guineas, si fuere preciso, hasta llegar al fondo de la cuestión.

—Sí. Pero ¿cómo?

Poirot se calmó un poco.

—*D'acord* —contestó—; pondremos un anuncio en los periódicos. Un anuncio que diga, sobre poco más o menos… sí, eso es: «Si Elisa Dunn quiere molestarse en darnos su dirección le

comunicaremos algo que le interesa mucho». Insértelo en los periódicos de mayor circulación, Hastings. Entretanto, verificaré algunas pesquisas. Vaya, vaya, ¡no hay tiempo que perder!

No volví a verle hasta la tarde, en que se dignó referirme en un corto espacio de tiempo lo que había estado haciendo.

—He hecho averiguaciones en la casa donde trabaja mister Todd. Tiene buen carácter y no faltó al trabajo el miércoles por la tarde. Tanto mejor para él. El martes, Simpson cayó enfermo y no fue al Banco, pero sí estuvo también el miércoles por la tarde. Era amigo de Davis, pero no muy amigo. De modo que no hay novedades por ese lado. Confiemos en el anuncio.

Éste apareció en los principales periódicos de la ciudad. Las órdenes de Poirot eran que siguiera apareciendo por espacio de una semana. Su ansiedad en este caso, tan poco interesante, de la desaparición de una cocinera, era extraordinaria, pero me di cuenta de que consideraba cuestión de honor perseverar hasta obtener el éxito. En esta época se le ofreció la solución de otros casos, más atrayentes, pero se negó a encargarse de ellos. Todas las mañanas abría precipitadamente la correspondencia y luego dejaba las cartas con un suspiro. Pero nuestra paciencia obtuvo su recompensa al fin. El miércoles que sucedió a la visita de *mistress* Todd la patrona nos anunció a una visitante que decía llamarse Elisa Dunn.

—¡En fin! —exclamó Poirot—. Dígale que suba. En seguida. Inmediatamente.

Al verse así incitada, la patrona salió a escape y poco después reapareció seguida de *miss* Dunn. Nuestra mujer era tal y como nos la habían descrito: alta, vigorosa, enteramente respetable.

—He leído su anuncio, y por si existe alguna dificultad vengo a decirles lo que ignoran; que ya he cobrado la herencia.

Poirot, que la observaba con atención, tiró de una silla y se la ofreció con un saludo.

—Su ama, *mistress* Todd —explicó—, se sentía inquieta. Temía que hubiera sido víctima de un accidente realmente serio.

Elisa Dunn pareció sorprenderse mucho.

—Entonces, ¿no ha recibido mi carta? —interrogó.

—No. —Poirot hizo una pausa y luego dijo con acento persuasivo—: Ea, cuéntenos lo ocurrido.

Y Elisa, que no necesitaba que se la incitase a ello, inició al

punto una larga explicación.

—Al volver el miércoles por la tarde a casa, y cuando casi me hallaba delante de la puerta, me salió al paso un caballero. «¿*Miss* Elisa Dunn, ¿estoy en lo cierto?», preguntó. «Sí, señor», respondí. «Acabo de preguntar por usted en el número 88 y me han dicho que no tardaría en llegar. *Miss* Dunn, he venido de Australia, dispuesto a dar con su paradero. ¿Cuál era el apellido de soltera de su madre?». «Jane Ermott».

«Precisamente. Bien, pues, aun cuando usted lo ignore, *miss* Dunn, su abuela tenía una amiga muy querida que se llamaba Elisa Leech. Esta muchacha se expatrió, se fue a Australia, y allí contrajo matrimonio con un hombre acaudalado. Sus dos hijos murieron en la infancia y ella heredó la propiedad de su marido. Ha muerto hace unos meses y le deja a usted en herencia una casa y una considerable cantidad de dinero».

«La noticia me impresionó tanto que hubieran podido derribarme con una pluma —prosiguió *miss* Dunn—. Además, de momento, aquel hombre me inspiró recelos, de lo que se dio cuenta, porque dijo sonriendo: Veo que es prudente, y hace bien en ponerse en guardia, pero mire mis credenciales». Me entregó una carta y una tarjeta de los señores Hurts y Crotchet, notarios de Melbourne. Él era mister Crotchet. «La difunta le impone dos condiciones para que pueda percibir la herencia (era algo excéntrica, ¿comprende?). Primero debe tomar posesión de su casa de Cumberland mañana a mediodía; luego, cláusula menos importante, no debe prestar servicios domésticos». Yo quedé consternada. «Pero, mister Crotchet, soy cocinera», dije. «¿No se lo han dicho en casa?». «¡Caramba, caramba! No tenía la menor idea de semejante cosa. Creí que era aya o señorita de compañía. Es muy sensible, muy sensible, desde luego».

«¿Quiere decir que deberé renunciar a esta fortuna?», pregunté con la ansiedad que pueden ustedes suponer.

Mister Crotchet se paró a reflexionarlo un instante. «*Miss* Dunn —dijo después—, siempre existe un medio de burlar la Ley, y nosotros, los hombres de leyes, lo sabemos. Lo mejor es que haya usted salido a primera hora de la tarde de la casa en que sirve». «Pero ¿y mi mes?», interrogué. «Mi querida *miss* Dunn —repuso el abogado con una sonrisa—. Usted puede libremente dejar a su ama

si renuncia al pago de sus servicios. Ella comprenderá en vista de las circunstancias. Aquí lo esencial es el tiempo. Es imperativo que tome usted el tren de las once y cinco en King's Cross para dirigirse al norte. Yo le adelantaré diez libras para que pueda tomar el billete y para que pueda enviar unas líneas desde la estación a su señora. Se las llevaré yo mismo y le explicaré el caso».

Naturalmente me avine a ello y una hora después me hallaba en el tren tan aturdida que no sabía dónde tenía la cabeza. Cuando llegué a Carlisle empecé a pensar que había sido víctima de una de esas jugarretas de que nos hablan los periódicos.

Pero las señas que se me habían dado eran, en efecto, de unos abogados que me pusieron en posesión de la herencia, es decir, de una casita preciosa y de una renta de trescientas libras anuales. Como dichos abogados sabían poquísimos detalles, se limitaron a darme a leer la carta de un caballero de Londres en que se les ordenaba que me pusieran en posesión de la casa y de ciento cincuenta libras para los primeros seis meses. Mister Crotchet me envió la ropa, pero no recibí la respuesta de *mistress* Todd. Yo supuse que debía estar enojada y que envidiaba mi racha de buena suerte. Se quedó con mi baúl y me envió la ropa en paquetes. Pero si no le entregaron mi carta es muy natural que esté resentida.

Poirot había escuchado con atención tan larga historia y movió la cabeza, como si estuviese satisfecho.

—Gracias, *mademoiselle*. En este asunto ha habido, como dice muy bien, una pequeña confusión. Permítame que le recompense la molestia. —Poirot le puso un sobre cerrado en la mano—. ¿Piensa volver a Cumberland en seguida? Una palabrita al oído: No se olvide de guisar. Siempre es útil tener algo con qué contar cuando van mal las cosas.

—Esa mujer es crédula —murmuró Poirot cuando partió la visitante—, pero no más crédula que las personas de su clase. —Su rostro adoptó una expresión grave—. Vamos, Hastings, no hay tiempo que perder. Llame un taxi mientras estribo unas líneas a Japp.

Cuando volví con el taxi encontré a Poirot esperándome.

—¿Adónde vamos? —pregunté con viva curiosidad.

—Primero a despachar esta carta por medio de un mensajero.

Una vez hecho esto, Poirot dio unas señas al taxista.

—Calle Prince Albert, número 88, Clapham.

—Conque, ¿nos dirigimos allí?

—*Mais oui*. Aunque si he de serle franco temo que lleguemos tarde. Nuestro pájaro habrá volado, Hastings.

—¿Quién es nuestro pájaro?

—El desvaído mister Simpson —replicó Poirot, sonriendo.

—¡Qué! —exclamé.

—Vamos, Hastings, no diga que no lo ve claro ahora.

—Supongo que se ha tratado de alejar a la cocinera —observé, algo picado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué deseaba Simpson alejarla de la casa? ¿Es que sabía algo?

—Nada.

—¿Entonces…?

—Deseaba algo que tenía ella.

—¿Dinero? ¿El legado de Australia?

—No, amigo mío. Algo totalmente distinto. —Poirot hizo una pausa y dijo gravemente—: Un baulito deteriorado.

Yo le miré de soslayo. La respuesta me pareció tan absurda que sospeché por un momento que trataba de burlarse de mí. Pero estaba perfectamente grave y serio.

—Pero digo yo —exclamé— que, de querer uno, podía adquirirlo.

—No necesitaba uno nuevo. Deseaba uno usado.

—Poirot, esto pasa de la raya —exclamé—. ¡No me tome el pelo!

El detective me miró.

—Hastings, usted carece de la inteligencia y de la habilidad de mister Simpson —repuso—. Vea cómo se desarrollaron los acontecimientos: el miércoles por la tarde, sirviéndose de una estratagema, Simpson aleja de casa a la cocinera. Lo mismo una postal impresa que el papel timbrado son fáciles de adquirir y además se desprende con gusto de ciento cincuenta libras, así como de un año de alquiler de la finca de Cumberland, para asegurar el éxito de sus planes. *Miss* Dunn no le reconoce: el sombrero, la barba, el leve acento extranjero, la confunden y desorientan por completo.

Y así se da fin al miércoles… si pasamos por alto el hecho trivial, en apariencia: el de haberse apoderado Simpson de cincuenta mil libras en acciones.

—¡Simpson! ¡Pero si fue Davis!

—Déjeme proseguir, Hastings. Simpson sabe que el robo se descubriría el jueves por la tarde y no va el jueves al Banco, se queda en la calle a esperar a Davis, que debe salir a la hora de comer. Es posible que se hable del robo que ha cometido y que prometa a Davis la devolución de las acciones. Sea como sea, logra que el muchacho le acompañe a Clapham. La casa está vacía porque la doncella ha salido, ya que es su día libre, y *mistress* Todd está en la subasta. De modo que cuando, más adelante, se descubra el robo y se eche a Davis de menos, ¡se le acusará de haber sustraído las acciones! Mister Simpson se sentirá para entonces seguro y podrá volver al trabajo a la mañana siguiente como empleado fiel a quien todos conocen.

—Pero ¿y Davis?

Poirot hizo un gesto expresivo y meneó la cabeza.

—Así, a sangre fría, parece increíble. Sin embargo, no le encuentro al hecho otra explicación, *mon ami*. La única dificultad con que tropieza siempre el animal es la de desembarazarse de su víctima. Pero Simpson lo ha planeado de antemano. A mí me llamó la atención el hecho siguiente: ya recordará que cuando Elisa salió de casa, pensaba volver a ella por la noche, de aquí su observación acerca de los melocotones en conserva. Sin embargo, su baúl estaba cerrado y atado cuando fueron a buscarlo.

Simpson fue quien pidió a Carter Peterson que pasara el viernes, de modo que fue Simpson quien ató el baúl el jueves por la tarde. ¿Quién iba a sospechar de un hecho tan natural y corriente? Una sirvienta que se despide de la casa en que sirve manda a por su baúl, que ya está cerrado, y con una etiqueta que lleva probablemente las señas de una estación cercana. El sábado por la tarde, Simpson, con su disfraz de colono australiano, reclama el baúl, le pone un nuevo rótulo y lo manda a un sitio «donde permanecerá hasta que manden por él». Así cuando las autoridades, recelosas, ordenen que sea abierto, ¿a quién se culpará del crimen cometido? A un colonial barbudo que lo facturó desde una estación vecina a la de Londres y por consiguiente que no tendrá la menor relación con el número 88 de la calle Prince Albert de Clapham.

Los pronósticos de Poirot resultaron ciertos. Simpson había salido de la casa de los Todd dos días antes, pero no escaparía a las

consecuencias de su crimen. Con la ayuda de la telegrafía sin hilos fue descubierto, camino de América, en el Olimpia.

Un baúl de metal que ostentaba el nombre de mister Henry Wintergreen atrajo la atención de los empleados de la estación de Glasgow y al ser abierto se halló en su interior el cadáver del infortunado Davis.

El talón de una guinea que *mistress* Todd regaló a Poirot no se cobró jamás. Poirot le puso un marco y lo colgó de la pared de nuestro salón.

—Me servirá de recuerdo, Hastings —dijo—. No desprecie nunca lo trivial, lo menos digno. Repare que en un extremo está una doméstica desaparecida… y en el otro un criminal de sangre fría. ¡Para mí, éste ha sido el más interesante de los casos en que he intervenido!

El misterio de Cornwall

—Mistress Pengelley —anunció nuestra patrona. Y se retiró discretamente.

Por regla general personas de toda índole acuden a visitar a Poirot, pero, en mi opinión, la mujer que se detuvo, nerviosa, junto a la puerta manoseando la boa de plumas, era de las más vulgares. Representaba unos cincuenta años, era delgada, de rostro marchito, vestía un traje sastre y sobre los cabellos grises se había puesto un sombrero que no la favorecía. En una capital de provincia pasamos todos los días por delante de muchas *mistress* Pengelley.

Poirot, que se dio cuenta de su visible confusión, la acogió con agrado, avanzando unos pasos.

—*Madame*, siéntese, por favor. Mi colega, el capitán Hastings.

La señora tomó asiento murmurando:

—¿Es usted *Monsieur* Poirot, el detective?

—Sí, señora. A su disposición.

La visitante suspiró, se retorció las manos, se puso colorada.

—¿Puedo servirle en algo, *madame*?

—Sí, señor… Creo… Me pareció que…

—Continúe, *madame*, por favor.

Mistress Pengelley se dominó mediante un esfuerzo de voluntad al verse animada por mi amigo.

—El caso es, *Monsieur* Poirot… que no quisiera tener nada que ver con la policía. ¡No, no pienso acudir a ella por nada del mundo! Pero al mismo tiempo… me tiene preocupada. Sin embargo, no sé si debo…

Mistress Pengelley calló bruscamente.

—Yo no tengo nada que ver con la policía —le aseguró Poirot—. Mis investigaciones son estrictamente particulares.

Mistress Pengelley se aferró a la palabra.

—Particularmente, eso es. Es lo que deseo. No quiero habladurías, ni comentarios, ni sueltos en los periódicos. Porque cuando la Prensa desbarra, las pobres familias ya no vuelven a levantar la cabeza. Además de que no estoy segura… Se trata de una idea, una idea terrible que se me ha ocurrido y que no me deja en paz. — Hizo una pausa para cobrar aliento y luego siguió diciendo—: No quisiera juzgar mal al pobre Edward… mas suceden cosas tan terribles hoy día.

—Permítame… ¿Edward es su marido?

—Sí.

—¿Qué es lo que sospecha?

—No quisiera tener que decirlo, *Monsieur* Poirot, pero como todos los días suceden cosas parecidas y los desgraciados ni siquiera sospechan…

Yo comenzaba a desesperar de que la pobre señora se decidiera a hablar claro, pero la paciencia de Poirot era inagotable.

—Explíquese sin temor, *madame*. Verá cómo se alegra cuando le demostremos que sus recelos carecen de fundamento.

—Es muy cierto. Además de que cualquier cosa será mejor que esta espantosa incertidumbre. *Monsieur* Poirot, temo que… ¡me están envenenando!

—¿Qué le induce a creerlo?

Una vez superada la reticencia de *mistress* Pengelley se metió en una intrincada serie de explicaciones más propias para los oídos de un médico, que para los nuestros de índole policíaca.

—Conque dolor y malestar después de las comidas, ¿no es eso? —dijo Poirot pensativo—. ¿La ha visitado un médico, *madame*? ¿Qué dice?

—Dice que tengo una gastritis aguda. Pero he reparado en su inquietud, en su perplejidad. Cambia continuamente de medicamentos, pero ninguno me sienta bien.

—¿Le ha hablado de… sus temores?

—No, *Monsieur* Poirot. No quiero que se divulgue la noticia. Quizá sea realmente una gastritis lo que padezco. De todas maneras es raro que en cuanto se va Edward de casa todos los fines de semana, vuelva a sentirme bien. Incluso Freda, mi sobrina, se ha fijado en ello. Luego hay lo de la botella del veneno para las malas

hierbas, casi vacía, a pesar de que asegura el jardinero que no se utiliza.

Mistress Pengelley miró con expresión suplicante a Poirot que sonrió para tranquilizarla, mientras tomaba papel y lápiz.

—Vamos a ser prácticos, *madame* —dijo—. ¿Dónde residen ustedes?

—En Polgarwith, pequeña ciudad de Cornwall.

—¿Hace tiempo que habitan en esa ciudad?

—Catorce años.

—Usted y su marido ¿son los únicos habitantes de la casa? ¿Tienen ustedes hijos?

—No.

—Pero ¿sí una sobrina?

—Sí, Freda Stanton, hija de la única hermana de Edward. Ha vivido con nosotros por espacio de ocho años, o sea hasta la semana pasada.

—¡Oh! ¿Qué pasó en esa semana?

—Pues la verdad es que no sé qué le pasó a Freda. Se mostraba ruda, impertinente, cambiaba con frecuencia de humor hasta que un día, después de uno de sus desahogos, salió de casa y alquiló habitaciones en otra calle de la población. Desde entonces no he vuelto a verla. Vale más esperar a que recupere el sentido común, como dice mister Radnor.

—¿Quién es mister Radnor?

Parte del embarazo inicial de *mistress* Pengelley reapareció.

—Oh, pues, es un amigo. Un muchacho muy agradable.

—¿Existe alguna clase de relación entre él y su sobrina?

—En absoluto —dijo *mistress* Pengelley con marcado énfasis.

Poirot pasó a un terreno más positivo.

—¿Están usted y su marido en buena posición?

—Sí, gozamos de una posición bastante buena.

—¿El capital es suyo o de él?

—Es todo de Edward. Yo no poseo nada mío.

—Para ser prácticos, *madame*, compréndalo, tenemos que ser brutales. ¡Tenemos que buscar un motivo, porque no creo que su marido la esté envenenando sólo *pour passer le temps*! ¿Sabe si tiene alguna razón para desear quitarla a usted de en medio?

—¡Oh, una arpía de cabellos rubios! —dijo *mistress* Pengelley

dejándose llevar de un arrebato de cólera—. Mi marido es dentista, *Monsieur* Poirot, y como ayudanta dice que no hay nada como una muchacha despierta, de cabello rizado y delantal blanco para atraer a la clientela. Y a pesar de que jura lo contrario, yo sé que la acompaña muchas veces.

—¿Quién pidió la botella del veneno, *madame*?

—Mi marido… hará cosa de un año.

—¿Tiene su sobrina dinero propio?

—Una renta de unas cincuenta libras al año sobre poco más o menos. Si yo se lo permitiera, volvería con gusto a gobernarle la casa a Edward.

—Entonces, ¿usted ha pensado en dejarle?

—Yo no pretendo dejarle para que se salga con la suya. Las mujeres ya no somos esclavas ni toleramos que se nos ponga el pie encima, *Monsieur* Poirot.

—La felicito por ese espíritu independiente, *madame*; pero seamos prácticos. ¿Piensa volver hoy a Polgarwith?

—Sí, vine aquí de excursión. El tren salió de allá a las seis de la mañana y volverá a las cinco de la tarde.

—¡Bien! De momento no tengo mayor cosa que hacer. Puedo dedicarme a este pequeño *affaire*. Mañana llegaremos a Polgarwith. Diremos que aquí, el amigo Hastings, es un pariente lejano, el hijo de un primo segundo, ¿le parece bien? Y que yo soy un amigo algo excéntrico. Entretanto coma únicamente lo que preparen sus manos o se haga bajo su dirección. ¿Tiene una doncella de confianza?

—Sí. Jessie es buena chica, estoy segura.

—Entonces, hasta mañana, *madame*. Valor.

Poirot acompañó a la señora hasta la puerta y volvió pensativo a instalarse en su sillón. Sin embargo, su absorción no era tan profunda que no reparara en dos plumitas arrancadas de la boa de plumas de *mistress* Pengelley por la agitada señora. Las cogió con cuidado y las echó a la papelera.

—Bueno, Hastings —me preguntó—. ¿Qué deduce de lo que acaba de escuchar?

—¡Hum! Nada bueno —respondí.

—Sí, si lo que sospecha la señora es cierto. Pero ¿lo es? Hoy en día ningún marido puede pedir así como así una botella de matahierbas. Si su mujer padece de gastritis y además posee un

temperamento histérico, la carne estará en el asador.

—¿Así cree usted que sólo se trata de eso?

—*Ah, Voilà*… No lo sé, Hastings. Pero el caso me interesa enormemente aunque en verdad no es nuevo. De aquí que haya hablado del histerismo aun cuando *mistress* Pengelley no me parece muy histérica. Sí, o mucho me engaño o tenemos aquí un drama intenso y muy humano. Dígame, Hastings, ¿cuáles son a su manera de ver los sentimientos que su marido inspira a la buena señora?

—La fidelidad en lucha con el miedo —sugerí.

—Sí, de ordinario una mujer acusará a todo el mundo… menos… a su marido. Se aferrará a su fe en él contra viento y marea.

—Pero «la otra» vendrá a complicar las cosas…

—Sí, bajo el acicate de los celos, el amor puede transformarse en odio. Pero el odio la movería a acudir a la policía, no a mí. Querría armar un escándalo y que todo el mundo se enterara. No, no, utilicemos las células grises. ¿Por qué ha venido a buscarme? ¿Para que le demuestre que sus sospechas son infundadas o para que las confirme? Ah, tenemos aquí el factor desconocido, algo que no comprendo. ¿Es nuestra *mistress* Pengelley una actriz estupenda? No, era sincera, juraría que era sincera y por ello me interesa. Haga el favor de mirar en la Guía de Ferrocarriles el horario de los tres.

El que más nos convenía era el de la 1:50 que llegaba a Polgarwith poco después de las 2. El viaje se verificó sin obstáculos y salí de una agradable siestecilla para bajar al andén de una pequeña y oscura estación. Nos dirigimos con nuestras maletas al Duchy Hotel y, después de tomar una cena ligera, mi amigo sugirió que fuéramos a hacer una visita a mi supuesta prima.

La casa de los Pengelley se hallaba algo distante de la carretera y tenía delante un jardín de un estilo pasado de moda. La brisa nos trajo el perfume de diversas flores.

Parecía imposible asociar ideas de violencia a aquel encanto tan propio de pasadas épocas. Poirot llamó al timbre y luego con los nudillos, pero nadie contestó a su llamada. Entonces volvió a pulsar el timbre. Después de una corta pausa, nos abrió una doncella desmelenada, con los ojos colorados, que resollaba con fuerza.

—Deseamos ver a *mistress* Pengelley —explicó Poirot—. ¿Podemos pasar?

La doncella se nos quedó mirando fijamente. Con una franqueza poco usual replicó luego:

—Entonces, ¿no saben la novedad? *Mistress* Pengelley ha fallecido. Hace media hora, poco más o menos, que ha dejado de existir.

Nosotros la miramos, aturdidos.

—¿De qué ha muerto? —pregunté después.

—No lo sé. Pero les aseguro que si no fuera porque no quiero dejar a mi pobre señora sola, haría la maleta y saldría de aquí esta misma noche. Claro que no puedo dejarla, porque no tiene a nadie que la vele. No soy la que debe hablar, pero todo el mundo lo sabe. La noticia corre por toda la ciudad. Si mister Radnor no escribe al secretario del Home Office, otro lo hará. El médico dirá lo que quiera. Yo he visto con estos ojos que se ha de comer la tierra, cómo cogía el señor de su estante la botella matahierbas. Al ver que yo le miraba dio un salto, pero la señora tenía la sopa, ya hecha, encima de la mesa. Le aseguro que mientras permanezca en esta casa no probaré bocado ni bebida de ninguna clase aunque me muera de hambre.

—¿Dónde vive el médico que visitó a la señora?

—Es el doctor Adams. Vive ahí, a la vuelta de la esquina, en la High Street. Es la segunda casa.

Poirot le volvió bruscamente la espalda. Estaba muy pálido.

—La muchacha no quería abrir la boca, pero ha hablado de más —observé secamente.

—He sido un imbécil, Hastings, un criminal. Me alabo de mi inteligencia y he dejado perder una vida humana, una vida que vino a mí para que la salvara. Pero, la verdad, no se me ocurrió pensar que sucedería esto tan pronto. ¡Que el buen Dios me perdone!

Pero la historia de *mistress* Pengelley me pareció falsa… Bueno, ahí está la casa del doctor. Veremos lo que nos dice.

El doctor Adams era el típico médico de aldea, de mejillas sonrosadas. Nos recibió cortésmente, pero a la sola insinuación de lo que allí nos llevaba se puso muy colorado.

—¡Es una tontería! ¡Es una tontería! —exclamó—. Yo he llevado el caso y sé muy bien que *mistress* Pengelley padecía una gastritis, una gastritis, pura y sencillamente. En esta ciudad se murmuraba mucho, existe un grupo de viejas que, cuando se reúnen, inventan

sólo Dios sabe qué infundios. Claro, leen periódicos o revistas truculentas y luego suponen que en Polgarwith se envenena también a la gente. En cuanto ven una botella de matahierbas se les dispara la imaginación. Conozco a fondo a Edward Pengelley y sé que es incapaz de matar a una rata. ¿Quieren ustedes decirme para qué iba a envenenar a su mujer? Realmente no veo el motivo.

—Lo ignoramos. Pero existen hechos que usted desconoce —manifestó Poirot.

Muy brevemente le explicó a continuación los hechos más relevantes de la visita de *mistress* Pengelley. El doctor Adams se quedó atónito. Los ojos se le saltaban de las órbitas.

—¡Dios nos asista! —exclamó—. Esa pobre mujer estaba loca. ¿Por qué no se confió a mí? ¿No era lo más natural?

—Quizá temió que se riera usted de sus temores.

—Nada de eso. Yo tengo unas ideas amplias.

Poirot sonrió. El médico estaba más trastornado de lo que quería confesar. Cuando salimos de su casa, Poirot se echó a reír.

—Es tan testarudo como una mula —observó—. Ha dicho gastritis y gastritis tiene que ser. Sin embargo, no está tranquilo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Volver al hotel y pasar una mala noche en sus lechos provincianos, *mon ami*. ¡No hay nada tan temible como una habitación económica en Inglaterra!

—¿Y mañana…?

—*Rien a faire*. Volvamos en el primer tren a la ciudad y esperemos.

—Eso es muy cómodo. ¿Y si no pasase nada?

—Pasará, se lo prometo. Nuestro buen doctor hará su certificado, pero las malas lenguas no callarán. Y digo a usted que no hablarán sin motivo.

Nuestro tren salía a las once de la mañana siguiente. Antes de dirigirnos a la estación, sin embargo, Poirot expresó el deseo de ver a *miss* Freda Stanton, la sobrina de la que nos había hablado la difunta. No nos costó trabajo dar con la casa. La hallamos en compañía de un joven alto, moreno, a quien con cierta confusión nos presentó bajo el nombre de mister Jacob Radnor.

Miss Freda Stanton era una muchacha muy bonita y tenía el tipo propio de Cornwall, de ojos y cabellos oscuros y rosadas mejillas.

Aquellas negras pupilas brillaban a veces con un fuego que hubiera sido temerario provocar.

—¡Pobre tía! —dijo cuando después de presentarnos Poirot le explicó el motivo de nuestra presencia allí—. ¡Es muy lamentable lo ocurrido! Toda la mañana me digo que ojalá hubiera sido más amable y más paciente con ella.

—Bastante paciencia tuviste, Freda —interrumpió mister Radnor.

—Sí, Jacob, pero tengo el genio vivo, lo sé. Después de todo la tía se ponía un poco tonta solamente. Yo debí reírme de su tontería y no darle importancia. Figúrese que se le metió en la cabeza que el tío la estaba envenenando porque se ponía peor cada vez que él le daba la comida. Claro, se ponía peor a fuerza de pensar en aquello.

—¿Cuál fue la causa de su desavenencia con usted, *mademoiselle*?

Miss Stanton titubeó y miró a Radnor. El caballero fue rápido en coger al vuelo la insinuación.

—Freda, me marcho —dijo—. Ya te veré por la tarde. ¡Adiós, caballeros! ¿Se dirigían ustedes seguramente a la estación?

Poirot replicó que así era, en efecto, y Radnor se marchó.

—Están ustedes prometidos, ¿verdad? —preguntó Poirot con sonrisa taimada.

Freda Stanton se ruborizó.

—Esto era lo que en realidad disgustaba a la tía —confesó.

—¿No aprobaba su elección?

—Oh, no es que no la aprobara. Es que… —la muchacha calló de pronto.

—Diga —dijo animándola Poirot.

—Ha muerto y no quisiera empañar su memoria, pero, como si no se lo digo no se hará cargo de lo ocurrido… La tía estaba prendada de Jacob.

—¿De veras?

—Sí; ¿no es absurdo? Pasaba de los cincuenta y él no ha cumplido los treinta, pero así es. Por ello cuando dije que venía por mí se portó muy mal. En un principio se negó a creerlo y estuvo tan ruda y tan insultante que no tiene nada de extraño que me dejara llevar de un arrebato. Hablé con Jacob y convinimos que lo mejor era que yo me marchara hasta que se le pasara la tontería. ¡Pobre

tía! Su estado era muy particular.

—Así parece. Gracias, *mademoiselle*, por su bondad al aclarar las cosas.

Me sorprendió ver a Radnor que nos esperaba pacientemente en la calle.

—Adivino lo que Freda les ha contado —dijo—; fue un hecho muy embarazoso para mí, como ya comprenderán, y no necesito decir que yo no tuve la culpa de todo lo ocurrido. Primero imaginé que la pobre señora se mostraba amable para ayudar a Freda, pero… su actitud era absurda y extraordinariamente desagradable.

—¿Cuándo piensan contraer matrimonio usted y *miss* Stanton?

—Pronto, confío en ello. Ahora, *Monsieur* Poirot, voy a serle franco. Sé algo más de lo que sabe mi prometida. Ella cree que su tío es inocente. Yo no estoy tan seguro. Pero le diré una cosa: que pienso mantener la boca cerrada. Los perros duermen, ¡que sigan durmiendo! No deseo ver juzgado y condenado al tío de mi mujer.

—Aunque nadie lo confiesa somos egoístas, mister Radnor. Haga lo que usted guste, pero también yo voy a serle franco: creo que no servirá de nada.

—¿Por qué no?

Poirot levantó un dedo. Era día de mercado y cuando pasamos por delante de él oímos dentro un murmullo continuo.

—La voz del pueblo, mister Radnor… Ah, corramos, no sea que perdamos el tren.

—Muy interesante, ¿verdad, Hastings? —dijo Poirot al salir el tren, silbando, de la estación.

Había sacado un peine de bolsillo, luego un espejo microscópico, y se peinaba con cuidado el bigote, cuya simetría había alterado nuestra carrera.

—Veo que a usted se lo parece —respondí—. Para mí es sórdido y desagradable y ni siquiera encierra ningún misterio.

—Convengo en que el caso no tiene nada de misterio.

—¿Cree usted en lo que esa muchacha nos ha contado del enamoramiento extraordinario de su tía? ¿No será un cuento? Porque *mistress* Pengelley me pareció una mujer muy simpática y respetable.

—No veo en ello nada de extraordinario, al contrario, es muy vulgar. Si lee los periódicos con atención se dará cuenta de que no

es infrecuente que una mujer decente que ha vivido al lado de su marido por espacio de veinte años y que tiene también una familia, los abandona para unir su vida a la de un hombre muchísimo más joven.

Usted admira a *les femmes*, Hastings; se postra de hinojos ante las que son hermosas y tiene el buen gusto de mirarlas con la sonrisa en los labios; pero psicológicamente las desconoce por completo. En el otoño de la vida de una mujer es justamente cuando llega siempre para ella el mal momento, un momento de locura, en que anhela vivir una novela, una aventura, antes de que sea demasiado tarde. Y lo mismo sucede a la respetable esposa de un dentista de provincia.

—Así, ¿usted opina…?

—Que todo hombre hábil puede aprovecharse de dicho momento.

—Yo no me atrevería a llamar hábil a Pengelley —murmuré—. Toda la población murmura de él. Sin embargo, creo que tiene usted razón. Radnor y el doctor, las dos únicas personas que saben algo, desean acallar esos rumores. Él ha conseguido esto, desde luego. Me hubiera gustado conocerle.

—Pues puede salirse con la suya. Vuelva en el próximo tren y dígale que le duele una muela.

Yo le dirigí una mirada penetrante.

—Quisiera saber por qué juzga tan interesante el caso.

—Despertó mi interés una observación suya, Hastings. Después de entrevistar a la doncella dijo usted que había hablado demasiado a pesar de no querer abrir la boca.

—Lo que me extraña es que no haya usted querido ver a mister Pengelley.

—*Mon ami*, le concedo tres meses de tiempo. Luego le veremos todo lo que guste… en el juicio.

Yo creí esta vez que Poirot iba desencaminado porque transcurrió el tiempo sin que supiéramos nada de nuestra casa de Cornwall. Otros asuntos requirieron entretanto nuestra atención y comenzaba a olvidar la tragedia Pengelley cuando me la recordó un párrafo del periódico en el que se comunicaba al público que el secretario de Home Office había dado orden de que se inhumase el cadáver de *mistress* Pengelley.

Poco después el «misterio de Cornwall», como se le denominaba, era el tópico de todos los periódicos. Por lo visto la murmuración no cesó nunca del todo en Polgarwith y cuando el viudo Pengelley anunció su compromiso oficial con *miss* Marks, su ayudante, las lenguas se movieron con inaudita vivacidad. Finalmente, se envió una petición al secretario del Home Office y se exhumó el cadáver; se descubrieron en sus vísceras grandes cantidades de arsénico; se detuvo y acusó a mister Pengelley de la muerte de su mujer.

Poirot y yo asistimos a la investigación preliminar. Las declaraciones fueron muy numerosas. El doctor Adams admitió que los síntomas del envenenamiento por arsénico pueden confundirse fácilmente con los síntomas de una gastritis; el perito del Home prestó declaración; Jossie, la doncella, dejó escapar por su boca una avalancha de informes incoherentes, muchos de los cuales se rechazaron, pero algunos otros confirmaron la culpabilidad del preso. Jacob Radnor declaró que el día de la muerte de *mistress* Pengelley, al llegar él inesperadamente a la casa sorprendió a mister Pengelley en el acto de colocar la botella de veneno en un estante y que el plato de sopa de *mistress* Pengelley se hallaba sobre una mesa vecina. Luego se llamó a *miss* Marks, la rubia ayudante, que llorando, presa de un ataque de histerismo, manifestó que mister Pengelley había prometido que se casaría con ella en el caso de que le sucediera algo a su mujer. Pengelley se reservó la defensa y quedó pendiente de la llamada a juicio.

Jacob Radnor volvió con nosotros a nuestro departamento.

—Ya ve, señor mío, cómo tenía yo razón —dijo Poirot—. La voz del pueblo ha sonado… con firmeza. No le ha servido en absoluto de nada pretender ocultar lo ocurrido.

—Sí, tiene razón —suspiró Radnor—. ¿Qué opina? ¿Cómo saldrá de ésta mister Pengelley?

—Como se ha reservado la defensa, es muy posible también que se haya reservado algún triunfo en la manga, como dicen ustedes, los ingleses. ¿Quiere subir un momento con nosotros?

Radnor aceptó la invitación. Yo pedí a la patrona dos vasos de *whisky* con soda y una taza de chocolate.

—Naturalmente —seguía diciendo Poirot— que tengo ya experiencia en esta clase de asuntos. Por ello sólo veo una salida para nuestro hombre.

—¿Cuál?

—La de que firme usted este papel.

Y con la agilidad de un conspirador, mi amigo se sacó del bolsillo una hoja de papel cubierta de caracteres de escritura.

—¿Qué es eso?

—La confesión escrita de que fue usted el que asesinó a *mistress* Pengelley.

Hubo un momento de silencio y después Radnor rió.

—¡Usted está loco!

—No, no, amigo mío, no lo estoy. Usted vino aquí; usted inició un pequeño negocio; usted estaba falto de dinero. Mister Pengelley es hombre acaudalado; usted conoció a su sobrina y le cayó en gracia. Por ello pensó desembarazarse del tío y de la tía; luego *miss* Stanton heredaría, puesto que era su única pariente. ¡Qué hábilmente lo planeó todo! Usted hizo el amor a la pobre mujer, entrada en años, fea, vulgar, hasta que la convirtió en una esclava. Usted implantó en su espíritu dudas relativas a su marido.

Primero descubrió que la engañaba, luego bajo su inspiración, que trataba de envenenarla. Usted hacía frecuentes visitas a la casa y por ello tuvo ocasión de poner veneno en sus alimentos. Pero cuidó de no hacer esto nunca cuando el marido estaba ausente. Como era mujer, *mistress* Pengelley no supo reservarse sus sospechas, sino que habló de ellas a su sobrina; y ésta, no cabe dudarlo, a algunos amigos. La sola dificultad que se le ofrecía a usted era mantener relaciones por separado con las dos mujeres y aun esto no era tan fácil como a primera vista parecía. Usted explicó a la tía que, para no despertar las sospechas del marido tenía que hacerle el amor a la sobrina.

Y la señorita no tardó en convencerse de que no podía considerar en serio a su tía como una rival.

“Pero, sin decir nada, *mistress* Pengelley decidió entonces venir a consultarme. Si podía asegurarme, sin lugar a duda, de que su marido pretendía envenenarla, estaría muy justificado que le abandonara y que uniera su vida a la de usted… que es lo que imaginaba que usted quería. Pero a usted no le convenía eso. Tampoco quería que un detective le vigilara. Estaba usted en casa de los Pengelley cuando el marido le llevó un plato de sopa a su mujer e introdujo en él la dosis fatal. El resto es bien simple.

Usted deseaba, aparentemente, acallar toda sospecha, pero las fomentaba en secreto.

¡No contaba con Hércules Poirot, mi inteligente y joven amigo!

Radnor estaba mortalmente pálido. Sin embargo, trató todavía de aparentar serenidad para imponerse a la situación.

—Es usted muy ingenioso e interesante —comentó—. ¿Por qué me cuenta todo eso?

—Porque represento a *mistress* Pengelley, no a la Ley. Y en bien de ella voy a darle una ocasión de escapar. Firme este papel y le concederé veinticuatro horas de tiempo antes de ponerlo en manos de la policía.

Radnor titubeaba.

—Usted no puede demostrar nada.

—¿Lo cree así? Recuerde que soy Hércules Poirot. Mire, *Monsieur*, por la ventana.

¿Ve en la calle dos hombres aposentados? Pues tienen orden de no perderle de vista.

Radnor se acercó a la ventana y descorrió un visillo. Enseguida retrocedió, profiriendo un juramento.

—¿Lo ve, *Monsieur*? Firme, aproveche la ocasión.

—Pero ¿qué garantía puede darme de que…?

—¿Mantendré mi promesa? La palabra de Hércules Poirot. ¿Firma? Bueno.

Hastings, descorra a medias ese visillo. Es la señal de que debe dejarse marchar a mister Radnor sin molestarle.

Radnor se apresuró a salir, mascullando juramentos, con el rostro blanco. Poirot inclinó la cabeza.

—¡Es un cobarde! Lo sabía.

—Se me figura —dije furioso—, que su actuación ha sido criminal. Usted predica siempre que no hay que dejarse llevar de los sentimientos. Sin embargo, deja huir a un criminal peligroso por puro sentimentalismo.

—No, por pura necesidad —repuso Poirot—. ¿No ve, amigo mío, que no poseo ninguna prueba de su culpabilidad? ¿Quiere que me coloque ante doce obtusos naturales de Cornwall para contarles lo que he averiguado? Se reirían de mí. No he podido hacer más de lo que acaba de ver: atemorizar a ese hombre y arrancarle una confesión. Esos desocupados de la calle me han sido muy útiles.

Vuelva a correr el visillo, ¿quiere, Hastings? Ya no necesitamos tenerlo descorrido. Formaba parte de la *mise en scene*.

"Bien, bien, hagamos ahora honor a nuestra palabra. ¿Dije veinticuatro horas, no es eso? Tanto peor para mister Pengelley. No merece otra cosa, porque la verdad es que engañaba a su mujer. Y yo soy paladín de la vida de familia, como ya sabe. Bien, veinticuatro, ¿y después? Tengo gran fe en Scotland Yard. ¡Le cogerán, *mon ami*, le cogerán!

Las aventuras de Johnnie Waverly

—Tiene que comprender los sentimientos de una madre —repitió la señora Waverly, quizá por sexta vez y mirando suplicante a Poirot.

Nuestro pequeño amigo, siempre comprensivo ante una madre apurada, trató de tranquilizarla con un gesto.

—Pues claro, claro; la comprendo perfectamente. Confíe en Papá Poirot.

—La policía… —comenzó a decir el señor Waverly.

Su esposa despreció la interrupción.

—Yo no quiero saber nada más de la policía. ¡Confiamos en ellos, y mira lo que ha ocurrido! Pero he oído hablar tanto del señor Poirot y de las cosas tan maravillosas que ha realizado, que presiento que él tal vez pueda ayudarnos. Los sentimientos de una madre…

Poirot, con un gesto elocuente, se apresuró a evitar otra repetición. La emoción de la señora Waverly era auténtica, y contrastaba con su carácter duro y áspero. Cuando supo que era la hija de un importante fabricante de aceros de Birmingham que se había abierto camino en la actual posición, comprendió que había heredado muchas de las cualidades paternas.

El señor Waverly era un hombre grandote y jovial. De pie y con las piernas muy separadas tenía todo el aspecto de un campesino hacendado.

—Supongo que está enterado de todo, ¿verdad, señor Poirot?

La pregunta era casi superflua. Durante varios días los periódicos publicaron amplias informaciones acerca del sensacional rapto del pequeño Johnnie Waverly, de tres años de edad y heredero de Marcus Waverly, Waverly Court, Surrey, una de las familias más antiguas de Inglaterra.

—Desde luego, conozco los detalles más importantes, pero le ruego que vuelva a contarme toda la historia, *Monsieur*, y sin olvidarse de nada, por favor.

—Bien. Creo que el principio de todo esto fue la carta anónima que recibí hace diez días… (¡qué desagradables son los anónimos!) y que no tenía ni pies ni cabeza. El que escribía me exigía la entrega de veinticinco mil libras, veinticinco mil libras señor Poirot. Me amenazaba con raptar a Johnnie en caso contrario. Naturalmente, arrojé el anónimo al cesto de los papeles. Cinco días después recibí otra carta por el estilo: «Si no paga, su hijo será secuestrado el veintinueve». Eso fue el veintisiete. Ada estaba muy alarmada, pero yo no quise tomar en serio el asunto. ¡Maldita sea!, estamos en Inglaterra. Nadie va por ahí raptando niños para conseguir un rescate.

—Desde luego, no es muy corriente —repuso Poirot—. Continúe, *Monsieur*.

—Bien. Ada no me dejaba en paz… de modo que, aunque considerándolo una tontería, puse el caso en manos de Scotland Yard. No parecieron tomarlo muy en serio, inclinándose a pensar como yo, que debía tratarse de una broma. El día veintiocho recibí la tercera carta. «No ha pagado. Su hijo será raptado mañana a las doce del mediodía. Y su rescate le costará cincuenta mil libras». Volví a Scotland Yard. Esta vez parecieron algo más impresionados. Se inclinaban a pensar que aquellas cartas fueron escritas por un lunático, y que era probable que a la hora señalada hubiera algún intento de secuestro. Me aseguraron que tomarían todas las precauciones para evitarlo. El inspector McNeil con las fuerzas convenientes irían a Waverly a la mañana siguiente para cuidar de ello.

“Volví a casa mucho más tranquilo. No obstante, di orden de que no dejaran entrar a ningún extraño, y de que nadie saliera sin mi consentimiento. Transcurrió la tarde sin novedad, más a la mañana siguiente mi esposa se encontraba seriamente enferma.

Asustado, envié a buscar al doctor Darkens. Al parecer, los síntomas que apreció le sumieron en un mar de confusiones y pude comprender lo que pasaba por su mente.

Me aseguró que la enferma no corría peligro, pero que tardaría uno o dos días en restablecerse. Al volver a mi habitación tuve la

sorpresa de encontrar una nota prendida en mi almohada escrita con la misma letra que las otras y conteniendo sólo tres palabras: «A las doce».

"Confieso, señor Poirot, que en aquellos momentos lo vi todo rojo. Alguien que vivía en mi propia casa tenía que ver en ello. Reuní a todos los criados y les puse de vuelta y media. Nunca se acusan unos a otros; fue la señora Collins, dama de compañía de mi esposa, quien me informó de que había visto a la niñera de Johnnie salir de casa a primeras horas de la mañana. La atosigué a preguntas y confesó. Había dejado al niño con otra de las doncellas para ir a ver a… un hombre. ¡Así van las cosas! Negó haber prendido la nota en mi almohada… Es posible que dijera la verdad; no lo sé. Me di cuenta de que no podía correr el riesgo de que la propia niñera formara parte del complot. Uno de los criados estaba complicado en él. Al fin, perdido el dominio de mis nervios, los despedí a todos, incluyendo a la *nurse*. Les di una hora para recoger sus cosas y salir de la casa.

El rostro, ya de por sí encarnado del señor Waverly, se puso dos veces más rojo al recordar su pasado arrebato.

—¿No fue algo imprudente, *Monsieur*? —sugirió Poirot—. Porque de ese modo pudo usted ayudar a sus enemigos con toda efectividad.

—No se me ocurrió —dijo el señor Waverly mirando con fijeza al detective—. Mi intención era que se fueran todos. Telegrafié a Londres para que enviaran nuevo servicio aquella misma tarde. Entretanto, sólo había dos personas en la casa en quienes poder confiar: la secretaria de mi esposa, *miss* Collins, y Tredwell, el mayordomo, que ha estado conmigo desde que yo era niño.

—Y esa señorita Collins, ¿cuánto tiempo lleva con ustedes?

—Sólo un año —repuso la señora Waverly—. Es una secretaria incomparable y también ha resultado un ama de llaves muy eficiente.

—¿Y la niñera?

—La tenemos desde hace seis meses. Presentó inmejorable referencia. De todas formas, nunca me agradó a pesar de que Johnnie la adoraba.

—Sin embargo, creo que cuando ocurrió la catástrofe ya se había marchado. Señor Waverly, ¿quiere tener la bondad de

continuar?

El señor Waverly se apresuró a obedecer.

—El inspector McNeil llegó a eso de las diez y media. Entonces los criados ya se habían marchado, y se declaró muy satisfecho con los arreglos hechos. Había dejado varios hombres apostados en el parque, guardando todas las entradas que pudieran llevar hasta la casa y me aseguró que si todo aquello era una burla cogería al misterioso corresponsal.

«Fui a buscar a Johnnie y con el inspector nos refugiamos en una habitación que llamamos la Cámara del Consejo. El inspector cerró la puerta con llave. Hay un gran reloj y las manecillas señalaban casi las doce. No puedo negar que estaba más nervioso que un gato. De pronto el reloj comenzó a sonar y yo estreché a Johnnie contra mi pecho. Tenía la sensación de que el secuestrador iba a caer del techo. Al dar la última campanada se oyó una gran conmoción fuera… gritos y carreras. El inspector abrió la ventana y el sargento se acercó corriendo».

«—Ya lo tenemos, señor —jadeó—. Estaba oculto entre los arbustos».

«Salimos corriendo a la terraza, donde dos agentes sujetaban a un individuo mal vestido que se debatía en un vano afán de escapar. Uno de los policías estaba abriendo un paquete que acababa de quitar al prisionero. Contenía un poco de algodón hidrófilo y una botella de cloroformo. Aquello me hizo arder la sangre. Había además una nota dirigida a mí. La abrí: decía lo siguiente: "Debió haber pagado. Ahora el rescatar a su hijo le costará cincuenta mil libras. A pesar de todas sus precauciones, ha sido secuestrado a las doce del veintinueve, como yo le dije"».

Solté una risotada de alivio, pero al mismo tiempo oí el ruido de un motor de automóvil y un grito. Volví la cabeza. Por la avenida y en dirección a South Lodge corría un coche gris chato y largo a toda velocidad. El conductor fue quien gritó, pero no era eso lo que me hizo estremecer de horror, sino la vista de los rizos rubios de Johnnie, que estaba sentado a su lado.

«El inspector lanzó una maldición».

«—El niño estaba aquí hace sólo un minuto —exclamó repasándonos con la vista—».

Todos nosotros estábamos aquí, yo, Tredwell, la señorita Collins.

«—¿Cuándo le vio usted por última vez, señor Waverly?» —me preguntó.

«Traté de recordar. Cuando el sargento nos llamó, salí corriendo con el inspector, olvidando a Johnnie. Y entonces oímos un sonido que nos sobresaltó, el de las campanas del reloj del pueblo. El inspector extrajo de su bolsillo el suyo con una exclamación. Eran exactamente las doce. Como impulsados por un resorte, corrimos a la Cámara del Consejo; el reloj marcaba la hora y diez minutos. Alguien lo había adelantado deliberadamente, porque nunca se adelanta o atrasa. Es un reloj perfecto».

El señor Waverly hizo una pausa. Poirot, sonriente, enderezó con el pie una alfombrita que aquel padre nervioso había ladeado.

—Un problema muy grave, oscuro y encantador —murmuró el detective—. Lo investigaré con sumo placer. La verdad es que fue planeado… *merveille*.

La señora Waverly le miró con reproche.

—Pero ¿y mi hijo…? —gimoteó.

Poirot se apresuró a modificar la expresión de su rostro y darle de nuevo expresión de simpatía.

—Está a salvo, señora, y no ha sufrido el menor daño. Le aseguro que esos malandrines le cuidarán muy bien. ¿No ve que para ellos es el plato… no, la gallina de los huevos de oro?

—Señor Poirot, le aseguro que sólo cabe hacer una cosa… pagar. Al principio opinaba lo contrario… ¡pero ahora…! Los sentimientos de una madre…

—Pero hemos interrumpido la historia de *Monsieur* —se apresuró a explicar el detective.

—Supongo que el resto debe conocerlo perfectamente ya gracias a los periódicos —repuso el señor Waverly—. Claro que el inspector McNeil avisó inmediatamente por teléfono dando la descripción del automóvil y del hombre, y al principio pareció que todo iba a terminar bien, ya que un coche de las mismas características, con un hombre y un niño, fue visto en varios pueblos, marchando, al parecer, con rumbo a Londres. Se detuvieron en cierto lugar y pudieron observar que el niño lloraba y estaba muy asustado y temeroso de su acompañante. Cuando el inspector McNeil me anunció que habían detenido aquel automóvil y a sus ocupantes, casi me pongo enfermo de la alegría. Ya sabe lo que ocurrió luego.

El niño no era Johnnie y el hombre era un automovilista empedernido, muy aficionado a los niños, que había recogido a un pequeñuelo en las calles de Edenswell, un pueblo situado a quince millas de nosotros, y le estaba dando un paseo. Gracias a la estúpida seguridad de la policía, todos los demás rastros habían desaparecido. De no haber perseguido con tanta insistencia a aquel coche equivocadamente, hubiera podido encontrar al niño.

—Cálmese, *Monsieur*. La policía es un Cuerpo de hombres inteligentes y arriesgados. Su error fue muy natural, ya que el ardid estaba muy bien tramado. Y en cuanto al hombre que capturaron en el parque, tengo entendido que su declaración ha consistido en una negativa constante. Insiste en que la nota y el paquete le fueron entregados para ser llevados a Waverly Court. El hombre que se lo dio, le pagó con un billete de diez chelines, prometiéndole otros diez si lo entregaba exactamente a las doce menos diez. Tenía que acercarse a la casa por el parque y llamar a la puerta lateral.

—No creo ni una sola palabra —declaró la señora Waverly con valor—. Es una sarta de mentiras.

—*En verité* es una historia bastante floja —dijo Poirot, pensativo —. Pero por ahora no han conseguido sacarle nada más. Tengo entendido que también hizo cierta acusación.

Miró interrogadoramente al señor Waverly, que volvió a enrojecer.

—Ese individuo tiene la pretensión de que Tredwell es el hombre que le dio el paquete. «Sólo que ahora se ha afeitado el bigote». ¡Tredwell, que ha nacido en mi hacienda…!

Poirot sonrió ligeramente ante la indignación del hidalgo campesino.

—No obstante, usted mismo sospecha que alguien íntimamente ligado a su casa tiene que ser cómplice del rapto.

—Sí, pero no Tredwell.

—¿Y usted, señora? —preguntó Poirot volviéndose de improviso hacia la dama.

—No pudo ser Tredwell quien le diera el paquete… si es que alguien lo hizo, cosa que no creo… Ese hombre dice que se lo dieron a las diez, y a las diez Tredwell se hallaba con mi esposo en el salón de fumar.

—¿Pudo distinguir el rostro del hombre que conducía el

automóvil, *Monsieur*?

—Estaba demasiado lejos para poder verle la cara.

—¿Sabe si Tredwell tiene algún hermano?

—Tuvo varios, pero han muerto todos. Al último lo mataron en la guerra.

—Todavía no estoy muy familiarizado con los parques de Waverly Court. Dice usted que el automóvil iba en dirección a South Lodge. ¿Hay alguna otra entrada?

—Sí; la que llamamos East Lodge.

—Es extraño que nadie viera entrar el coche en el parque.

—Existe un derecho de paso por un camino que da acceso a la capilla. Muchos vehículos pasan por ahí. Ese hombre debió detener el coche en un lugar conveniente y correr hasta la casa precisamente cuando se acababa de dar la alarma y toda la atención estaba concentrada en otra parte.

—A menos que ya estuviera dentro de la casa —susurró Poirot —. ¿Hay algún sitio donde pudo esconderse con seguridad?

—Bueno, cierto es que no registramos de antemano la casa. No lo consideré necesario. Supongo que pudo haberse escondido en cualquier parte, pero ¿quién pudo dejarle entrar en la casa?

—Ya llegaremos a eso más tarde. Cada cosa a su tiempo… y seamos metódicos.

¿Existe algún escondite especial en la casa? Waverly Court es una mansión antigua, y algunas veces estos lugares tienen «agujeros secretos», como se les llama.

—¡Cielos, existe un agujero secreto! Se entra por uno de los paneles del vestíbulo.

—¿Cerca de la Cámara del Consejo?

—Precisamente al lado de la puerta.

—¡*Voilà*…!

—Pero nadie lo conoce, excepto mi esposa y yo.

—¿Y Tredwell?

—Bueno… es posible que haya oído hablar de él.

—¿La señorita Collins?

—Nunca lo he mencionado en su presencia.

—Bien, *Monsieur*, ahora lo que debo hacer es ir a Waverly Court. ¿Le parece bien que vaya esta tarde?

—¡Oh! Tan pronto como le sea posible, por favor, *Monsieur*

Poirot —exclamó la señora Waverly—. Lea esto una vez más.

Y puso en sus manos la última misiva que había recibido del enemigo, la cual había llegado a Waverly aquella mañana y que se apresuraron a remitir a Poirot. En ella se daban indicaciones explícitas para efectuar la entrega del dinero y finalizaba con la amenaza de que el niño pagaría con su vida cualquier traición. Era evidente: la señora Waverly luchaba entre el amor al dinero y sus instintos maternales y, naturalmente, estaban ganando estos últimos.

Poirot detuvo unos momentos a la señora Waverly a espaldas de su esposo.

—*Madame*, dígame la verdad, por favor. ¿Comparte la confianza que su esposo tiene en el mayordomo Tredwell?

—No tengo nada contra él, señor Poirot. No comprendo de qué modo puede estar mezclado en este asunto, pero… bueno, nunca me ha gustado… nunca.

—Otra cosa, *madame*, ¿puede darme la dirección de la niñera del pequeño?

—Netherall Road 14, Hammersmith. No supondrá usted…

—Yo nunca supongo. Sólo… empleo mis células grises. Y algunas veces… sólo muy de vez en cuando… se me ocurre alguna idea.

Poirot se acercó a mí una vez hubo cerrado la puerta.

—De modo que a *madame* nunca le ha gustado el mayordomo. Eso es interesante, ¿verdad, Hastings?

Decidí no preguntarle nada. Poirot me ha engañado tantas veces que ahora me ando con cuidado. Siempre me tiende alguna trampa.

Después de una *toilette* bastante complicada salimos en dirección a Netherall Road.

Tuvimos la suerte de encontrar en casa a la señorita Jessie Whiters; una agradable joven de unos treinta y cinco años, muy eficiente. No pude imaginármela mezclada en aquel asunto. Estaba resentida por el modo en que había sido despedida, aunque admitía que había obrado mal. Estaba prometida a un pintor decorador que casualmente se hallaba en la vecindad de Waverly y corrió a verle en cuanto se le ofreció la ocasión, lo cual resultaba bastante natural. Yo no acababa de comprender a Poirot. Todas sus preguntas me parecieron desacertadas. Se referían principalmente a la vida

cotidiana en Waverly Court. Yo me sentía molesto y me alegré cuando al fin se decidió a marchar.

—*Mon ami*, secuestrar es un trabajo fácil —observó mientras paraba un taxi en Hammersmith Road para que nos llevara a Waterloo—. Ese niño pudo ser raptado con la mayor tranquilidad cualquier día transcurrido en los últimos tres años.

—No veo que eso nos ayude mucho —observé con frialdad.

—*Au contraire*, con eso adelantamos muchísimo… Hastings, ya que se empeña en usar alfiler de corbata, por lo menos póngaselo en el centro exacto. En estos momentos lo lleva una dieciseisava parte de una pulgada torcido hacia la derecha.

Waverly Court era una bonita mansión antigua recientemente restaurada con gusto y cuidado. El señor Waverly nos mostró la Cámara del Consejo, la terraza y todos los lugares relacionados con el caso. Al fin, a requerimiento de Poirot, presionó un resorte en la pared, cosa que hizo correr un panel, y por un estrecho pasillo entramos en el agujero secreto.

—Ya ve usted —dijo Waverly—. Aquí no hay nada.

La reducida habitación estaba completamente vacía, y el suelo aparecía escrupulosamente barrido. Me reuní con Poirot, que contemplaba atentamente unas huellas en un rincón.

—¿Qué le parece esto, amigo mío?

Se veían cuatro marcas muy juntas.

—Las pisadas de un perro —exclamé.

—De un perro muy pequeño, Hastings.

—Un pomeranian.

—Más pequeño.

—¿Un grifón? —insinué.

—Más pequeño todavía que un grifón. Una especie desconocida en el Kennel Club.

Le miré. Su rostro resplandecía de entusiasmo y satisfacción.

—Tenía razón —murmuró—. Sabía que estaba en lo cierto. Vamos, Hastings.

Al regresar al vestíbulo el panel se cerró a nuestra espalda y una joven salió de una puerta del pasillo. El señor Waverly nos presentó.

—La señorita Collins.

La señorita Collins tendría unos treinta años de edad, y sus ademanes eran rápidos y despiertos. Tenía los cabellos rubios y

usaba gafas sin montura.

A una indicación de Poirot entramos en una alegre habitación en donde la interrogó acerca de los criados y especialmente de Tredwell. Admitió que no le agradaba el mayordomo.

—¡Se da tanta importancia…! —explicó.

Luego pasaron a tratar de la comida que tomara la señora Waverly la noche del día veinticinco. La señorita Collins declaró que ella había comido lo mismo en su salita de arriba y que no se sintió mal.

Cuando ya marchaba le dije a Poirot:

—El perro.

—¡Ah!, sí, el perro. —Sonrió abiertamente—. ¿Tiene algún perro, por casualidad, señorita?

—Hay dos perdigueros en las perreras.

—No; me refiero a un perro pequeño, de juguete.

—No, no hay ninguno.

Poirot la dejó marchar. Luego, presionando el timbre, me hizo observar:

—Esa *mademoiselle* Collins miente. Es probable que en su caso yo hiciera lo mismo.

Ahora veamos al mayordomo.

Tredwell era un individuo muy digno. Contó su historia con perfecto aplomo, que era exactamente la misma que la del señor Waverly. Confesó conocer el agujero secreto.

Cuando se hubo retirado tropecé con la mirada inquisitiva de Poirot.

—¿Qué le parece todo esto, Hastings?

—¿Y a usted? —pregunté a mi vez.

—¡Qué precavido se ha vuelto! Nunca le funcionarán las células grises, a menos que las estimule. ¡Ah!, pero no le voy a meter prisa. Saquemos juntos nuestras deducciones. ¿Qué punto nos parece más difícil?

—Hay una cosa que me choca —dije—. ¿Por qué el hombre que raptó al niño tuvo que huir por South Lodge en vez de ir por East Lodge, donde nadie le hubiera visto? No lo veo muy claro.

—Es un buen punto, Hastings, excelente. Y hace juego con otro. ¿Por qué avisar a los Waverly de antemano? ¿Por qué no raptar al niño sencillamente y luego exigir el rescate?

—Porque esperaba obtener el dinero sin verse obligado a entrar en acción.

—¿Y no resultaba bastante difícil que entregasen el dinero por una simple amenaza?

—Y también quiso concentrar la atención en las doce del mediodía, de modo que cuando el hombre gancho fuese cogido, él pudiera salir de su escondite y largarse con el niño sin que nadie se diera cuenta.

—Lo cual no altera el hecho de que tratara de complicar algo que era bien sencillo. De no haber especificado el día ni la hora, nada hubiera sido más fácil que aguardar su oportunidad y llevarse al niño en un automóvil cualquier día de los que éste salía con su niñera.

—Sí… sí —admití poco convencido.

—En resumen. ¡Se ha representado esta farsa deliberadamente! Ahora enfoquemos la cuestión desde otro ángulo. Todo tiende a señalar la existencia de un cómplice en la misma casa.

Punto número uno: el misterioso envenenamiento en la señora Waverly.

Punto número dos: la nota prendida en la almohada.

Punto número tres: el adelantar el reloj diez minutos… todo dentro de la casa. Hay un detalle adicional en el que tal vez no haya usted reparado. No había polvo en el agujero secreto. Había sido barrido con una escoba.

«Tenemos cuatro personas en la casa. (Podemos excluir a la niñera, puesto que no pudo haber barrido el agujero secreto, aunque sí realizar los otros tres puntos). Cuatro personas: el señor y la señora Waverly, Tredwell, el mayordomo, y la señorita Collins».

Empezaremos por esta última. No tenemos gran cosa en contra, excepto que sabemos muy poco de ella, que es una mujer muy inteligente y que lleva sólo un año en la casa.

—Usted dijo que mintió en lo del perro —le recordé.

—¡Ah, sí, el perro! —Poirot sonrió de un modo peculiar—. Ahora pasemos a Tredwell.

Hay varios factores sospechosos contra él. En primer lugar, el detenido dice que fue Tredwell quien le entregó el paquete en el pueblo y lo dice seguro.

—Pero Tredwell puede probar su coartada para este punto.

—Incluso así, pudo haber envenenado a la señora Waverly y prendido la nota en la almohada, adelantar el reloj y barrer el agujero secreto. Por otra parte, nació y ha sido educado al servicio de los Waverly. Parece imposible que a última hora tuviera parte en el rapto del hijo de la casa. ¡Esto no es una película!

—Bien… ¿entonces?

—Debemos proceder lógicamente, por absurdo que parezca. Primero hay que considerar brevemente a la señora Waverly. Pero ella es rica, el dinero suyo. Fue su dinero el que volvió a levantar la hacienda. No habría razón para que hiciese raptar a su hijo y cobrar su propio dinero. En cambio su esposo está en una posición muy distinta. Su mujer es rica. No es lo mismo que si lo fuera él… En resumen, tengo la ligera impresión de que la dama no es muy aficionada a repartir su dinero, a no ser por una causa justificada. Pero puede verse en el acto que el señor Waverly es un *bon viveur*.

—¡Imposible! —exclamé.

—No tanto. ¿Quién despidió a los criados? El señor Waverly. Él pudo escribir los anónimos, envenenar a su esposa, adelantar las manecillas del reloj y establecer una magnífica coartada para su fiel ayudante Tredwell. El mayordomo nunca tuvo simpatía por la señora Waverly. Es fiel a su amo y está deseoso de obedecer ciegamente todas sus órdenes. Fueron tres personas: Waverly, Tredwell y algún amigo de Waverly. Ése es el error que cometió la policía; no investigar más a fondo acerca del hombre que conducía el automóvil gris con un niño que no era el que buscaba. Ése era el tercer hombre. Recoge a un chiquillo al pasear por el pueblo, un niño de rizos rubios.

Entra en Waverly por East Lodge y sale por South Lodge en el momento preciso, saludando con la mano y gritando. No puede distinguir su rostro ni el número de la matrícula del coche ni, por lo tanto, ver tampoco al niño. Entonces deja un rastro falso hasta Londres. Entretanto, Tredwell ha realizado su parte preparando el paquete y haciendo que lo llevara un sujeto de aspecto sospechoso. Su amo puede presentar una buena coartada en el caso de que el hombre lo reconociera, a pesar del bigote postizo que utilizó. Y en cuanto al señor Waverly, tan pronto como oye el alboroto que se armaba en el exterior y el inspector sale corriendo, rápidamente esconde al niño en el agujero secreto y sigue al policía al jardín.

Más tarde, cuando el inspector se ha marchado, y la señorita Collins no puede verle, le es fácil sacar al niño y llevarlo en su automóvil a un lugar seguro.

—Pero ¿y el perro? —pregunté—. ¿Y la mentira de la señorita Collins?

—Eso ha sido una broma mía. Le pregunté si había algún perro de juguete en la casa y dijo que no… pero sin duda hay algunos… en el cuarto del niño. El señor Waverly puso algunos juguetes en el agujero secreto para hacer que Johnnie se entretuviera y no gritara.

—Señor Poirot. —El señor Waverly penetró en la estancia—. ¿Ha descubierto algo?

¿Tiene alguna idea de dónde han llevado al niño?

Poirot le alargó un pedazo de papel.

—Aquí está la dirección.

—¡Pero si está en blanco!

—Porque espero que usted la escriba.

—¿Qué diablos…? —el rostro de Waverly se tornó escarlata.

—Lo sé todo, *Monsieur*. Le doy veinticuatro horas para devolver al niño. Su ingenuidad correrá parejas con la tarea de explicar su reaparición. De otro modo la señora Waverly será informada del exacto desarrollo de los acontecimientos.

El señor Waverly, dejándose caer sobre una silla, escondió el rostro entre las manos.

—Está con mi vieja nodriza, a unas diez millas de aquí. Se halla contento y bien cuidado.

—No tengo la menor duda. De no considerarle a usted un padre de corazón, no le ofrecería esta oportunidad.

—El escándalo.

—Exacto. Su nombre es antiguo y honorable. No vuelva a mancharlo. Buenas noches, señor Waverly. ¡Ah! A propósito, un consejo. ¡No se olvide nunca de barrer en los rincones!

Doble pista

—Por encima de todo que no haya publicidad —dijo el señor Marcus Hardman por decimocuarta vez.

La palabra «publicidad» salió durante su conversación con la regularidad de un leimotif. El señor Hardman era un hombre bajo, regordete, con manos exquisitamente manicuradas y quejumbrosa voz de tenor. El hombre gozaba de cierta celebridad, y la vida ociosa de la sociedad opulenta, constituía su profesión. Rico, aunque no en exceso, gastaba celosamente su dinero en los placeres que proporcionan las reuniones sociales.

Tenía alma de coleccionista y su pasión eran los encajes, abanicos y joyas, cuanto más antiguos mejor. Para el señor Marcus lo moderno carecía de valor.

Poirot y yo acudimos a su cita y lo encontramos debatiéndose en una agonía de indecisión. Debido a las circunstancias, llamar a la policía le resultaba incómodo. Por otra parte, no llamarla era aceptar la pérdida de unas gemas de su colección. Poirot fue la solución.

—Mis rubíes, *Monsieur* Poirot, y el collar de esmeraldas, que pertenecieron a Catalina de Médicis. ¡Sobre todo el collar de esmeraldas!

—¿Y si me explicase las circunstancias de su desaparición? —sugirió Poirot.

—Intento hacerlo. Ayer por la tarde di un pequeño té íntimo a media docena de personas. Era el segundo de la temporada y, si bien no debería decirlo, constituyó todo un éxito. Buena música… Nacoa, el pianista, y Katherine Bird, contralto australiana.

“Bueno, a primeras horas de la tarde, enseñé a mis invitados la colección de joyas medievales, que guardo en una pequeña caja de

caudales, dispuesta a modo de estuche forrado de terciopelo de color. Así las piedras lucen más. Después contemplamos los abanicos ordenados en una vitrina. Y, a continuación, pasamos al estudio para oír música.

"Cuando todos se hubieron marchado, descubrí la caja vacía. Debí cerrarla mal y alguien aprovechó la oportunidad para llevarse su contenido. ¡Los rubíes, *Monsieur* Poirot, el collar de esmeraldas… la colección de toda una vida! ¡Haría cualquier cosa para recuperarla! Sin embargo, ha de ser sin publicidad. ¿Me ha entendido bien, *Monsieur* Poirot? Son mis invitados, mis propios amigos. ¡Sería un escándalo!

—¿Quién fue el último en salir de esta habitación para ir al estudio?

—El señor Johnston. ¿Lo conoce? El millonario sudafricano. Vive en Abbotbury, en Park Lane. Se rezagó unos minutos, lo recuerdo. Pero ¡seguro que no es él!

—¿Alguno de sus invitados regresó más tarde con algún pretexto?

—Esperaba esta pregunta, *Monsieur* Poirot. Sí, tres de ellos: la condesa Vera Rossakoff, el señor Bernard Parker y *lady* Runcorn.

—Bien, cuente algo sobre ellos.

—La condesa Rossakoff es una rusa encantadora, miembro del antiguo régimen.

Hace poco que vive en este país. Se había despedido de mí y, por lo tanto, me sorprendió encontrarla en esta habitación, aparentemente mirando hechizada mi vitrina de abanicos. ¿Sabe una cosa, señor Poirot? Cuanto más pienso en ello, más sospechoso me parece. ¿Usted qué dice a eso?

—Sí, es muy sospechosa; pero háble me de los otros.

—Parker vino a recoger una caja de miniaturas que yo deseaba mostrar a *lady* Runcorn.

—¿Y *lady* Runcorn?

—*Lady* Runcorn es una señora de mediana edad que invierte la mayor parte de su tiempo en asuntos de caridad. Ella regresó a recoger su bolso que se había dejado en alguna parte.

—Bien, *Monsieur*. Así, pues, tenemos cuatro posibles sospechosos. La condesa rusa, la gran dama inglesa, el millonario sudafricano y el señor Bernard Parker. ¿Qué es el señor Parker?

La pregunta pareció aturdir al señor Hardman.

—Es… un joven… bueno, un joven que conozco.

—Eso ya me lo imagino —replicó Poirot—. ¿A qué se dedica?

—Verá… frecuenta los casinos… claro que no navega muy bien, ¿me comprende?

—¿Puedo preguntar cómo se hizo amigo suyo?

—Pues… en una o dos ocasiones ha realizado pequeños encargos míos.

—Continúe, *Monsieur*.

Hardman lo miró lastimeramente. Desde luego, lo último que deseaba era continuar. No obstante, el inexorable silencio de Poirot le hizo hablar.

—Verá… *Monsieur*; usted ya conoce mi interés por las joyas antiguas. A veces surgen herencias familiares… en fin, son joyas que nunca se venderían en el mercado o a través de un profesional. Ahora bien, esas familias se avienen cuando saben que son para mí. Parker arregla los detalles, sirve de puente y evita situaciones embarazosas.

Por ejemplo, la condesa Rossakoff ha traído algunas joyas de Rusia y quiere venderlas.

Parker es el encargado de tramitar los detalles de la operación.

—Comprendo —dijo Poirot pensativo—. ¿Y usted confía plenamente en él?

—No tengo motivos para otra cosa.

—Señor Hardman, de estas cuatro personas, ¿de cuál sospecha usted?

—¡*Monsieur* Poirot, qué pregunta! Son mis amigos. En realidad no sospecho de ninguno en particular, y, a la vez, sospecho de todos.

—No estoy de acuerdo. Usted piensa en uno de los cuatro. No en la condesa Rossakoff, ni en el señor Parker. Luego ha de ser *lady* Runcorn o el señor Johnston.

—Me acorrala, *Monsieur* Poirot. Quiero que, sobre todo, se evite el escándalo. *Lady* Runcorn pertenece a una de las más antiguas familias de Inglaterra, pero, desgraciadamente, una tía suya, *lady* Carolina, padecía de… de una grave afección de cleptomanía. Claro que todos sus amigos lo sabían y nadie la censuró jamás. Su doncella devolvía las cucharillas, o lo que fuera, lo antes posible.

¿Me comprende?

—Sí. La tía de *lady* Runcorn era cleptómana. Muy interesante. Bien, ¿me permite que examine la caja de caudales?

Poco después Poirot abría la caja para examinar su interior. Los estantes forrados de terciopelo nos miraron con sus vacías cuencas.

—La puerta no cierra bien —murmuró Poirot, moviéndola de un lado a otro—. ¿Por qué? ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí? ¡Un guante cogido del gozne! Un guante de hombre.

Lo tendió al señor Hardman.

—No es mío.

—¡Ajá! ¡Algo más! —Poirot extrajo un pequeño objeto del fondo de la caja. Era una cigarrera plana, hecha de *moaré* negro.

—¡Mi cigarrera! —gritó el señor Hardman.

—¿Suya? No, señor. Éstas no son sus iniciales.

Le enseñó dos letras de platino entrelazadas.

Hardman la cogió.

—Tiene usted razón. Es muy parecida a la mía, pero las iniciales son distintas. Una «P» y una «B». ¡Cielos! ¡Es de Parker!

—Un joven muy descuidado, especialmente si el guante es suyo también —dijo Poirot—. Una doble pista. ¿No le parece?

—¡Bernard Parker! —murmuró Hardman—. ¡Qué alivio! Bien, *Monsieur* Poirot, espero que recupere las joyas. Recurra a la policía si lo considera necesario. Claro, siempre que esté seguro de su culpabilidad.

—¿Ve, amigo mío? —me dijo Poirot mientras salíamos de la casa—. Hardman mide con una vara a los nobles y con otra a los plebeyos. Yo aún no he sido agraciado con un título, por lo tanto estoy en el bando de los últimos. Eso hace que me sienta inclinado favorablemente hacia el joven Parker. Cuando Hardman sospecha de *lady* Runcorn, de la condesa y de Johnston, resulta que hay pruebas contrarias a nuestro hombre.

—Y usted, ¿por qué sospecha de los otros dos?

—¡*Parbleu*! Es muy fácil ser condesa rusa exiliada y millonario sudafricano.

Cualquier mujer puede llamarse a sí misma condesa y nada prohíbe que un hombre adquiera una casa en Park Lane y se diga millonario sudafricano. ¿Quién va a contradecirles?

“Estamos en la calle Bury. Nuestro descuidado joven vive aquí.

Como se suele decir, golpeemos el hierro caliente.

Parker estaba en casa. Lo encontramos reclinado sobre almohadones, con un llamativo batín púrpura y naranja. Raras veces he sentido tan desagradable impresión como la experimentada al ver a este joven de rostro blanco, afeminado y de lenguaje pomposo.

—Buenos días, *Monsieur* —dijo Poirot—. Vengo de casa del señor Hardman. Ayer, durante la fiesta, alguien robó todas sus joyas. Dígame, ¿este guante es suyo?

Los reflejos del joven parecían embotados. Necesitó demasiado tiempo para estudiarlo, como si tratase de ganar minutos para así ordenar sus ideas. Al fin preguntó:

—¿Dónde lo encontró?

—¿Es suyo, *Monsieur*?

El señor Parker se decidió:

—No, no lo es.

—¿Y esta cigarrera es suya?

—Tampoco. Siempre llevo una de plata.

—Muy bien, *Monsieur*. Pondré el asunto en manos de la policía.

—¡Yo no haría eso si fuese usted! —gritó Parker—. ¡Recurrir a una gente tan antipática! Espere un poco. Iré a ver al viejo Hardman.

Seguí a Poirot, que se marchó sin hacerle caso.

—Le hemos dado algo en qué pensar —se rió—. Mañana sabremos lo ocurrido.

Sin embargo, el destino se empeñó en recordar el asunto Hardman aquella tarde.

Sin previa advertencia, la puerta se abrió para dar paso a un torbellino de forma de mujer que vino a romper nuestra intimidad. La condesa Vera Rossakoff tenía una personalidad turbadora.

—¿Es usted *Monsieur* Poirot? ¿Cómo se atreve a culpar a ese pobre muchacho? ¡Es una infamia! Ese joven es un polluelo, un cordero. ¡Jamás robaría! No pienso permitir que sea martirizado.

—Dígame, *madame*, ¿esta cigarrera es de él? —Poirot le enseñó la cigarrera de *moaré* negro.

La condesa empleó un momento en inspeccionarla.

—Sí, es suya. La conozco muy bien. ¿Y qué? ¿La encontró en casa del señor Hardman? Debió de perderla allí. Ustedes, los

policías, son peores que la guardia roja.

—¿Es suyo este guante?

—¿Cómo voy a saberlo? Un guante se parece mucho a otro. Eso no justifica que se le prive de libertad. Tienen que aclarar su inocencia. ¿Lo hará usted? Venderé mis joyas y le pagaré bien por ello.

—*Madame*…

—¿De acuerdo, pues? No, no discuta. ¡Pobre muchacho! Vino a mí con lágrimas en los ojos. «Yo le salvaré —le dije—. ¡Iré a ver a ese hombre, a ese ogro, a ese monstruo!».

Ahora ya está resuelto. Me voy.

Con la misma ceremonia que había entrado, desapareció de la estancia, dejando un intenso perfume de naturaleza exótica tras sí.

—¡Vaya mujer! —exclamé—. ¡Y qué pieles lleva!

—Sí, son auténticas. Una condesa falsificada no llevaría pieles auténticas. Hastings, realmente es rusa. Bien, bien, ahora resulta que nuestro joven fue gimoteando a ella.

—La cigarrera es de él. Me gustaría saber si también lo es el guante.

Con una sonrisa Poirot se sacó del bolsillo un segundo guante y lo colocó junto al primero. Obviamente, se trataba del mismo par de guantes.

—¿Dónde lo consiguió, Poirot?

—Estaba con un bastón sobre la mesa del vestíbulo en la calle Bury. De veras, *Monsieur* Parker es un joven muy descuidado. Bien, bien, *mon ami*. Sólo para cubrir el expediente haremos una visita a Park Lane.

Acompañé a mi amigo. Johnston no estaba, pero sí su secretario particular. Éste nos dijo que Johnston hacía poco que había regresado de Sudáfrica. En realidad nunca estuvo antes en Inglaterra.

—¿Le interesan las piedras preciosas? —preguntó Poirot.

—Las minas de oro, en todo caso, señores —se rió el secretario.

Poirot salió de la entrevista pensativo. Aquella noche lo encontré estudiando una gramática rusa.

—¡Cielos, Poirot! ¿Aprende ruso para conversar con la condesa en su propio idioma?

—Ciertamente no escucharía mi inglés, amigo mío.

—Los rusos de buena cuna hablan francés —dije yo.

—Es usted una mina de información, Hastings. Bien, renunciaré a los laberintos del alfabeto ruso.

Tiró el libro con gesto dramático. A mí no me satisfizo su modo de obrar, si bien advertí su peculiar parpadeo, signo inequívoco de que se hallaba satisfecho consigo mismo.

—¿Duda de que realmente sea rusa? ¿Piensa comprobarlo? —pregunté.

—Sé que es rusa.

—¿Cómo lo sabe?

—Si quiere distinguirlo personalmente, Hastings, le recomiendo Los primeros pasos de ruso; es una ayuda valiosísima.

Luego se rió y ya no dijo nada más. Recogí el libro del suelo y me puse a curiosearlo, pero fui incapaz de sacar algo en claro.

En la siguiente mañana no hubieron noticias nuevas.

Esto no pareció preocupar a mi amigo. A la hora del desayuno me anunció su propósito de que visitaríamos al señor Hardman. Lo encontramos en su casa con aspecto más tranquilo que el día anterior.

—Bien, *Monsieur* Poirot, ¿hay noticias? —preguntó ansioso.

Poirot le tendió una hoja de papel.

—Aquí tiene escrito el nombre de la persona que robó las joyas. ¿Pongo el asunto en manos de la policía? ¿O prefiere usted que recupere las joyas sin que intervengan los estamentos oficiales?

El señor Hardman miraba el papel. Al fin dijo:

—¡Sorprendente! Prefiero soslayar un posible escándalo. Le concedo carta blanca, *Monsieur* Poirot. Estoy seguro de que será discreto.

Un taxi nos condujo al hotel Carlton, donde Poirot se hizo anunciar a la condesa Rossakoff. Minutos después nos hallábamos en sus dependencias. La condesa salió a nuestro encuentro con las manos extendidas, envuelta en un bello conjunto de dibujos primitivos.

—¡*Monsieur* Poirot! —exclamó—. ¿Lo ha conseguido? ¿Está ya libre de acusación el pobre infante?

—*Madame la comtesse*, su amigo el señor Parker es inocente.

—¡Es usted un hombrecillo inteligente! ¡Soberbio! Y además, muy rápido.

—También he prometido al señor Hardman que las joyas le serán devueltas hoy.

—¿Ah, sí?

—*Madame*, le agradecería muchísimo que me las entregase sin demora. Lamento tener que presionarla, pero me espera un taxi por si es necesario ir a Scotland Yard.

Nosotros, los belgas, *madame*, practicamos ese deporte que se llama economía.

La condesa había encendido un cigarrillo. Durante unos segundos quedó inmóvil, soplando anillas de humo, con los ojos fijos en Poirot. Luego estalló en carcajadas, se puso en pie, se encaminó hasta su secreter, abrió un cajón y sacó un bolso de seda negro, que echó a Poirot.

El tono de su voz fue suave, y con cierto dejo de indiferencia.

—Nosotros, los rusos, por el contrario, practicamos la prodigalidad. Y para esto, desgraciadamente, se necesita dinero. No es preciso que mire su interior. Están todas.

Poirot se levantó.

—Le felicito, *madame*, por su inteligencia y prontitud.

—Puesto que le aguarda un taxi, ¿puedo ayudarle…?

—Es usted muy amable, *madame*. ¿Se queda mucho tiempo en Londres?

—Temo que no, debido a usted.

—Acepte mis excusas.

—¿Nos veremos en otra ocasión?

—Así lo espero.

—Yo no lo deseo —exclamó la condesa riéndose—. El mío es un gran cumplido; hay muy pocos hombres en el mundo a quienes yo tema. Adiós, *Monsieur* Poirot.

—Adiós, *madame la comtesse*. Ah, disculpe, me olvidaba; permítame que le devuelva su cigarrera.

Y con una inclinación, le entregó la pequeña cigarrera negra de *moaré* que habíamos hallado en la caja. La aceptó sin ningún cambio de expresión, salvo una ceja levantada al murmurar:

—Comprendo.

—¡Vaya mujer! —gritó Poirot entusiasmado mientras descendíamos las escaleras—. *¡Mon Dieu, quelle femme!* ¡Ni una palabra de protesta, ni una exclamación de protesta! Una mirada, y

ya ha sabido cuál era su situación. Hastings, una mujer que encaja la derrota con una sonrisa, llega muy lejos. Es peligrosa; tiene los nervios de acero.

Su entusiasmo no le permitió ver dónde pisaba y su tropezón fue más que aparatoso.

—Será mejor que modere sus ánimos y mire dónde pisa —sugerí —. ¿Cuándo sospechó de la condesa?

—*Mon ami*, el guante y la cigarrera constituían una doble pista demasiado clara.

Bernard Parker podía extraviar una de las dos cosas, pero no ambas. Por otra parte, si alguien hubiese intentado que las sospechas recayesen sobre Parker, con una sola tenía suficiente. Eso me llevó a la conclusión de que uno de los dos objetos no era de él.

«Al principio le supuse dueño de la cigarrera. Ahora bien, tan pronto supe que el guante era suyo, intuí a quién pertenecía la otra pieza. ¿De quién, pues, era la cigarrera? *Lady* Runcorn quedó descartada en el caso, ya que las iniciales no coincidían. ¿El señor Johnston? Sólo si utilizaba un nombre falso. Sin embargo, la entrevista que sostuvimos con su secretario me proporcionó la evidencia de su situación legal. Luego, el señor Johnston nada tenía que ver con el asunto».

«¿La condesa, pues? Ella había traído joyas de Rusia, y le bastaba con sacar las piedras de sus monturas. Realmente hubiera sido muy difícil reconocerlas luego».

«Nada más fácil para la condesa que apropiarse de uno de los guantes de Parker, dejados en el vestíbulo aquel día, y olvidárselo en la caja. Está claro que no tuvo el propósito de abandonar también su propia cigarrera».

—Pero si la cigarrera es suya, ¿por qué tiene las iniciales «B. P.»? Las suyas son «V.R.»

Poirot se sonrió.

—Exacto, *mon ami*. Sólo que en el alfabeto ruso, B es V y P es R.

—¡Oh! ¿No esperaría que yo adivinase eso? No sé ruso.

—Ni yo, Hastings. Por esto compré aquel librito… y le sugerí que lo repasase.

Suspiré, vencido una vez más.

Después de un breve silencio, Poirot continuó:

—¡Una mujer extraordinaria! Tengo un presentimiento, amigo

mío. Sí, presiento que volveré a encontrármela en algún sitio. ¿Dónde? ¡No lo sé!

El rey de bastos

—La verdad —observé dejando el Daily Newmonger a un lado— tiene más fuerza que la ficción.

La observación no era original, pero pareció gustar a mi amigo, que, ladeando su cabeza de huevo, se quitó una mota imaginaria de polvo de los bien planchados pantalones y observó:

—¡Qué idea tan profunda! ¡Mi amigo Hastings es un pensador!

Sin enojarme por la evidente ironía, di un golpecito sobre el periódico que acababa de soltar de la mano.

—¿Lo ha leído ya? —pregunté.

—Sí. Y después de leerlo lo he vuelto a doblar simétricamente. No lo he tirado al suelo como acaba usted de hacer, con una lamentable falta de orden y de método. (Esto es lo peor de Poirot. El Orden y el Método son sus dioses. Y les atribuye todos sus éxitos).

—¿Entonces ha leído la relación del asesinato de Henry Reedburn, el empresario? Él ha originado mi reciente observación. Porque es cierto que no sólo la verdad es más fuerte que la ficción, sino, asimismo, mucho más dramática. Vea por ejemplo esa sólida familia de la clase media, los Oglander. El padre, la madre, el hijo, la hija son típicos, como tantos cientos de familias de este país. Los hombres van a la City todos los días; las mujeres se cuidan de la casa. Sus vidas son pacíficas, monótonas, incluso. Anoche estuvieron sentados en el salón de su casa de Daisymead, en Streatham, jugando al *bridge*. De pronto, se abre una puerta de cristales y entra tambaleándose una mujer en la habitación. Lleva manchado de sangre el vestido de seda gris. Antes de caer desmayada al suelo dice una sola palabra: «Asesinado». La familia la reconoce al punto. Es Valerie Sinclair, famosa bailarina, de quien

habla todo Londres.

—¿Habla usted por sí mismo o está refiriendo lo que dice el Daily Newmonger? —interrogó Poirot con ánimo de puntualizar.

—El periódico entró a escape en prensa y se contentó con narrar hechos escuetos. A mí me han impresionado en seguida las posibilidades dramáticas del suceso.

Poirot aprobó pensativo mis palabras.

—Dondequiera que exista la humana naturaleza existe el drama. Sólo que no siempre es como uno se lo imagina. Recuérdelo. Sin embargo, me interesa ese caso porque es posible que me vea relacionado con él.

—¿De verdad?

—Sí. Esta mañana me llamó por teléfono un caballero para solicitar una entrevista en nombre del príncipe Paul de Mauritania.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con lo ocurrido?

—Usted no lee todos nuestros periódicos. Me refiero a esos que relatan acontecimientos escandalosos y que principian por: «Nos cuenta un ratoncito…» o «A un pajarito le gustaría saber…». Vea esto.

Yo seguí el párrafo que me señalaba con el grueso índice.

… Desearíamos saber si el príncipe extranjero y la famosa bailarina poseen en realidad afinidades y ¡si a la dama le gustaba la nueva sortija de diamantes!

—Bueno, continúe su historia. Quedamos en que *mademoiselle* Sinclair se desmayó en Daisymead sobre la alfombra del salón, ¿lo recuerda?

Yo me encogí de hombros.

—Como resultado de sus palabras, los Oglander salieron; uno en busca de un médico que asistiera a la dama, que sufría una terrible conmoción nerviosa, y el otro a la Jefatura de Policía, desde donde tras contar lo ocurrido, la acompañó a Mon Desir, la magnífica villa de mister Reedburn, que se hallaba a corta distancia de Daisymead.

Allí encontraron al gran hombre, que, dicho sea de paso, goza de mala fama, tendido en la mitad de la biblioteca con la cabeza abierta.

—Yo he criticado su estilo —dijo Poirot con afecto—. Perdóneme, se lo ruego. ¡Oh, aquí tenemos al príncipe!

Nos anunciaron al distinguido visitante con el nombre de conde

Feodor. Era un joven alto, extraño, de barbilla débil, con la famosa boca de los Mauranberg y los ojos ardientes y oscuros de un fanático.

—¿*Monsieur* Poirot?

Mi amigo se inclinó.

—*Monsieur*, me encuentro en un apuro tan grande que no puede expresarse con palabras…

Poirot hizo un ademán de inteligencia.

—Comprendo su ansiedad. *Mademoiselle* Sinclair es una amiga querida, ¿no es cierto?

El príncipe repuso sencillamente:

—Confío en que será mi mujer.

Poirot se incorporó con los ojos muy abiertos.

El príncipe continuó:

—No seré el primero de la familia que contraiga matrimonio morganático. Mi hermano Alejandro ha desafiado también las iras del Emperador. Hoy vivimos en otros tiempos, más adelantados, libres de prejuicios de casta. Además, *mademoiselle* Sinclair es igual a mí, posee rango. Supongo que conocerá su historia, o por lo menos una parte de ella.

—Corren por ahí, en efecto, muchas románticas versiones de su origen. Dicen unos que es hija de una irlandesa gitana; otros, que su madre es una aristócrata, una gran duquesa rusa.

—La primera versión es una tontería, desde luego —repuso el príncipe—. Pero la segunda es verdadera. Aunque está obligada a guardar el secreto. Valerie me ha dado a entender eso. Además, lo demuestra, sin darse cuenta, y yo creo en la ley de herencia, *Monsieur* Poirot.

—También yo creo en ella —repuso Poirot, pensativo—. Yo, *moi qui vous parle*, he presenciado cosas muy raras… Pero vamos a lo que importa, *Monsieur* le Prince. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué es lo que teme? Puedo hablar con franqueza, ¿verdad? ¿Se hallaba relacionada *mademoiselle* de algún modo con ese crimen? Porque conocía a mister Reedburn, naturalmente…

—Sí. Él confesaba su amor por ella.

—¿Y ella?

—Ella no tenía nada que decirle.

Poirot le dirigió una mirada penetrante.

—Pero ¿le temía? ¿Tenía motivos?

El joven titubeó.

—Le diré… ¿Conoce a Zara, la clarividente?

—No.

—Es maravillosa. Consúltela cuando tenga tiempo. Valerie y yo fuimos a verla la semana pasada. Y nos echó las cartas. Habló a Valerie de unas nubes que asomaban por el horizonte y le predijo males inminentes; luego volvió la última carta. Era el rey de bastos. Dijo a Valerie: «Tenga mucho cuidado. Existe un hombre que la tiene en su poder. Usted le teme, se expone a un gran peligro. ¿Sabe de quién le hablo?». Valerie estaba blanca hasta los labios. Hizo un gesto afirmativo y contestó: «Sí, sí, lo sé». Las últimas palabras de Zara a Valerie fueron: «Cuidado con el rey de bastos. ¡Le amenaza un peligro!». Entonces la interrogué. Me aseguró que todo iba bien y no quiso confiarme nada. Pero ahora, después de lo ocurrido la noche pasada, estoy seguro de que Valerie vio a Reedburn en el rey de bastos y de que él era el hombre a quien temía.

El príncipe guardó brusco silencio.

—Ahora comprenderá mi agitación cuando abrí el periódico esta mañana.

Suponiendo que en un ataque de locura, Valerie… pero no, ¡es imposible!, ¡no puedo concebirlo, ni en sueños!

Poirot se levantó del sillón y dio unas palmaditas afectuosas en el hombro del joven.

—No se aflija, se lo ruego. Déjelo todo en mis manos.

—¿Irá a Streatham? Sé que está en Daisymead, postrada por la conmoción sufrida.

—Iré enseguida.

—Ya lo he arreglado todo por medio de la Embajada. Tendrá usted acceso a todas partes.

—Marchemos entonces. Hastings, ¿quiere acompañarme? ¡*Au revoir, Monsieur le Prince*!

Mon Desir era una preciosa villa, moderna y cómoda. Una calzada de coches conducía a ella y detrás de la casa tenía un terreno de varios acres de magníficos jardines. En cuanto mencionamos al príncipe Paul, el mayordomo que nos abrió la puerta nos llevó al instante al lugar de la tragedia. La biblioteca era un habitación magnífica que ocupaba toda la fachada del edificio

con una ventana a cada extremo, de las cuales una recaía sobre la calzada y otra a los jardines. El cadáver yacía junto a esta última. No hacía mucho que se lo habían llevado después de concluir su examen la policía.

—¡Qué lástima! —murmuré al oído de Poirot—. Con la de pruebas que habrán destruido.

Mi amigo sonrió.

—¡Eh, eh! ¿Cuántas veces habré de decirle que las pruebas vienen de dentro? En las pequeñas células grises del cerebro es donde se halla la solución de cada misterio.

Se volvió al mayordomo y preguntó:

—Supongo que a excepción del levantamiento del cadáver no se habrá tocado la habitación.

—No, señor. Se halla en el mismo estado que cuando llegó la policía anoche.

—Veamos. Veo que esas cortinas pueden correrse y que ocultan el alféizar de la ventana. Lo mismo sucede con las cortinas de la ventana opuesta. ¿Estaban corridas anoche también?

—Sí, señor. Yo verifico la operación todas las noches.

—Entonces, ¿debió descorrerlas el propio Reedburn?

—Así parece, señor.

—¿Sabía usted que esperaba visita?

—No me lo dijo, señor. Pero dio la orden de que no se le molestase después de la cena. Vea, señor. Por esa puerta se sale de la biblioteca a una terraza lateral. Quizá dio entrada a alguien por ella.

—¿Tenía por costumbre hacerlo así?

El mayordomo tosió discretamente.

—Creo que sí, señor.

Poirot se dirigió a aquella puerta. No estaba cerrada con llave. En vista de ello subió a la terraza que iba a parar a la calzada sita a su derecha; a la izquierda se levantaba una pared de rojo ladrillo.

—Al otro lado está el huerto, señor. Más allá hay otra puerta que conduce a él, pero permanece cerrada desde las seis de la tarde.

Poirot entró en la biblioteca seguido del mayordomo.

—¿Oyó algo de los acontecimientos de anoche? —preguntó Poirot.

—Oímos, señor, voces, una de ellas de mujer, en la biblioteca

poco antes de dar las nueve. Pero no era un hecho extraordinario. Luego, cuando nos retiramos al vestíbulo de servicio que está a la derecha del edificio, ya no oímos nada, naturalmente. Y la policía llegó a las once en punto.

—¿Cuántas voces oyeron?

—No sabría decírselo, señor. Sólo reparé en la voz de mujer.

—¡Ah!

—Perdón, señor. Si desea ver al doctor Ryan está aquí todavía.

La idea nos pareció de perlas y poco después se reunió con nosotros el doctor, hombre de edad madura, muy jovial, que proporcionó a Poirot los informes que solicitaba. Se encontró a Reedburn tendido cerca de la ventana con la cabeza apoyada en el poyo de mármol adosado a aquélla. Tenía dos heridas: una entre ambos ojos; otra, la fatal, en la nuca.

—¿Yacía de espaldas?

—Sí. Ahí está la prueba.

El doctor nos indicó una pequeña mancha negra que había en el suelo.

—¿Y no pudo ocasionarle la caída el golpe que recibió en la cabeza?

—Imposible. Porque el arma, sea cual sea, penetró en el cráneo.

Poirot miró pensativo al vacío. En el vano de cada ventana había un asiento, esculpido, de mármol, cuyas armas representaban la cabeza de un león. Los ojos de Poirot se iluminaron.

—Suponiendo que cayera de espaldas sobre esta cabeza saliente de león y que de ella resbalase hasta el suelo, ¿podría haberse abierto una herida como la que usted describe?

—Sí, es posible. Pero el ángulo en que yacía nos obliga a considerar esa teoría imposible. Además, hubiera dejado huellas de sangre en el asiento de mármol.

—Sí, contando con que no se hayan borrado.

El doctor se encogió de hombros.

—Es improbable. Sobre todo porque no veo qué ventaja puede aportar convertir un accidente en un crimen.

—No, claro está. ¿Qué le parece? ¿Pudo asestar una mujer uno de los dos golpes?

—Oh, no, señor. Supongo que está pensando en *mademoiselle* Sinclair.

—No pienso en ninguna persona determinada —repuso con acento suave Poirot.

Concentró su atención en la abierta ventana mientras decía el doctor:

—*Mademoiselle* Sinclair huyó por ahí. Vean cómo se divisa Daisymead por entre los árboles. Naturalmente, que hay muchas otras casas en la carretera, frente a ésta, pero Daisymead es la única visible por este lado.

—Gracias por sus informes, doctor —dijo Poirot—. Venga, Hastings. Vamos a seguir los pasos de *mademoiselle*.

Echó a andar delante de mí y en este orden pasamos por el jardín, dejando atrás la verja de hierro y llegamos, también por la puerta del jardín, a Daisymead, finca poco ostentosa, que poseía medio acre de terreno. Un pequeño tramo de escalera conducía a la puerta de cristales a la francesa. Poirot me la indicó con el gesto.

—Por ahí entró anoche *mademoiselle* Sinclair. Nosotros no tenemos ninguna prisa y lo haremos por la puerta principal.

La doncella que nos abrió la puerta nos llevó al salón, donde nos dejó para ir en busca de *mistress* Oglander.

Era evidente que no se había limpiado la habitación desde el día anterior, porque el hogar estaba todavía lleno de cenizas y la mesa de *bridge* colocada en el centro con una sota boca arriba y varias manos de naipes puestas aún sobre el tablero. Vimos a nuestro alrededor objetos innumerables de adornos y unos cuantos retratos de familia de una fealdad sorprendente, pendientes de las paredes. Poirot los examinó con más indulgencia de lo que mostré yo, enderezando uno o dos que se habían ladeado.

—¡Qué lazo tan fuerte el de la *famille*! El sentimiento ocupa en ella el lugar de la estética.

Yo asentí a estas palabras sin separar la vista de un grupo fotográfico compuesto de un caballero con patillas, de una señora de moño alto, de un muchacho fornido y de dos muchachas adornadas de una multitud de lazos innecesarios. Suponiendo que era la familia Oglander de los tiempos pasados, la contemplé con gran interés.

En este momento se abrió la puerta del salón y entró en él una mujer joven. Llevaba bien peinado el oscuro cabello y llevaba un jersey y una falda a cuadros.

Poirot avanzó unos pasos como respuesta a una mirada de interrogación de la recién llegada.

—¿*Miss* Oglander? —dijo—. Lamento tener que molestarla… sobre todo después de lo ocurrido. ¡Ha sido espantoso!

—Sí, y nos tiene a todos muy trastornados —confesó la muchacha sin demostrar emoción.

Yo empezaba a creer que los elementos del drama pasaban inadvertidos para *miss* Oglander, que su falta de imaginación era superior a cualquier tragedia y me confirmó en esta creencia su actitud, cuando continuó diciendo:

—Disculpen el desorden de la habitación. Los sirvientes están muy excitados.

—¿Es aquí donde pasaron ustedes la velada anoche, *n'est ce pas*?

—Sí, jugábamos al *bridge* después de cenar cuando…

—Perdón. ¿Cuánto tiempo hacía que jugaban ustedes?

—Pues… —*miss* Oglander reflexionó— la verdad es que no lo recuerdo. Supongo que comenzamos a las diez.

—¿Dónde estaba usted sentada?

—Frente a la puerta de cristales. Jugaba con mi madre y acababa de echar una carta. De súbito, sin previo aviso, se abrió la puerta y entró *miss* Sinclair tambaleándose en el salón.

—¿La reconoció?

—Me di vaga cuenta de que su rostro me era familiar.

—Sigue aquí, ¿verdad?

—Sí, pero está postrada y no quiere ver a nadie.

—Creo que me recibirá. Dígale que vengo a petición del príncipe Paul de Mauritania.

Me pareció que el nombre del príncipe alteraba la calma imperturbable de *miss* Oglander. Pero salió sin hacer comentarios del salón y volvió casi enseguida para comunicarnos que *mademoiselle* nos esperaba en su dormitorio.

La seguimos y por la escalera llegamos a una bonita habitación, bien iluminada, empapelada de color claro. Sobre un diván, junto a la ventana, vimos a una señorita que volvió la cabeza al hacer nuestra entrada. El contraste que ella y *miss* Oglander ofrecían me llamó en seguida la atención, pues si bien en las facciones y en el color del cabello se parecían, ¡qué diferencia tan noble existía entre las dos! La palabra, el gesto de Valerie Sinclair constituían un

poema. De ella se desprendía un aura romántica.

Vestía una prenda muy casera, una bata de franela encarnada que le llegaba a los pies, pero el encanto de su personalidad le daba un sabor exótico y semejaba una vestidura oriental del encendido color.

En cuanto entró Poirot, fijó sus grandes ojos en él.

—¿Viene de parte de Paul? —Su voz armonizaba con su aspecto, era lánguida y llena.

—Sí, *mademoiselle*. Estoy aquí para servir a él… y a usted.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Todo lo que sucedió anoche, ¿absolutamente todo?

La bailarina sonrió con visible expresión de cansancio.

—¿Supone que voy a mentir? No soy una estúpida. Veo con claridad que no debo ocultarle nada. Ese hombre, me refiero al que ha muerto, poseía un secreto mío y me amenazaba con él. En bien de Paul traté de llegar a un acuerdo con él. No podía arriesgarme a perder al príncipe. Ahora que ha muerto me siento segura, pero no lo maté.

Poirot meneó la cabeza, sonriendo.

—No es necesario que lo afirme, *mademoiselle* —dijo—. Cuénteme lo que sucedió la noche pasada.

—Parecía dispuesto a hacer un trato conmigo y le ofrecí dinero. Me citó en su casa a las nueve en punto. Yo conocía ya Mon Desir; había estado en ella. Debía entrar en la biblioteca por la puerta excusada para que no me vieran los criados.

—Perdón, *mademoiselle*, pero ¿no tuvo miedo de ir allí sola y por la noche?

¿Lo imaginé o Valerie hizo una pausa antes de contestar?

—Sí, es posible. Pero no podía pedir a nadie que me acompañara y estaba desesperada. Reedburn me recibió en la biblioteca. ¡Celebro que haya muerto! ¡Oh, qué hombre! Jugó conmigo como el gato y el ratón. Me puso los nervios en tensión. Yo le rogué, le supliqué de rodillas, le ofrecí todas mis joyas. ¡Todo en vano! Luego me dictó sus condiciones. Me negué a complacerle. Le dije lo que pensaba de él, rabié, me encolericé. Él sonreía sin perder la calma. Y de pronto, en un momento de silencio, sonó algo en la ventana, tras de la cortina cerrada. Reedburn lo oyó también. Se acercó a ella y la descorrió rápidamente. Detrás había un hombre escondido, era

un vagabundo de feo aspecto. Atacó a mister Reedburn, al que dio primero un golpe… luego otro. Reedburn cayó al suelo. El vagabundo me asió entonces con la mano cubierta de sangre, pero yo me desasí, me deslicé al exterior por la ventana y corrí para salvar la vida. En aquel momento distinguí las luces de esta casa y hacia ella me encaminé. Los visillos estaban descorridos y vi que los habitantes de la casa jugaban al *bridge*. Yo entré, tropezando, en el salón. Recuerdo solamente que pude gritar: «asesinado», y luego caí al suelo y ya no vi nada…

—Gracias, *mademoiselle*. El espectáculo debió constituir un gran choque para su sistema nervioso. ¿Podría describirme al vagabundo? ¿Recuerda lo que llevaba puesto? ¿Cómo iba vestido?

—No. Fue todo tan rápido… Pero su rostro está grabado en mi pensamiento y estoy segura de conocerle en cuanto le vea.

—Una pregunta todavía, *mademoiselle*. ¿Estaban corridas las cortinas de la otra ventana, de la que mira a la calzada?

En el rostro de la bailarina se pintó por vez primera una expresión de perplejidad.

Pero trató de recordar con precisión.

—¿Eh, bien, *mademoiselle*?

—Creo… casi estoy segura… ¡sí, segurísima!, de que no estaban corridas.

—Es curioso, sobre todo estando corridas las primeras. No importa, la cosa tiene poca importancia. ¿Permanecerá todavía aquí mucho tiempo, *mademoiselle*?

—El doctor cree que mañana podré volver a la ciudad.

Valerie miró a su alrededor. *Miss* Oglander había salido.

—Estas gentes son muy amables, pero… no pertenecen a mi esfera. Yo las escandalizo y ellas… bien, no simpatizo con la *bourgeoise*.

Sus palabras tenían un matiz de amargura.

Poirot repuso:

—Comprendo y confío en que no la habré fatigado con mis preguntas.

—Nada de eso, *Monsieur*. No deseo más sino que Paul sepa todo lo antes posible.

—Entonces, ¡muy buenos días, *mademoiselle*!

Antes de salir Poirot de la habitación se paró y preguntó

señalando un par de zapatos de piel.

—¿Son suyos, *mademoiselle*?

—Sí. Ya están limpios. Me los acaban de traer.

—¡Ah! —exclamó Poirot mientras bajábamos la escalera—. Los criados estaban muy excitados, pero por lo visto no lo están para limpiar un par de zapatos. Bien, *mon ami*, el caso me pareció interesante, de momento, pero creo que está concluyendo.

—Pero ¿y el asesino?

—¿Cree que Hércules Poirot se dedica a la caza de vagabundos? —replicó con acento grandilocuente el detective.

Al llegar al vestíbulo nos tropezamos con *miss* Oglander que salía a nuestro encuentro.

—Háganme el favor de esperar en el salón. Mamá quiere hablar con ustedes —nos dijo.

La habitación seguía sin arreglar y Poirot tomó la baraja y comenzó a barajar los naipes al azar con sus manos pequeñas y bien cuidadas.

—¿Sabe lo que pienso, amigo mío?

—No —repuse ansiosamente.

—Pues que *miss* Oglander hizo mal en no echar triunfo. Debió poner sobre la mesa el tres de espadas.

—¡Poirot! Es usted el colmo.

—¡Mon Dieu! No voy a estar siempre hablando de rayos y de sangre.

De repente, olfateó el aire y dijo:

—Hastings, Hastings, mire. Falta el rey de bastos de la baraja.

—¡Zara! —exclamé.

—¿Cómo?

De momento Poirot no comprendió mi alusión. Maquinalmente guardó las barajas, ordenadas, en sus cajas.

Su rostro tenía una expresión grave.

—Hastings —dijo por fin—. Yo, Hércules Poirot, he estado a punto de cometer un error, un gran error.

Le miré impresionado, pero sin comprender.

Le interrumpió la entrada en el salón de una hermosa señora de mediana edad que llevaba un libro de cuentas en la mano. Poirot le dedicó un galante saludo.

La dama le preguntó:

—¿Según tengo entendido, es usted amigo de *miss* Sinclair?

—Precisamente su amigo, no, señora. He venido de parte de un amigo.

—Ah, comprendo. Me pareció que…

Poirot señaló bruscamente la ventana y dijo, interrumpiéndola:

—Anoche había luna llena. ¿Vio usted a *miss* Sinclair, sentada como estaba delante de la ventana?

—No, porque me abstraía el juego. Además porque, naturalmente, nunca nos ha sucedido nada parecido como ahora.

—Lo creo, *madame. Mademoiselle* Sinclair proyecta marcharse mañana.

—¡Oh! —el rostro de la dama se iluminó.

—Le deseo muy buenos días, *madame*.

Una sirvienta limpiaba la escalera cuando salimos por la puerta principal de la casa.

Poirot dijo:

—¿Fue usted la que limpió los zapatos de la señora forastera?

La doncella meneó la cabeza.

—No, señor. Ni creo que haya que limpiarlos.

—¿Quién los limpió entonces? —pregunté a Poirot mientras bajábamos por la calzada.

—Nadie. No estaban sucios.

—Concedo que por bajar por el camino o por un sendero, en una noche de luna no se ensucien, pero después de hollar con ello la hierba del jardín se manchan y ensucian.

—Sí, estoy de acuerdo —repuso Poirot con una sonrisa singular.

—Entonces…

—Tenga paciencia, amigo mío. Vamos a volver a Mon Desir.

El mayordomo nos vio llegar con visible sorpresa, pero no se opuso a que volviéramos a entrar en la biblioteca.

—Oiga, Poirot, se equivoca de ventana —exclamé al ver que se aproximaba a la que daba sobre la calzada de coches.

—Me parece que no. Vea —repuso indicándome la cabeza marmórea del león en la que vi una mancha oscura.

Poirot levantó un dedo y me mostró otra parecida en el suelo.

—Alguien asestó a Reedburn un golpe, con el puño cerrado, entre los dos ojos. Cayó hacia atrás sobre la protuberante cabeza de mármol y a continuación resbaló hasta el suelo. Luego le

arrastraron hasta la otra ventana y allí le dejaron, pero no en el mismo ángulo como observó el doctor.

—Pero ¿por qué? No parece que fuera necesario.

—Por el contrario, era esencial. Asimismo es la clave de la identidad del asesino aunque sepa usted que no tuvo intención de matar a Reedburn y que por ello no podemos tacharle de criminal. ¡Debe poseer mucha fuerza!

—¿Porque pudo arrastrar a Reedburn por el suelo?

—No. Éste es un caso muy interesante. Pero me he portado como un imbécil.

—¿De manera que se ha terminado, que ya sabe usted todo lo sucedido?

—Sí.

—¡No! —exclamé recordando algo de repente—. Todavía hay algo que ignora.

—¿Qué es ello?

—Ignora dónde se halla el rey de bastos.

—¡Bah! Pero qué tontería. ¡Qué tontería, *mon ami*!

—¿Por qué?

—Porque lo tengo en el bolsillo.

Y, en efecto, Poirot lo sacó y me lo mostró.

—¡Oh! —dije alicaído—. ¿Dónde lo ha encontrado? ¿Acaso aquí?

—No tiene nada de sensacional. Estaba dentro de la caja de la baraja. No lo utilizaron.

—¡Hum! De todas maneras sirvió para darle alguna idea, ¿no es verdad?

—Sí, amigo mío. Y ofrezco mis respetos a Su Majestad.

—Y ¡a *madame* Zara!

—Ah, sí, también a esa señora.

—Bueno, ¿qué piensa hacer ahora?

—Volver a Londres. Pero antes de ausentarme deseo decir dos palabras a una persona que vive en Daisymead.

La misma doncella nos abrió la puerta.

—Están en el comedor, señor. Si desea ver a *miss* Sinclair se halla descansando.

—Deseo ver a *mistress* Oglander. Haga el favor de llamarla. Es cuestión de un instante.

Nos condujeron al salón y allí esperamos. Al pasar por delante del comedor distinguí a la familia Oglander, acrecentada ahora por la presencia de dos fornidos caballeros, uno afeitado, otro con barba y bigote.

Poco después entró *mistress* Oglander en el salón mirando con aire de interrogación a Poirot, que se inclinó ante ella.

—*Madame*, en mi país sentimos suma ternura, un gran respeto por la madre. *La mére de famille* es todo para nosotros —dijo.

Mistress Oglander le miró con asombro.

—Y esta única razón es la que me trae aquí, en estos momentos, pues deseo disipar su ansiedad. No tema, el asesino de mister Reedburn no será descubierto. Yo, Hércules Poirot, se lo aseguro a usted. ¿Digo bien o es la ansiedad de una esposa la que debo calmar?

Hubo un momento de silencio en el que *mistress* Oglander dirigió a Poirot una mirada penetrante. Por fin repuso en voz baja:

—No sé lo que quiere decir pero, sí, dice usted bien sin duda.

Poirot hizo un gesto con el rostro grave.

—Eso es, *madame*. No se inquiete. La policía inglesa no posee los ojos de Hércules Poirot.

Así diciendo dio un golpecito sobre el retrato de la familia que pendía de la pared e interrogó:

—¿Usted tuvo dos hijas, *madame*? ¿Ha muerto una de ellas?

Hubo una pausa durante la cual *mistress* Oglander volvió a dirigir una mirada profunda a mi amigo. Luego respondió:

—Sí, ha muerto.

—¡Ah! —exclamó Poirot vivamente—. Bien, vamos a volver a la ciudad. Permítame que le devuelva el rey de bastos y que lo coloque en la caja. Constituye su único resbalón. Comprenda que no se puede jugar al *bridge*, por espacio de una hora, con únicamente cincuenta y una cartas para cuatro personas. Nadie que sepa jugar creerá en su palabra. *¡Bon jour!*

—Y ahora, amigo mío, ¿se da cuenta de lo ocurrido? —me dijo cuando emprendimos el camino de la estación.

—¡En absoluto! —contesté—. ¿Quién mató a Reedburn?

—John Oglander, hijo. Yo no estaba seguro si había sido él o su padre, pero me pareció que debía ser el hijo el culpable por ser el más joven y el más fuerte de los dos.

Asimismo tuvo que ser culpable uno de ellos a causa de las ventanas.

—¿Por qué?

—Mire, la biblioteca tiene cuatro salidas: dos puertas, dos ventanas; y de éstas eligió una sola. La tragedia se desarrolló delante de una ventana que lo mismo que las dos puertas da, directa o indirectamente, a la parte de delante de la casa. Pero se simuló que se había desarrollado ante la ventana que cae sobre la parte de atrás para que pareciera pura casualidad que Valerie eligiera Daisymead como refugio. En realidad, lo que sucedió fue que se desmayó y que John se la echó sobre los hombros. Por eso dije y ahora afirmo que posee mucha fuerza.

—¿De modo que los hermanos se dirigieron juntos a Mon Desir?

—Sí. Ya recordará la vacilación de Valerie cuando le pregunté si no tuvo miedo de ir sola a casa de Reedburn. John Oglander la acompañó, suscitando la cólera de Reedburn, si no me engaño. El tercero disputó y probablemente un insulto dirigido por el dueño de la casa a Valerie motivó que Oglander le pegase un puñetazo. Ya conoce el resto.

—Pero ¿por qué le llamó la atención la partida de *bridge*?

—Porque para jugar a él se requiere cuatro jugadores y únicamente tres personas ocuparon, durante la velada, el salón.

Yo seguía perplejo.

—Pero ¿qué tienen que ver los Oglander con la bailarina Sinclair? —pregunté—. No acabo de comprenderlo.

—Amigo, me maravilla que no se haya dado cuenta, a pesar de que miró con más atención que yo la fotografía de la familia que adorna la pared del salón. No dudo de que para dicha familia haya muerto la hija segunda de *mistress* Oglander, pero el mundo la conoce ¡con el nombre de Valerie Sinclair!

—¿Qué?

—¿De veras no se ha dado cuenta del parecido de las dos hermanas?

—No —confesé—. Por el contrario, me dije que no podían ser más distintas.

—Es porque, querido Hastings, su imaginación se halla abierta a las románticas impresiones exteriores. Las facciones de las dos son idénticas, lo mismo que el color de sus ojos y cabellos. Pero lo más

gracioso es que Valerie se avergüenza de los suyos y que los suyos se avergüenzan de ella. Sin embargo, en un momento de peligro pidió ayuda a su hermano y cuando las cosas adoptaron un giro desagradable y amenazador todos se unieron de manera notable. ¡No hay ni existe nada tan maravilloso como el amor de la familia! Y ésta sabe representar. De ella ha sacado Valerie su talento. ¡Yo, lo mismo que el príncipe Paul creo en la ley de herencia! Ellos me engañaron. Pero por una feliz casualidad y una pregunta dirigida a *mistress* Oglander que contradecía la explicación acerca de cómo estaban sentados alrededor de la mesa de *bridge*, que nos hizo su hija, no salió Hércules Poirot chasqueado.

—¿Qué dirá usted al príncipe?

—Que Valerie no ha cometido ese crimen y que dudo mucho de que pueda llegar a darse con el asesino vagabundo. Asimismo que transmita mis cumplidos a Zara. ¡Qué curiosa coincidencia! Me parece que voy a ponerle a este pequeño caso un título: La aventura del rey de bastos. ¿Le gusta, amigo mío?

La herencia de los Lemesurier

He investigado muchos casos extraños en compañía de Hércules Poirot, pero no creo que ninguno de ellos pueda compararse a la serie extraordinaria de acontecimientos que mantuvieron despierto nuestro interés por espacio de muchos años, hasta culminar en el último problema que le tocó a mi amigo resolver. Nuestra atención se concentró por vez primera en la historia de la familia de los Lemesurier una tarde, durante la guerra. Poirot y yo volvíamos a vernos y renovábamos los viejos días de nuestra amistad iniciada en Bélgica. Mi amigo había llevado a cabo una comisión para el War Office a su entera satisfacción y cenamos en el Carlton con Brass Hat, que le dedicó grandes cumplidos. Brass tuvo luego que salir a escape para acudir a su cita con un conocido, y nosotros terminamos nuestro café tranquilamente, sin prisas, antes de imitar su ejemplo.

En el momento en que nos disponíamos a dejar el comedor, me llamó una voz familiar, me volví y vi al capitán Vicente Lemesurier, un joven a quien había conocido en Francia. Le acompañaba un caballero cuyo parecido revelaba pertenecer a la misma familia. Así resultó, en efecto, y Vicente nos lo presentó con el nombre de Hugo Lemesurier, su tío. Yo no conocía íntimamente al capitán Lemesurier, pero era un muchacho muy agradable, algo soñador y recordé haber oído decir que pertenecía a una antigua y aristocrática familia que databa de los tiempos de la Restauración y que poseía una propiedad en Northcumberland. Como ni Poirot ni yo teníamos prisa, aceptamos la invitación del joven, y volvimos a sentarnos a la mesa con los recién llegados, charlando satisfechos de diversos temas sin importancia. El Lemesurier de más edad era un hombre de unos cuarenta años, de hombros inclinados y que

recordaba mucho al hombre ilustrado; en aquel momento se ocupaba en una investigación química por cuenta del Gobierno, según dedujimos de la conversación.

Interrumpió nuestra charla un joven moreno, de buena estatura, que se acercó a la mesa presa de visible agitación.

—¡Gracias a Dios que los encuentro! —Exclamó.

—¿Qué sucede, Roger?

—Se trata de su padre, Vicente. Ha sufrido una mala caída. El caballo era joven y difícil de dominar.

Dicho esto les llevó aparte y ya no oímos lo que decía. A continuación los dos nuevos amigos se despidieron de nosotros precipitadamente. El padre de Vicente acababa de ser víctima de un grave accidente mientras domaba un caballo joven y le restaban unas horas de vida.

El muchacho se puso mortalmente pálido, como si le afectara mucho la noticia. A mí me sorprendió su actitud, porque unas palabras que le oí proferir una vez en Francia me habían hecho creer que padre e hijo no estaban en muy buenas relaciones. Debo confesar, pues, que su emoción filial me dejó atónito.

El joven moreno que Vicente nos presentó como su primo, Roger Lemesurier, se quedó con nosotros y los tres salimos juntos a la calle.

—Este caso es sumamente curioso —comentó Roger— e interesará quizás a *Monsieur* Poirot, un as en materia de psicología, según he oído decir.

—Estudio esa materia, en efecto —repuso con prudencia mi amigo.

—¿Han reparado en la cara de mi primo? ¿Verdad que parecía trastornado? ¿Conocen el motivo? Pues por la maldición que pesa de antiguo sobre la familia. ¿Desean conocerla?

—Sí, cuéntela y le quedaremos muy reconocidos.

Roger Lemesurier consultó un momento la hora en el reloj de pulsera.

—Bueno, me sobra tiempo. Me reuniré con ellos en King's Cross. Bien, *Monsieur* Poirot: los Lemesurier somos una familia muy antigua. Allá en el medioevo un Lemesurier sintió celos de su mujer a la que descubrió en situación comprometida.

Ella juraba que era inocente, pero el barón Hugo se negó a

escucharla. Hugo juraba que el hijo que su mujer le había dado no era suyo y que no percibiría ni un solo penique de su fortuna. No recuerdo bien lo que hizo, creo que emparedó vivos al hijo y a la madre. Lo cierto es que los mató y que ella murió protestando de su inocencia y maldiciendo solemnemente a él y a todos sus descendientes. Según esta maldición, ningún primogénito de los Lemesurier recogería jamás su herencia. Bien, andando el tiempo se demostró, sin que cupiera lugar a dudas, la inocencia de la baronesa. Tengo entendido que Hugo llevó siempre cilicio y que murió en la celda de un convento. Pero lo curioso del caso es que a partir de aquel día ningún primogénito de los Lemesurier ha heredado. Los bienes paternos han pasado siempre de sus manos a las de un hermano, de un sobrino, de un segundón, pero jamás al primogénito. El padre de Vicente es segundón de los cinco hijos de su padre. El mayor murió en la infancia. Y Vicente se ha convencido durante la guerra de que es ahora él el predestinado. Pero, por imposible que parezca, sus dos hermanos menores han muerto en ella.

—Es una historia muy interesante —dijo Poirot pensativo—. Pero ahora que el padre se está muriendo, ¿será el primogénito el heredero de su fortuna?

—Precisamente. La maldición se ha desvirtuado. No puede subsistir en medio del bullicio de la vida moderna.

Poirot meneó la cabeza como si reprobase el tono ligero del otro. Roger Lemesurier volvió a mirar el reloj y se apresuró a despedirse de nosotros.

Pero la historia no había concluido al parecer, ya que al día siguiente supimos la trágica muerte de Vicente. Había tomado el tren correo de Escocia y durante la noche se abrió la portezuela de su departamento y cayó a la vía. La emoción que le produjo el estado de su padre, sumada a la enfermedad nerviosa que como resultado de su estancia en el frente padecía, debió de producirle un ataque de locura temporal. Y la curiosa superstición que prevalecía entre la familia superviviente volvió a salir a la luz al hablar del nuevo heredero, Ronald Lemesurier, cuyo único hijo había muerto en la batalla de Somme.

Supongo que nuestro encuentro accidental con Vicente Lemesurier el último día de su vida, despertó nuestro interés por

todo lo que con su familia se relacionaba y por ello dos años después nos enteramos del fallecimiento de Ronald, inválido en la época de su herencia de las propiedades de los Lemesurier. Le sucedió su hermano John, hombre simpático, cordial, que tenía un hijo en la Universidad de Eton.

Los Lemesurier eran víctimas, en efecto, de un destino implacable, ya que durante las vacaciones el joven estudiante se disparó un tiro sin querer. La muerte de su padre, acaecida casi inmediatamente después de picarle una avispa, puso la propiedad en manos de Hugo, el más joven de los cinco hermanos, al que conocimos la noche fatal en el Carlton.

Aparte de comentar la extraordinaria serie de desgracias que caían sobre los Lemesurier, no nos habíamos tomado ningún interés personal por tales acontecimientos, pero se acercaba el momento en que debíamos tomar parte más activa en ellos.

Una mañana nos anunciaron a *mistress* Lemesurier. Era una mujer activa, de buena estatura, de unos treinta años de edad y que a juzgar por su aspecto poseía resolución y una dosis respetable de sentido común. Hablaba con leve acento extranjero.

—*Monsieur* Poirot, creo que recordará usted dónde nos vimos. Hugo Lemesurier le vio hace años, pero no lo ha olvidado.

—Recuerdo perfectamente el hecho, *madame*. Nos vimos en el Carlton.

—Eso es. Bien, *Monsieur* Poirot, pues estoy muy preocupada.

—¿Respecto de qué, *madame*?

—Pues respecto de mi hijo mayor. Porque tengo dos hijos: Ronald, de ocho años, y Gerald, de seis.

—Continúe, señora. ¿Por qué le preocupa su hijo Ronald?

—*Monsieur* Poirot, en el espacio de los seis últimos meses pasados ha logrado escapar a la muerte por tres veces seguidas: la primera vez estuvo a punto de ahogarse en Cornwall, este verano; la segunda vez se cayó por la ventana de la *nursery*; la tercera vez estuvo a punto de ser envenenado.

El rostro de Poirot expresaba de manera demasiado elocuente, tal vez, lo que estaba pensando, porque *mistress* Lemesurier dijo apresuradamente:

—Naturalmente, comprendo que usted me toma por una boba que convierte en montañas un granito de arena…

—No, señora. Cualquier madre se sentiría tan trastornada como usted por tales acontecimientos, pero lo que no veo es en qué puedo servirla. No soy *le bon Dieu* para mandar a las olas; ponga barrotes de hierro en la nursery y en cuanto a la comida, ¿qué podría compararse al cuidado de una madre?

—Pero ¿por qué le suceden tales cosas a Ronald y no a Gerald?

—¡Se trata de una pura casualidad, *madame*… *le hasard*!

—¿De verdad cree usted eso?

—¿Qué cree usted, *madame*, qué cree su marido?

Una sombra nubló el rostro de *mistress* Lemesurier.

—Hugo no quiere escucharme. Supongo que habrá usted oído hablar de la maldición que pesa sobre nuestra familia. Según ella, el primogénito no puede heredar. Hugo cree en esa leyenda. Conoce al dedillo la historia de los Lemesurier y es supersticioso en grado superlativo. Cuando le comunico mis temores me habla de la maldición y asegura que no podemos escapar de ella. Pero yo he nacido en los Estados Unidos, *Monsieur* Poirot. Allí no creemos en maldiciones, aunque nos gusten porque tienen cachet, porque dan tono, ¿comprende? Hugo me conoció cuando tomaba yo parte en una comedia musical y me dije que eso de una maldición es un encanto, algo indescriptible para expresarlo con palabras, a propósito para narrarlo junto al fuego en una cruda noche de invierno, pero cuando se trata de un hijo… es otra cosa, porque yo adoro a mis hijos, *Monsieur* Poirot, y haría cualquier sacrificio por ellos.

—¿De manera que se niega a creer en la leyenda de la familia?

—¿Puede una leyenda cortar un tallo de hiedra?

—¿Qué es lo que dice, *madame*? —exclamó mi amigo con expresión de profundo asombro reflejado en el semblante.

—Digo, ¿puede una leyenda, una fantasía si prefiere denominarlo así, cortar un tallo de hiedra? No me refiero a lo sucedido en Cornwall, porque aunque Ronald sabe nadar desde los cuatro años, cualquier chico puede encontrarse en apurada situación en un momento dado. Los dos hijos míos son muy traviesos y por ello un día descubrieron que podían encaramarse por la pared sirviéndose de la hiedra como de una escalera.

Un día en que Gerald no estaba en casa, la hiedra cedió y Ronald cayó a tierra. Por fortuna no se hizo nada serio. Pero yo salí

y examiné la hiedra. Estaba cortada, *Monsieur*, cortada deliberadamente.

—¿Se da cuenta de la gravedad de lo que insinúa, *madame*? ¿Dice que el hijo menor estaba en aquel momento fuera de casa?

—Sí.

—¿Lo estaba también cuando el envenenamiento de Ronald?

—No, los dos estaban en ella.

—Es curioso —murmuró Poirot—. Dígame, ¿qué servidores tiene usted?

—*Miss* Saunders, el aya de los niños y John Gardiner, el secretario de mi marido.

Mistress Lemesurier hizo una pausa levemente confusa.

—¿Y quién más, *madame*?

—El comandante Roger Lemesurier, a quien conoció usted también aquella noche del Carlton, viene a vernos con frecuencia.

—¡Ah, sí! ¿Es pariente de ustedes?

—Un primo lejano. No pertenece a esta rama de la familia. Sin embargo, creo que es el pariente más próximo de mi marido. Es muy afectuoso y le queremos todos. Los chicos le adoran.

—¿Fue él, quizá, quien les enseñó a trepar por la hiedra?

—Bien pudiera ser, porque les incita a hacer travesuras.

—*Madame*, le pido mil perdones por lo que dije antes. El peligro es real y creo poder servirla. Le propongo que nos invite a pasar unos días con ustedes. ¿Tendría inconveniente en ello su marido?

—Oh, no. Pero dudará de su eficacia. Me irrita ver que se sienta tranquilamente a esperar a que fallezca su hijo.

—¡Cálmese, *madame*! Nosotros todo lo hacemos metódicamente.

Después de hacer el equipaje a toda prisa, tomamos al día siguiente el camino del norte. Poirot se sumió en sus reflexiones. Salió de su ensimismamiento para preguntar bruscamente:

—¿Se cayó Vicente Lemesurier de uno de estos trenes?

Y acentuó levemente el verbo.

—¿Qué es lo que sospecha? —interrogué sinceramente sorprendido.

—¿No le han llamado la atención, Hastings, esas muertes casuales de los Lemesurier? ¿No le parece que todas ellas han podido ser preparadas de antemano?

Por ejemplo, la de Vicente; luego la del estudiante de Eton. Un

accidente es casi siempre algo ambiguo. Suponiendo que este mismo niño, hijo de Hugo, hubiera fallecido como resultado de su caída por la ventana, ¿qué cosa tan natural y tan poco sospechosa? Porque, ¿quién sale beneficiado de su muerte? Su hermanito, un niño de siete años. ¡Es absurdo!

—Quizá pretenden, más adelante, desembarazarse de él también —sugerí yo alimentando una idea vaga de quién o quiénes lo pretendían.

Poirot movió la cabeza. La sugerencia no le satisfacía, era evidente.

—Envenenamiento por ptomaína —murmuró—. La atropina presenta casi los mismos síntomas. Sí, nuestra presencia allí es indispensable. Hay que descubrir… o bien… evitar o…

Mistress Lemesurier nos recibió con entusiasmo. Enseguida nos llevó al estudio de su marido y nos dejó en él.

Hugo había cambiado mucho desde la primera guerra. Sus hombros se inclinaban todavía más hacia adelante y su rostro tenía un curioso tinte gris pálido. Poirot le explicó el motivo de nuestra visita y le escuchó con atención.

—¡Es muy propio del sentido común de Sadie! —dijo al final—. De todos modos, *Monsieur* Poirot, le agradezco que haya venido; pero lo escrito, escrito está. La vida del trasgresor es dura. Nosotros, los Lemesurier, lo sabemos, ninguno de nosotros escapará a su destino.

Poirot le habló de la hiedra cortada, pero el hecho causó poca impresión a Hugo.

—No cabe duda que fue obra de un jardinero poco cuidadoso… Sí, sí, tiene que haber un instrumento, pero el fin es simple; y no se demorará mucho, sépalo, *Monsieur* Poirot.

Éste le miró con atención.

—¿Por qué dice eso?

—Porque yo mismo estoy sentenciado. El año pasado fui a ver a un médico y padezco una enfermedad incurable. El fin está próximo, pero antes de que yo fallezca se llevarán a Ronald. Gerald heredará.

—¿Y si le sucediera algo también a su segundo hijo?

—No le sucederá nada; nada le amenaza.

—Pero ¿y si le sucediera? —insistió Poirot.

—Mi primo Roger sería su heredero.

Alguien vino a interrumpir nuestra conversación. Era un caballero alto, de arrogante figura, de cabello rizado, color de cobre, que entró llevando unos papeles en la mano.

—Bien, deje eso, Gardiner y no se preocupe —dijo Hugo Lemesurier—. Mi secretario, mister Gardiner.

El secretario saludó, nos dedicó unas palabras agradables de bienvenida y desapareció. A pesar de su gallardía había algo en él que repelía y cuando me confié a Poirot, más adelante, mientras paseábamos por los hermosos jardines, convino en ello con no poca sorpresa por mi parte.

—Sí, sí, Hastings, tiene usted razón. No me gusta. Es demasiado guapo. Ah, ya están aquí los pequeños.

Mistress Lemesurier avanzaba hacia nosotros con los dos niños al lado. Eran dos guapos muchachos, moreno el menor como la madre, de cabello rubio y rizoso el mayor.

Los dos nos estrecharon la mano, como dos hombrecitos, y en seguida se dedicaron a Poirot. Luego fuimos presentados a *miss* Saunders, mujer indescriptible, que formaba parte del grupo familiar.

Por espacio de varios días llevamos una existencia cómoda y agradable, siempre vigilante aunque sin resultado. Los chicos vivían de manera normal sin carecer de nada.

Al cuarto día de estancia en la finca vimos aparecer al comandante Roger Lemesurier. Vivaracho y despreocupado, había variado muy poco, tratando todo con la misma ligereza. Era, evidentemente, un gran favorito de los chicos, porque le acogieron con exclamaciones de alegría y le arrastraron en seguida al jardín para jugar a los indios bravos. Me di cuenta de que Poirot le seguía sin llamar la atención.

Al día siguiente, *lady* Claygate, cuya propiedad lindaba con la de los Lemesurier, invitó a todo el mundo, chicos inclusive, a tomar el té. *Mistress* Lemesurier quería que les acompañásemos, pero sin embargo pareció aliviarla de gran peso la negativa de Poirot que, según dijo, prefería quedarse en casa.

En cuanto partieron todos, puso manos a la obra. Su actitud me recordó la de un terrier inteligente. Creo que no quedó sin registrar un solo rincón de la propiedad; sin embargo, se hizo tan serena y

metódicamente que a nadie llamaron la atención sus idas y venidas. Mas era evidente, al final, que no se sentía satisfecho. Tomamos el té en la terraza con *miss* Saunders, que no había querido tampoco formar parte de la reunión.

Los chicos deben estar disfrutando —murmuró—. Confío en que se portarán como es debido, en que no pisotearán los parterres de flores ni se acercarán a las abejas…

Poirot se quedó con el vaso que iba a llevarse a la boca en la mano. Era como si acabara de ver un fantasma.

—¿Las abejas? —repitió con voz de trueno.

—Sí, *Monsieur* Poirot, las abejas. Tres colmenas. *Lady* Claygate está orgullosa de ellas.

—¡Abejas! —exclamó Poirot.

Luego se levantó de un salto y empezó a pasear por la terraza con las manos en la cabeza. Por más esfuerzos que hice no pude imaginar por qué se agitaba tanto a la sola mención de aquellos insectos.

En este momento oímos rodar un coche. Cuando el grupo se apeó ya estaba Poirot en el umbral de la puerta.

—Han picado a Ronald —exclamó excitado Gerald.

—No ha sido nada —dijo *mistress* Lemesurier—. Ni siquiera se ha hinchado. Le pondremos en la picadura un poco de amoníaco.

—A ver, hombrecillo. ¿Dónde te han picado? —preguntó Poirot.

—Aquí, en este lado del cuello —repuso dándose importancia Ronald—. Pero no me duele. Papá dijo: «Estate quieto. Se te ha posado encima una abeja». Me estuve quieto y papá me la quitó de encima, pero sentí un alfilerazo. Ya me había picado y no lloré porque ya soy mayor e iré a la escuela el año que viene.

Poirot examinó el cuello del niño y luego se retiró.

Cogiéndome por el brazo murmuró a mi oído:

—¡Esta noche, *mon ami*, será esta noche! No diga nada… a nadie.

Como se negó a mostrarse más comunicativo, confieso que pasé el resto del día devorado por la curiosidad. Se retiró temprano y seguí su ejemplo. Mientras subíamos la escalera me cogió por un brazo y me dio instrucciones.

—No se desvista. Aguarde algún tiempo, apague luego la luz y venga a reunirse conmigo.

Obedecí y le encontré esperándome cuando llegó la hora. Me encargó con un gesto que guardara silencio y nos dirigimos, de puntillas, al ala de la casa donde se hallaba la habitación de los niños. Ronald ocupaba una habitación propia. Entramos en ella y me situé en un rincón oscuro. El niño respiraba con normalidad y dormía tranquilo.

—¿Duerme profundamente, verdad? —susurré.

Poirot hizo seña de que sí.

—Le han narcotizado —murmuró.

—¿Para qué?

—Para que no llore cuando…

—¿Cuando? —repetí al ver que hacía una pausa.

—¡Sienta el pinchazo de la aguja hipodérmica, *mon ami*! ¡Silencio! No hablemos más, aunque no espero ningún acontecimiento próximo.

Pero Poirot se engañaba. Diez minutos después se abrió la puerta sin ruido y alguien entró en la habitación. Oí una respiración anhelosa, unos pasos que se aproximaron a la cama, luego un súbito ¡clic! La luz de una pequeña lámpara de bolsillo cayó sobre el rostro del pequeño durmiente. La persona que la asía seguía invisible en la sombra. Dejó la lámpara en tierra; con la mano derecha sacó la jeringuilla y con la izquierda tocó al niño en el cuello.

Poirot y yo dimos un salto al propio tiempo. La lámpara rodó por el suelo y luchamos con el intruso en la oscuridad. Su fuerza era extraordinaria. Por fin le vencimos.

—La luz, Hastings. Tengo que verle la cara… a pesar de que temo saber demasiado bien a quien pertenece.

«Lo mismo me sucede a mí», me dije mientras buscaba la luz a tientas. Había sospechado un momento del secretario acuciado por la antipatía que me inspiraba, pero ahora estaba seguro de que el hombre que se beneficiaría de la muerte de los dos niños era el monstruo cuyos pasos habíamos estado siguiendo.

Uno de mis pies tocó la lámpara. La cogí y la encendí.

Su luz brilló de lleno en el rostro de… Hugo Lemesurier, ¡el propio padre del pequeño!

Estuvo en un tris que se me cayera la lámpara de la mano.

—¡Imposible! —dije con la voz velada—. ¡Imposible!

Lemesurier había perdido el conocimiento. Entre Poirot y yo le

trasladamos a su habitación y le dejamos sobre la cama. Poirot se inclinó y le quitó con suavidad un objeto de la mano. Luego me lo enseñó. Me estremecí.

Era la jeringuilla.

—¿Qué hay en ella? ¿Veneno?

—Ácido fórmico si no me engaño.

—¿Ácido fórmico?

—Sí. Obtenido, probablemente, de la destilación de hormigas. Ya recordará que es químico. Luego se hubiera atribuido la muerte del niño a la picadura de la abeja.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡A su propio hijo! ¿Y usted lo sospechaba?

Poirot por toda respuesta, hizo gravemente un gesto afirmativo.

—Sí. Está loco, naturalmente. Imagino que la historia de su familia se convirtió para él en verdadera manía. Su deseo intenso de heredar la fortuna de los Lemesurier le condujo a cometer una serie de crímenes. Posiblemente se le ocurriría la idea al viajar por primera vez con Vicente. No podía permitir que la predicción resultase vana. El hijo de Ronald había muerto ya y el mismo Ronald era un moribundo. La familia está compuesta de individuos débiles. Él preparó el accidente de la pistola y, lo que hasta ahora no había sospechado, la muerte de su hermano John mediante este mismo procedimiento de inyectarle en la yugular ácido fórmico. Entonces se realizó su ambición y se convirtió en dueño de las propiedades agrarias de la familia. Pero su triunfo fue de breve duración porque sufría una enfermedad incurable. Además alimentaba una idea fija, una idea de loco; la de que su hijo no podría heredar.

Sospecho que el accidente del baño se debió a él. Seguramente animaría al pequeño a que llegase cada vez más lejos. Al fracasar esta tentativa cortó la hiedra y después envenenó el alimento de Ronald.

—¡Es diabólico! —murmuré con un escalofrío—. ¡Y qué hábilmente planeado!

—Sí, *mon ami*, no existe nada tan sorprendente como la extraordinaria inteligencia de los locos. No hay nada que pueda compararse a ella, sólo la excentricidad de los cuerdos.

—Y pensar que sospeché hasta de Roger, este buen amigo…

—Era natural, *mon ami*. Nosotros sabíamos que acompañó a Vicente en su viaje al norte. Sabíamos también que después de Hugo y de los hijos de Hugo era el legítimo heredero. Pero los hechos dieron al traste con estas suposiciones. No se cortó la hiedra más que cuando el pequeño Ronald estaba en casa… el interés de Roger hubiera exigido que los dos hermanitos perecieran. De la misma manera que fue sólo Ronald el envenenado. Y hoy, cuando volvieron a casa y me di cuenta de que solamente bajo palabra de su padre había que creer que Ronald fue picado por una abeja, recordé la otra muerte y supe quién era el asesino.

Hugo Lemesurier murió varios meses después en una casa de salud a la que fue trasladado. Su viuda volvió a casarse con mister Gardiner, el secretario de los cabellos color de cobre. Ronald heredó los acres de su padre y continúa floreciendo.

—Bien, bien —observé dirigiéndome a Poirot—. Otra ilusión que se desvanece. Usted ha concluido con la maldición que pesaba sobre los Lemesurier.

—¿Quién sabe? —repuso pensativo el detective—. Quién sabe…

—¿Qué quiere decir?

—Voy a contestar, *mon ami*, con una sola y significativa palabra: ¡rojo!

—¿Sangre? —interrogué aterrado, bajando la voz instintivamente.

—¡Qué imaginación tan melodramática tiene, Hastings! Me refería a algo más prosaico: al color de los cabellos del pequeño Ronald.

La mina perdida

Puse mi libreta bancaria sobre la mesa con un suspiro.

—Es curioso —dije—, pero el saldo negativo de mi crédito nunca parece disminuir.

—¿Y no le preocupa? Si yo tuviera un saldo negativo no pegaría un ojo en toda la noche —declaró Poirot.

—¡Supongo que usted cuenta siempre con un saldo satisfactorio! —repliqué mordaz.

—Cuatrocientas cuarenta y cuatro libras, con cuatro chelines y cuatro peniques —dijo Poirot con cierta complacencia—. Un bonito número, ¿verdad?

—Esto debe de ser una muestra de tacto por parte del director del banco.

Evidentemente está al tanto de su pasión por la simetría. A propósito, ¿qué le parece invertir, digamos que unas trescientas libras de este capital, en los campos petrolíferos Porcupine? Hoy anuncian en los periódicos que el año próximo pagarán unos dividendos del cien por cien.

—Eso no es para mí —dijo Poirot, meneando la cabeza—. No me agrada lo sensacional. Prefiero la inversión prudente, segura… les rentes, las firmes, las… ¿cómo lo llaman ustedes…?, las convertibles.

—¿Nunca ha hecho una inversión de carácter especulativo?

—No, *mon ami* —replicó Poirot gravemente—. No la hice. Y los únicos valores que poseo, y que no son de la clase que ustedes denominan de toda confianza, se reducen a catorce mil acciones de las Minas de Birmania Sociedad Limitada.

Poirot hizo una pausa, con el aire de quien espera que le animen a proseguir.

—¿Sí…? —le incité.

—Y por ellas no desembolsé un céntimo… fueron la recompensa por haber ejercitado mis pequeñas células grises. ¿Le gustaría oír la historia? ¿Sí?

—¡Claro!

—Esas minas se hallan situadas en el interior de Birmania, a unas doscientas millas de Rangún. Las descubrieron los chinos en el siglo XV, y las explotaron hasta la rebelión musulmana, abandonándolas por último en 1868. Los chinos extrajeron la rica galena argentífera de los estratos superiores de la mena, fundiéndola para separar la plata y dejaron una gran cantidad de escoria rica en plomo. Naturalmente, esto se descubrió en cuanto se iniciaron los trabajos de prospección en Birmania; pero debido a que las antiguas minas estaban inundadas y cegadas por corrimientos de tierra y por rellenos, todos los intentos que se llevaron a cabo para dar con el origen de la vena no dieron resultado. Las compañías mineras enviaron numerosos equipos que procedieron a excavar extensas zonas, pero fracasaron. Sin embargo, un representante de una de dichas compañías descubrió la pista de una familia china, la cual se suponía que todavía guardaba la documentación relacionada con el emplazamiento de la mina. El entonces jefe de la familia era un tal Wu Ling.

—¡Qué página tan fascinante de novela romántica comercial! —exclamé.

—¿Verdad? Ah, *mon ami*, se puede dar una historia novelesca sin necesidad de que intervengan muchachas rubias como el oro y de belleza sin par… No, me equivoco; son las pelirrojas las que siempre le excitan tanto. Recuerda…

—Siga con su historia —le atajé, presuroso.

—Eh bien, amigo mío, se estableció contacto con ese Wu Ling. Se trataba de un estimable comerciante, muy respetado en la provincia donde vivía. Admitió enseguida que poseía los documentos en cuestión, y que se hallaba totalmente dispuesto a entablar negociaciones para la venta. Pero se opuso rotundamente a tratar con otras personas que no fueran los principales interesados. Finalmente se convino en que se trasladara a Inglaterra para entrevistarse con los directores de una importante compañía. Wu Ling hizo el viaje hasta Inglaterra en el SS Assunta, y una fría y

brumosa mañana de noviembre el buque atracaba en Southampton. Uno de los directores, el señor Pearson, se trasladó a esta ciudad para recibirle, pero a causa de la niebla, el tren en que viajaba sufrió un lamentable retraso, de modo que cuando llegó, Wu Lin había desembarcado, y partido hacia Londres en un tren especial. El señor Pearson regresó a la ciudad un tanto enojado, pues no tenía idea de dónde pensaba alojarse Wu Ling. Sin embargo, aquel mismo día se recibió en las oficinas de la compañía una llamada telefónica. Wu Ling se hospedaba en el Hotel Plaza Russell. No se encontraba muy bien debido al viaje, pero aseguró que estaba en condiciones de poder asistir a la entrevista con el consejo directivo fijada para el día siguiente. El consejo se reunió a las once en punto. Cuando dieron las once y media y Wu Ling no había hecho aún acto de presencia, el secretario llamó por teléfono al Hotel Plaza Russell. Le respondieron que Wu Ling había salido del hotel con un amigo hacia las diez y media. Parecía claro que lo hizo con la intención de acudir a la cita, pero transcurrió la mañana y el hombre no apareció. Desde luego cabía la posibilidad de que se hubiera extraviado, puesto que no conocía la ciudad, pero a avanzada hora de la noche aún no había regresado al hotel. Muy preocupado, el señor Pearson puso el asunto en manos de la policía. Al cabo de dos días, al anochecer, rescataron un cadáver en el Támesis, que resultó ser el del infortunado chino. Ni en su cadáver ni en su equipaje se encontró rastro alguno de los documentos de la mina.

Llegados a este punto, *mon ami*, me metieron en el asunto. Recibí la visita del señor Pearson. Aunque estaba muy afectado por la muerte de Wu Ling, su principal afán era recuperar los documentos, objeto de la visita del chino a Londres. El interés principal de la policía, claro está, sería descubrir al asesino… dejando en segundo término la recuperación de los papeles. Lo que él deseaba de mí era que colaborase con la policía y que al mismo tiempo actuase en interés de la compañía.

Acepté sin ningún inconveniente. Era evidente que ante mí tenía dos caminos abiertos para la investigación. Por un lado podía indagar entre los empleados de la compañía que conocían la visita del oriental; por otro, hacer lo mismo entre los pasajeros del barco que podían estar enterados de su misión. Empecé por estos últimos, pues era un campo de pesquisa más reducido. En esto coincidí con

el inspector Miller, encargado del caso… hombre muy distinto de nuestro amigo Japp: presuntuoso, mal educado e insoportable. Juntos interrogamos a los oficiales del Assunta. Poco pudieron decirnos. Durante el viaje Wu Ling se había mostrado muy reservado. Sólo hizo amistad con dos pasajeros: uno de ellos era un europeo llamado Dyer, un hombre desmoralizado que, al parecer, gozaba de bastante mala fama; el otro era un empleado de banco, llamado Charles Lester, que regresaba de Hong Kong. Tuvimos la suerte de poder hacernos con una fotografía de ambos. En ese momento, si las sospechas debieran recaer sobre uno de los dos, no podía ser otro que Dyer. Se le sabía mezclado con una banda de granujas chinos, y en principio era el que ofrecía más motivos de sospecha.

La siguiente diligencia que llevamos a cabo fue ir al Hotel Plaza Russell. Al mostrarle una fotografía de Wu Ling la reconocieron al instante. Entonces les ensañamos también la de Dyer, pero para decepción nuestra, el portero afirmó que no era el hombre que había ido al hotel aquella fatal mañana. Casi sin ninguna esperanza le dejé ver la fotografía de Lester, y ante mi sorpresa el hombre lo reconoció sin vacilar.

—Sí, señor —dijo—, éste es el caballero que vino a las diez y media y preguntó por el señor Wu Ling, y luego salió con él.

El asunto progresaba. El siguiente paso fue entrevistarnos con el señor Charles Lester. Nos atendió con extrema franqueza: estaba desolado por la prematura muerte de Wu Ling y se puso por entero a nuestra disposición. Su relato fue el siguiente:

Según lo convenido con Wu Ling, pasó a buscarle al hotel a las diez treinta. Sin embargo, Wu Ling no apareció. En su lugar vino su criado, le dijo que su señor había tenido que salir, y se ofreció para conducir al joven adonde se encontraba su señor. Sin sospechar nada, Lester aceptó la explicación, y el chino llamó a un taxi. Durante algún tiempo siguieron en dirección a los muelles. De repente, Lester, sintiéndose receloso, hizo detener el taxi y se apeó, desoyendo las protestas del criado. Eso, nos aseguró él, era todo cuanto sabía del asunto.

Aparentando quedar satisfechos, le dimos las gracias y nos despedimos. Muy pronto se comprobó que su versión distaba de ser exacta. Para empezar, Wu Ling no llevaba consigo ningún criado, ni

en el barco ni en el hotel. En segundo lugar, se presentó el conductor del taxi que había conducido a los dos hombres aquella mañana. Lester no había abandonado el taxi durante el trayecto, sino que por el contrario, junto con el caballero chino se habían dirigido a un lugar de mala fama de Limehouse, situado en el corazón del barrio chino. Dicho lugar era más o menos conocido como un antro de fumadores de opio. Entraron los dos… y aproximadamente una hora más tarde el caballero inglés, que el chofer identificó por la fotografía, salió solo. Estaba muy pálido y parecía enfermo, y le ordenó conducirle a la estación de metro más próxima.

Se practicaron algunas investigaciones respecto a la reputación de Charles Lester, descubriendo, que si bien sus referencias eran excelentes, tenía numerosas deudas, contraídas en el juego, su secreta pasión. Desde luego no perdimos de vista a Dyer.

Existía una ligera posibilidad de que hubiera podido suplantar al otro hombre, pero la sospecha resultó totalmente infundada. Su coartada para el día de marras era indiscutible. Claro que el propietario del fumadero de opio lo negó todo con oriental imperturbabilidad. No conocía a Wu Ling; no conocía a Charles Lester. Ninguno de los dos caballeros había estado en su casa aquella mañana. Sin duda, la policía estaba en un error: jamás se había fumado opio en su casa. Sus negativas, por bien intencionadas que fueran, sirvieron de bien poco a Charles Lester, ya que fue detenido por el asesinato de Wu Ling. Se llevó a cabo un registro de sus efectos personales, pero no se encontró documento alguno relacionado con la mina. El propietario del antro fue a su vez detenido, pero un rápido registro del local dio un resultado infructuoso. Ni siquiera se encontró un palito de opio para recompensar el celo de la policía.

Mientras tanto, mi amigo, el señor Pearson, se hallaba en un estado de gran agitación. Paseaba de un lado a otro de mi estancia, profiriendo grandes lamentaciones.

—Pero ¿usted debe de tener alguna idea, *Monsieur* Poirot? —no cesaba de repetir—. ¡Sin duda alguna debe de tener varias ideas!

—Claro que tengo alguna idea —le repliqué cautamente—. Esto es lo malo… que uno tiene demasiadas ideas; y por tanto todas apuntan en direcciones diferentes.

—¿Por ejemplo? —insinuó.

—Pues por ejemplo… el taxista. Sólo contamos con su palabra de que condujo a los dos hombres a ese antro. Ésta es una de las ideas. Luego, ¿fue realmente a esa casa adonde se dirigieron ambos? Supongamos que dejaran el taxi allí, entraran en el edificio, salieran por atrás y fuesen a otra parte.

El señor Pearson pareció anonadado por esta suposición.

—Pero ¿usted no hace nada que no sea estar sentado y pensar? ¿No podemos hacer algo?

Aquel hombre era impaciente por naturaleza, se entiende.

—*Monsieur* —le dije con dignidad—, no es para Hércules Poirot el correr arriba y abajo por las malolientes calles de Limehouse como un chucho callejero. Cálmese. Mis agentes trabajan.

Al día siguiente tenía noticias para él. Los dos hombres habían pasado por la mencionada casa, pero su verdadero objetivo era una pequeña taberna junto al río. Se les había visto entrar allí, pero Lester salió solo. Y entonces, ¡figúrese, Hastings, al señor Pearson se le ocurrió una idea de lo más descabellado! Nada le convencía excepto que debíamos ir personalmente a esa taberna y hacer averiguaciones. Le razoné y le rogué lo indecible, pero no quiso escucharme. Habló de disfrazarse, incluso sugirió que yo, yo, no me atrevo ni a decirlo, ¡debiera afeitarme el bigote! Sí, ríen que rían. Le indiqué que eso era absurdo y ridículo. Uno no destruye una cosa bella por capricho.

Además, ¿acaso un caballero belga con bigote no puede desear conocer la vida y fumar opio con las mismas ganas que uno sin bigote?

Eh bien, cedió en esto, pero todavía insistió en su proyecto. Volvió aquella tarde.

¡Mon Dieu, qué facha! Llevaba lo que él llamaba su «tabardo de marinero», la cara sucia y sin afeitar, y un tapabocas asqueroso que ofendía el sentido del olfato. Y figúrese, ¡todo eso le divertía! Los ingleses están locos ¡de veras! Se empeñó también en efectuar algunos cambios en mi indumentaria. Se lo permití. ¿Acaso se puede razonar con un maniático? Salimos… después de todo ¿podía dejarle ir solo, a un niño disfrazado como para un carnaval?

—No, desde luego —contesté yo.

—Prosigo. Llegamos a la taberna. El señor Pearson conversaba

en un inglés de lo más extraño. Se imaginaba ser un hombre de mar. Hablaba de «boca de lobo» y «castillos de proa» y qué sé yo. El lugar era una sala pequeña, repleta de chinos.

—Comimos platos muy peculiares. *¡Ah, Dieu, mon estomac!* —Poirot acarició esta parte de su anatomía antes de continuarEntonces se acercó a nosotros el propietario, un chino de sonrisa malévola.

—Ustedes, caballelos no gustal comida aquí —dijo—. Ustedes venil pol algo gustal más. Pipa leposo, ¿eh?

El señor Pearson me propinó un fuerte puntapié por debajo de la mesa (¡llevaba también botas de marinero!), y dijo:

—Por mí no tengo inconveniente, John. Guíenos.

El chino sonrió y nos condujo a una bodega, en ella abrió una trampilla y nos hizo bajar unos peldaños y subir otros hasta una estancia llena de divanes y almohadones muy cómodos. Nos tumbamos y un muchacho chino nos quitó las botas. Fue el momento más agradable de la noche. Entonces nos trajeron las pipas y calentaron las bolitas de opio; nosotros simulamos fumar y luego dormir y soñar. Pero en cuanto estuvimos solos, el señor Pearson me llamó quedamente, y acto seguido empezó a arrastrarse por el suelo. Entramos en otro cuarto donde dormía más gente, y así proseguimos hasta que oímos a dos individuos que charlaban. Ocultos detrás de una cortina, escuchamos. Estaban hablando de Wu Ling.

—¿Qué pasa con los papeles? —dijo uno de ellos.

—Señor Lestel tomal papeles —contestó el otro, un chino—. Él decil, ponel papeles en lugal segulo… donde policía no encontlal.

—Ah, pero está en chirona —repuso el otro.

—Él lible. La policía no estal segula que él hacel.

Siguieron charlando un rato más sobre lo mismo, hasta que nos pareció que los dos individuos se dirigían hacia donde nos hallábamos, y nos apresuramos a volver a los divanes.

—Sería mejor que nos largáramos de aquí —dijo Pearson, al cabo de unos minutos—. Este lugar es peligroso.

—¡Dice usted bien, *Monsieur*! —convine—. Es hora de acabar con esta comedia.

Logramos salir con bien del lugar tras pagar generosamente por nuestras pipas.

Una vez lejos de Limehouse, Pearson respiró profundamente.

—Me alegro de haberme salido de ello —dijo mi acompañante —. Pero es importante saberlo seguro.

—Vaya si lo es —dije yo—. Y me figuro que ya no habrá dificultad en encontrar lo que queremos… después de la mascarada de esta noche. Y en efecto no la hubo en absoluto —concluyó Poirot de repente.

Este final inesperado parecía tan extraordinario que le miré con asombro.

—¿Pero… dónde estaban los documentos? —le pregunté.

—En su bolsillo… *tout simplement*.

—Pero ¿en el bolsillo de quién?

—¡Del señor Pearson, *Parbleu*!

Luego, dándose cuenta de mi expresión desconcertada, continuó con suavidad:

—¿No lo ve aún? El señor Pearson, lo mismo que Charles Lester, tenía deudas. El señor Pearson, lo mismo que Charles Lester, era muy aficionado al juego. Y concibió la idea de robarle los documentos al chino. Por supuesto, se encontró con él en Southampton, le acompañó a Londres y le condujo directamente a Limehouse. Era un día neblinoso; Wu Ling no podía darse cuenta hacia donde se dirigían. Me imagino que el señor Pearson fumaba opio con bastante frecuencia en aquel lugar y en consecuencia tenía algunos amigos poco recomendables. No creo que pensaran en asesinarle. Su plan consistía en que uno de los chinos se hiciera pasar por Wu Ling y recibiera el dinero de la venta de los documentos. ¡Hasta aquí, perfecto! Pero, para la mentalidad oriental era muchísimo más sencillo matar a Wu Ling y arrojar su cuerpo al río, y los cómplices chinos de Pearson emplearon sus propios procedimientos sin consultarle.

Imagínese, entonces, «el canguelo», como usted diría, del señor Pearson. Quizás alguien le había visto en el tren con Wu Ling… un asesinato es una cosa muy distinta a un simple secuestro. Su salvación depende del chino que está representando el papel de Wu Ling en el Hotel Plaza Russell. ¡Si al menos se tardara en descubrir el cadáver!

Probablemente Wu Ling le había mencionado lo convenido con Charles Lester, es decir, que este último pasaría a recogerlo al hotel.

Pearson ve en ello el modo de desviar las sospechas que pudiera despertar su persona. Charles Lester será el último en ser visto en compañía de Wu Ling. El chino que debe hacerse pasar por Wu Ling recibe órdenes de presentarse a Lester como el criado de aquél, y conducirle, sin pérdida de tiempo, a Limehouse. Una vez allí, con toda probabilidad, le ofrecieron una bebida que contenía una droga y, cuando Lester se recobró una hora más tarde, sólo tenía una vaga impresión de lo ocurrido. Tanto es así que tan pronto como Lester se entera de la muerte de Wu Ling, tiene miedo y niega que haya llegado hasta Limehouse. Con su actitud, claro está, le hace el juego a Pearson. Pero ¿se queda Pearson satisfecho? No. Mi manera de actuar le intranquiliza y decide aportar nuevas pruebas que demuestren aún más la culpabilidad de Lester. De modo que organiza una artificiosa mascarada. A mí me ha de engatusar totalmente. ¿No acabo de decirle ahora mismo que era un niño disfrazado como para un carnaval? Eh bien, yo desempeñé mi papel. Regresa a su casa lleno de alegría. Pero a la mañana siguiente el inspector Miller llama a su puerta. Le encuentra los documentos; su plan se ha malogrado. ¡Amargamente deplora haber querido representar una comedia con Hércules Poirot! El caso sólo presentaba una auténtica dificultad.

—¿Cuál era esa dificultad?

—¡Convencer al inspector Miller! ¡Qué bestia de hombre! Imbécil y obstinado a la vez. ¡Y al final se llevó todos los honores!

—¡Qué lástima! —exclamé.

—Ah, bueno, tuve mis compensaciones. Los otros directivos de las Minas de Birmania Sociedad Limitada me adjudicaron catorce mil acciones como una pequeña recompensa por mis servicios. No está nada mal, ¿eh? Pero cuando se trate de invertir dinero, Hastings, se lo ruego, sea estrictamente conservador. Las cosas que lee usted en el periódico pueden no ser ciertas. Los directores de Porcupine… ¡quizá son otros tantos señores Pearson!

El expreso de Plymouth

Alec Simpson, R. N. subió en la estación de Newton Abbot y se instaló en un departamento de primera clase del expreso de Plymouth. Le seguía un mozo con la pesada maleta. Al ir a colocarla en la red se lo impidió el joven marino.

—No, déjela encima del asiento. Yo mismo la colocaré en la red. Tome usted.

—Gracias, señor.

El mozo se retiró satisfecho de la generosa propina.

Las portezuelas se cerraron de golpe: una voz estentórea gritó:

«Cambio de tren de Torquay. Próxima parada Plymouth». Sonó luego un silbido y el tren salió lentamente de la estación.

El teniente Simpson tenía todo el coche para él solo.

El aire de diciembre era frío y subió la ventanilla. Luego olfateó expresivamente y frunció el entrecejo. ¡Qué olor más particular! Le recordaba el hospital y la operación de la pierna. Eso es. Olía a cloroformo.

Volviendo a bajar la ventanilla varió de asiento ocupando el que daba la espalda a la locomotora. Hecho esto sacó la pipa del bolsillo y la encendió. Luego permaneció pensativo un instante, fumando, mirando la oscuridad. Cuando salió de su ensimismamiento abrió la maleta, sacó de su interior libros y revistas, la volvió a cerrar y trató sin éxito de colocarla debajo del asiento. Un obstáculo invisible se lo impedía. Impaciente la empujó con más fuerza. Pero continuó sin meterse.

«¿Por qué no entrar del todo?», se preguntó.

Maquinalmente tiró de ella y se agachó para ver lo que había detrás. Enseguida sonó un grito en la noche y el gran tren hizo alto obedeciendo a un imperioso tirón de la alarma.

—Ya sé, *mon ami*, que le interesa el caso misterioso del expreso de Plymouth —me dijo Poirot—. Lea esto detenidamente.

Extendí el brazo y tomé la carta que me alargaba desde el otro lado de la mesa.

Era muy breve y decía así:

Muy señor mío:

Le quedaré muy agradecido si se sirve venir a verme cuándo y cómo le acomode.

Su afectísimo servidor,

Ebenezer Halliday

Como no me parecía muy clara la relación que guardaba esta carta con el acontecimiento que acabo de narrar miré a Poirot con aire perplejo.

Por toda respuesta cogió un periódico y leyó en voz alta:

«Anoche se verificó un descubrimiento sensacional en una de las líneas férreas de la capital. Un joven oficial de Marina que volvía a Plymouth encontró debajo del asiento del coche el cadáver de una mujer que tenía un puñal clavado en el corazón. El oficial dio la señal de alarma y el tren se detuvo inmediatamente. La mujer, de unos treinta años, aproximadamente, no ha sido identificada todavía».

—Vea lo que el mismo periódico dice más adelante:

«Ha sido identificado el cadáver de la mujer asesinada en el expreso de Plymouth. Se trata de la Honorable *mistress* Rupert Carrington». ¿Comprende, amigo mío? Si no lo comprende, sepa usted que *mistress* Rupert Carrington se llamaba, antes de su matrimonio, Flossie Halliday, hija del viejo Halliday, rey del acero, que reside en América.

—¿Y este señor… se llama? ¡Magnífico!

—En cierta ocasión tuve la satisfacción de prestarle un pequeño servicio. Se trataba de unos bonos al portador. Y una vez cuando fui a París, para presenciar la llegada de una persona real hice que me señalasen a *mademoiselle* Flossie. La denominaban *la jolie petite pensionnaire* y tenía también una *jolie dot*. Causó sensación. Pero estuvo en un tris que no hiciera un mal negocio.

—¿De veras?

—Sí, con un llamado conde de la Rochefour. *¡Un bien mauvais sujet!* Una mala cabeza, como dirían ustedes. Era un aventurero que sabía cómo se conquistaba a una muchacha romántica. Por suerte el padre lo advirtió a tiempo y se la llevó a América.

Dos años después supe que había contraído matrimonio, pero no conozco al marido.

—¡Hum! —exclamé—. El honorable Rupert Carrington no es lo que se dice un Adonis.

Además todos sabemos que se arruinó en las carreras de caballos e imagino que los dólares del viejo Holliday fueron a parar muy oportunamente a sus manos. Es un mozo bien parecido, tiene buenos modales, pero en materia de pocos escrúpulos, ¡no tiene rival!

—¡Ah, pobre señora! *¡Elle n'espas bien tombée!*

—Supongo, no obstante, que debió ver en seguida que no era ella sino su fortuna la que seducía a su marido, porque no tardó en separarse de él. Últimamente oí decir que habían pedido la separación legal y definitiva.

—El viejo Halliday no es tonto y debe tener bien amarrado el dinero.

—Probablemente. Además todos sabemos que el Honorable Carrington ha contraído deudas.

—¡Ah, ah! Yo me pregunto…

—¿Qué?

—Mi buen amigo, no se precipite. Ya veo que el caso despierta su interés.

Acompáñeme, si gusta, a ver a Halliday. Hay una parada de taxis en la esquina.

Pocos minutos después estábamos delante de la soberbia finca de Park Lane alquilada por el magnate americano. En cuanto llegamos se nos condujo a la biblioteca donde, casi al instante, se nos incorporó un caballero de aventajada estatura, corpulento, de mentón agresivo y ojos penetrantes.

—¿Mister Poirot? —preguntó, dirigiéndose al detective—. Supongo que no hay necesidad alguna de que le explique por qué le he llamado. Usted lee el periódico y yo no estoy dispuesto a perder el tiempo. Supe que estaba aquí, en Londres, y recordé el buen trabajo que para mí llevó a cabo en cierta ocasión, porque jamás

olvido a las personas que me sirven a mi entera satisfacción. No me falta el dinero. Todo lo que he ganado era para mi pobre hija y ahora que ha muerto estoy resuelto a gastar hasta el último penique en la búsqueda del malvado que me la arrebató. ¿Comprende? A usted le encargo ese cometido.

Poirot saludó.

—Y yo acepto, *Monsieur*, con tanto más gusto cuanto que la vi varias veces en París.

Ahora le ruego que me explique con todo detalle las circunstancias de su viaje a Plymouth, así como todo lo que crea conveniente.

—Bien, para empezar diré a usted —repuso Halliday— que mi hija no se dirigía a esa localidad. Pensaba asistir a una fiesta en Avonmead Court, finca que pertenece a la duquesa de Paddington, en el tren de las doce y cuarto, llegando a Bristol donde tenía que efectuar un trasbordo a las dos cincuenta minutos. Los expresos que van a Plymouth corren vía Westbury, como ya es sabido, y por ello no pasan por Bristol.

Además, tampoco el tren de las doce y cuarto se para en dicha localidad después de detenerse en Weston, Taunton, Exeter y Newton Abbot. Mi hija viajaba sola en su coche, un reservado para señoras, y su doncella iba en un coche de tercera.

Poirot hizo seña de que había entendido y Halliday prosiguió:

—En las fiestas de Avonmead se incluían varios bailes y mi hija se llevó casi todas sus joyas, cuyo valor asciende en total a unos cien mil dólares.

—¡Un momento! —interrumpió Poirot—. ¿Quién se hizo cargo de éstas, ella o la doncella?

—Mi hija. Siempre las llevaba consigo en un estuche azul de tafilete.

—Bien. Continúe, *Monsieur*…

—En Bristol, la doncella, Jane Mason, tomó la maleta y el abrigo de su señora y se dirigió el departamento de Flossie. Mi hija le notificó que no pensaba apearse del tren sino que iba a continuar el viaje. Ordenó a Mason que sacara del furgón de cola el equipaje y que lo depositara en la estación. Mason podía tomar el té en el restaurante, pero sin moverse de la estación hasta que volviera a Bristol su señora, en el último tren de la tarde. La muchacha se

sorprendió, pero hizo lo que se le ordenaba. Dejó en consigna el equipaje y se fue a tomar una taza de té. Pero aun cuando los trenes fueron llegando, uno tras otro, durante toda la tarde, su señora no apareció. Finalmente dejó donde estaba el equipaje y se fue a un hotel vecino donde pasó la noche. Por la mañana supo la tragedia y volvió a casa sin perder momento.

—¿Conoce algo que pueda explicarnos el súbito cambio de plan de su hija?

—Bien; según Jane, en Bristol, Flossie ya no iba sola en el coche. La acompañaba un hombre que se asomó a la ventanilla opuesta para que ella no le viera la cara.

—El tren tendría corredor, ¿no es eso?

—Sí.

—¿En qué lado se hallaba?

—En el del andén. Mi hija estaba de pie en él cuando habló con Mason.

¿Y usted no duda de…?, ¡*Pardon*! —Poirot se levantó colocando en correcta posición el tintero que se había movido—. *Je vous demande pardon* —dijo volviendo a sentarse—, pero me atacan los nervios las cosas torcidas. Es extraño, ¿no? Bien. Decía, *Monsieur*, ¿no duda que ese encuentro inesperado ocasionara el súbito cambio de plan de su hija?

—No lo dudo. Me parece la única suposición razonable.

—¿Tiene alguna idea de la identidad del caballero?

—No, no, en absoluto.

—¿Quién encontró el cadáver?

—Un joven oficial de Marina que se apresuró a dar la voz de alarma. Había un médico en el tren, y examinó el cuerpo de mi pobre hija. Primero la cloroformizaron y después la apuñalaron. Flossie llevaba muerta unas cuatro horas, de manera que debió cometerse el crimen a la salida de Bristol, probablemente entre éste y Weston o entre Weston y Tauton seguramente.

—¿Y el estuche de las joyas?

—Ha desaparecido, mister Poirot.

—Todavía otra pregunta, *Monsieur*, ¿a quién debe ir a parar la fortuna de su malograda hija a su fallecimiento?

—Flossie hizo testamento después de su boda. Lo deja todo a su marido —el millonario titubeó aquí un momento y enseguida

agregó: Debo confesar, mister Poirot, que considero un perfecto bribón a mi hijo político, y que de acuerdo conmigo, mi pobre hija iba a verse libre de él por vía legal, lo que no es cosa difícil de conseguir.

Él no puede tocar un solo céntimo en vida de ella, pero hace unos años, aunque viven separados, Flossie accedía a satisfacer sus peticiones de dinero para no dar lugar a un escándalo. Por ello estaba yo resuelto a poner término a tal estado de las cosas. Por fin Flossie se avino a complacerme y mis abogados tenían órdenes de iniciar las gestiones preliminares del divorcio.

—¿Dónde habita el Honorable Carrington?

—En esta ciudad. Tengo entendido que ayer estuvo ausente, pero que volvió por la noche.

Poirot reflexionó un momento. Luego dijo:

—Creo que esto es todo, *Monsieur*.

—¿Desea ver a la doncella, Jane Mason?

—Sí, por favor.

Halliday tocó un timbre y dio una breve orden al criado que acudió a la llamada.

Minutos después entró Jane en la habitación. Era una mujer respetable, de facciones duras y parecía emocionarle tan poco la tragedia como a todos los servidores.

—¿Me permite unas preguntas? —dijo Poirot—. ¿Reparó en si su señora estaba como de costumbre ayer por la mañana? ¿No estaba excitada ni nerviosa?

—¡Oh, no, señor!

—¿Y en Bristol?

—En Bristol, sí, señor. Me pareció que se sentía trastornada y tan nerviosa que no sabía lo que hablaba.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente?

—Bien, señor, si mal no recuerdo dijo: «Mason, debo alterar mis planes. Ha sucedido algo que… No. Quiero decir que no pienso apearme del tren, esto es todo. Debo continuar viaje. Saque mi equipaje del furgón y llévelo a consigna; tome luego una taza de té y espéreme en la estación».

—¿Que la espere, *madame*? —pregunté.

—Sí, sí. No salga de ella. Yo volveré en el último tren. Ignoro a qué hora. Pero será tarde.

—Está bien, *madame* —repuse yo. No estaba bien que le hiciera ninguna pregunta, pero pensé que lo que sucedía era muy extraño.

—¿No entraba eso en las costumbres de su señora?

—No, señor.

—¿Y qué pensó usted?

—Pues pensé, señor, que lo que sucedía guardaba relación con el caballero que iba en el coche.

La señora no le habló, pero una o dos veces se volvió a mirarle.

—¿Le vio el rostro?

—No, señor, porque me daba la espalda.

—¿Podría describírmelo?

—Llevaba puesto un abrigo castaño claro y una gorra de viaje. Era alto y esbelto y tenía el cabello negro.

—¿Le conocía usted?

—Oh, no. No lo creo, señor.

—¿No sería por casualidad su antiguo amo, mister Carrington?

—¡Oh, no lo creo, señor!

—¿Pero, no está segura?

—Tenía la misma estatura del señor. Pero lo he visto tan pocas veces que no afirmo que fuera él. ¡No, señor!

Había un alfiler sobre la alfombra. Poirot lo cogió y me miró con rostro severo, frunciendo el ceño. Luego continuó:

—¿Le parece posible que el desconocido subiera al tren en Bristol antes de que llegara usted al reservado?

Mason se detuvo a pensarlo.

—Sí, señor. Es posible. Mi departamento iba atestado y pasaron varios minutos antes de poder salir del vagón. Luego la gente que llenaba el andén hizo que me retrasase. Pero supongo que de ser así, el desconocido hubiera dispuesto únicamente de un minuto o dos para hablar con mi señora, por lo que me parece más probable que llegase por el corredor.

—Sí, ciertamente. Es más probable.

Poirot hizo una pausa, siempre con el ceño fruncido.

—¿Sabe el señor cómo iba vestida la señora?

—Los periódicos dan poquísimos detalles, pero puede ampliarlos, si gusta.

—Llevaba, señor, una toca de piel blanca, velo blanco de lunares y un vestido azul eléctrico.

—¡Hum! ¡Qué llamativo!

—Sí —observó mister Halliday—. El inspector Japp confía en que ese atavío nos ayudará a determinar el lugar en que se cometió el crimen ya que toda persona que ha visto a mi hija, conservará su recuerdo.

—¡Precisamente! Gracias, *mademoiselle*.

La doncella salió de la biblioteca.

—Bien —Poirot se levantó de un salto—. Ya no tenemos nada que hacer aquí. Es decir, si *Monsieur* no nos explica todo, ¡todo!

—Ya lo hice.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

—Bueno, pues no hay nada de lo dicho. Me niego a ocuparme del caso.

—¿Por qué?

—Porque no es usted franco conmigo.

—Le aseguro…

—No, me oculta usted algo.

Hubo una pausa. Luego Halliday se sacó un papel del bolsillo y lo entregó a su amigo.

—Adivino qué es lo que anda buscando, mister Poirot… ¡aunque ignoro cómo ha llegado a saberlo!

Poirot sonrió y desdobló el papel. Era una carta escrita en pequeños caracteres.

Poirot la leyó en voz alta.

Chère madame:

Con infinito placer contemplo la felicidad de volver a verla.

Después de su amable contestación a mi carta, apenas puedo contener la impaciencia. Nunca he olvidado los días pasados en París. Es cruel que tenga que salir de Londres mañana. Sin embargo, antes de que transcurra largo tiempo, es decir, antes de lo que cree, tendré la dicha de volver a ver a la dama cuya imagen reina, suprema, en mi corazón.

Crea, madame, en la firmeza de mis devotos e inalterables sentimientos.

Armand de la Rochefour.

Poirot devolvió la carta a Halliday con una inclinación de cabeza.

—¿Supongo, *Monsieur*, que ignoraba usted que su hija pensaba renovar sus relaciones con el conde de la Rochefour?

—¡La noticia me ha causado la misma sensación que si un rayo hubiera caído a mis pies! Encontré esta carta en el bolso de Flossie. Pero, como usted probablemente ya sabe, el llamado conde es un aventurero de la peor especie.

Poirot afirmó con el gesto.

—¿Cómo conocía usted la existencia de esta carta?

Mi amigo sonrió.

—No la conocía en realidad —explicó—. Pero tomar huellas dactilares e identificar la ceniza de un cigarrillo no son suficientes para hacer un buen detective. ¡Debe ser también buen psicólogo! Yo sé que su yerno le es antipático y que desconfía de él. ¿A quién beneficia la muerte de su hija? ¡A él! Por otra parte, la descripción que del individuo misterioso hace la doncella se parece a la de él. Sin embargo, usted no se apresura a seguirle la pista, ¿por qué? Seguramente porque sus sospechas toman otra dirección. Por ello deduje que me ocultaba algo.

—Tiene razón, *Monsieur* Poirot. Estaba seguro de la culpabilidad de Rupert hasta que encontré esta carta, que me ha trastornado muchísimo.

—Sí. El conde dice: «Antes de que transcurra largo tiempo, antes de lo que se figura».

No cabe duda de que no quiso esperar a que usted supiera su reaparición. Ahora bien: ¿fue él quien bajó de Londres en el tren de las doce y cuarto? ¿Quién se llegó por el pasillo hasta el departamento que ocupaba *mistress* Carrington? Porque si mal no recuerdo, ¡también el conde de Rochefour es esbelto y moreno!

El millonario aprobó con el gesto estas palabras.

—Bien, *Monsieur*, le deseo muy buenos días. En Scotland Yard deben de tener la lista de las joyas desaparecidas, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Si desea ver al inspector Japp, allí está.

Japp era un antiguo amigo y recibió a Poirot con un desdén afectuoso.

—¿Cómo está, *Monsieur*? Celebro volver a verle a pesar de nuestra manera distinta de ver las cosas. ¿Qué tal las células grises?

¿Se fortifican?

Poirot le miró con rostro resplandeciente.

—Funcionan, mi buen Japp, funcionan, se lo aseguro —respondió.

—En tal caso todo va bien. ¿Quién cree que cometió el crimen? ¿Rupert o un criminal vulgar? He mandado vigilar los sitios acostumbrados, naturalmente. Así conoceremos si se han vendido las joyas, porque quienquiera que las posea no se quedara con ellas, digo yo, para admirar su brillo. ¡Nada de eso! Ahora trato de averiguar dónde estuvo ayer Rupert Carrington. Por lo visto es un misterio. Le vigila uno de mis hombres con todo celo.

—Precaución un poco retrasada, ¿no le parece? —dijo Poirot.

—Usted dice siempre la última palabra, Poirot. Bien, me voy a Paddington, Bristol, Weston y Tauton. ¡Hasta la vista!

—¿Tendría inconveniente en venir a verme por la tarde para que yo sepa el resultado de sus averiguaciones?

—Cuente con ello… si vuelvo.

—Ese buen inspector es partidario del movimiento —murmuró Poirot cuando salió nuestro amigo—. Viaja; mide las huellas de los pies; reúne cenizas de cigarrillo. ¡Es extraordinariamente activo! ¡Celoso hasta el límite de sus deberes! Si le hablara de psicología, ¿qué le parece que haría, amigo mío? Sonreiría. Se diría: «Ese pobre Poirot envejece. Llega a la edad senil». Japp pertenece a la nueva generación. *¡Y ma foi!* ¡Esta generación moderna llama con tal prisa a las puertas de la vida, que no se da cuenta de que están abiertas!

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues en vista de que se nos da *carte blanche* voy a gastarme tres peniques en llamar al Ritz desde un teléfono público, porque es donde se hospeda nuestro conde.

Después, como tengo húmedos los pies, volveré a mis habitaciones y me haré una tisana en el hornillo de bencina.

No volví a ver a Poirot hasta la mañana siguiente, en que lo hallé tomando pacíficamente el desayuno.

—¿Bien? —interrogué lleno de interés—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada.

—Pero ¿y Japp?

—No le he visto todavía.

—¿Y el conde?

—Se marchó del Ritz anteayer.

—¿El día del crimen?

—Sí.

—¿Para qué decir más? ¡Rupert Carrington es inocente!

—¿Porque ha salido del Ritz el conde de la Rochefour? Va usted muy deprisa, amigo mío.

—De todos modos, deben ustedes seguirle, arrestarle. Pero ¿qué razones le habrán impulsado a cometer ese asesinato?

—Podría responder: unas joyas que valen cien mil dólares. Mas no, no es esa la cuestión y yo me pregunto: ¿para qué matar a *mistress* Carrington cuando ella no hubiera declarado jamás en contra del ladrón?

—¿Por qué no?

—Porque era una mujer, *mon ami*. Y porque en otro tiempo amó a ese hombre. Por consiguiente soportaría su pérdida en silencio. Y el conde, que tratándose de mujeres es un psicólogo excelente, lo sabe muy bien. Por otra parte, si la mató Rupert Carrington, ¿por qué motivo se apoderó de las joyas? ¿Para qué demostrar su culpabilidad de la manera más patente?

—Quizá pensara en utilizarlas como tapadera.

—No le falta razón, amigo mío. ¡Ah, ya tenemos aquí a Japp! Reconozco su llamada.

El inspector parecía estar de un humor excelente y entró sonriendo.

—Buenos días, Poirot. Acabo de llegar. ¡He llevado a cabo un buen trabajo! ¿Y usted?

—Yo he puesto en orden mis ideas —repuso Poirot plácidamente.

Japp rió la ocurrencia de buena gana.

—El hombre envejece —me dijo a media voz. Y agregó en voz alta—: A los jóvenes no nos convence su actitud.

—*¡Quelle dommage!* —exclamó Poirot.

—Bueno. ¿Quiere que le explique lo que he hecho?

—Permítame antes que lo adivine. Ha encontrado el cuchillo con que se cometió el asesinato junto a la vía del ferrocarril entre Weston y Tauton y ha entrevistado al vendedor de periódicos que habló, en Weston, con *mistress* Carrington.

Japp abrió, atónito, la boca.

—¿Cómo demonios lo sabe? ¡No me diga que gracias a esas «pequeñas células grises»!

—Celebro que, siquiera esta vez, admita que me sirven de algo. Dígame, ¿*mistress* Carrington regaló o no al vendedor un chelín para caramelos?

—No, media corona —Japp se había recobrado de la sorpresa del primer momento y sonreía—. ¡Son muy extravagantes los millonarios americanos!

—¡Y naturalmente, el chico no la ha olvidado!

—No, señor. No caen del cielo medias coronas todos los días. Parece que ella le llamó para comprarle dos revistas. En la cubierta de una había una muchacha vestida de azul. «Como yo», observó *mistress* Carrington. Sí, el chico la recuerda muy bien. Pero eso no basta, compréndalo. Según la declaración del doctor debió de cometerse el crimen antes de la llegada del tren a Tauton. Supuse que el asesino debió arrojar enseguida el cuchillo por la ventanilla y por ello me dediqué a recorrer la vía; en efecto, allí estaba. En Tauton hice averiguaciones. Deseaba saber si alguien había visto nuestro hombre, pero la estación es muy grande y nadie reparó en él. Probablemente regresaría a Londres, utilizando para su desplazamiento el último tren.

Poirot hizo un gesto.

—Es muy probable —concedió.

—Pero a mi regreso me comunicaron que alguien intentaba pasar las joyas. Anoche empeñaron una hermosa esmeralda de muchísimo valor. ¿Y a que no acierta quién empeñó esa joya?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que era un hombre de poca estatura.

Japp se quedó mirando al detective.

—Bien, tiene razón. El hombre es bastante bajo. Fue Red Narky.

—¿Quién es Red Narky? —pregunté yo.

—Un ladrón de joyas, señor, que no tendría reparo en cometer un asesinato. Por regla general trabajaba con una mujer llamada Gracie Kidd. Pero en esta ocasión actuó solo por lo visto. Quizá Gracie haya huido a Holanda con el resto de la banda.

—¿Ha ordenado la detención de Narky?

—Naturalmente. Pero nosotros queremos apoderarnos del hombre que habló con *mistress* Carrington en el tren. Supongo que

sería él quien planeó el robo, pero Narky no es capaz de delatar a un compañero.

Yo me di cuenta de que los ojos de Poirot asumían un precioso color verde.

—Creo —dijo con una voz suave— que ya sé quién es el compañero de Narky.

Japp le dirigió una mirada penetrante.

—Acaba de asaltarle una de sus ideas particulares ¿no es cierto? Es maravilloso cómo a pesar de sus años consigue adivinar en ocasiones toda la verdad. Claro que es cuestión de suerte.

—Quizá, quizá —murmuró mi amigo—. Hastings, el sombrero. Y el cepillo. ¡Muy bien! Ahora las botas, si continúa lloviendo. No estropeemos la labor operada por la tisana.

¡*Au revoir*, Japp!

—Buena suerte, Poirot.

El detective paró el primer taxi que nos echamos a la cara y ordenó al chofer que se dirigiera a Park Lane. Cuando se paró el taxi delante de la casa de Halliday, Poirot se apeó con la agilidad acostumbrada, pagó al taxista y tocó el timbre. Cuando el criado nos abrió la puerta, le dijo unas palabras en voz baja y el hombre nos condujo escaleras arriba. Al llegar al último piso, nos introdujeron en una habitación reducida, pero limpia y ordenada y muy elegante.

Poirot se detuvo y dirigió una ojeada a su alrededor. Sus ojos se posaron en un baúl pequeño negro. Después de arrodillarse ante él y de examinar los rótulos que exhibía, se sacó del bolsillo un trocito de alambre retorcido.

—Ruegue a mister Halliday que tenga la bondad de subir —dijo por encima del hombro del criado.

Al desaparecer éste, forzó con mano hábil la cerradura del baúl y, una vez abierta la tapa comenzó a revolver apresuradamente el interior y a sacar la ropa que contenía dejándola en el suelo.

Un ruido de pasos pesados precedió a la aparición de Halliday.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —interrogó sorprendido.

—Buscaba esto, *Monsieur*.

Poirot le enseñó una falda y un abrigo de color azul y una toca de piel blanca.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué andan ustedes removiendo en

mi baúl?

Me volví. Jane Mason, la doncella, estaba en el umbral de la habitación.

—Cierre esa puerta, Hastings —dijo Poirot—. Bien. Apoye la espalda en ella. Así.

Permítame, mister Halliday, que le presente ahora a Gracie Kidd, alias Jane Mason, que va a reunirse en breve con su cómplice Red Narky bajo la amable escolta del inspector Japp.

Poirot alzó una mano suplicante.

—¡Bah! Pero si no hay nada tan sencillo —exclamó, tomando más caviar—. La insistencia de la doncella en hablarme de la ropa que llevaba puesta su señora fue lo que primero me llamó la atención. ¿Por qué parecía tan ansiosa de que reparásemos en ese detalle? Y me dije al punto que después de todo teníamos que fiarnos exclusivamente de su palabra ya que era la única persona que había visto al hombre misterioso que hablaba en Bristol con su señora. De la declaración del doctor se desprende que lo mismo pudieron asesinarla antes que después de la llegada del tren a dicha localidad y si fuese así la doncella tenía por fuerza que ser cómplice del asesinato. *Mistress* Carrington iba vestida de un modo llamativo. Las doncellas suelen elegir, en ocasiones, los vestidos que debe ponerse el ama. Y por ello si después de pasar de la estación de Bristol viera cualquiera a una señora vestida de azul con sombrero blanco, juraría sin hacerse rogar que era *mistress* Carrington a quien sin duda había visto.

«A continuación comencé a reconstruir mentalmente la escena. La doncella se proveyó de ropas por duplicado. Ella y su cómplice cloroformizaron y mataron a *mistress* Carrington entre Londres y Bristol, aprovechando seguramente el paso del tren por un túnel. Hecho esto metieron el cadáver debajo del asiento y la doncella ocupó su puesto. En Weston procuró que se fijasen en ella. ¿Cómo? Llamando probablemente a un vendedor de periódicos y atrayendo su atención sobre el color del vestido mediante una observación natural. Después de salir de Weston arrojó el cuchillo por la ventanilla sin duda para hacer creer que el crimen se había cometido allí y o bien se cambió de ropa, o bien se puso encima un abrigo. En Tauton se apeó del tren y regresó a escape a Bristol, donde su cómplice dejó como estaba convenido, el equipaje en

consigna. El hombre le entregó el billete y regresó a Londres. Ella aguardó como lo exigía su papel, en el andén, pasó luego la noche en un hotel y volvió a la ciudad a la mañana siguiente, según dijo».

«Japp confirmó todas esas deducciones al volver de su expedición. Me refiero… también que un bribón famoso había tratado de vender las joyas robadas. Enseguida me di cuenta de que había de tener un tipo diametralmente opuesto al que Jane nos había descrito. Y al enterarme de que Red Narky trabaja siempre con Gracie Kidd… ¡bueno! Supe adónde tenía que ir a buscarla».

—¿Y el conde?

—Cuanto más reflexionaba en esto más convencido estaba de que no tenía nada que ver con el crimen. Ese caballero ama mucho la piel para arriesgarse a cometer un asesinato. Un hecho así no está en armonía con su manera de ser.

—Bien, *Monsieur* Poirot —dijo Halliday—, acabo de contraer una deuda enorme con usted. Y el cheque que voy a escribir después de la comida no lo zanjará más que en parte.

Poirot sonrió modestamente y murmuró a mi oído:

—El buen Japp se dispone a gozar oficialmente de mayor prestigio, pero como dicen los americanos ¡fui yo quien llevó la cabra al matadero!

La caja de bombones

Era una noche de tormenta. En el exterior, el viento silbaba y ráfagas de lluvia azotaban las ventanas. Poirot y yo nos hallábamos sentados ante la chimenea, las piernas extendidas al amor del alegre fuego. Entre nosotros había una mesita; en mi lado descansaba un vaso de ponche caliente cuidadosamente dosificado; junto a Poirot se veía una taza de chocolate espeso, que yo no hubiera bebido ni por cien libras. Poirot tomó un sorbo de aquella masa marrón contenida en la taza de porcelana rosada y exhaló un suspiro de satisfacción.

—¡Quelle belle vie! —murmuró.

—Sí, este viejo mundo es magnífico —asentí—. Yo, con un buen empleo, ¡y qué empleo! Y usted es famoso…

—¡Oh, *mon ami*! —protestó Poirot.

—Lo es. ¡Y con razón! Cuando pienso en su larga serie de éxitos, me quedo de veras maravillado. ¡No creo que sepa usted lo que es un fracaso!

—¡El que pudiera decir esto sería un bromista o un ejemplar fuera de serie!

—No, hablo en serio. ¿Ha fracasado alguna vez?

—Innumerables veces, amigo mío. ¿Qué se imaginaba? No se puede tener siempre la *bonne chance*. A veces he sido llamado demasiado tarde. Muy a menudo alguien, empeñado en alcanzar la misma meta, ha dado primero con la solución. Por dos veces caí enfermo cuando estaba a punto de alcanzar el éxito. Se tiene que apechugar con los malos momentos, amigo mío.

—No quería decir esto exactamente —repuse—. Me refería a si alguna vez ha fracasado por culpa suya.

—¡Ah, comprendo! ¿Me pregunta si alguna vez me he

comportado como el «rey de los asnos» ¿cómo dicen ustedes por estas tierras? Una vez, amigo mío… —Una sonrisa lenta y meditativa se reflejó en su rostro—. Sí, una vez hice el ridículo.

Se irguió súbitamente en su butaca.

—Mire, amigo mío, sé que guarda un archivo de mis modestos éxitos. Podrá añadir una historia más a la colección: ¡la historia de un fracaso!

Se inclinó y echó un leño al fuego. Luego, tras haberse frotado las manos con el paño que colgaba de un clavo junto a la chimenea, se acomodó de nuevo y empezó su relato.

—Lo que le cuento —dijo *Monsieur* Poirot— ocurrió en Bélgica hace muchos años. Fue en la época de la terrible lucha entre la Iglesia y el Gobierno francés. El señor Paul Déroulard era un brillante diputado francés. Se daba por descontado que le nombrarían ministro. Era el más acérrimo militante del partido anticatólico, y cuando subiera al poder tendría que enfrentarse a enemigos poderosos. En muchos aspectos era un hombre peculiar. Aunque no bebía ni fumaba, no siempre se mostraba tan escrupuloso en otros sentidos. Me entiende, Hastings, *c'était des femmes, toujours des femmes*!

Algunos años antes se había casado con una damita de Bruselas que aportó una dote sustanciosa. Indudablemente el dinero le fue útil en su carrera, pues su familia no era rica, aunque, por otra parte, podía usar el título de *Monsieur le Barón* si le daba la gana. El matrimonio no tenía hijos, y su mujer falleció al cabo de dos años… a consecuencia de una caída en la escalera. Entre las propiedades que le legó su esposa figuraba una casa en la Avenida Louise, de Bruselas.

Fue en esta casa donde él murió repentinamente, coincidiendo el luctuoso suceso con la dimisión del ministro cuya cartera tenía que heredar. Su muerte repentina, ocurrida por la noche, después de la cena, fue atribuida a un fallo cardíaco.

Por aquel entonces, *mon ami*, como usted sabe, yo formaba parte de la Brigada de Investigación belga. La muerte del señor Paul Déroulard no ofrecía ningún interés particular para mí. Soy, como sabe muy bien, *bon catholique*, y su óbito me pareció oportuno.

Fue tres días después, recién comenzadas mis vacaciones, cuando recibí la visita… de una dama; su rostro estaba cubierto por

un tupido velo, pero evidentemente era muy joven; y enseguida percibí que se trataba de *une jeune fille tout… fait comme il faut*.

—¿Es usted *Monsieur* Hércules Poirot? —me preguntó en voz baja y armoniosa.

Me incliné en una leve reverencia.

—¿De la Brigada de Investigación?

Me incliné nuevamente.

—Tome asiento, *mademoiselle*, por favor —le dije, acercándole una silla.

Aceptó y se levantó el velo. Su rostro era encantador, aunque desfigurado por las lágrimas y por una expresión de continua angustia.

—*Monsieur* —dijo ella—. Tengo entendido que está de vacaciones. Por tanto estará libre para poder hacerse cargo de un caso de índole particular. Comprenda que no deseo que intervenga la policía.

Meneé la cabeza.

—Me temo que lo que me pide sea imposible, *mademoiselle*. Aunque esté de vacaciones sigo perteneciendo a la policía.

Ella se inclinó hacia adelante.

—*Écoutez, Monsieur*. Todo cuanto le pido es que investigue. Queda usted en absoluta libertad de comunicar el resultado de sus investigaciones a la policía. Si lo que me imagino resulta ser cierto, necesitaremos de toda la maquinaria de la ley.

Esto cambiaba en cierta manera el cariz del asunto y me puse sin más a su disposición.

Un suave color rosado coloreó sus mejillas.

—Gracias, *Monsieur*. Lo que pretendo que usted investigue es la muerte del señor Paul Déroulard.

—¿*Comment*? —exclamé, sorprendido.

—*Monsieur*, no tengo nada en que apoyarme… nada, salvo mi instinto femenino, pero estoy convencida, le repito, convencida, ¡de que el señor Déroulard no falleció de muerte natural!

—Sin embargo, seguramente los médicos…

—Los médicos pueden estar equivocados. Era tan robusto, tan fuerte. Ah, *Monsieur* Poirot, le suplico que me ayude…

La pobre niña estaba casi fuera de sí. Se habría hincado de rodillas ante mí. La calmé lo mejor que supe.

—Le ayudaré, *mademoiselle*. Casi le aseguraría que sus temores son infundados, pero ya veremos. Primero, le ruego que me describa a los residentes de la casa.

—Están, claro, las sirvientas: Jeannette, Félicie y la cocinera Denise. Ésta hace muchos años que sirve en la casa; las otras son muchachas venidas del campo.

También contamos con François, pero también él es un antiguo criado. Luego la madre de *Monsieur* Déroulard, que vivía con él, y yo misma. Me llamo Virginie Mesnard. Soy prima, pobre, de la difunta *madame* Déroulard, la esposa del señor Paul, y he convivido con ellos durante más de tres años. Además, en la casa teníamos a dos invitados.

—¿Quiénes eran?

—El señor de Saint Alard, un vecino del señor Déroulard en Francia. Y un amigo inglés, el señor John Wilson.

—¿Siguen todavía con ustedes?

—El señor Wilson sí, pero el señor Saint Alard partió ayer.

—¿Y cuál es su plan, *mademoiselle* Mesnard?

—Si quiere puede presentarse en casa dentro de media hora; habré preparado una excusa para justificar su presencia. Creo que lo mejor es hacerle pasar por una persona más o menos relacionada con el periodismo. Diré que ha venido de París, con una tarjeta de presentación de parte del señor de Saint Alard. *Madame* Déroulard está muy delicada de salud y apenas prestará atención a los detalles.

Gracias al ingenioso pretexto de *mademoiselle* fui admitido en la casa, y tras una breve entrevista con la madre del diputado fallecido, una señora de magnífica presencia y porte aristocrático, aunque era evidente su precaria salud, se puso la casa a mi disposición. Me pregunto, amigo mío —prosiguió Poirot—, si puede hacerse una idea de las dificultades de mi tarea. Se trataba de un hombre cuya muerte había ocurrido hacía tres días. Si hubo en ella juego sucio, sólo cabía una posibilidad: ¡veneno! Y yo no había tenido ocasión de ver el cadáver, ni existía posibilidad de examinar, o analizar, ningún objeto con el cual se hubiera podido administrar el veneno. No se tenían indicios, falsos o no, que considerar. ¿Le habían envenenado? ¿Había fallecido de muerte natural? Yo, Hércules Poirot, sin nada en que basarme, tenía que decidir.

Primero, me entrevisté con los sirvientes, y con su ayuda

recapitulé los sucesos de aquella noche. Presté especial atención a la comida servida en la cena, y el modo en se sirvió. La sopa la había distribuido el mismo señor Déroulard de una sopera. Luego una fuente de chuletas y después un pollo. Por último una compota de frutas. Y todo dispuesto encima de la mesa, y servido por el propio señor Déroulard. Trajeron el café a la misma mesa donde cenaron, en una cafetera. Por tanto, *mon ami*… ¡imposible envenenar a uno sin envenenarlos a todos!

Después de la cena *madame* Déroulard se retiró a sus aposentos en compañía de *mademoiselle* Virginie. Los tres hombres, tras pasar al estudio del señor Déroulard, estuvieron charlando amigablemente durante un rato. De repente, sin más, el diputado cayó pesadamente al suelo. El señor de Saint Alard salió precipitadamente de la estancia para ordenar a François que corriera en busca de un médico. Dijo que sin duda se trataba de una apoplejía, explicó el criado. Pero cuando el doctor llegó, el señor Déroulard había fallecido.

El señor John Wilson, a quien fui presentado por *mademoiselle* Virginie, era lo que en aquella época se tenía como el prototipo del inglés corriente, un John Bull de edad madura y corpulento. Su versión, expuesta en un francés con marcado acento británico, fue sustancialmente la misma: «Déroulard enrojeció repentinamente y cayó al suelo».

Por ese lado no se podía encontrar nada más. A continuación me dirigí al escenario de la tragedia, el estudio, y a petición mía me dejaron solo. Hasta aquí no había nada que sustentara la teoría de *mademoiselle* Mesnard. Lo único que cabía pensar es que se trataba de una idea sin fundamento de la joven. Evidentemente había profesado una romántica pasión por el difunto, lo cual le impedía considerar el caso desde un punto de vista normal.

A pesar de ello, registré el estudio con gran minuciosidad. Entraba dentro de lo posible que hubieran introducido en el sillón del muerto una aguja hipodérmica dispuesta de forma que la víctima recibiera un pinchazo fatal. La diminuta marca dejada, probablemente pasaría inadvertida. Pero no pude descubrir ningún indicio que apoyara esta teoría. Me dejé caer en la butaca con un gesto de desesperación.

—En fin, ¡abandono! —exclamé en voz alta—. ¡No hay ningún

indicio! Todo es perfectamente normal.

Mientras pronunciaba estas palabras mi vista se detuvo en una caja de bombones situada en una mesa contigua, y el corazón me dio un salto. Podía no ser un indicio relacionado con la muerte del señor Déroulard, pero por lo menos allí existía algo que no era normal. Levanté la tapa. La caja estaba llena, sin tocar; no faltaba ni un bombón… pero eso hacía aún más notable la peculiaridad que habían captado mis ojos.

Pues, sepa usted, Hastings, que la caja era de color rosa, pero la tapa era azul. Ahora bien, a veces se puede ver una caja rosa adornada con un lazo azul, o al revés, pero la caja de un color y la tapa de otro… no, decididamente no… *ne se voi jamais*!

Todavía no percibía si aquel pequeño incidente podía serme de alguna utilidad, sin embargo resolví investigarlo por el mero hecho de que se salía de lo corriente. Pulsé el timbre para que acudiera François, y le pregunté si a su difunto señor le gustaban los bombones. Una leve sonrisa melancólica afloró a sus labios.

—Le apasionaban, *Monsieur*. Siempre tenía una caja de bombones en casa. No tomaba vino de ninguna clase, ¿sabe usted?

—No obstante, esta caja está intacta. —Levanté la tapa para que lo viera.

—Perdone, *Monsieur*, pero esta caja es nueva, adquirida el día de su muerte, pues la otra estaba casi acabada.

—Así la otra caja se terminó el día de su muerte —dije lentamente.

—Sí, *Monsieur*, la encontré vacía por la mañana y la tiré.

—¿El señor Déroulard comía bombones a cualquier hora del día?

—Habitualmente después de cenar, *Monsieur*.

Empecé a ver claro.

—François —dije—, ¿sabe ser discreto?

—Si es necesario, sí, *Monsieur*.

—¡*Bon*! Sepa, entonces, que soy de la policía. ¿Puede encontrarme la otra caja?

—Sin duda, *Monsieur*. Estará en el cubo de la basura.

Salió, y al cabo de pocos momentos regresaba con un objeto cubierto de polvo. Era el duplicado de la caja que yo sostenía excepto por el hecho de que ahora la caja era azul y la tapa rosa. Di

las gracias a François, encareciéndole una vez más que se mostrara discreto, y abandoné la casa de la Avenue Louise precipitadamente.

Acto seguido fui a visitar al doctor que asistió al señor Déroulard. Mi entrevista con él no fue nada fácil. Se parapetó tras un muro de docta fraseología, pero tuve la impresión de que no estaba tan seguro del caso como pretendía.

—Han ocurrido infinidad de incidentes de este tipo —dijo, tras haber logrado que se confiara un poco. Un repentino acceso de furor, una emoción violenta, tras una copiosa cena, *c'est entendu*, entonces, con el berrinche, la sangre fluye a la cabeza, quizás… ¡ya está!

—Pero el señor Déroulard no fue presa de ninguna emoción violenta.

—¿No? Me cercioré de que había sostenido un tremendo altercado con el señor de Saint Alard.

—¿A qué se debió?

—*C'est évident*! —el doctor se encogió de hombros—. ¿Acaso el señor de Saint Alard no era un católico fanático? La amistad que existía entre ambos se resentía por causa de esa cuestión entre Iglesia y Estado. No pasaba un día sin que surgieran discusiones. Para el señor de Saint Alard, su amigo Déroulard casi le parecía el Anticristo.

Esto era inesperado y me dio materia para reflexionar.

—Una pregunta más, doctor: ¿sería posible introducir una dosis fatal de veneno en un bombón?

—Es posible, supongo —dijo el doctor lentamente—. Ácido prúsico puro sería lo adecuado, siempre que no hubiera posibilidad de evaporación, y una diminuta píldora de cualquier cosa podría ser tragada sin notarla… pero no me parece plausible. Un bombón lleno de morfina o de estricnina… —Hizo una mueca—. Comprenda, señor Poirot, ¡bastaría un mordisco! La persona engañada no podría permitirse hacer cumplidos.

—Gracias, *Monsieur le docteur*.

Salí. Luego hice averiguaciones en varias farmacias, sobre todo en aquellas que se hallaban cerca de la Avenue Louise. Es estupendo pertenecer a la policía. Obtuve la información que deseaba sin ninguna dificultad. Sólo en un caso me respondieron haber despachado un veneno destinado a la casa en cuestión. Se trataba

de unas gotas para los ojos, compuestas de sulfato de atropina, para la señora Déroulard. La atropina es un veneno poderoso, y por un instante me sentí optimista, pero los síntomas de un envenenamiento por atropina son muy semejantes a los causados por ptomaína, y no se asemejan en nada a los que estaba estudiando. Además, la receta databa de mucho tiempo atrás. *Madame* Déroulard sufría de cataratas en ambos ojos desde hacía muchos años.

Descorazonado, ya me iba cuando la voz del farmacéutico me hizo retroceder.

—Un momento, *Monsieur* Poirot. Ahora recuerdo que la chica que trajo esa receta comentó algo acerca de que tenía que acercarse a la farmacia inglesa. Puede intentar allí.

Así lo hice. Imponiendo una vez más mi jerarquía oficial, obtuve la información que quería. La víspera de la muerte del señor Déroulard habían despachado una receta para el señor John Wilson. El medicamento no necesitaba ser preparado. Simplemente consistía en unos comprimidos de trinitrina. Pregunté si podía ver algunos. El farmacéutico me los mostró y sentí que el corazón me latía más aprisa… pues los comprimidos eran como de chocolate.

—¿Es un veneno? —inquirí.

—No, *Monsieur*.

—¿Puede usted describirme sus efectos?

—Baja la tensión arterial. Son adecuados para algunos tipos de dolencias cardíacas, angina de pecho por ejemplo. Son vasodilatadores. En la arteriosclerosis…

Le interrumpí.

—*¡Ma foi!* Todo ese galimatías no me aclara nada. ¿Hace que la cara se ponga colorada?

—Ciertamente.

—Y suponiendo que yo tomara diez o veinte de esos pequeños comprimidos, ¿qué pasaría?

—No le aconsejaría que lo hiciese —replicó secamente.

—Y sin embargo, ¿dice que no es un veneno?

—Existen muchísimas cosas a las que no llamamos veneno y sin embargo pueden matar a un hombre —replicó en el mismo tono seco de antes.

Salí de la farmacia alborozado. ¡Por fin las cosas empezaban a

marchar!

A hora sabía que John Wilson dispuso del medio adecuado para cometer el crimen, pero ¿y respecto al móvil?

Se había trasladado a Bélgica por negocios, y pidió al señor Déroulard, al que no conocía mucho, que le hospedara. Aparentemente no existía ninguna razón para que la muerte de Déroulard le beneficiara. Por otra parte, por unas investigaciones que hice en Inglaterra, descubrí que desde años atrás padecía de esa dolorosa enfermedad cardiaca llamada angina de pecho. Por tanto, era lógico que poseyera esos comprimidos. Sin embargo, yo estaba convencido de que alguien había tocado la caja de bombones, tras abrir primero, por error, la caja llena. Luego de haber vaciado el último bombón lo llenó con los comprimidos de trinitrina. Los bombones eran de gran tamaño. Estaba seguro de que habían puesto de veinte a treinta comprimidos. Pero ¿quién lo hizo?

En la casa había dos invitados. John Wilson tuvo el medio. Saint Alard el móvil. Recuerde, era un fanático, y no hay peor fanático que el religioso. ¿Pudo él, por algún medio, hacerse con la trinitrina de John Wilson?

Entonces se me ocurrió otra pequeña idea. ¡Ah! ¡Se sonríe usted de mis pequeñas ideas! ¿Por qué Wilson se había quedado sin trinitrina? Seguramente trajo consigo de Inglaterra una adecuada cantidad. Una vez más visité la casa de la Avenue Louise.

Wilson se hallaba ausente, pero hablé con Félicie, la chica encargada de hacerle la habitación. Le pregunté de improviso si era cierto que al señor Wilson se le había extraviado en los últimos días un frasco en su lavabo. La chica contestó con vehemencia. Era totalmente cierto. Incluso le echaron la culpa a ella. Por lo visto, el caballero inglés creía que ella lo había roto y no quería confesarlo, pero la verdad era que ni siquiera lo tocó. Sin duda la culpable era Jeannette… siempre metiendo las narices donde no le llamaban…

Tras conseguir que callara me despedí. Sabía todo cuanto quería conocer. Me tocaba a mí patentizar la evidencia del caso. Tenía la corazonada de que no resultaría fácil. Yo podía estar seguro de que Saint Alard había hecho desaparecer el frasco de trinitrina del lavabo de John Wilson, pero para convencer a los demás necesitaría aportar pruebas. ¡Y no tenía ninguna!

¡No importa! Sabía… eso era lo importante. ¿Recuerda nuestros

problemas en el caso Styles, Hastings? También en aquel caso sabía… pero me llevó mucho tiempo encontrar el último eslabón que completara mi cadena de pruebas contra el asesino.

Solicité una entrevista con la señorita Mesnard. Acudió enseguida. Le pedí la dirección del señor de Saint Alard.

Una mirada de inquietud ensombreció el rostro de la joven.

—¿Para qué la quiere, *Monsieur*?

—*Mademoiselle*, me es necesaria.

Parecía vacilante… turbada.

—No puede decirle nada. Es un hombre cuyos pensamientos no son de este mundo.

Apenas se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

—Posiblemente, *mademoiselle*. No obstante, era un viejo amigo del señor Déroulard. Quizá pueda informarme de algunas cosas… cosas del pasado… acerca de viejos rencores… de antiguas intrigas amorosas.

La muchacha se ruborizó y se mordió el labio.

—Como quiera… pero… pero… Ahora tengo el convencimiento de que estaba equivocada. Fue muy amable por su parte acceder a mi petición, pero entonces estaba trastornada… casi enloquecida. Ahora me doy cuenta de que no existe ningún misterio que esclarecer. Déjelo, se lo ruego, *Monsieur*.

La miré fijamente.

—*Mademoiselle* —dije—, a veces a un perro le resulta difícil encontrar un rastro, pero cuando lo ha encontrado, ¡nada en este mundo se lo hará dejar! Es decir, ¡si es un buen perro! Y yo, *mademoiselle*, yo, Hércules Poirot, lo soy.

Sin proferir palabra salió de la estancia. Unos minutos más tarde regresó con la dirección anotada en una hoja de papel. Abandoné la casa. François me esperaba en la calle. Me miró con ansiedad.

—¿Hay noticias, *Monsieur*?

—Ninguna todavía, amigo mío.

—¡Ah! ¡*Pauvre Monsieur* Déroulard! —suspiró—. Yo también compartía sus ideas. No me gustan los curas. Pero no diría algo así en la casa. Todas las mujeres son muy devotas… y quizá sea mejor. *Madame est tris pieuse*… et *mademoiselle* Virginie Aussi.

¿*Mademoiselle* Virginie? ¿Ella tras *pieuse*? Al recordar aquel rostro apasionado bañado en lágrimas de nuestra primera entrevista

me extrañó.

Tras haber obtenido la dirección del señor de Saint Alard no perdí el tiempo.

Llegué a las inmediaciones de su castillo en las Árdenas, pero tuve que aguardar varios días hasta dar con el pretexto que me permitiese la entrada en la casa. Al final lo conseguí. ¿Se imagina cómo? ¡Pues nada menos que como fontanero, *mon ami*! Fue cuestión de un momento provocar un pequeño escape de gas en su dormitorio. Salí en busca de mis herramientas y tuve buen cuidado de volver con ellas a una hora en que me constaba que tendría el campo libre. Casi ni yo mismo sabía lo que buscaba. No creía en la posibilidad de encontrar algo comprometedor. Él jamás habría corrido el riesgo de guardarlo.

Con todo, cuando vi un armario, cerrado, encima del lavabo no pude resistir la tentación de saber lo que contenía. Fue un juego de niños abrirlo con una ganzúa. Al abrir la puerta descubrí que estaba repleto de viejos frascos. Los inspeccioné uno a uno con mano temblorosa. De repente proferí un grito. Imagínese, amigo mío, tenía en la mano un frasquito con la etiqueta de una farmacia inglesa, en la que figuraba escrito:

COMPRIMIDOS DE TRINITRINA. TOMAR UNO EN CASO NECESARIO. MR. JOHN WILSON.

Dominando mi emoción, cerré el armarito, guardé el frasco en mi bolsillo ¡y me puse a reparar el escape de gas! Se ha de ser metódico. Luego abandoné el castillo y tomé el primer tren que salía para mi país. Llegué a Bruselas muy avanzada la noche.

A la mañana siguiente estaba redactando un informe para el *préfet* cuando me pasaron una nota. Provenía de la anciana *madame* Déroulard, requiriéndome a que me personara sin demora en la casa de la Avenue Louise.

Me abrió la puerta François.

—*Madame la baronne* le espera.

Me condujo a sus aposentos. Se hallaba sentada majestuosamente en una amplia butaca. Ni rastro de *mademoiselle* Virginie.

—*Monsieur* Poirot —dijo la anciana señora—. Acabo de enterarme de que usted no es lo que pretende aparentar. Es un

funcionario de la policía.

—Eso es, *madame*.

—¿Vino a mi casa para investigar las circunstancias de la muerte de mi hijo?

Repliqué nuevamente:

—Eso es, *madame*.

—Me complacería saber si ha hecho algún progreso.

Titubeé.

—Primero me gustaría saber cómo se ha enterado de todo ello, *madame*.

—Por alguien que ya no es de este mundo.

Sus palabras, y el modo ensimismado en que fueron proferidas, me heló el corazón.

Fui incapaz de articular una respuesta.

—Por tanto, *Monsieur*, le ruego encarecidamente que me informe con la máxima exactitud de los progresos que ha hecho en su investigación.

—*Madame*, mi investigación ha terminado.

—¿Mi hijo?

—Le mataron deliberadamente.

—¿Sabe usted quién lo hizo?

—Sí, *madame*.

—¿Quién, entonces?

—El señor de Saint Alard.

La anciana señora negó con la cabeza.

—Está en un error. El señor de Saint Alard es incapaz de un crimen semejante.

—Tengo en mis manos las pruebas.

—Le encarezco una vez más que me lo cuente todo.

En esta ocasión obedecí, examinando paso a paso el camino que me condujo hasta el descubrimiento de la verdad. Ella me escuchaba atentamente. Al final movió la cabeza asintiendo.

—Sí, sí, todo es como usted dice, excepto en una cosa. No fue el señor de Saint Alard quien mató a mi hijo. Fui yo, su madre.

La miré con asombro. Ella continuó asintiendo con la cabeza.

—He hecho bien en mandarle llamar. Es la Providencia del buen Dios el que Virginie me haya contado lo que hizo antes de partir al convento. ¡Escuche, *Monsieur* Poirot! Mi hijo era un mal hombre.

Perseguía a la Iglesia. Llevaba una vida pecaminosa. Y con él arrastraba a otras almas. Pero aún había cosas peores. Una mañana, al salir de mi cuarto, en esta misma casa, percibí a mi nuera de pie en lo alto de la escalera. Estaba leyendo una carta. Vi como mi hijo se deslizaba hasta situarse a sus espaldas. Un rápido empujón, y ella, su mujer, rodó escaleras abajo; su cabeza chocó contra los peldaños de mármol. Cuando la recogieron, estaba muerta. Mi hijo era un asesino, y sólo yo, su madre, lo sabía.

Cerró los ojos por un instante.

—No puede imaginarse, *Monsieur*, mi agonía, mi desesperación. ¿Qué hacer? ¿Denunciarlo a la policía? No me atrevía a hacerlo. Era mi deber, pero mi carne era débil. Además, ¿me creerían ellos? La vista me fallaba desde hacía algún tiempo… argumentarían que me había equivocado. Guardé silencio. Pero mi conciencia me remordía. Callándome, yo también era una asesina. Mi hijo heredó la fortuna de su esposa. Prosperó, subió como la espuma. Y ahora le iban a nombrar ministro.

Perseguiría aún con más fuerza a la Iglesia. Y además estaba Virginie. La pobrecita niña, piadosa por naturaleza, se sentía fascinada por él. Mi hijo poseía un extraño y terrible poder sobre las mujeres. Vi lo que iba a ocurrir. Me sentía impotente para impedirlo. Él no abrigaba ninguna intención de casarse con Virginie. Llegó el momento en que la pobre se hallaba dispuesta a entregarse totalmente a su capricho.

Entonces vi claramente mi camino. Era mi hijo. Yo le había dado la vida. Yo era responsable de sus actos. ¡Antes había destruido el cuerpo de una mujer, ahora iba a destruir el alma de otra! Entré en la habitación del señor Wilson y me apoderé del frasco de comprimidos. Una vez, bromeando, comentó que contenía suficientes comprimidos para matar a un hombre. Fui al estudio y abrí la gran caja de bombones que siempre tenía sobre la mesa. Por error abrí la caja sin empezar. La otra se hallaba también encima de la mesa. Sólo quedaba en ella un bombón. Eso simplificaba las cosas. Nadie comía bombones salvo mi hijo y Virginie. Aquella noche retendría a la joven a mi lado. Todo sucedió tal como lo había planeado…

Hizo una breve pausa, cerrando los ojos un momento. Volvió a abrirlos lentamente.

—*Monsieur* Poirot, estoy en sus manos. Me dicen que no me quedan muchos días de vida. Estoy dispuesta a rendir cuentas por mi acto ante el buen Dios. ¿Debo también rendirlas aquí, en la tierra?

Vacilé.

—Pero el frasco vacío, *madame* —dije a fin de ganar tiempo—, ¿cómo se explica que estuviera en posesión del señor de Saint Alard?

—Cuando vino a despedirse de mí, *Monsieur*, se lo puse dentro del bolsillo. No sabía cómo deshacerme del frasquito. Estoy tan enferma que no puedo moverme mucho sin ayuda, y de encontrarlo vacío en mis aposentos podía levantar sospechas. Comprenda, *Monsieur*… —se irguió majestuosamente— ¡que no fue con la intención de involucrar al señor de Saint Alard! Ni me pasó por la imaginación. Me figuré que su criado, al encontrar un frasco vacío, lo tiraría sin darle mayor importancia.

Incliné la cabeza.

—Lo comprendo, *madame* —dije.

—¿Y cuál es su decisión, *Monsieur*?

Su voz era firme y segura, la cabeza erguida, como siempre. Me puse en pie.

—*Madame* —dije—, tengo el honor de desearle buenos días. He llevado a cabo mis investigaciones… ¡y he fracasado! El asunto está cerrado.

Durante un momento Poirot guardó silencio, luego dijo quedamente:

—Ella murió justo una semana después. *Mademoiselle* Virginie pasó su noviciado y a su debido tiempo tomó las órdenes. Ésa, amigo mío, es la historia. Debo admitir que hice un triste papel.

—¡Pero si no fue un fracaso! —objeté—. ¿Qué podía pensar dadas las circunstancias?

—Ah, *sacré, mon ami* —exclamó Poirot, recobrando de pronto su vivacidad—. ¿Es que no lo ve usted? ¡Fui treinta y seis veces imbécil! Mis células grises no funcionaron.

Durante todo el tiempo tuve en mis manos la verdadera pista.

—¿Qué pista?

—¡La caja de bombones! ¿No lo ve? ¿Habría cometido semejante error una persona que viera perfectamente? Sabía que *madame*

Déroulard tenía cataratas… lo supe por las gotas de atropina. Sólo había una persona en la casa cuya visión defectuosa le impidiera ver qué tapa tenía que colocar. Fue la caja de bombones lo que me puso sobre la pista, y sin embargo, durante toda la investigación, no supe darme cuenta de su verdadero significado. Y también fallaron mis dotes de psicólogo. De haber sido el señor de Saint Alard el criminal jamás hubiera conservado en su poder un frasco comprometedor. Encontrarlo era una prueba de su inocencia. Sabía ya por *mademoiselle* Virginie que era un hombre muy abstraído. ¡En conjunto fue un caso desdichado el que acabo de referirle! Esta historia sólo se la he contado a usted.

Compréndame, ¡no hago un buen papel en ella! Una anciana comete un crimen tan sencilla y hábilmente que yo, Hércules Poirot, me equivoco por completo. ¡*Sapristi*! ¡Es irritante pensar en ello! Olvídelo. O no… recuérdelo; y si en cualquier momento cree que me estoy volviendo presuntuoso… no es probable, pero podría darse el caso.

Disimulé una sonrisa.

—Eh, bien, usted me dirá «caja de bombones». ¿De acuerdo?

—¡Trato hecho!

—Después de todo —dijo Poirot - ¡fue una experiencia! ¡Yo, que indudablemente poseo en la actualidad el mejor cerebro de Europa, puedo permitirme ser magnánimo!

—Caja de bombones —murmuré suavemente.

—¿*Pardon, mon ami*?

Mientras Poirot se inclinaba hacia mí con una expresión interrogante miré su rostro inocente y mi corazón se conmovió. A menudo me había hecho sufrir, pero yo, aunque no poseyera el mejor cerebro de Europa, ¡también podía permitirme ser magnánimo!

—Nada —mentí, y encendí otra pipa, sonriéndome para mis adentros.

El robo de los planos del submarino

Un muchacho mensajero trajo una carta que Poirot leyó en silencio, y mientras leía asomaba a sus ojos el brillo del interés y de la emoción. Después de despedir al mensajero con breves frases, se volvió a mirarme.

—Corra, amigo, haga la maleta. Nos vamos a Sharples.

Yo di un salto al oírle mencionar la famosa residencia campestre de lord Alloway.

Presidente del recién formado Ministerio de Defensa, lord Alloway era miembro distinguido del Gabinete.

Con el nombre de *sir* Ralp Curtis, director de una gran empresa de ingeniería, había pasado por la Cámara de los Comunes y se decía ahora de él que era un hombre de porvenir y que probablemente se le llamaría a formar Ministerio en el caso de que resultasen fundados los rumores que corrían del mal estado de salud de mister David Mac Adam.

Un hermoso Rolls Royce nos aguardaba a la puerta y mientras corríamos en la oscuridad, abrumé con mis preguntas a Poirot.

—Son más de las once —le dije—. ¿Para qué nos llaman a esta hora avanzada de la noche?

Poirot meneó la cabeza.

—Debe tratarse de algo muy urgente, sin ninguna duda —repuso.

—Recuerdo —expliqué— que la conducta seguida por Ralp Curtis con relación a determinadas acciones dio lugar a un escándalo formidable. Al final se le declaró inocente de la acusación que se le dirigía, pero es improbable que vuelva a repetirse ahora el hecho, o que haya sucedido algo por el estilo.

—No creo que me llamasen, aunque así fuera, a hora tan

intempestiva —repuso mi amigo.

Callé porque tenía razón y continuamos el viaje en medio del mayor silencio. Una vez fuera de la ciudad, el coche redobló la velocidad y en menos de lo que se cuenta llegamos a Sharples.

Un mayordomo, vestido de pontifical, nos condujo al punto al pequeño estudio donde nos aguardaba lord Alloway. Al vernos, el digno caballero se puso en pie de un salto, lleno de vigor y de vitalidad.

—Encantado de volver a verle, *Monsieur* Poirot —dijo a mi amigo—. Ésta es la segunda vez que necesita el Gobierno de sus servicios. Recuerdo muy bien lo que hizo por nosotros durante la guerra y cómo logró liberar al Primer Ministro de su secuestro, verificado de manera tan hábil. Sus magníficas deducciones y su descripción, permítame que lo diga así, despejaron la situación.

Poirot parpadeó un poco.

—¿Puedo deducir de esto, milord, que va a ofrecerme la solución de un caso parecido?

—Sí, señor. *Sir* Harry y yo… oh, permítame que les presente. *Sir* Harry Weardale, Primer Lord del Almirantazgo… *Monsieur* Poirot… y el capitán…

—Hastings —dije yo.

—He oído hablar de usted con elogio, *Monsieur* Poirot —dijo *sir* Harry estrechándonos la mano—. Nos encontramos frente a un problema insoluble al parecer, y si acierta usted a resolverlo le quedaremos por siempre extraordinariamente agradecidos.

El Primer Lord del mar era un marino, cuadrado de hombros, de la antigua escuela, que se granjeó al punto toda mi simpatía.

Poirot les dirigió una mirada de interrogación y Alloway se encargó de darles las explicaciones necesarias.

—Ante todo, *Monsieur* Poirot, dése cuenta de que todo lo que voy a decirle es confidencial. Acabamos de sufrir una pérdida muy grave. Nos han robado los planos del nuevo submarino tipo Z.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, hará cosa de unas tres horas. Supongo que se dará cuenta de la magnitud del desastre, porque es esencial que no se divulgue la noticia de esta pérdida. Mis huéspedes, en estos momentos, son aquí, el almirante, su mujer y su hija y *mistress* Conrad, una dama muy conocida de la alta sociedad. Las señoras se

retiraron temprano a descansar… sobre las diez si mal no recuerdo, lo mismo que mister Leonard Meardale. *Sir* Harry estaba aquí porque quería hablar conmigo de la construcción de este nuevo tipo de submarino. De acuerdo con esto rogué a mister Fitzroy, mi secretario, que sacara los planos de la caja que ve ahí, en el rincón, y que los ordenara junto con varios documentos diversos que tratan del asunto que traemos entre manos.

»Mientras obedecía mis instrucciones, el almirante y yo nos paseábamos por la terraza, fumando y disfrutando del aire tibio de junio. Cuando concluimos de fumar y de charlar decidimos tratar de negocios. Cuando dimos media vuelta, en el extremo opuesto de la terraza, yo creí ver una sombra salir de aquí por la puerta… ventana, cruzar la terraza y desaparecer. Sin embargo, no presté gran atención al hecho. Sabía que Fitzroy estaba aquí, en esta misma habitación, y no me pasó por las mientes que pudiera haber ocurrido nada desagradable. Creí mal, naturalmente. Bien, volviendo sobre nuestros pasos, como ya he dicho, entramos en el estudio por la puerta de la terraza en el mismo momento en que entraba Fitzroy por el vestíbulo.

»—¿Tiene ya preparado todo lo que necesitamos, Fitzroy? —pregunté.

»—Sí, lord Alloway —me contestó—. He dejado los papeles encima de la mesa.

»Dicho esto nos dio las buenas noches. Se dispuso a retirarse a su habitación.

»—¡Un momento! —exclamé acercándome a la mesa—. Voy a ver si está todo lo que he pensado.

»E hice un rápido examen de los papeles.

»—¿Ve, Fitzroy? Se ha olvidado de lo más importante. ¡De los planos del submarino!

»—Están encima de todo, lord Alloway.

»—Nada de eso, no están.

»Fitzroy avanzó unos pasos, aturdido. La cosa parecía increíble. Examinamos todos los documentos que había sobre la mesa; buscamos dentro de la caja de caudales; pero al fin tuvimos que convencernos de que los planos habían desaparecido en el corto espacio de tres minutos en que Fitzroy se ausentó de la habitación.

—¿Por qué salió de ella? —interrogó vivamente intrigado

Poirot.

—Eso mismo le pregunté yo —exclamó *sir* Harry.

—Según parece —explicó *lady* Alloway— le sobresaltó un gemido de mujer que oyó cuando acababa de poner en orden los papeles. Salió corriendo al vestíbulo y encontró allí a la doncella francesa de *mistress* Conrad. La muchacha estaba pálida y trastornada y dijo que acababa de ver a un fantasma, a una alta figura de blanco que avanzaba sin hacer ruido. Fitzroy se rió de sus temores y le recomendó, en lenguaje más o menos cortés, que no fuera necia. Luego volvió a esta habitación en el momento mismo en que entrábamos por la terraza.

—Todo está muy claro —dijo Poirot pensativo—. Únicamente cabe preguntar: ¿Ha sido la doncella cómplice del robo? ¿Gimió de acuerdo con su aliado que acechaba en la sombra o aguardaba en el exterior la ocasión de poder llegar hasta aquí? Digo aliado, porque supongo que sería un hombre y ¿hombre fue, verdad, no mujer lo que usted vio?

—No puedo decirlo, *Monsieur* Poirot. Era… una sombra.

Aquí el almirante emitió un resoplido tan significativo que no dejó de llamar nuestra atención.

—Creo que el señor tiene algo que decir —manifestó con leve sonrisa Poirot—. ¿Vio usted también a la sombra, *sir* Harry?

—No, no la vi… ni tampoco Alloway. Supongo que debió ver la rama de un árbol agitada por el viento y luego, cuando descubrimos el robo, dedujo que había visto pasar una sombra por la terraza. Su imaginación le gastó una broma; eso es todo…

—Nadie ha dicho nunca que yo posea imaginación —dijo lord Alloway con ligera sonrisa.

—¡Bah! Todos la tenemos y todos somos capaces de convencernos de que hemos visto más de lo que en realidad vimos. Yo me paso la vida en el mar y tengo experiencia de estas cosas. Miraba, lo mismo que usted, delante de mí y no vi nada en la terraza.

Parecía tan excitado, que Poirot se puso de pie y se acercó vivamente a la puerta de cristales, dispuesto a centrar la cuestión.

—¿Me permiten? —dijo—. Vamos a dejar sentado este punto si nos es posible.

Salió a la terraza y todos le seguimos. Había sacado una lámpara

de bolsillo y paseaba la luz por el borde del césped que ornaba la terraza.

—¿Por dónde cruzó la sombra, milord? —preguntó.

—Por delante de la puerta de cristales.

Poirot siguió manejando la luz unos minutos más, yendo y viniendo de aquí para allá hasta que, finalmente, la apagó y enderezó el cuerpo.

—*Sir* Harry tiene razón, usted se equivoca, milord —dijo tranquilamente—. Ha llovido mucho durante toda la tarde y cualquiera que hubiera hollado el césped hubiera dejado huella. Pero no he visto ninguna pisada, absolutamente ninguna.

Sus ojos fueron del rostro de uno al del otro. Lord Alloway parecía aturdido y poco convencido; el almirante expresó ruidosamente su satisfacción.

—Sabía que no me equivocaba —declaró—. Siempre he tenido buena vista.

Tenía un aspecto tan típico del honrado lobo de mar que sonreí sin querer.

—Bien, esto concentra nuestra atención en los demás habitantes de la casa —dijo Poirot sin alzar la voz—. Volvamos dentro. Veamos, milord: mientras mister Fitzroy hablaba con la doncella en la escalera, ¿pudo alguien aprovechar la ocasión para entrar en el estudio por el vestíbulo?

Lord Alloway meneó la cabeza.

—Es absolutamente imposible. Para hacerlo así hubiera tenido que pasar por delante del secretario.

—¿Está usted seguro de mister Fitzroy?

Lord Alloway se puso encarnado.

—En absoluto, *Monsieur* Poirot. Tengo en él completa confianza. Es imposible que tenga nada que ver con este asunto.

—Todo parece tan imposible —le aseguró con acento seco mi amigo— que lo más probable es que los planos desplegaran unas alas minúsculas y que espontáneamente echasen a volar…

Poirot frunció los labios y sus carrillos asumieron la forma de un cómico querubín.

—En efecto, todo parece imposible —declaró lord Alloway con impaciencia—, pero le ruego, *Monsieur* Poirot, que no sueñe en sospechar de mister Fitzroy. Suponiendo por un momento que

hubiera deseado coger esos planos, ¿no le hubiera sido más fácil sacar copia de ellos que tomarse el trabajo de robarlos?

—Su observación es bien justa, milord —repuso Poirot con aire de aprobación—, y ya veo que posee una inteligencia metódica y ordenada. *L'Anglaterre* puede sentirse orgullosa de poseerle.

Esta súbita alabanza originó visible embarazo en lord Alloway y Poirot volvió a nuestro asunto.

—Ustedes estuvieron sentados durante toda la noche en…

—¿En el salón? Así es.

—Esa pieza tiene también puerta de cristales que da a la terraza y recuerdo que ha dicho usted que salieron de ella por dicha puerta. ¿Sería posible que alguien les hubiera imitado y que volviera a entrar mientras mister Fitzroy estaba fuera del estudio?

—No, porque en ese caso le hubiéramos visto —repuso el almirante.

—No, si al dirigirse al otro extremo de la terraza volvían la espalda.

—Fitzroy sólo estuvo fuera del estudio unos minutos, o sea lo que nosotros tardamos en llegar al extremo de la terraza y volver.

—No importa… es una posibilidad… la única de que podemos echar mano de momento.

—Pero cuando nosotros salimos del salón no quedó nadie más en él —dijo el almirante.

—Pudo entrar después.

—¿Quiere decir —manifestó lentamente lord Alloway— que cuando Fitzroy oyó gritar a la doncella alguien que estaba escondido en el salón se apresuró a salir tras él y luego entrar por la puerta de cristales y que sólo dejó el salón cuando hubo vuelto al estudio Fitzroy?

—Mente metódica otra vez —dijo Poirot saludando—. Expresa usted lo ocurrido perfectamente.

—¿Quizá fue un criado?

—O un huésped. La que chilló fue la doncella de *mistress* Conrad. ¿Qué sabe usted de esa señora?

Lord Alloway reflexionó un instante.

—Como ya he dicho, es muy conocida en la alta sociedad. Da grandes fiestas y reuniones y va a todas partes. Pero en realidad nadie sabe de dónde sale, ni conoce su vida pasada. Es una señora

que frecuenta el domicilio de los diplomáticos, así como los círculos del Ministerio de Asuntos Exteriores lo más posible. El Servicio Secreto se pregunta: «¿Por qué?».

—Comprendo —dijo Poirot—. ¿Y la han invitado a pasar con ustedes el fin de semana?

—Sí, al objeto de… ¿cómo diría yo…?, de poder observarla más de cerca.

—¡*Parfaitement*! Es posible, no obstante, que se le vuelva la tortilla, como suele decirse.

En el rostro de lord Alloway se pintó la consternación y Poirot continuó:

—Dígame, milord, ¿usted o el almirante han hecho alusión, delante de ella, de lo que pensaban hacer?

—Sí —confesó Alloway—. *Sir* Harry dijo: «¡Y ahora a trabajar en nuestro submarino!» o algo parecido. Los demás invitados estaban ya en el salón, pero *mistress* Conrad había vuelto para buscar un libro.

—Comprendo —murmuró Poirot pensativo—. Milord, es muy tarde, pero el caso urge.

Me gustaría interrogar cuanto antes a sus huéspedes.

—Nada más fácil. Sin embargo, le recomiendo que no hable sino lo más preciso. *Lady* Julieta Weardale y el joven Leonardo son de toda confianza, naturalmente, pero aun cuando no sea culpable, *mistress* Conrad es un factor diferente. Diga que un documento de cierta importancia ha desaparecido sin especificar qué es ni dar explicaciones de las circunstancias en que se verificó su desaparición, ¿entiende?

—Sí. Es precisamente lo que iba a proponer a usted —repuso Poirot con el rostro resplandeciente—. Que *Monsieur l'Almiral* me perdone, pero aun la mejor de las esposas…

—No me ofende —dijo *sir* Harry—. Todas las mujeres hablan de más. ¡Dios las bendiga! Claro que yo desearía que Julieta hablase más y jugase menos al *bridge*, pero ninguna mujer moderna se siente por lo visto dichosa sin bailes ni sin juegos. Voy a ver si levanto de la cama a Julieta y a Leonardo, ¿qué le parece, Alloway?

—Sí, gracias. Yo voy a llamar a la doncella francesa. *Monsieur* Poirot desea verla y ella puede despertar a su señora. Voy a ocuparme de esto. Entretanto, le enviaré a Fitzroy.

Mister Fitzroy era un joven pálido, usaba lentes y su expresión era glacial. Su declaración fue, palabra por palabra, idéntica a la que nos había hecho lord Alloway.

—¿Cuál es su creencia, mister Fitzroy?

El joven se encogió de hombros.

—Creo que es indudable —dijo— que una persona enterada de lo que sucede en esta casa aguardaba fuera una ocasión favorable. Vio lo que sucedía por la abierta puerta de cristales y entró en el estudio en cuanto salí yo de él. Es una lástima que lord Alloway no echara a correr tras él en cuanto le echó la vista encima.

Poirot no quiso desengañarle. En lugar de ello interrogó:

—¿Cree en el cuento de la doncella francesa?

—¡No, *Monsieur* Poirot!

—¿No le parece que pudo creer que veía un fantasma en realidad?

—Eso sí que no lo sé. Se llevó las manos a la cabeza y parecía trastornada.

—¡Ajá! —exclamó Poirot con el aire del que acaba de verificar un descubrimiento—. ¿Y es bonita la muchacha?

—La verdad es que no reparé en ello —dijo Fitzroy con acento reprimido.

—¿Vio a su señora?

—Sí, señor, la vi. Estaba arriba, en la galería, y llamó a la doncella: «¡Leonie!». Al verme se retiró.

—¿Sin bajar la escalera? —preguntó Poirot con el ceño fruncido.

—Ya me doy cuenta de lo desagradable que es todo esto para mí… O lo hubiera podido ser si lord Alloway no hubiera visto salir del estudio al ladrón. De todos modos estoy dispuesto a consentir el registro de mi habitación… y de mi persona.

—¿De verdad lo desea?

—Sí, señor, ciertamente.

Ignoro lo que Poirot iba a contestar, porque en aquel mismo momento reapareció lord Alloway para anunciar que las dos señoras y mister Leonard aguardaban en el salón.

Las mujeres llevaban unos saltos de cama que les sentaban bien. *Mistress* Conrad era una mujer muy bonita, de unos treinta y cinco años, de cabellos dorados y una leve tendencia al embonpoint. *Lady* Julieta Weardale representaba cuarenta años, era alta y morena,

muy delgada, bella todavía con manos y pies exquisitos y un aire inquieto y atormentado. Su hijo era un muchacho algo afeminado, que ofrecía notable contraste con el cordial y varonil autor de sus días.

Poirot dio a los tres la explicación convenida y luego manifestó que sentía el deseo de saber si alguno de ellos había oído o visto algo por la noche, que pudiera sernos de utilidad.

Volviéndose primero a *mistress* Conrad, le preguntó si sería tan amable como para informarle, con exactitud, de cuáles habían sido sus movimientos.

—¿A ver…? Subí la escalera, llamé a la doncella. Luego, como no comparecía, salí de la habitación, llamándola, y la oí hablar en la escalera. Después que me cepilló el cabello la despedí en un estado particular de nervios y me puse a leer un rato antes de meterme en la cama.

—Y, ¿usted *lady* Julieta, entonces…?

—Me fui directamente a la cama porque estaba muy fatigada.

—Así, pues, ¿para qué quería un libro, querida? —dijo *mistress* Conrad con una suave sonrisa.

—¿Un libro? —*lady* Julieta se ruborizó.

—Sí, recuerde que cuando yo despedí a Leonie usted subía la escalera. Venía, según dijo, del salón adonde había entrado para coger un libro.

—Es verdad. Se me había olvidado.

Lady Julieta unió inmediatamente las manos con visible nerviosismo.

—¿Oyó gritar entonces a la doncella de *mistress* Conrad, *milady*?

—No, no la oí.

—¿Está segura?

—No oí nada —repuso *lady* Julieta con voz mucho más firme.

—Es curioso, porque en aquel momento usted debía hallarse en el salón.

Poirot se volvió al joven Leonard.

—¿*Monsieur*?

—Yo subí directamente la escalera y entré en mi habitación, de la que ya no volví a salir.

Poirot se atusó el bigote.

—Bien, ya veo que de aquí no sacaremos nada. Señoras,

caballeros, lamento infinitamente haberles sacado de su sueño para tan escaso resultado. Acepten mis excusas, por favor.

Gesticulando y excusándose, les hizo salir de la habitación. Luego se encaró con la doncella francesa, una muchacha viva y de rostro despierto. Alloway y Weardale habían ido a acompañar a las señoras.

—Ahora, *mademoiselle*, sepamos la verdad —dijo—. No me endose ningún cuento, ¿entendido? ¿Por qué chilló en la escalera?

—Ah, *Monsieur*, porque vi una figura alta… toda vestida de blanco…

Poirot la hizo callar mediante un ademán enérgico.

—Repito que no me cuente un cuento. Voy a adivinar lo ocurrido y usted me dirá si tengo o no razón. Chilló usted porque él la besó. Me refiero a mister Weardale.

—Eh bien, *Monsieur*, ¿qué es un beso después de todo?

—Una cosa muy natural en estas circunstancias —repuso Poirot con galantería—. Ahora explíqueme usted todo lo ocurrido.

—Pues el señor Weardale llegó por detrás y me asió por la cintura, yo me sobresalté y lancé un grito. No hubiera chillado si no hubiera llegado así, sigiloso como un gato.

Entonces salió *Monsieur le secretaire* y *Monsieur* Leonard huyó escaleras arriba.

Señores, pónganse en mi caso: ¿qué podía hacer yo, sobre todo, tratándose de un *jeune homme comme ça… tellement comme il faut? La foi*, inventé una aparición.

—Ahora todo se explica —exclamó gozoso Poirot—. Después subió usted a la habitación de su señora, que se halla ¿en qué parte del pasillo del primer piso?

—En un extremo. Por ahí, *Monsieur*.

—Es decir, encima del estudio. Bien, *mademoiselle*, no le entretengo más. Y la *prochaine fois no grite*.

La acompañó hasta la puerta y luego volvió a mí con la sonrisa en los labios.

—¡Qué caso más interesante! ¿No le parece, Hastings? Comienzo a tener varias ideas. ¿Y usted?

—¿Qué hacía Leonard Weardale en la escalera? No me gusta ese muchacho, Poirot. Es un inútil.

—Estoy de acuerdo, *mon ami*.

—En cambio Fitzroy parece hombre honrado.

—Es lo que opina lord Alloway.

—Pero tiene un aspecto…

—… Demasiado bueno, ¿verdad? Yo opino lo mismo. Tampoco creo que sea buena persona nuestra bella amiga *mistress* Conrad.

—Cuya habitación se halla encima del estudio, no olvidemos —insinué dirigiendo a mi amigo una mirada penetrante.

Pero Poirot movió la cabeza y en sus labios se dibujó una leve sonrisa.

—No, *mon ami*. No es posible creer en serio que esa inmaculada señora haya bajado a ella por la chimenea o descolgándose por un balcón.

Aquí se abrió la puerta y apareció *lady* Julieta.

—*Monsieur* Poirot —dijo visiblemente agitada—. ¿Puedo decirle a solas dos palabras?

—*Milady*, el capitán Hastings es como mi otro yo. Hable con la misma libertad que si no le tuviera delante. Y ante todo, tome asiento.

Milady obedeció sin separar la vista de mi amigo.

—Bien. Lo que tengo que decir es fácil. A usted se le ha encargado por lo visto la solución de este caso. ¿Qué le parece? ¿Se concluiría si le devolviera yo esos planos? ¿Se abstendría después de dirigirme una sola pregunta?

Poirot la miró fijamente.

—No sé si la comprendo bien, *madame* —respondió—. ¿Quiere decir que se me pondrán los planos en mis manos siempre que al devolvérselos a lord Alloway se abstenga de averiguar su procedencia?

Lady Julieta afirmó con un ademán.

—Eso es —dijo—. Lo que ante todo deseo es que no se dé publicidad al hecho.

—La publicidad no le conviene a lord Alloway —replicó con aire sombrío Poirot.

—Entonces, ¿acepta usted? —dijo con visible ansiedad *lady* Julieta.

—¡Un momento, *milady*! Mi aceptación dependerá de lo que tarde en poner esos planos en mis manos.

—Los tendrá inmediatamente.

Poirot miró el reloj.

—¿A qué hora exactamente? —preguntó.

—Digamos… dentro de diez minutos —murmuró la dama.

—Acepto, *milady*.

Lady Julieta salió rápidamente. Yo lancé un silbido.

—¿Podría hacer un resumen de la situación, Hastings?

—Bridge —contesté brevemente.

—¡Ah, veo que recuerda lo que dijo el almirante! ¡Qué memoria! ¡Le felicito, Hastings!

No dijimos más porque entró lord Alloway mirando a Poirot con aire de interrogación.

—Temo que las respuestas recibidas constituyan una decepción —dijo—. ¿Tiene alguna idea?

—Ninguna, milord. Esas respuestas son, por el contrario, tan esclarecedoras que no necesito perder aquí más tiempo y con su permiso voy a volver enseguida a Londres.

Lord Alloway se quedó asombrado.

—Pero… pero… ¿qué es lo que ha descubierto? ¿Sabe quién ha cogido los planos?

—Sí, milord, lo sé. Dígame, suponiendo que le devolvieran esos planos anónimamente, ¿dejaría en el acto de hacer averiguaciones?

Lord Alloway le miró sin comprender.

—¿Querrá decir si me avengo a pagar una cantidad determinada?

—No, milord. Los planos serán devueltos inmediatamente sin condiciones.

—Recobrarlos es, en sí misma, una gran cosa —repuso lentamente el lord. Pero seguía perplejo.

—Entonces recomiendo a usted, muy en serio, que adopte esa regla de conducta.

Únicamente usted, su secretario y el almirante conocen esa pérdida. Únicamente ustedes sabrán que se han restituido los planos. Y puede contar conmigo, que estoy dispuesto a ayudarle en todo… y a cargar con el peso del misterio. Usted me pidió que le devolviera esos papeles… y lo hago. No necesita saber más. —Levantándose, tendió su mano a lord Alloway—. Milord, celebro haberle conocido. Tengo fe en usted… y en su amor por Inglaterra. Estoy seguro de que presidirá su destino con mano firme.

—Juro a usted, *Monsieur* Poirot, que haré cuanto pueda por ella. Ignoro si es defecto o virtud, pero la verdad es que creo en mí mismo.

—Todos los grandes hombres poseen esa fe —dijo Poirot—. Yo también la tengo —agregó con voz majestuosa.

Poco después se detenía el coche delante de la puerta y lord Alloway se despidió de nosotros con renovada cordialidad.

—Es un gran hombre, Hastings —dijo Poirot cuando arrancamos —. Posee inteligencia, recursos, voluntad. Es el hombre fuerte que Inglaterra necesita para atravesar estos tiempos difíciles de reconstrucción.

—Convengo en ello, Poirot, pero háble me de *lady* Julieta. ¿De verdad piensa devolver los documentos a Alloway? ¿Qué pensará cuando sepa que se ha marchado usted sin decir una sola palabra?

—Hastings, voy a dirigirle una pregunta. ¿Por qué no me entregó los planos cuando me habló?

—Porque no los tenía.

—Perfectamente. ¿Cuánto supone usted que le hubiera llevado ir a buscarlos a su habitación o a cualquier lugar de la casa donde los tuviera ocultos? No me contesta. Lo haré yo. ¡Probablemente dos minutos y medio! Sin embargo dijo diez minutos. ¿Por qué? Está claro. Porque tenía que recibirlos de manos de otra persona y razonar o discutir con ella para que dicha persona se los entregase. Ahora bien: ¿quién era esa persona? *Mistress* Conrad, no; con seguridad un miembro de su familia, su marido o su hijo. ¿Cuál de los dos supone usted que sería? Leonard Weardale dijo que se fue directamente a la cama después de cenar, aunque sabemos que no es cierto. Vamos a suponer que su madre entró en su habitación y que la halló vacía; vamos a suponer que bajó presa de temor inconfesable, porque conoce bien a su hijo, que no es una monada precisamente. No le halló y más tarde él dijo que no había salido de su habitación. De manera que ella dedujo que era un ladrón y por ello solicitó la entrevista conmigo.

“Pero, *mon ami*, nosotros sabemos algo que ignora *lady* Julieta. Sabemos que su hijo no estuvo en el estudio porque se hallaba en la escalera haciendo el amor a la linda francesa. De modo que, aunque él no lo sabe, Leonard Weardale tiene su coartada.

—¿Quién robó entonces los documentos? Porque hemos estado

eliminando a todo el mundo: a *lady* Julieta, a su hijo, a *mistress* Conrad, a la doncella francesa.

—Precisamente. Pero sírvase, se lo ruego, de las células grises, *mon ami*. La solución salta a la vista.

Yo lo negué con un movimiento de cabeza.

—¡Sí! Persevere usted. Vea. Fitzroy sale del estudio y deja los planos sobre la mesa.

Poco después entra lord Alloway en la habitación y ve, al acercarse a la mesa, que los planos han desaparecido. Sólo dos cosas son posibles: que Fitzroy no dejó los planos encima de la mesa, sino que se los guardó en el bolsillo, lo que pudo hacer mucho antes y no precisamente en aquella ocasión, o continuaban sobre ella cuando entró el lord, en cuyo caso… fue él quien se los metió en el bolsillo.

—¡Lord Alloway el ladrón! —exclamé asustado—. Pero ¿porqué? ¿Porqué?

—Usted me habló de un escándalo relacionado con su vida pasada, ¿recuerda? Más adelante se reconoció públicamente su inocencia, pero ¿sería cierto el hecho que se le achacaba? Porque todos sabemos que no puede haber escándalo en la vida pública de una persona destacada en Inglaterra. Y si lo hay y alguien lo saca a relucir, ¡adiós carrera política! Yo supongo que lord Alloway ha sido víctima de un chantaje y que el precio exigido a cambio del silencio del chantajista fueron los planos del submarino.

—Si así es, ¡ese hombre es un redomado traidor! —exclamé.

—Oh, no. No lo es. Por el contrario, es hábil y hombre de recursos. Sabemos que es un buen ingeniero, por lo que creo que debió sacar una copia de ellos que alteró levemente para que fueran impracticables. Hecho esto, entregó al agente del enemigo, es decir, a *mistress* Conrad, los falsos planos y para que no se concibieran sospechas acerca de su autenticidad simuló que se los habían robado. Entretanto, declaró que había visto salir a un hombre del estudio, para que las sospechas no recayeran sobre ningún habitante de la casa. Pero aquí tropezó con la obstinación del almirante y por ello defendió con ahínco a su secretario.

—Pero usted se limita a adivinar, Poirot. Es usted muy sagaz.

—Hago uso de psicología, *mon ami*. Un hombre que hubiera entregado los verdaderos planos no se hubiera mostrado tan escrupuloso. Dígame: ¿por qué no quiso que se dieran explicaciones

a *mistress* Conrad? Porque le había entregado ya, por la tarde, los falsos planos y no quería que se enterase del robo perpetrado más tarde.

—Comienzo a creer que tiene en absoluto toda la razón —manifesté.

—Pues ¡claro que la tengo! Hablé a Alloway como lo hubiera hecho un grande hombre a otro de su talla y me comprendió perfectamente. Ya lo verá.

Pasó el tiempo. Un día nombraron a lord Alloway Primer Ministro. Poco después recibió Poirot un cheque al que acompañaba una fotografía firmada con esta dedicatoria:

«A mi discreto amigo Hércules Poirot. Alloway».

Hoy el nuevo tipo Z de submarino causa tanta sensación en los centros navales que está llamado a originar una transformación de la guerra moderna. Sé que determinada potencia extranjera trató de conseguir uno parecido, pero que fracasó rotundamente, mas sigo creyendo que Poirot tan sólo se limitó a adivinar lo ocurrido.

El tercer piso

—¡Pues no la encuentro! —dijo Pat.

Y con el ceño fruncido revolvió impaciente en el chisme de seda que ella llamaba su bolso de noche. Los dos jóvenes y la otra muchacha la observaron con ansiedad.

Se encontraban ante la puerta cerrada del piso de Patricia Garnett.

—Es inútil —exclamó Pat—. Aquí no está. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—¿Qué es la vida sin una llave? —murmuró Jimmy Faulkener.

Era un joven de pequeña estatura y ancho de espaldas, de ojos azules de alegre expresión.

—No bromees, Jimmy. Esto es serio.

—Vuelve a mirar, Pat —dijo Donovan Bayley—. Debe de estar ahí.

Tenía una voz pastosa y agradable que hacía juego con su tipo moreno y delgado.

—Si es que la llevabas —intervino la otra muchacha, Mildred Hope.

—Pues claro que la llevaba —replicó Pat—. Creo que os la di a uno de vosotros. —Dijo a los jóvenes con ademán acusador—. Le dije a Donovan que me la guardara.

Pero no iba a encontrar una escapatoria tan fácilmente. Donovan lo negó rotundamente y Jimmy le respaldó.

—Yo mismo vi cómo la guardabas en tu bolso —dijo Jimmy.

—Bueno, entonces uno de vosotros la perdería al recoger mi bolso. Se me ha caído un par de veces.

—¡Un par de veces! —exclamó Donovan—. Lo has dejado caer lo menos una docena, y además lo olvidaste en todas las ocasiones

posibles.

—Lo que no comprendo es cómo diablos no se ha perdido todo lo que llevas dentro —dijo Jimmy.

—El caso es… ¿cómo vamos a entrar? —quiso saber Mildred.

Era una muchacha muy sensible, aunque no tan atractiva como la impulsiva e impertinente Pat.

Los cuatro permanecieron ante la puerta cerrada sin saber qué partido tomar.

—¿Y no podría ayudarnos el portero? —sugirió Jimmy—. ¿No tiene una llave maestra o algo parecido?

Pat meneó la cabeza. Sólo había dos llaves. Una estaba en el interior del piso colgada en la cocina y la otra estaba… o debiera de haber estado… en el condenado bolso.

—Si por lo menos viviera en la planta baja, podríamos romper el cristal de una ventana o algo así —se lamentó Pat—. Donovan, ¿no te gustaría ser un ladrón escalador?

El aludido rechazó enérgicamente, aunque con educación, semejante idea.

—Un cuarto piso… sería casi un entierro asegurado —dijo Jimmy.

—¿Y la escalera de incendios? —sugirió Donovan.

—No la hay.

—Pues debiera haberla —replicó Jimmy—. Un edificio de cinco pisos debe tener escalera de incendios.

—Eso digo yo —repuso Pat—. Pero con eso no ganamos nada. ¿Cómo voy a entrar en mi piso?

—¿Y no hay una especie de ascensor suplementario? —dijo Donovan—. Esos chismes en los que el tendero hace subir las coles de Bruselas y la carne picada.

—El ascensor del servicio —repuso Pat—. ¡Oh, sí!, pero sólo es un montacargas en forma de cesta. ¡Oh, esperad… ya sé! ¿Y el ascensor del carbón?

—Vaya —dijo Donovan—, es una idea.

Mildred hizo una observación descorazonadora.

—Estará cerrado —dijo—. Me refiero a que estará corrido el pestillo por la parte interior de la cocina de Pat.

—No lo creas —replicó Donovan.

—Eso no ocurre en la cocina de Pat —exclamó Jimmy—. Pat

nunca cierra con llave ni corre cerrojos.

—No creo que esté cerrado —dijo Pat—. Esta mañana saqué el cubo de la basura, y estoy segura de no haber cerrado después, puesto que no volví a acercarme por allí.

—Bueno —intervino Donovan—, pues eso nos va a resultar muy provechoso esta noche, pero de todas maneras, Pat, permíteme que te aconseje abandones esta costumbre que te deja a merced de los ladrones no escaladores.

Pat hizo caso omiso de la reprimenda.

—Vamos —exclamó comenzando a bajar a toda prisa los cuatro tramos de escalera.

Los demás la siguieron, y Pat les condujo a un sótano oscuro, aparentemente lleno de cochecitos de niño, y luego, atravesando la puerta de la escalera de los pisos, los guió hasta el ascensor derecho… que en aquel momento estaba ocupado por un cubo de basura. Donovan lo quitó de allí y subiéndose a la plataforma ocupó su lugar, arrugando la nariz.

—Es algo molesto —observó—. Pero ¿qué importa? ¿Voy a emprender solo esta aventura o hay alguien que quiera acompañarme?

—Yo iré contigo —dijo Jimmy.

Y se colocó al lado de Donovan.

—Espero que el montacargas pueda con mi peso —añadió sin gran convencimiento.

—No puedes pesar mucho más que una tonelada de carbón —replicó Pat, que nunca estuvo muy fuerte en pesos y medidas.

—De todas maneras pronto lo averiguaremos —contestó Donovan alegremente tirando de la cuerda.

Y en medio de un ruido chirriante los dos muchachos desaparecieron de la vista.

—Este trasto mete un ruido infernal —observó Jimmy mientras subían en plena oscuridad—. ¿Qué pensará la gente de los otros pisos?

—Supongo que creerán que se trata de fantasmas o ladrones —repuso Donovan—. Tirar de esta cuerda es un trabajo pesado. El portero trabaja mucho más de lo que yo creía. Oye, Jimmy, viejo amigo, ¿vas contando los pisos?

—¡Oh, no! Me he olvidado.

—Bueno, pues yo sí los he contado. Ahora pasamos el tercero. El siguiente es el nuestro.

—Y ahora supongo que descubriremos que Pat cerró la puerta al fin y al cabo —gruñó Jimmy.

Mas sus temores eran infundados. La puerta de madera retrocedió ante una ligera presión y Donovan y Jimmy penetraron en la densa oscuridad de la cocina de Pat.

—Debimos traer una linterna para realizar este trabajo nocturno —dijo Donovan—. O yo no conozco a Pat, o todo estará por el suelo, y vamos a tropezar con la mar de cacharros antes de conseguir llegar hasta el interruptor de la luz. No te muevas, Jimmy, hasta que yo la encienda.

Prosiguió avanzando cautelosamente y lanzó una maldición cuando una esquina de la mesa de la cocina se le incrustó en los riñones. Dio vuelta al interruptor y volvió a maldecir en plena oscuridad.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jimmy.

—Que la luz no se enciende. Me figuro que se habrá fundido la bombilla. Aguarda un minuto. Iré a dar la luz de la salita.

La sala de estar se hallaba al otro extremo del pasillo.

Jimmy oyó cómo Donovan abría la puerta y fueron llegando hasta él diversas exclamaciones de contrariedad.

Se decidió a avanzar también por la cocina.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Por la noche parece que las habitaciones están embrujadas. Todo está revuelto. Las sillas y mesas se encuentran donde menos lo piensas. ¡Oh, diablos! ¡Aquí hay otra!

Pero en aquel preciso momento Jimmy encontró el interruptor y encendió la luz. Un segundo después los dos hombres se miraron locos de horror.

Aquella habitación no era la salita de Pat. Se habían equivocado de piso.

Para empezar, aquella estancia estaba casi como unas diez veces más llena de muebles que la de Pat, lo cual explicaba el patético asombro de Donovan al tropezar repetidamente con sillas y mesas. En el centro había una gran mesa redonda cubierta con un tapete y sobre ella un montón de cartas.

—Señora Ernestina Grant —susurró Donovan, leyendo uno de

los numerosos sobres—. ¡Oh, Dios nos ayude! ¿Tú crees que nos habrá oído?

—Será un verdadero milagro que no te haya oído —repuso Jimmy—. Con tus vociferaciones y el modo de tropezar con todo… Vamos, por amor de Dios, salgamos de aquí cuanto antes.

Apagaron la luz y regresaron de puntillas hasta el ascensor. Jimmy exhaló un suspiro de alivio al verse otra vez en la oscuridad del montacargas sin más accidentes.

—Me gustan las mujeres que tienen el sueño profundo. Grant ha ganado muchos puntos en mi consideración con su modo de vivir.

—Ahora comprendo —dijo Donovan— por qué nos hemos equivocado de piso. Y es que no contamos que habíamos arrancado desde el sótano —tiró de la cuerda y el montacargas fue subiendo —. Esta vez acertaremos.

—Lo deseo de todo corazón —exclamó Jimmy al penetrar en otra cocina en tinieblas—. Mis nervios no soportan muchos golpes como éste.

Mas ya no experimentaron ningún otro sobresalto. A la primera tentativa se encendió la luz de la cocina de Pat, y un minuto después abrían la puerta principal del piso para dejar entrar a las jóvenes que aguardaban fuera.

—Habéis tardado mucho —refunfuñó Pat.

—Hemos tenido una aventura —dijo Donovan—. Podíamos habernos visto en la comisaría de policía como dos malhechores peligrosos.

Pat había entrado en la salita, donde tras encender la luz dejó caer el chal en el sofá, y escuchó con vivo interés el relato que hizo Donovan de sus aventuras.

—Celebro que no os descubriera —comentó—. Estoy segura de que es una vieja gruñona. Esta mañana recibí una nota suya… quería verme… para hablarme de algo… supongo que de mi piano. La gente que no puede soportar el piano, no debiera vivir en un piso. Oye, Donovan, te has herido en la mano. La tienes cubierta de sangre. Ve a lavarte.

Donovan se miró la mano sorprendido y salió de la habitación. Al cabo de unos instantes se le oyó llamar a Jimmy.

—Hola —dijo el otro—, ¿qué te ocurre? No te habrás herido de cuidado, ¿verdad?

—No me he hecho el menor daño.

Había algo extraño en el tono de Donovan que hizo que Jimmy le mirara sorprendido. Donovan le tendió la mano y pudo comprobar que en ella no había el menor rasguño.

—Es extraño —dijo Jimmy con el entrecejo fruncido—. Tenías mucha sangre. ¿De dónde ha salido?

Y pronto comprendió lo que su amigo había pensado ya.

—¡Por Júpiter! Debe de ser del piso de abajo.

Se calló al pensar lo que aquello podía significar.

—¿Estás seguro de que era sangre? —preguntó—. ¿No sería pintura?

Donovan denegó con la cabeza.

—Era sangre —repuso con un estremecimiento.

Se miraron mientras se les ocurría la misma idea. Fue la voz de Jimmy la que se oyó primero.

—Oye —dijo sin gran convencimiento—. ¿Tú crees que deberíamos bajar… otra vez… y echar una… ojeada? Para ver si todo está en orden, claro.

—¿Y las chicas?

—No les diremos nada. Pat ha ido a ponerse un delantal para prepararnos una tortilla. Estaremos de vuelta antes de que se percaten de nuestra salida.

—Oh, bueno, vamos —repuso Donovan—. Supongo que debemos hacerlo. Me atrevo a asegurar que no ha ocurrido nada de particular.

Mas sus palabras carecían de convicción. Penetraron en el montacargas y bajaron al tercer piso. Esta vez se abrieron camino por la cocina con mucha menos dificultad, y una vez más encendieron la luz de la salita.

—Debe de haber sido aquí —dijo Donovan— cuando… cuando me manché. No toqué nada de la cocina.

Miró a su alrededor. Jimmy hizo lo propio y ambos fruncieron el ceño. Todo aparecía limpio y ordenado.

De pronto Jimmy sobresaltándose violentamente, asió del brazo a su compañero.

—¡Mira!

Donovan siguió la dirección que le indicaba Jimmy y a su vez lanzó una exclamación. Por debajo del borde de las pesadas cortinas

de pana, sobresalía el pie de una mujer calzado con un zapato de charol.

Jimmy se acercó a las cortinas y las apartó violentamente. Bajo el repecho de la ventana yacía el cuerpo de una mujer, junto a un charco oscuro y viscoso. Estaba muerta, sobre ello no cabía la menor duda. Jimmy estaba a punto de intentar incorporarla, cuando Donovan le detuvo.

—Será mejor que no lo hagas. No debes tocar nada hasta que llegue la policía.

—La policía. ¡Oh, tienes razón! ¡Qué asunto tan desagradable, Donovan! ¿Quién crees que es? ¿La señora Ernestina Grant?

—Probablemente. De todas maneras, si hay alguien más en el piso se está muy quietecito.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —quiso saber Jimmy—. ¿Salir y llamar a la policía o telefonear desde el piso de Pat?

—Creo que es mejor llamar primero. Veamos, podemos salir por la puerta principal. No podemos pasarnos la noche subiendo y bajando en ese montacargas maloliente.

Jimmy se avino a ello, pero al salir del piso vaciló.

—Escucha, ¿no crees que deberíamos quedarnos uno de nosotros… sólo para vigilar… hasta que llegue la policía?

—Sí; me parece conveniente. Si tú te quedas, yo iré a telefonear.

Y subió corriendo al piso de Pat. Ésta salió a abrirle con el rostro arrebolado y un delantal coquetón. Estaba muy bonita y sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¿Tú? Pero, cómo… Donovan, ¿qué es esto? ¿Ocurre algo?

Él le cogió ambas manos.

—Todo va bien, Pat… sólo que hemos hecho un descubrimiento muy poco agradable en el piso de abajo. Una mujer… muerta.

—¡Oh! —contuvo el aliento—. ¡Qué horrible! ¿Le ha dado un ataque o algo así?

—No parece… bueno… parece que ha sido asesinada…

—¡Oh, Donovan!

—Perdona que te lo haya dicho tan brutalmente.

Continuaba reteniendo entre sus manos las de la muchacha. ¡Querida Pat…, cómo la adoraba! ¿Le querría ella? Algunas veces creía que sí. Otras temía que Jimmy Faulkener… el recuerdo de Jimmy esperando pacientemente abajo, le hizo sobresaltarse con un

sentimiento de culpabilidad.

—Pat, querida, debemos telefonear a la policía.

—*Monsieur* tiene razón —susurró una voz a sus espaldas—. Y entretanto, mientras aguardamos su llegada, tal vez yo pueda prestarles una ligera ayuda.

Los dos jóvenes, que habían permanecido hasta entonces en la puerta del piso, salieron al rellano. Una figura bajaba la escalera y entró en su campo visual.

Inmóviles contemplaron al hombrecillo de fieros bigotes y cabeza en forma de huevo, que lucía un espléndido batín y zapatillas bordadas y que se inclinaba galantemente ante Patricia.

—*Mademoiselle* —le dijo—. Yo soy, tal vez usted ya lo sepa, el inquilino del piso de arriba. Me encanta vivir en lo alto… por el aire… y poder ver todo Londres. Tomé este piso bajo el nombre de señor O'Connor, pero no soy irlandés. Mi nombre es otro y por ello me atrevo a ponerme a su servicio. Permítame.

Y con una nueva inclinación versallesca sacó una tarjeta tendiéndosela a Pat.

—Hércules Poirot. ¡Oh! —contuvo el aliento—. ¿El señor Poirot? ¿El gran detective?

¿Y de veras quiere ayudarnos?

—Ésa es mi intención, *mademoiselle*. He estado a punto de ofrecerle mi ayuda hace ya un buen rato.

Pat le miró extrañada.

—Los oí discutir sobre cómo poder entrar en el piso, y yo, que soy un experto en cerraduras, sin la menor duda hubiera podido abrirles la puerta. Pero no quise hacerlo, temeroso de que luego sospechara usted de mí y me tomase por un vulgar espadista.

Pat se echó a reír.

—Ahora, *Monsieur* —dijo Poirot a Donovan—, le ruego que vaya a telefonear a la policía. Mientras tanto, yo iré al piso de abajo.

Pat le acompañó y encontraron a Jimmy montando la guardia. La muchacha le explicó quién era Poirot, y Jimmy puso al corriente de sus aventuras al detective, quien le escuchaba con toda atención.

—¿Dice usted que la puerta del montacargas estaba abierta? — entraron en la cocina, pero la luz no se encendió.

Y mientras hablaba se dirigió a la cocina y accionó el interruptor.

—¡*Tien*! *Voilà… ce qui est curieux*! —dijo al encenderse la luz de la pieza—. Ahora funciona perfectamente. Me pregunto…

Se llevó un dedo a los labios y escuchó. Un ligero rumor rompía el silencio… el ruido inconfundible de un sonoro ronquido.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. *La chambre de domestique*.

Y cruzaron la cocina de puntillas y la reducida despensa, abrió la puerta de un cuartito y encendió la luz.

Aquella habitación era una especie de perrera destinada por el constructor del piso, para acomodar a un ser humano. Estaba casi totalmente ocupada por una cama en la que dormía, con la boca abierta y roncando apaciblemente, una joven de mejillas sonrosadas.

Poirot apagó la luz antes de retirarse.

—No se ha despertado —dijo—. Dejémosla dormir hasta que llegue la policía.

Volvieron a la salita, donde Donovan rápidamente se unió a ellos.

—La policía llegará enseguida —les notificó—. No debemos tocar nada.

Poirot asintió.

—No tocaremos nada, sólo miraremos.

Se dirigió a la otra habitación. Mildred había bajado con Donovan y los cuatro jóvenes se quedaron en la puerta mirando a Poirot con gran interés.

—Lo que no entiendo es esto —dijo Donovan—. Yo no me acerqué a la ventana… de modo que, ¿cómo es posible que me manchara la mano de sangre?

—Mi joven amigo, la respuesta salta a la vista. ¿De qué color es el tapete de la mesa?

Rojo, ¿verdad?, y no hay duda de que usted apoyaría la mano encima.

—Sí, es cierto. ¿Es eso…? —se interrumpió.

Poirot asintió inclinándose sobre la mesa e indicando con su mano una mancha oscura.

—Aquí fue donde se cometió el crimen —dijo—. Luego trasladaron el cadáver.

Después irguiéndose miró lentamente a su alrededor.

No se movía ni tocaba nada, pero, sin embargo, los cuatro que lo

observaban sintieron como si cada objeto de aquel lugar comunicara su cerebro a su mirada perspicaz.

Hércules Poirot asintió con la cabeza como si se sintiera satisfecho, y dejó escapar un ligero suspiro.

—Ya comprendo —dijo.

—¿Qué es lo que comprende usted? —preguntó sorprendido Donovan.

—Comprendo lo que sin duda ya advirtieron… que esta habitación está abarrotada de muebles.

Donovan sonrió tristemente.

—Tropecé lo mío —confesó—. Claro, todo estaba en distinto sitio que en casa de Pat y no supe abrirme camino.

—No todo —dijo Poirot.

Donovan le dirigió una mirada interrogadora.

—Quiero decir —dijo Poirot, disculpándose— que ciertas cosas están siempre en el mismo sitio. En un mismo edificio de pisos, la puerta, las ventanas y la chimenea… están igualmente situadas en un piso que en otro.

—¿No cree usted que analiza demasiado? —intervino Mildred mirando a Poirot con ligera ironía.

—Hay que hablar siempre con toda exactitud. Es… ¿cómo diría yo…?, una manía en mí.

Se oyeron pasos en la escalera y entraron tres hombres. Eran un inspector de policía, un sargento y el médico forense. El inspector, reconociendo a Poirot le saludó con gran deferencia. Luego se volvió a los demás.

—Quiero que todos ustedes presten declaración —comenzó—, pero en primer lugar…

Poirot le interrumpió.

—Una pequeña proposición. Trasladémonos al piso de arriba y *mademoiselle* nos hará lo que tenía planeado hacer… una tortilla. Yo siento verdadera pasión por las tortillas. Luego, *Monsieur l'inspecteur*, cuando haya terminado aquí, sube usted a reunirse con nosotros y nos interroga a todos a placer.

Así quedó acordado y Poirot subió con los jóvenes.

—Señor Poirot —le dijo Pat—; es usted un hombre encantador, y yo voy a hacerle una tortilla estupenda. La verdad es que me salen muy bien.

—Eso es bueno. Una vez anduve enamorado de una inglesa que se parecía mucho a usted… pero que no sabía guisar. De modo que tal vez estuve de suerte.

Había un ligero matiz de tristeza en su voz y Jimmy Faulkener le miró con curiosidad.

No obstante y ya en el piso de Pat, se mostró satisfecho y divertido y la triste tragedia ocurrida en el departamento inferior, fue casi olvidada.

La tortilla había sido consumida y muy elogiada, cuando se oyeron los pasos del inspector Rice, que entraba acompañado del doctor. El sargento se quedó en el piso de abajo.

—Bien, *Monsieur* Poirot —le dijo—. Todo parece claro y evidente, pero a pesar de ello es posible que nos cueste dar con el culpable. Quisiera saber cómo fue descubierto el crimen.

Entre Donovan y Jimmy le pusieron al corriente de los acontecimientos de aquella noche. El inspector se volvió hacia Pat para reprenderla.

—No debiera dejar abierta la puerta del montacargas, señorita.

—No volveré a hacerlo —repuso Pat con un estremecimiento—. Alguien podría entrar y asesinarme como a esa pobre mujer de abajo.

—¡Ah!, pero no entraron por ahí —dijo el inspector.

—¿Quiere explicarnos lo que ha descubierto? —pidió Hércules Poirot.

—No sé si debiera hacerlo… pero tratándose de usted, señor Poirot…

—*Précisément* —dijo Poirot—. Y esos jóvenes… serán discretos.

—De todas maneras los periódicos lo divulgarán enseguida —continuó el inspector—. Y en realidad, no es un secreto. Bien, la mujer que ha sido encontrada muerta es la señora Grant. El portero la ha identificado. Una mujer de unos treinta y cinco años.

Estaba sentada en la mesa y le dispararon con una pistola automática de poco calibre, probablemente alguien que estaba sentado ante ella. Cayó hacia delante y por eso manchó el tapete de sangre.

—¿Y nadie oyó el disparo? —preguntó Mildred.

—Dispararon con silenciador. No, nadie pudo oírlo. A propósito, ¿oyeron ustedes el chillido que lanzó la doncella al saber que su

ama estaba muerta? No, eso demuestra la imposibilidad de que se oyera el tiro.

—¿Y la doncella no tiene nada que decir? —preguntó Poirot.

—Era su noche libre, y tenía una llave. Regresó a eso de las diez, todo estaba en silencio y pensó que su ama se había acostado.

—¿No miró en la salita?

—Sí, entró las cartas que habían llegado en el correo de la mañana, pero no viendo nada anormal… ni más, ni menos, lo mismo que los señores Faulkener y Bayley. El asesino había escondido el cadáver detrás de las cortinas.

—Todo ello resulta bastante curioso, ¿no le parece?

A pesar de que Poirot habló en tono amable, su observación hizo que el inspector le mirara frunciendo el ceño.

—No querría que se descubriera el crimen hasta que tuviera tiempo de emprender la huida.

—Tal vez… es posible… pero continúe con lo que estaba diciendo.

—La doncella salió a las cinco. El doctor ha determinado que la señora Grant llevaba muerta… unas cuatro o cinco horas, ¿no es así?

El forense, que era un hombre de pocas palabras, se contentó con mover la cabeza afirmativamente.

—Y ahora son las doce menos cuarto. Yo creo que puede calcularse la hora con bastante exactitud.

Sacó una arrugada hoja de papel.

—Encontramos esto en el bolsillo del vestido de la interfecta. No teman tocarlo. No hay huellas digitales.

Poirot alisó el papel y pudo leer estas palabras escritas a máquina y con letras mayúsculas:

IRÉ A VERLA ESTA TARDE A LAS SIETE Y MEDIA. J. F.

Un documento muy comprometedor para dejarlo olvidado —dijo el inspector—. Tal vez pensara que ella lo habría destruido, porque tenemos pruebas de que el asesino es muy cuidadoso. Encontramos debajo del cadáver la pistola con que cometió el crimen… y tampoco tenía huellas digitales: las habían limpiado cuidadosamente con un pañuelo de seda.

—¿Cómo sabe que fue con un pañuelo de seda? —preguntó

Poirot.

—Porque lo encontramos —repuso el inspector triunfante—. A última hora, cuando el asesino corrió las cortinas, debió de caérsele inadvertidamente.

Y le tendió un gran pañuelo blanco de seda de muy buena calidad. No fue preciso que le indicase el nombre bordado en el centro con seis letras claras y muy legibles.

John Fraser.

—Eso es —repuso el inspector—. John Fraser… J. F. Las iniciales de la nota.

Conocemos el nombre de la persona que hemos de buscar, y me atrevo a asegurar que si averiguamos algunas cosas sobre la difunta, y salen a relucir algunas de sus amistades, no tardaremos en estar sobre la pista.

—Me pregunto… —dijo Poirot—. No, *Mon cher*, creo que no va a ser tan fácil encontrar a su John Fraser. Es un hombre extraño… cuidadoso, puesto que marca sus pañuelos y limpia la pistola con que ha cometido el crimen… y al mismo tiempo descuidado, ya que pierde su pañuelo y no recoge una comprometedora carta que puede acusarle.

—Se pondría nervioso con las prisas —dijo el inspector.

—Es posible —repuso Poirot—. Sí; es posible. Y, ¿no le vieron entrar en el edificio?

—A esa hora entra y sale toda clase de gente. Estas casas son muy grandes. Supongo que ninguno de ustedes —se dirigió a los cuatro jóvenes— le verían salir del piso.

Pat negó con la cabeza.

—Salimos antes… a eso de las siete.

—Ya. —El inspector se puso en pie y Poirot le acompañó hasta la puerta.

—Como un pequeño favor… ¿podría examinar el piso de abajo?

—Desde luego, señor Poirot. Conozco la opinión que tienen de usted en jefatura. Le daré una llave. Tengo dos. No hay nadie. La doncella se ha ido a casa de unos parientes, pues estaba demasiado asustada para quedarse sola.

—Gracias.

Poirot regresó pensativo a la sala de Pat.

—¿No está usted satisfecho, señor Poirot? —preguntó Jimmy.

—No lo estoy.

—¿Qué es lo que… bueno, le preocupa? —dijo Donovan mirándole con curiosidad.

Poirot no respondió, y guardó silencio durante un par de minutos, como si meditara.

Luego se encogió de hombros.

—Voy a despedirme de usted, *mademoiselle*. Debe de estar fatigada. Ha tenido que guisar mucho… ¿eh?

Pat rió.

—Sólo la tortilla. No hice la cena. Donovan y Jimmy vinieron a buscarnos y fuimos a un pequeño restaurante del Soho.

—Y luego, sin duda, irían al teatro.

—Sí. A ver Los ojos castaños de Carolina.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Debieran haber sido los ojos azules… los ojos de *mademoiselle*.

Hizo una galante inclinación, y le dio una vez más las buenas noches, lo mismo que a Mildred, que se quedaba allí a pasar la noche, ya que Pat había confesado con toda franqueza que no era capaz de quedarse sola de momento.

Los dos hombres acompañaron a Poirot. Cuando se disponían a despedirse de él, una vez en el rellano, el detective les dijo:

—Mis jóvenes amigos, me oyeron decir que no estaba satisfecho… Eh bien, es cierto… no lo estoy. Ahora voy a bajar a hacer unas pequeñas averiguaciones por mi cuenta.

¿Les gustaría acompañarme?

Su propuesta fue aceptada en el acto y Poirot abrió la marcha hacia el piso tercero.

Al entrar, no se dirigió a la salita, como los otros esperaban, sino que fue derecho a la cocina. En un hueco, debajo del fregadero, había un gran bidón metálico. Poirot lo destapó e inclinándose sobre él comenzó a escarbar en su contenido con la energía de un feroz terrier.

Jimmy y Donovan le contemplaban un tanto sorprendidos.

De pronto con una exclamación de triunfo se levantó alzando en su mano una botellita tapada con un corcho.

—¡*Voilà*…! Encontré lo que buscaba.

La olfateó detenidamente.

—Estoy *enrhumé*… tengo un constipado de cabeza…

Donovan cogió la botellita y olió a su vez, sin percibir nada. De modo que le quitó el tapón y la acercó a su nariz antes de que el grito de alarma de Poirot pudiera contenerle.

Inmediatamente cayó al suelo como un tronco. Poirot, abalanzándose hacia él, consiguió aminorar el golpe.

—¡Imbécil! —exclamó—. Vaya ocurrencia, quitar el tapón. ¿Es que no se ha fijado con qué cuidado la he cogido yo? *Monsieur*… Faulkener… ¿verdad? ¿Sería tan amable de traerme un poco de coñac? He visto una botella en la salita.

Jimmy salió corriendo, pero cuando regresó, Donovan estaba sentado y diciendo que se sentía bien, y tuvo que escuchar un pequeño discurso del señor Poirot acerca de la necesidad de tener cuidado con el olor de posibles sustancias venenosas.

—Creo que voy a irme a casa —dijo Donovan poniéndose en pie —. Es decir, si no me necesita ya. Todavía me encuentro algo extraño.

—Desde luego —replicó Poirot—. Es lo mejor que puede usted hacer. El señor Faulkener se quedará conmigo un rato.

Acompañó a Donovan hasta la puerta y saliendo al rellano estuvo hablando en él durante unos minutos.

Cuando al fin volvió a entrar en el departamento se encontró a Jimmy de pie en el saloncito y mirando a su alrededor con extrañeza:

—Bueno, señor Poirot —le dijo—, ¿qué hacemos ahora?

—Nada. Este caso está terminado.

—¿Qué?

—Ahora… lo sé todo.

—¿Por esta botellita que ha encontrado?

—Exacto. Por esa botellita.

—No consigo sacar nada en claro. Por alguna razón veo que no está satisfecho con las pruebas contra John Fraser, quienquiera que sea ese hombre.

—Quienquiera que sea —repitió Poirot despacio—, si es que es alguien, cosa que me sorprendería.

—No le comprendo.

—Es sólo un nombre… eso es todo… un nombre cuidadosamente bordado en un pañuelo.

—¿Y la carta?

—¿Se fijó usted en que estaba escrita a máquina? ¿Por qué? Se lo diré. De haber sido manuscrita hubieran podido reconocer la escritura, y una carta escrita a máquina es más fácil de identificar de lo que usted imagina… pero si la hubiera escrito un auténtico John Fraser estas dos cosas no le hubieran importado. No; fue escrita a propósito y puesta en el bolsillo de la difunda para que nosotros la encontrásemos. No existe nadie llamado John Fraser.

Jimmy le miraba interrogador.

—De modo —prosiguió Poirot— que volví al primer punto que me chocó. Me oyó usted decir que ciertas cosas están situadas en el mismo lugar en todos los pisos de un mismo edificio. Y di tres ejemplos. Pude haber nombrado otro más… el interruptor de la luz, estimado amigo mío.

Jimmy seguía mirándole sin comprender. Poirot fue explicándose.

—Su amigo Donovan no se acercó a la ventana… fue al apoyar la mano en esta mesa cuando se la manchó de sangre. Y yo me pregunté enseguida, ¿por qué la apoyó ahí?

¿Qué es lo que estaba haciendo rondando por esta habitación a oscuras? Porque recuerde, amigo mío, que el interruptor de la luz eléctrica está en todas partes en el mismo sitio… junto a la puerta. Entonces, cuando entró en la habitación, ¿por qué no buscó enseguida el interruptor para dar la luz? Eso era lo más normal y lógico. Según él, quiso encender la luz de la cocina y estaba estropeada. No obstante, yo he comprobado que funciona perfectamente. Por tanto, ¿es que entonces no le interesaba que se hubiera encendido? En ese caso se hubieran dado cuenta enseguida de que se habían equivocado de piso, y no hubiera habido motivo para entrar en la habitación.

—¿Adónde quiere ir a parar, señor Poirot? No comprendo. ¿Qué quiere decir?

Poirot le mostró un llavín Yale.

—Esto.

—¿La llave de este piso?

—No, *mon ami*, la llave del piso de arriba. La llave de la señorita Patricia, que el señor Donovan Bayley le quitó del bolso durante la noche.

—Pero… ¿por qué… por qué?

—¡*Parbleu*! Para poder hacer lo que deseaba… entrar en este piso a primera hora de la tarde sin despertar sospechas para asegurarse de que la puerta del montacargas no estaba cerrada.

—¿De dónde ha sacado usted esa llave?

—Acabo de encontrarla… —Poirot sonrió abiertamente— en donde la he buscado… en el bolsillo del señor Donovan. Esa botellita que simulé encontrar fue una artimaña, y el señor Donovan cayó en la trampa. Hizo lo que yo esperaba que hiciera… destaparla y oler su contenido… cloruro de etilo, un anestésico instantáneo. Eso le dejó inconsciente durante unos segundos, que era lo que yo necesitaba para sacar de su bolsillo un par de cosas que yo sabía estaban allí precisamente. Esta llave es una de ellas… y en cuanto a la otra…

Se detuvo un instante antes de continuar.

—A su debido tiempo interrogué al inspector para conocer el motivo de que el cadáver estuviera escondido tras las cortinas. ¿Para ganar tiempo? No, había algo más. Y por eso me acordé de una cosa… del correo, amigo mío. El correo de la tarde que llega a las nueve y media aproximadamente. Digamos que el asesino no encontró lo que esperaba, pero ese algo puede llegar más tarde por correo. Entonces debía volver… pero el crimen no debía ser descubierto por la doncella, pues en ese caso la policía tomaría posesión del piso, y por eso escondió el cuerpo detrás de la cortina. Y la doncella, sin sospechar nada, dejó las cartas sobre la mesa, como de costumbre.

—¿Las cartas?

—Sí, las cartas. —Poirot sacó algo de su bolsillo—. Esto es la otra cosa que saqué del bolsillo del señor Donovan mientras se hallaba inconsciente. —Y mostró un sobre escrito a máquina y dirigido a la señorita Ernestina Grant—. Pero quiero preguntarle una cosa, señor Faulkener, antes de leer esta carta. ¿Está usted enamorado de *mademoiselle* Patricia?

—La quiero con locura… pero nunca confié en que me correspondiera.

—¿Pensó que estaba enamorada del señor Donovan? Es posible que hubiera empezado a interesarse por él… pero sólo fue un principio, amigo mío. Usted es el encargado de hacerla olvidar… y estar a su lado en los momentos difíciles.

—¿Difíciles?

—Sí, difíciles. Haremos todo lo posible por no mezclar su nombre en esto, pero será imposible conseguirlo por completo. Ya sabe que ella fue el motivo.

Y le alargó el sobre. De su interior cayó un papel. La carta era breve y estaba escrita y firmada por un conocido abogado.

Decía así:

Querida señora:

El documento que me incluye está en regla, y el hecho de que el matrimonio tuviera lugar en un país extranjero no lo invalida en ningún sentido.

Suyo afectísimo, etcétera…

Poirot desplegó el documento. Era un certificado de matrimonio de Donovan Bailey y Ernestina Grant, fechado ocho años atrás.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jimmy—. Pat dijo que había recibido una carta de esa señora pidiéndole que fuera a verla, pero no imaginó siquiera que fuera nada importante.

Poirot asintió.

—El señor Donovan lo sabía… vino a ver a su esposa aquella tarde antes de subir al piso de arriba. (Extraña ironía dejar que esa infortunada mujer viniera a vivir al mismo edificio de su rival…). Y la asesinó a sangre fría… y luego fue a divertirse con ustedes. Su mujer debió decirle que había enviado un certificado de matrimonio a su abogado y que aguardaba su respuesta. Sin duda él quiso hacerle creer que su matrimonio no era del todo válido.

—Donovan estuvo de muy buen humor durante toda la noche. Señor Poirot, ¿no le habrá dejado escapar?

—No tiene escape —repuso el detective—. No tema.

—Es en Pat en quien pienso principalmente —replicó Jimmy—. ¿Cree usted… que no le afectará mucho?

—*Mon ami*, eso es cosa suya. Tiene que hacerla volver a usted y olvidar. ¡No creo que le resulte muy difícil!

Doble culpabilidad

Aquel día hallé a mi amigo en sus habitaciones, sobrecargado de trabajo. Su celebridad era la causa de que toda mujer rica que hubiera extraviado un brazalete o su perro favorito recurriera a los servicios del gran Hércules Poirot. Mi amigo era una mezcla de hombre de negocios y romántico idealista. Lo segundo lo llevaba a la aceptación de muchos casos sin apenas interés profesional. Otras veces eran trabajos sin compensación económica, pero de indudable interés. Poirot, con cara de circunstancias, admitía como cierto ese modo de obrar suyo. Afortunadamente mi visita no fue infructuosa, pues logré persuadirle de que me acompañase a pasar unas cortas vacaciones en un lugar de la costa sur: Ebermouth.

Después de cuatro agradables días, Poirot vino a mi encuentro con una carta abierta en una de sus manos.

—*Mon ami*, ¿recuerda a mi amigo Joseph Aarons, el agente de teatro?

Asentí, después de meditar un momento. Los amigos de Poirot son tantos y tan diversos, que se les halla en todas las esferas sociales.

—Pues bien, Hastings, Joseph Aarons se encuentra en Charlock Bay. Según parece se halla preocupado debido a un pequeño asunto. Me ruega que vaya a verlo. *Mon ami*, debo acudir a su llamada. Es un amigo fiel que me ha ayudado mucho.

—Conforme, si usted lo quiere —repuse—. Charlock Bay es un lugar estupendo, y, además, nunca he estado allí.

—Magnífico. Así compaginaremos el negocio y el placer —dijo Poirot—. ¿Se informa del horario de trenes?

—Temo que debamos hacer uno o dos trasbordos —mi sonrisa no pasó de una mueca—. Ya sabe lo que sucede con estas líneas del

interior. Ir de la costa sur de Devon a la del norte, representa un día de viaje.

No obstante, el viaje podía realizarse con sólo un trasbordo en Exeter, y los trenes eran buenos. Regresaba de la estación para informar a Poirot, cuando vi un letrero en las oficinas de los coches Speedy; decía:

TODOS LOS DÍAS EXCURSIONES A CHARLOCK BAY. PRIMERA SALIDA A LAS 8.30. VIAJE A TRAVÉS DEL MÁS BELLO PANORAMA DE DEVON.

Solicité algunos detalles y corrí al hotel. Sin embargo, Poirot se resistió a compartir mi estado de ánimo.

—Amigo mío, ¿por qué esa pasión por el autocar? El tren es más seguro. Carece de neumáticos que se revienten, lo cual reduce las posibilidades de accidente. Además, en el tren no molesta el aire, pues con cerrar las ventanillas se evitan las corrientes.

Entonces argüí que el aire fresco era lo que, precisamente, me hacía desear el viaje en autocar.

—¿Y si llueve? Vuestro clima inglés es muy inseguro.

—Si llueve torrencialmente, la excursión no se realiza.

—¡Ah! —dijo Poirot—. En ese caso roguemos que llueva.

—Bueno, si usted prefiere…

—No, no, *mon ami* —me interrumpió—. Ha puesto su corazón en el viaje. Por fortuna dispongo de un grueso abrigo y dos bufandas —suspiró—. ¿Pararemos suficiente tiempo en Charlock Bay?

—Pasaremos la noche allí. El viaje comprende una excursión por Dartmoor, comida en Monkhampton y llegada a Charlock Bay a eso de las cuatro. El coche inicia el regreso a las cinco.

—¡Vaya! —exclamó Poirot—. ¿Y hay gente que hace eso por placer? Supongo que lograremos una reducción de tarifa, puesto que no haremos el viaje de vuelta.

—Me temo que no podrá ser.

—Insista.

—Vamos, Poirot. No sea mezquino.

—Amigo mío, no soy mezquino. El negocio es el negocio. Si fuera millonario nunca pagaría más de lo justo.

Como yo había previsto, el deseo de Poirot no pasó de un intento. El empleado que despachaba los billetes en la oficina

Speedy resultó ser inconmovible. Según nos dijo, era obligatorio el retorno. Es más, incluso nos insinuó que tendríamos que pagar un recargo por el privilegio de abandonar el coche en Charlock Bay. Derrotado, Poirot abonó el importe del viaje completo y salimos de la oficina.

—Los ingleses carecen del sentido de la economía —gruñó—. ¿Observó al joven que pagó la tarifa y el recargo porque piensa quedarse en Monkhampton?

—Pues no… en realidad…

—Ya —me interrumpió—. Miraba a la señorita que reservó el asiento número cuatro, junto a los nuestros. Sí, amigo mío; le vi. Y estuve a punto de elegir los asientos trece y catorce, situados en el centro, que es el sitio más resguardado. Pero se adelantó en pedir el tres y el cuatro.

—Hombre, verá, yo…

—¡Pelo rojizo! ¡Siempre pelo rojizo!

—Está bien, Poirot; pero no me negará que es mejor mirar a una señorita que a un joven estrambótico.

—Eso depende del punto de vista. Para mí, el joven estrambótico resulta interesante.

Algo muy significativo en el tono de Poirot hizo que lo mirase perplejo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir?

—Oh, no se excite. Nuestro mozo se empeña en lucir un poblado bigote que, no obstante, aparece escuálido —Poirot se mesó su magnífico bigote—. Su crecimiento y conservación requiere instinto de artista. En realidad, me apenan quienes lo intentan y no lo consiguen.

Siempre es difícil saber cuándo habla en serio o, simplemente se divierte a costa de uno.

Tuvimos un amanecer soleado. ¡Un día espléndido! Sin embargo, Poirot no quiso arriesgarse y se puso un chaleco de lana, un grueso abrigo y dos bufandas, pese a llevar su mejor traje de invierno. Tampoco se olvidó del impermeable, ni de ingerir dos tabletas antigripales.

Ya en el vehículo, el conductor se hizo cargo del maletín de la linda pelirroja, el del joven que despertara la simpatía de Poirot con su bigote y los nuestros.

Poirot, no sin cierta malicia, me señaló el asiento exterior, puesto que «me gustaba el aire fresco», y él se acomodó en el inmediato a nuestra vecina. Luego arregló la cosa.

El viajero del asiento seis era un tipo bullicioso, amigo de contar chistes, y Poirot preguntó a la joven si prefería cambiar de sitio con él. Ella, agradecida, estuvo conforme, y, muy pronto, la conversación se generalizó entre nosotros tres.

Era evidente su juventud, pues no pasaría de los diecinueve años, y su ingenuidad podía compararse a la de un niño. No tardó en confiarnos el motivo de su desplazamiento; un viaje de negocios por cuenta de su tía, que regentaba una tienda de antigüedades en Ebermouth. La tía, cuya situación económica era muy precaria a la muerte de su padre, invirtió sus ahorros y las bellas antigüedades que atesoraba en su hogar en establecer un negocio. El éxito le sonrió y, muy pronto, su nombre gozó de merecida reputación comercial.

Mary Durrant se fue a vivir con su tía y aprendió la técnica de esta clase de negocios, que prefirió al empleo de institutriz o dama de compañía.

Poirot asentía interesado.

—*Mademoiselle* tendrá éxito —dijo galante—. Pero le aconsejo que no se confíe. En todas partes del mundo hay bribones, e, incluso, puede encontrarlos en este mismísimo autocar. ¡Siempre hay que estar en guardia!

La joven le miró boquiabierta, y él asintió con aire de experimentado.

—Sí, como le digo. Incluso yo, que hablo con usted, puedo ser un maleante de la peor ralea.

Nos detuvimos a comer en Monkhampton, y, después de unas cuantas palabras con el camarero, Poirot consiguió una mesita para los tres, junto a una ventana. Fuera, en un amplio patio, había unos veinte autocares aparcados venidos de todo el condado. El comedor del hotel se hallaba rebosante de público y el ruido era considerable.

—Con esto hay suficiente para impregnarse del espíritu de las fiestas —comenté, por decir algo.

Mary estuvo de acuerdo.

—Ebermouth, ahora, cambia su fisonomía durante el verano. Mi

tía dice que antes era distinto. Ciertamente, en la actualidad se hace difícil desenvolverse en sus calles, debido a la multitud.

—Eso es bueno para el negocio, *mademoiselle*.

—No para el nuestro. Sólo vendemos antigüedades muy valiosas, no aptas para excursiones de fin de semana. Tenemos clientes en toda Inglaterra. Si uno desea adquirir determinado tipo de silla o mesa antigua, o una pieza de porcelana, nos escribe, y más pronto o más tarde le complacemos.

Nuestro indudable interés la animó a proseguir. Y así supimos que cierto caballero norteamericano llamado J. Baker Wood, coleccionista de miniaturas, había visto un juego de ellas muy valioso en una revista. La señorita Elizabeth Penn, tía de Mary, logró adquirirlas y escribir al señor Wood, comunicándole el precio. El norteamericano contestó en seguida que estaba dispuesto a comprar si eran las mismas. También rogaba que se las llevasen a Charlock Bay. Por eso la joven pelirroja viajaba en esta ocasión como representante de su tía.

—Son admirables —acabó ella—. Sin embargo, me cuesta imaginar a alguien dispuesto a pagar por ellas quinientas libras. Eso sí, llevan la firma de Cosway. Claro que yo apenas sé quién es ese Cosway.

Poirot se sonrió.

—Eso se llama falta de experiencia, *mademoiselle*.

—Confieso que no estoy muy ducha en cosas de arte. En realidad, carezco de la formación adecuada. Aún me queda mucho que aprender.

De pronto sus ojos se agrandaron como sorprendidos. Se hallaba de cara a la ventana, y en aquel momento miraba al patio. Dijo algo ininteligible, se levantó de un asiento y se fue precipitadamente. Regresó a los pocos momentos, sin aliento y excusándose.

—Siento haberme ido de esa forma. Vi a un hombre que salía del autobús con un maletín y me pareció el mío. Ha resultado que era el suyo; por cierto, es idéntico al que traigo yo. Bueno, hice el ridículo, y él ha reaccionado como si se le acusara de robo.

Mary se rió. Pero no Poirot.

—¿Cómo es el hombre, *mademoiselle*? Descríbamelo.

—Viste traje castaño, es joven y luce bigote ralo.

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Se trata de nuestro conocido de

ayer, Hastings. ¿Sabe usted quién es, *mademoiselle*? ¿No lo ha visto antes?

—No, nunca; ¿por qué?

—Por nada. Sólo que resulta bastante curioso.

Poirot se sumió en uno de sus peculiares silencios y ya no intervino en la conversación hasta que oyó a Mary Durrant algo que captó su atención.

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho, *mademoiselle*?

—Que en mi viaje de regreso deberé tener cuidado con los maleantes. Según tengo entendido, el señor Wood acostumbra a pagar al contado, y si llevo encima quinientas libras en billetes, puedo merecer la atención de algún indeseable.

De nuevo su risa no fue coreada por Poirot. En vez de ello le preguntó en qué hotel pensaba hospedarse en Charlock Bay.

—En el Hotel Anchor. Es pequeño y no muy caro; pero aceptable.

—¡Caramba! —exclamó Poirot—. Mi amigo, el señor Hastings, también ha elegido ese hotel. ¡Qué coincidencia!

Entonces se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

—Sólo esta noche. Hemos de resolver un asunto allí. ¿Adivina usted, *mademoiselle*, cuál es mi profesión?

Mary pareció sopesar algunas posibilidades. Al fin se aventuró a decir que, posiblemente, era prestidigitador.

Esto divirtió mucho a Poirot.

—Es una excelente ocurrencia —dijo mi amigo—. ¿Así usted me cree capaz de sacar conejos de un sombrero? No, *mademoiselle*. Soy todo lo contrario. Un prestidigitador hace que desaparezcan las cosas. Yo en cambio, hago que aparezcan —con aire de melodrama se inclinó hacia adelante para dar más efectividad a sus palabras—. ¡Es un secreto, *mademoiselle*! ¡Soy detective!

Luego se recostó sobre el respaldo de su silla complacido del efecto logrado. Mary lo miró, perpleja y sorprendida. Y allí murió la conversación, pues empezaron a oírse las bocinas de los monstruos de la carretera, dispuestos a reanudar la marcha.

Mientras Poirot y yo salíamos juntos, aludí al encanto de la señorita Durrant, y él estuvo de acuerdo.

—Sí, es encantadora. Pero ¿no le parece algo tonta?

—¿Tonta?

—No se disguste. Una muchacha puede ser bella, tener el pelo rojizo y, no obstante, ser tonta. Es el colmo de la tontería confiarse a dos desconocidos.

—Quizá le parecemos respetables caballeros.

—No sea ingenuo, Hastings. Cualquiera que conozca su trabajo… Bien, de todos modos su aspecto es conforme. Claro que es infantil hablar de precauciones al regreso, porque llevará encima quinientas libras, cuando ahora también las lleva.

—¿Se refiere a las miniaturas?

—Exacto. Y le supongo de acuerdo conmigo en que no hay diferencia apreciable entre quinientas libras en moneda o en miniaturas, *mon ami*.

—Pero nadie lo sabe, excepto nosotros.

—Y el camarero, y la gente de las mesas vecinas, y, sin duda alguna, otras personas de Ebermouth. Desde luego *mademoiselle* Durrant es encantadora, pero si yo fuera la señorita Elizabeth Penn, le daría lecciones de sentido común —luego, tras leve cambio en el tono de su voz, dijo—: Amigo mío, es la cosa más fácil del mundo llevarse un maletín guardado en un autocar mientras sus ocupantes comen en un hotel.

—Poirot, no sea desconfiado. Seguro que alguien vigila los vehículos aparcados.

—¿Y qué vería ese vigilante? Que un pasajero recoge su equipaje. La cosa se haría del modo más natural, sin levantar sospechas.

—¿Qué insinúa, Poirot? ¿Acaso el sujeto del traje castaño no cogió su propio maletín?

Poirot frunció el ceño.

—Eso parece. Aun así, no deja de ser curioso, Hastings. ¿Por qué no se llevó su maletín antes, a la llegada? Si se ha fijado, tampoco ha comido aquí.

—Desde luego, si la señorita Durrant no hubiera estado frente a la ventana, no se hubiera enterado.

—Y puesto que era su propio maletín, eso carece de importancia —dijo Poirot—. Bien, *mon ami*, desterremos ese asunto de nuestros pensamientos.

Cuando estuvimos nuevamente acomodados en nuestros asientos y el coche en marcha, dimos a Mary otra conferencia sobre los

peligros de la indiscreción. Ella nos escuchó con evidente humildad, si bien su aspecto, jocoso, era de quien oye un chiste.

Llegamos a Charlock Bay a las cuatro, y, por fortuna, logramos habitaciones en el Hotel Anchor, un vetusto edificio en una calle de segundo orden.

Poirot acababa de sacar de su equipaje unas cuantas cosas necesarias y se aplicaba un cosmético a su bigote, cuando oímos unos golpes en la puerta.

—Adelante —invité.

Sorprendido, vi que era Mary Durrant, con el rostro blanco y gruesas lágrimas en los ojos.

—¿Qué sucede, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

—Las miniaturas se hallaban en una caja de piel de cocodrilo, cerrada con llave, dentro de mi maletín —explicó—. ¡Miren!

Nos mostró un estuche de piel de cocodrilo, cuya tapa colgaba a un lado. Poirot se la cogió de las manos. La caja había sido forzada. Las señales eran evidentes.

Mi amigo Poirot la examinó y luego asintió.

—¿Y las miniaturas? —preguntó, si bien ambos sabíamos la respuesta.

—¡Me las han robado!

—No se preocupe —la tranquilicé—. Mi amigo es Hércules Poirot. ¿No ha oído hablar de él? Seguro que sí. Bien, pues él las recuperará.

—¡*Monsieur* Poirot! ¡El gran *Monsieur* Poirot!

Mi amigo era lo suficiente vanidoso para sentirse halagado ante esa exclamación.

—Sí, hijita. Yo soy el gran Poirot. Confíe su pequeño problema a mis facultades.

Haré cuanto pueda. No obstante, le diré que, posiblemente, sea un poco tarde. Dígame, ¿forzaron también la cerradura del maletín?

Mary sacudió negativamente la cabeza.

—Veámoslo, por favor.

Nos trasladamos a la habitación de la joven y mi amigo examinó el maletín.

Obviamente, había sido abierto con una llave.

—Un trabajo sencillísimo —dijo Poirot—. Estos maletines están hechos en serie y sus cerraduras apenas difieren. Bueno,

telefoneemos a la policía. Veré también al señor Baker Wood; me cuidaré de este asunto.

Cuando le pregunté por qué temía que fuese un poco tarde, me contestó:

—*Mon cher*, dije que soy lo contrario de un prestidigitador, y que hago aparecer las cosas… perdidas. Pues bien, imagino que alguien me ha tomado la delantera. ¿Me entiende?

Desapareció en el interior de una cabina telefónica, para salir cinco minutos después con semblante grave.

—Lo que temí —dijo—. Una señora ha visitado al señor Wood con las miniaturas hace media hora. Se presentó como enviada por la señorita Elizabeth Penn. ¡Y él ha pagado en el acto!

—¿Hace media hora? Así fue antes de que llegáramos aquí —comenté.

Poirot sonrió, enigmático.

—Los coches Speedy son muy veloces, pero un vehículo con motor más potente llegaría a Monkhampton con una hora de ventaja por lo menos.

—¿Y qué hacemos?

—Mi buen Hastings es un hombre práctico. Informaremos a la policía. Trataremos de ayudar a la señorita Durrant y, decididamente, celebraremos una interesantísima entrevista con el señor J. Baker Wood.

La pobre Mary, terriblemente anonadada, temía que su tía la culpase.

—Cosa muy probable —me dijo Poirot mientras nos encaminábamos al Hotel Seaside, donde se hospedaba el señor Wood—. Y con toda justicia. ¡A quién se le ocurre abandonar un maletín con efectos valorados en quinientas libras! De todos modos, *mon ami*, hay uno o dos puntos raros en este asunto. La caja, por ejemplo, ¿por qué la forzaron?

—¡Hombre! —exclamé—. ¡Para sacar las miniaturas!

—¿Y no le parece una torpeza? Supongamos que el ladrón, con el pretexto de retirar el suyo, remueve el equipaje del autocar a la hora de comer. ¿No cree más sencillo abrir el maletín, pasar la caja sin abrir el suyo y marcharse sin pérdida de tiempo?

—Tal vez quiso asegurarse de que las miniaturas estaban dentro.

Mi argumento no convenció a Poirot. Poco después nos

introducían en la salita del señor Wood.

No sé por qué, me fue desagradable el señor Baker Wood; un hombre recio y vulgar, pese a ir bien vestido y lucir una sortija con un enorme solitario.

Resultó que no había sospechado nada anormal. ¿Por qué iba a sospechar? La mujer le traía las miniaturas, unos ejemplares bellísimos. ¿La numeración de los billetes?

Pues no, no lo sabía. Además, ¿quién era el señor Poirot para formularle tantas preguntas?

Mi amigo se limitó a decirle:

—No le preguntaré nada más, señor. Sin embargo, le agradeceré me haga una descripción de la mujer. ¿Era joven y bonita?

—No, desde luego que no. Era alta, de mediana edad, pelo gris, tez pecosa e incipiente bigotillo —nos explicó—. Como pueden imaginar, no se trata de una sirena.

—Poirot —dije mientras salíamos—. Un bigote, ¿lo oyó?

—Gracias, Hastings; no estoy sordo.

—El señor Wood es bastante desagradable —añadí.

—Desde luego, no pertenece al grupo de los simpáticos —repuso él.

—Bien; será fácil coger el ladrón —aseguré—. Podemos identificarlo.

—No sea cándido, Hastings. ¿Acaso ignora lo que es una coartada?

—¿Usted cree que la tendrá?

Poirot replicó muy serio:

—¡Lo espero!

—¡Me fastidia esa manía suya de hacer las cosas aún más difíciles! —exclamé enfadado.

—Está bien, *mon ami*. Le diré que no me gusta… ¿cómo se dice eso? ¡Ah, sí! El pájaro que se sienta.

Poirot tuvo razón. Nuestro compañero de viaje, el hombre del traje castaño, resultó ser el señor Norton Kane, que se había alojado en el hotel George. La única evidencia contra él estaba en que la señorita Durrant lo había visto sacar su equipaje del coche.

—Y eso no es un acto sospechoso —dijo Poirot.

Después guardó silencio y rehusó discutir el asunto. Pese a ello, supe que había pedido a Joseph Aarons con quien pasara la velada,

que le diera detalles relativos al señor Baker Wood. Ambos hombres se hospedaban en el mismo hotel, y era factible que Aarons supiese algo del coleccionista. Pero si Poirot obtuvo esa información, se la guardó para sí.

Mary Durrant, luego de varias entrevistas con la policía, regresó a Ebermouth en tren, a la mañana siguiente. Aquel mediodía comimos con Joseph Aarons, y después Poirot me dijo que había resuelto el problema del agente teatral, y que ya podíamos regresar a Ebermouth.

—Pero no por carretera, *mon ami*; usaremos el ferrocarril —le dijo.

—¿Teme que le roben la cartera, o le seduce la idea de encontrarse con otra damisela en apuros?

—Ambas cosas, Hastings, pueden ocurrirme en el tren. Simplemente, no tengo prisa en llegar a Ebermouth. Antes quiero resolver nuestro caso.

—¿Nuestro caso?

—¡Sí, hombre! *Mademoiselle* me suplicó que la ayudase. Que el asunto esté en manos de la policía no supone que yo me lave las manos. Vine a complacer a un viejo amigo, pero jamás dirá nadie que Hércules Poirot ha desatendido a un desconocido en apuros.

Su gesto daba a entender que no hablaría más.

—Me parece que ya estaba interesado antes del robo —aventuré —. Su interés nació en la agencia de viajes cuando vio por primera vez al joven, si bien ignoro por qué se fijó en él.

—Sí, Hastings. Tiene razón. Pero eso forma parte de mi pequeño secreto.

Poirot sostuvo una corta conversación con el inspector de policía encargado del caso, que había entrevistado a Norton Kane. Según dijo confidencialmente a mi amigo, el joven no le causó una impresión favorable, pues se había exaltado y contradicho.

—Cómo se las arregló es un misterio para mí —confesó—. Quizá dio el maletín a un cómplice que lo trasladaría rápidamente en coche hasta aquí. Claro que eso no deja de ser una simple teoría. Tendremos que hallar el coche y el cómplice y recomponer los hechos.

Poirot asintió.

—¿Cree usted que fue realizado así? —le pregunté, ya sentados

en el tren.

—No, amigo mío, no estoy conforme. Su planteamiento fue mucho más inteligente.

—¿No quiere decírmelo?

—Aún no: Ya sabe cuál es mi debilidad: conservar mis pequeños secretos hasta el fin.

—¿Se vislumbra ese fin?

—Está próximo.

Llegamos a Ebermouth poco después de las seis y nos encaminamos enseguida a la tienda de Elizabeth Penn, que estaba cerrada, pero mi amigo pulsó el timbre y la misma Mary abrió la puerta, mostrándose agradablemente sorprendida al vernos.

—Por favor, pasen y conozcan a mi tía.

Nos hizo pasar a una habitación trasera, donde una mujer de avanzada edad nos saludó. Tenía el pelo blanco y parecía una miniatura de piel rosada y ojos azules.

Alrededor de sus hombros inclinados lucía una toca de encaje antiguo de gran valor.

—¿Es usted el gran Hércules Poirot? —preguntó encantadoramente—. Mary me ha dicho que usted nos ayudaría.

Poirot la miró un momento y luego dijo:

—*Mademoiselle* Penn, su aspecto es encantador; si bien debería dejarse crecer un poco el bigote.

La señorita Penn dio un respingo y retrocedió.

—¿Estuvo usted en la tienda ayer? —siguió Poirot.

—Por la mañana. Luego tuve jaqueca y me fui a casa.

—No, *mademoiselle*. A su dolor de cabeza le iba mejor un cambio de aires. Charlock Bay es ideal para eso, ¿verdad?

Me cogió por un brazo y me llevó hacia la puerta. Se detuvo allí, y habló por encima de su hombro:

—Me ha comprendido, ¿verdad? Esta pequeña frase debe bastar.

Había amenaza en su tono. La señorita Penn, con el rostro espantosamente blanco, asintió. Poirot se volvió a la joven.

—*Mademoiselle* —dijo suavemente—, es usted joven y encantadora. No obstante, permítame advertirle que estos pequeños asuntos harán que su juventud y encanto se marchiten detrás de las rejas de una prisión. Y yo, Hércules Poirot, pienso que sería una lástima.

Salimos a la calle, sintiéndome aturdido.

—Desde el principio, *mon ami*, me interesó este caso —dijo Poirot—. Cuando aquel joven pidió billete para Monkhampton, la atención de la muchacha se centró en él. ¿Por qué? No era un tipo capaz de atraer el interés de una mujer. Luego, ya en el autocar, tuve la sensación de que algo iba a suceder. ¿Quién vio al joven retirar su equipaje? Sólo *mademoiselle*. Antes había elegido un asiento de cara a la ventana, cosa muy poco femenina.

"Ya le dije que la caja forzada no era convincente. ¿El resultado de todo esto? Que el señor Baker Wood pagase buen dinero por un género robado. La ley le obligaría a devolverlo a la señorita Penn, que vendería luego las miniaturas, obteniendo así mil libras en vez de quinientas.

"Realicé algunas pesquisas y supe que su negocio va mal. Entonces comprendí que tía y sobrina estaban de acuerdo.

—¿Supone eso que nunca sospechó de Norton Kane?

—¡*Mon ami*! ¿Con semejante bigote? Un criminal se rasura y luce un bigote postizo.

Pero él sería la gran oportunidad de la inteligente señorita Penn, la anciana de tez tostada que hemos visto. Ésta, muy bien erguida, se calza grandes botas, se altera el físico con unas cuantas pecas y añade algunos pelos en guerrilla a su labio superior y, ¿qué sucede? Simplemente que el señor Wood la toma por una mujer hombruna y nosotros por un hombre disfrazado de fémina.

—¿Estuvo ella en Charlock?

—Seguro. El tren, como usted mismo me dijo, sale de aquí a las once y llega a Charlock Bay a las dos. De regreso, incluso es más rápido. Sale de Charlock a las cuatro y cinco y llega aquí a las seis quince.

"Las miniaturas jamás estuvieron en la caja. Ésta fue violentada antes de ser puesta en el maletín. Así, el cometido de *mademoiselle* Mary consistía en hallar un par de bobos sensibles a sus encantos y campeones de la belleza en apuros. Por desgracia para ella, uno de los bobos era Hércules Poirot.

—Cuando habló de ayudar a una desconocida me engañaba.

—Jamás le engañé, Hastings. Sólo permití que usted mismo se engañase. Yo me refería al señor Baker Wood, un desconocido en estas playas —su cara denotó mal humor—. ¡Ah! ¡Cómo me irrita el

recuerdo de la sobretasa! No hay derecho a cobrar la misma tarifa hasta Charlock que por un viaje de ida y vuelta. Esos abusos me inducen a proteger a los turistas. Cierto que el señor Wood no es hombre agradable, pero ¡es un turista! Y nosotros, los extranjeros, tenemos el deber ineludible de ayudarnos mutuamente contra toda clase de desafueros.

El misterio de Market Basing

—Pensándolo bien no hay nada como el campo, ¿no les parece? —dijo el inspector Japp aspirando con fuerza el aire por la nariz y expeliéndolo por la boca de manera correcta.

Poirot y yo asentimos cordialmente. Fue idea del inspector Japp la de que pasáramos los tres el fin de semana en la pequeña población de Market Basing, enclavada en pleno campo. Porque cuando no estaba de servicio, Japp se mostraba botánico entusiasta y discurseaba acerca de diminutas florecillas que tenían largos nombres en latín, que el buen Japp pronunciaba de un modo muy enrevesado, ciertamente, con un ardor que no ponía en ninguno de sus casos policíacos.

—Aquí nadie nos conoce, ni conocemos a nadie.

Esto era verdad, hasta cierto punto, porque el agente local acababa de ser trasladado de un pueblo, distante quince millas de Market, donde un caso de envenenamiento con arsénico le había puesto en relación con el inspector de Scotland Yard. Sin embargo, como reconoció con evidente placer el gran hombre, la circunstancia acrecentó el buen humor de Japp y cuando nos sentamos los tres a desayunarnos en la salita de la fonda, nos sentimos animales del mejor espíritu. El jamón, los huevos, eran excelentes; el café no era tan bueno, pero podía pasar y estaba hirviendo.

—Esto es vida, señores —exclamó Japp—. Cuando me retire, adquiriré una finca en el campo. Deseo perder al crimen de vista, ¡eso es!

—*Le crime, il est partout* —observó Poirot sirviéndose una buena rebanada de pan y mirando con el ceño fruncido a un gorrión impertinente que acababa de posarse en el alféizar de la ventana.

The rabbit has a pleasant face
His private life is a disgrace.
I really could not tell you
The awful things that rabbits do[1]

—Pues, señor —dijo desperezándose Japp—. Creo que todavía me queda sitio para otro huevo y para una o dos lonchas de jamón. ¿Y a usted, capitán?

—Sí. ¿Y a usted, Poirot?

Éste movió la cabeza.

—No hay que llenar el estómago —repuso— porque el cerebro se negará a funcionar.

—Pues yo pienso arriesgarme —repuso Japp riendo—. Lo tengo muy grande. A propósito, está engordando, *Monsieur* Poirot. ¡Eh, *miss*, otra ración de jamón con huevos!

En este momento un cuerpo macizo bloqueó la puerta de entrada. Era el agente Pollard.

—Perdón si interrumpo, inspector —dijo—, pero deseo que me aconseje usted.

—Estoy de vacaciones —dijo Japp apresuradamente—. No me dé trabajo. ¿De qué se trata?

—De un caballero que habita en Leigh Hall. Se ha disparado un tiro en la cabeza.

—Supongo que habrá sido por deudas… o por una mujer. Es lo usual. Lamento no poder ayudarle, Pollard.

—El caso es que no ha podido ejecutar el hecho por sí solo. Así lo cree el doctor Giles.

Japp dejó la taza sobre el platillo.

—¿Que no ha podido suicidarse solo? ¿Qué quiere usted decir?

—Es lo que afirma el doctor —repuso Pollard—. Dice que es totalmente imposible. Esa muerte le deja perplejo, porque tanto la puerta como la ventana de la habitación están cerradas por dentro con llave y cerrojo, pero se aferra a su opinión de que el caballero no se ha suicidado.

Esto zanjó la cuestión. Huevos y jamón se dejaron a un lado y pocos minutos después avanzamos todos a buen paso en dirección a Leigh Hall, mientras Japp dirigía ansiosas preguntas al agente.

El nombre del difunto era Walter Protheroe; era hombre de edad

madura y tenía algo de retraído. Llegó a Market Basing ocho años atrás y alquiló la casa, vieja mansión, casi derruida, estropeada, viviendo en un ala, atendido por el ama de llaves que había traído consigo. Ésta se llamaba *miss* Clegg y era una mujer superior, a la que todo el pueblo consideraba. Mister Protheroe tenía huéspedes llegados al pueblo hacía muy poco: mister y *mistress* Park, de Londres. En aquella mañana *miss* Clegg había llamado en vano a la puerta de la habitación de su amo y al reparar en que estaba cerrada se alarmó y llamó a la policía y al médico. El agente Pollard y el doctor Giles llegaron a un tiempo. Los esfuerzos unidos lograron echar abajo la puerta de roble del dormitorio.

Mister Protheroe apareció tendido en el suelo. Presentaba un tiro en la cabeza y tenía asida la pistola con la mano derecha. Era evidente que se trataba en realidad de un suicidio.

Sin embargo, al examinar el cadáver, el doctor Giles quedó visiblemente perplejo y finalmente se llevó al agente aparte y le comunicó el motivo de su perplejidad; Pollard pensó al punto en Japp y dejando al doctor en la casa corrió a la fonda para avisarnos de lo ocurrido.

Cuando concluía su relato llegamos a Leigh House, edificio inmenso, desolado, rodeado de un jardín descuidado y lleno de cizaña. Como la puerta estaba abierta pasamos al vestíbulo y de éste a una salita de recibo de la que salía ruido de voces. En la salita encontramos reunidas a cuatro personas: un hombre vestido ostentosamente, con un rostro movible y desagradable, que me inspiró súbita antipatía, una mujer de tipo parecido, aunque hermosa de una manera burda; otra mujer, vestida de negro y algo separada del resto, a la que tomé por el ama de llaves; y un caballero alto, vestido con traje de sport, de semblante despejado y franco, que parecía imponerse a la situación.

—El doctor Giles —dijo el agente—. El detective inspector Japp, de Scotland Yard, y dos amigos.

El doctor nos saludó y después hizo la presentación de mister y *mistress* Parker.

Luego subimos tras él la escalera. En obediencia a una seña de Japp, Pollard se quedó en la salita como para guardar la casa. El doctor, que nos precedía, nos hizo recorrer un pasillo. Al final vimos abierta una puerta; de sus goznes colgaban aún varias astillas

y el resto estaba por el suelo.

Entramos en aquella habitación. El cadáver seguía tendido en el suelo. Mister Protheroe era hombre de edad mediana, de cabello gris en las sienes. Llevaba barba.

Japp se arrodilló junto a él.

—¿Por qué no lo dejaron tal y como estaba? —gruñó.

El doctor se encogió de hombros.

—Porque creímos que se trataba de un caso sencillo de suicidio.

—¡Hum! —exclamó Japp—. La bala ha entrado en la cabeza por detrás de la oreja izquierda.

—Precisamente —repuso el doctor—. Es imposible que se disparase él solo el tiro.

Para ello hubiera tenido, primero ante todo, que rodearse la cabeza con el brazo.

—¿Sin embargo, encontraron la pistola en su mano? A propósito, ¿dónde está?

El doctor le indicó con un gesto la mesa vecina.

—Tampoco la asía —manifestó—. La tenía en la palma, pero no la empuñaba.

—Debieron de ponerla en ella después —dijo Japp, que examinaba el arma—. Sólo hay un cartucho vacío. Sacaremos las huellas dactilares, pero no espero encontrar más que las suyas, doctor. ¿Hace mucho que ha fallecido mister Protheroe?

—No puedo precisar la hora con exactitud como esos médicos maravillosos de las novelas de detectives, inspector, pero debe hacer unas doce horas.

Poirot no se había movido. Se mantenía pegado a mí, viendo lo que hacía Japp y escuchando sus preguntas.

De vez en cuando, sin embargo, olfateaba el aire delicadamente, como si se sintiera perplejo. Yo le imité sin descubrir nada de interés. El aire puro, no olía a nada. Con todo, Poirot lo olfateaba como si su nariz sensible percibiera algo que se escapaba a su inteligencia.

Al separarse Japp del cadáver, Poirot se arrodilló junto a él. La herida no pareció despertar su interés. Primero supuse que examinaba los dedos de la mano con que el difunto había empuñado la pistola, mas enseguida vi que era un pañuelo, metido en la manga de la chaqueta gris oscuro que le llamaba la atención.

Finalmente se puso de pie sin separar los ojos de aquella prenda.

Japp le llamó para que les ayudase a levantar la puerta.

Yo aproveché la ocasión para arrodillarme y coger el pañuelo, que examiné minuciosamente. Era de blanco Cambray, de los más corrientes, pero no ostentaba manchas de sangre ni de ninguna especie, por lo que, decepcionado, volví a dejarlo donde estaba.

Los demás levantaron la puerta y buscaron en vano la llave.

—Esto zanja la cuestión —manifestó Japp—. La ventana está cerrada y atrancada. El asesino debió salir por la puerta que cerró con llave y se llevó ésta para que creyéramos que mister Protheroe se ha suicidado. Seguramente no creyó que la echaríamos en falta. ¿Está de acuerdo, *Monsieur* Poirot?

—Sí, estoy de acuerdo; pero hubiera sido más sencillo y mejor, deslizar la llave por debajo de la puerta. De este modo hubiera parecido que se había caído de la cerradura.

—Ah, bien, no hay que confiar en que a todo el mundo se le ocurran ideas tan geniales como ésta. Si se hubiera dedicado a criminal, hubiera sido el terror de la sociedad. ¿Desea hacer alguna observación, *Monsieur* Poirot?

Poirot parecía echar algo de menos, o si no era así me lo pareció. Después de echar una ojeada a su alrededor dijo en voz baja:

—Parece ser que este caballero fumaba mucho, señores.

Era cierto. Lo mismo el hogar, como un cenicero colocado sobre la mesa, estaban bastante repletos de colillas de cigarro.

—Debió fumar veinte cigarrillos lo menos anoche —dijo Japp. Así diciendo, se inclinó para examinar el del cenicero—. Son todos de la misma clase. Lo ha fumado la misma persona. El hecho no tiene nada de particular, *Monsieur* Poirot.

—No he sugerido que lo tuviera —murmuró mi amigo.

—Ah, ¿qué es esto? Japp cogió un pequeño objeto reluciente que estaba junto al cadáver

—Es un gemelo roto. ¿A quién pertenecerá? Doctor Giles, haga el favor de ir en busca del ama de llaves.

—¿Y qué hacemos de los Parker? Porque mister Parker tiene trabajo en Londres…

—No sé. Tendremos que pasarnos sin él. Aunque en vista del cariz que toman las cosas, le necesitamos aquí también. Envíeme al

ama de llaves y no permita que los Parker le den a usted y a Pollard esquinazo. ¿Entraron aquí por la mañana?

El doctor reflexionó un breve momento antes de contestar categórico:

—No, se quedaron en el pasillo mientras entrábamos Pollard y yo.

—¿Está bien seguro?

—Segurísimo.

El doctor marchó a cumplir su misión.

—Es un buen hombre —dijo Japp con aire de aprobación—. Estos médicos deportistas suelen ser personas excelentes. Bien, ¿quién le habrá pegado el tiro a ese pobre señor?

Además de él, había tres personas más en esta casa. No sospecho del ama de llaves, porque en el espacio de ocho años ha podido matarle, no una sino cien veces. Pero ¿qué clase de pájaros serán esos Parker? Resultan una pareja poco simpática.

En este momento apareció *miss* Clegg. Era una mujer flaca, escurrida, de cabellos grises que llevaba partidos en la frente. Tenía unos modales muy naturales y tranquilos. De su persona emanaba, al propio tiempo, un aire de eficiencia tal, que inspiraba respeto. En respuesta a las preguntas del inspector, explicó que llevaba catorce años al servicio del difunto, que fue amo generoso y considerado. No conocía a mister ni a *mistress* Parker, a quienes había visto por primera vez tres días atrás. Era indudable, en su opinión, que nadie les había invitado, porque su visita pareció desagradar al señor. El gemelo roto que Japp le enseñó, no pertenecía a mister Protheroe, estaba segurísima de ello. Al interrogarle acerca de la pistola repuso que sabía que el señor poseía, en efecto, un arma de fuego que guardaba bajo llave. Ella la vio una vez, pero no se atrevió a afirmar que fuera la misma que le mostraban. No oyó el disparo la noche anterior. El hecho no tenía nada de extraordinario porque la casa era grande y destartalada y porque lo mismo su habitación que la reservada al matrimonio Parker se hallaba al otro lado de ella. Ignoraba a qué hora se retiró mister Protheroe a descansar. Cuando lo hizo ella, a las nueve y media, lo dejó levantado. No tenía por costumbre acostarse temprano. Por regla general leía o fumaba hasta una hora avanzada. Era un gran fumador.

Poirot interpuso aquí una pregunta:

—¿Dormía el señor con la venta abierta o cerrada?

Miss Clegg reflexionó un instante.

—Creo que con la ventana abierta, si no recuerdo mal —dijo luego.

—Pues ahora está cerrada. ¿Cómo se explica usted el hecho?

—No sé. Quizá sintió alguna corriente de aire y la cerró por eso.

Japp le dirigió todavía varias preguntas y a continuación le despidió. Luego habló por separado con los Parker. *Mistress* Parker lloraba; mister Parker optó por fanfarronear e insultarnos. Negó que fuera suyo el gemelo roto, pero su mujer lo había reconocido y naturalmente el hecho empeoró la situación; y como negó también haber entrado en la habitación de mister Protheroe, Japp estimó que había pruebas suficientes para proceder a su detención.

Dejando a Pollard en custodia de la propiedad, corrió al pueblo y pidió comunicación con el cuartel general de la policía.

Poirot y yo volvimos a la fonda.

—Está muy callado —dije a mi amigo—. ¿No le interesa el caso?

—*Au contraire*. Me interesa extraordinariamente. Pero me deja perplejo también.

—El motivo del crimen es poco claro —dije pensativo—, pero estoy seguro de que esos Parker son malas personas. No obstante la falta de motivo, que aparecerá más adelante, sin duda, todo está en contra suya de manera manifiesta.

—Japp ha pasado por alto un detalle a pesar de ser muy significativo.

Yo le miré lleno de curiosidad.

—Poirot, ¿qué se trae entre manos? —interrogué.

—¿Qué tenía en la manga el difunto?

—¡Un pañuelo!

—Precisamente, un pañuelo.

—Los marinos se lo colocan en la manga —observé pensativo.

—Excelente observación, Hastings, a pesar de que no es la que esperaba.

—¿Tiene algo más que decir?

—Sí, no dejo de pensar en el intenso olor a humo de cigarrillo.

—Pero yo no olí nada —respondí maravillado.

—Ni yo tampoco, *cher ami*.

Le miré con gravedad. Nunca sé si habla en broma o en serio,

pero esta vez me pareció que no bromeaba.

La investigación se verificó dos días después. Entretanto, surgió a la luz una prueba más. Un vagabundo admitió que había saltado la tapia del jardín de Leigh House, donde dormía con frecuencia en la casilla de las herramientas que quedaba siempre abierta. Este hombre declaró que a las doce de la noche oyó voces en una habitación del primer piso. Una pedía dinero, la otra se lo negaba de manera airada. Oculto tras de un arbusto vio a dos hombres pasar y repasar por delante de la iluminada ventana.

Uno, lo conocía bien, era mister Protheroe; el otro le era desconocido, pero sus señas coincidían totalmente con las de mister Parker.

Estaba ahora claro que los Parker habían ido a Leigh House para hacer víctima de un chantaje a Protheroe y cuando más adelante se descubrió que su verdadero nombre era en realidad Wendover, ex teniente de la Armada y que estuvo relacionado en 1910 con la explosión del crucero Merrythought, el caso se aclaró rápidamente. Parker, que sabía el papel desempeñado por Wendover, le siguió los pasos y le pidió dinero a cambio de mantener la boca cerrada. Pero el otro se negó a dárselo. En el curso de la disputa, Wendover sacó el revólver, Parker se lo arrancó de la mano e hizo fuego, tratando luego de dar al crimen la apariencia de un suicidio.

Parker fue llevado a juicio reservándose la defensa.

Nosotros habíamos asistido a los procedimientos del tribunal. Al salir, Poirot meneó la cabeza.

—Así debe ser —murmuró—. Sí, así debe ser, no es posible demorarse.

Entró en Correos y escribió unas líneas que envió por mensajero especial. Yo no vi a quién iba dirigida la nota. Después volvimos a la fonda, donde nos hospedábamos desde aquel memorable fin de semana.

Poirot iba y venía sin cesar desde el fondo de la habitación a la ventana.

—Espero visita —me explicó—. ¿Me habré equivocado? No, no es posible. No, aquí está.

Y con no poca sorpresa por mi parte vi entrar a *miss* Clegg en la habitación. Me pareció menos serena que de costumbre y llegaba jadeando como si hubiera venido corriendo. Vi brillar el miedo en

sus ojos cuando miró a Poirot.

—Siéntese, *mademoiselle* —le dijo amablemente mi amigo—. He adivinado, ¿verdad?

Ella pareció indecisa y prorrumpió en llanto por toda respuesta.

—¿Por qué hizo eso? ¿Por qué? —dijo suavemente Poirot.

—Porque le amaba mucho —repuso ella—. Yo le cuidé desde la infancia. ¡Oh, tenga piedad de mí!

—Haré por usted cuanto sea posible. Pero no podía permitir, compréndalo, que ahorcasen a un inocente por bribón y desagradable que pueda ser.

Miss Clegg se irguió y dijo en voz baja:

—Quizá yo tampoco lo hubiera permitido al final. Haga lo que juzgue conveniente.

Luego, poniéndose en pie, salió de la habitación.

—¿Le mató ella? —pregunté aturdido.

Poirot sonrió y movió la cabeza.

—Se suicidó él —replicó—. ¿Recuerda que llevaba el pañuelo en la manga derecha? Pues esto me reveló que era zurdo. Temiendo después de la borrascosa entrevista con mister Parker que se hiciera público su delito, se suicidó. Por la mañana, al ir a llamarle como de costumbre, *miss* Clegg le halló muerto y como, según acaba de oír, le conocía desde niño, se llenó de cólera contra los forasteros que le habían empujado a tan vergonzosa muerte. Los consideraba como a sus asesinos y de pronto vio la posibilidad de hacerles sufrir por lo que habían hecho. Únicamente ella sabía que Protheroe era zurdo. Pasó, pues, la pistola a su mano derecha, cerró y echó la falleba de la ventana, dejó caer al suelo el pedazo de gemelo que había encontrado en una de las habitaciones de la planta baja y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave.

—Poirot —exclamé en una explosión de entusiasmo—. ¡Es usted soberbio! ¡Y todo esto sólo por medio de un simple pañuelo!

—Y por el humo del cigarrillo. Si la ventana hubiera estado cerrada y fumados todos aquellos cigarrillos la habitación hubiera estado impregnada del olor a tabaco. En vez de esto el aire era puro y así deduje en el acto que la ventana había estado abierta durante toda la noche y que únicamente se cerró por la mañana, lo que me brindó una serie de interesantes reflexiones. No acertaba a concebir, bajo ninguna clase de circunstancias, que el criminal deseara cerrar

la ventana. Por el contrario, ganaba dejándola abierta para simular que el criminal se había escapado por ella, si la teoría del vagabundo dejaba de tener éxito. La declaración del vagabundo vino a confirmar mis sospechas, porque de estar la ventana cerrada, no hubiera oído la discusión.

—¡Espléndido! Y ahora, ¿quiere una taza de té?

—Ha hablado usted como buen inglés —repuso Poirot suspirando—. Yo preferiría un refresco, pero no creo probable que lo haya.

Nido de avispas

John Harrison salió de la casa y se quedó un momento en la terraza de cara al jardín. Era un hombre alto de rostro delgado y cadavérico. No obstante, su aspecto lúgubre se suavizaba al sonreír, mostrando entonces un algo muy atractivo.

Harrison amaba su jardín, cuya visión era inmejorable en aquel atardecer de agosto, soleado y lánguido. Las rosas lucían toda su belleza y los guisantes dulces perfumaban el aire.

Un familiar chirrido hizo que Harrison volviese la cabeza a un lado. El asombro se reflejó en su semblante, pues la pulcra figura que avanzaba por el sendero era la que menos esperaba.

—¡Qué alegría! —exclamó Harrison—. ¡Si es *Monsieur* Poirot!

En efecto, allí estaba Hércules Poirot, el sagaz detective.

—Yo en persona. En cierta ocasión me dijo: «Si alguna vez se pierde en aquella parte del mundo, venga a verme». Acepté su invitación, ¿lo recuerda?

—Me siento encantado —aseguró Harrison sinceramente—. Siéntese y beba algo.

Su mano hospitalaria le señaló una mesa en el pórtico, donde había diversas botellas.

—Gracias —repuso Poirot dejándose caer en un sillón de mimbre—. ¿Por casualidad no tiene jarabe? No, ya veo que no. Bien sírvame un poco de soda, por favor *whisky* no —su voz se hizo plañidera mientras le servían—. ¡Cáspita, mis bigotes están lacios!

Debe de ser el calor.

—¿Qué le trae a este tranquilo lugar? —preguntó Harrison mientras se acomodaba en otro sillón—. ¿Es un viaje de placer?

—No, *mon ami*; negocios.

—¿Negocios? ¿En este apartado rincón?

Poirot asintió gravemente.

—Sí, amigo mío; no todos los delitos tienen por marco las grandes aglomeraciones urbanas.

Harrison se rió.

—Imagino que fui algo simple. ¿Qué clase de delito investiga usted por aquí? Bueno, si puedo preguntar.

—Claro que sí. No sólo me gusta, sino que también le agradezco sus preguntas.

Los ojos de Harrison reflejaban curiosidad. La actitud de su visitante denotaba que le traía allí un asunto de importancia.

—¿Dice que se trata de un delito? ¿Un delito grave?

—Uno de los más graves delitos.

—¿Acaso un…?

—Asesinato —completó Poirot.

Tanto énfasis puso en la palabra que Harrison se sintió sobrecogido. Y por si esto fuera poco, las pupilas del detective permanecían tan fijamente clavadas en él, que el aturdimiento le invadió. Al fin pudo articular:

—No sé que haya ocurrido ningún asesinato aquí.

—No —dijo Poirot—. No es posible que lo sepa.

—¿Quién es?

—De momento, nadie.

—¿Qué?

—Ya le he dicho que no es posible que lo sepa. Investigo un crimen aún no ejecutado.

—Veamos, eso suena a tontería.

—En absoluto. Investigar un asesinato antes de consumarse es mucho mejor que después. Incluso, con un poco de imaginación, podría evitarse.

Harrison le miró incrédulo.

—¿Habla usted en serio, *Monsieur* Poirot?

—Sí; hablo en serio.

—¿Cree de verdad que va a cometerse un crimen? ¡Eso es absurdo!

Hércules Poirot, sin hacer caso de la observación, dijo:

—A menos que usted y yo podamos evitarlo. Sí, *mon ami*.

—¿Usted y yo?

—Usted y yo. Necesitaré de su cooperación.

—¿Es ésa la razón de su visita?

Los ojos de Poirot le transmitieron inquietud.

—Vine, *Monsieur* Harrison, porque… me agrada usted —y con voz más despreocupada añadió: Veo que hay un nido de avispas en el jardín. ¿Por qué no lo destruye?

El cambio de tema hizo que Harrison frunciera el ceño. Siguió la mirada de Poirot y dijo:

—Pensaba hacerlo. Mejor dicho, lo hará el joven Langton. ¿Recuerda a Claude Langton? Asistió a la cena en que nos conocimos usted y yo. Viene esta noche expresamente a destruir el nido.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Y cómo piensa hacerlo?

—Con petróleo rociado con un inyector de jardín. Traerá el suyo que es más adecuado que el mío.

—Hay otro sistema, ¿no? —preguntó Poirot—. Por ejemplo, cianuro de potasio.

Harrison alzó la vista sorprendido.

—¡Es peligroso! Se corre el riesgo de su fijación en las plantas.

Poirot asintió.

—Sí; es un veneno mortal —guardó silencio un minuto y repitió —: Un veneno mortal.

—Útil para desembarazarse de la suegra, ¿verdad? —se rió Harrison.

Hércules Poirot permaneció serio.

—¿Está completamente seguro, *Monsieur* Harrison, de que Langton destruirá el avispero con petróleo?

—Segurísimo. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Estuve en la farmacia de Bachester esta tarde, y mi compra exigió que firmase en el libro de venenos. La última venta era cianuro de potasio, adquirido por Claude Langton.

Harrison enarcó las cejas.

—¡Qué raro! Langton se opuso el otro día a que empleemos esta sustancia. Según su parecer, no debiera venderse para este fin.

Poirot miró por encima de las rosas. Su voz era muy queda al preguntar:

—¿Le gusta Langton?

La pregunta cogió por sorpresa a Harrison, que acusó su efecto.

—¡Qué quiere que le diga! Pues sí, me gusta. ¿Por qué no ha de

gustarme?

—Mera divagación —repuso Poirot—. ¿Y usted, es de su gusto?

Ante el silencio de su anfitrión, repitió la pregunta.

—¿Puede decirme si usted es de su gusto?

—¿Qué se propone, *Monsieur* Poirot? No termino de comprender su pensamiento.

—Le seré franco. Tiene usted relaciones y piensa casarse, *Monsieur* Harrison.

Conozco a la señorita Molly Deane. Es una joven encantadora y muy bonita. Antes estuvo prometida a Claude Langton, a quien dejó por usted.

Harrison asintió con la cabeza.

—Yo no pregunto cuáles fueron las razones; quizás estén justificadas, pero ¿no le parece justificada también cualquier duda en cuanto a que Langton haya olvidado o perdonado?

—Se equivoca, *Monsieur* Poirot. Le aseguro que está equivocado. Langton es un deportista y ha reaccionado como un caballero. Ha sido sorprendentemente honrado conmigo, y, ni con mucho, no ha dejado de mostrarme aprecio.

—¿Y no le parece eso poco normal? Utiliza usted la palabra «sorprendente» y, sin embargo, no demuestra hallarse sorprendido.

—No le comprendo, *Monsieur* Poirot.

La voz del detective acusó un nuevo matiz al responder:

—Quiero decir que un hombre puede ocultar su odio hasta que llegue el momento adecuado.

—¿Odio? —Harrison sacudió la cabeza y se rió.

—Los ingleses son muy estúpidos —dijo Poirot—. Se consideran capaces de engañar a cualquiera y creen que nadie es capaz de engañarles a ellos. El deportista, el caballero, es un quijote del que nadie piensa mal. Pero, a veces, ese mismo deportista, cuyo valor le lleva al sacrificio piensa lo mismo de sus semejantes y se equivoca.

—Me está usted advirtiendo en contra de Claude Langton —exclamó Harrison—. Ahora comprendo esa intención suya que me tenía intrigado.

Poirot asintió, y Harrison, bruscamente, se puso en pie.

—¿Está usted loco, *Monsieur* Poirot? ¡Esto es Inglaterra! Aquí nadie reacciona así.

Los pretendientes rechazados no apuñalan por la espalda o

envenenan. ¡Se equivoca en cuanto a Langton! Ese muchacho no haría daño a una mosca.

—La vida de una mosca no es asunto mío —repuso Poirot plácidamente—. No obstante, usted dice que *Monsieur* Langton no es capaz de matarlas, cuando en este momento debe de prepararse para exterminar a miles de avispas.

Harrison no replicó, y el detective, puesto en pie a su vez colocó una mano sobre el hombro de su amigo, y lo zarandeó como si quisiera despertarlo de un mal sueño.

—¡Espabílese, amigo, espabílese! Mire aquel hueco en el tronco del árbol. Las avispas regresan confiadas a su nido después de haber volado todo el día en busca de su alimento. Dentro de una hora habrán sido destruidas, y ellas lo ignoran, porque nadie les advierte. De hecho carecen de un Hércules Poirot. *Monsieur* Harrison, le repito que vine en plan de negocios. El crimen es mi negocio, y me incumbe antes de cometerse y después. ¿A qué hora vendrá *Monsieur* Langton a eliminar el nido de avispas?

—Langton jamás…

—¿A qué hora? —le atajó.

—A las nueve. Repito que está equivocado. Langton jamás…

—¡Estos ingleses! —volvió a interrumpirle Poirot.

Recogió su sombrero y su bastón y se encaminó al sendero, deteniéndose para decir por encima del hombro:

—No me quedo para no discutir con usted; sólo me enfurecería. Pero entérese bien: regresaré a las nueve.

Harrison abrió la boca y Poirot gritó antes de que dijese una sola palabra:

—Sé lo que va a decirme: «Langton jamás…», etcétera. ¡Me aburre su «Langton jamás»! No lo olvide, regresaré a las nueve. Estoy seguro de que me divertirá ver cómo destruye el nido de avispas. ¡Otro de los deportes ingleses!

No esperó la reacción de Harrison y se fue presuroso por el sendero hasta la verja.

Ya en el exterior, caminó pausadamente, y su rostro se volvió grave y preocupado. Sacó el reloj del bolsillo y lo consultó. Las manecillas marcaban las ocho y diez.

—Unos tres cuartos de hora —murmuró—. Quizás hubiera sido mejor aguardar en la casa.

Sus pasos se hicieron más lentos, como si una fuerza irresistible lo invitase a regresar. Era un extraño presentimiento, que, decidido, se sacudió antes de seguir hacia el pueblo. No obstante, la preocupación se reflejaba en su rostro y una o dos veces movió la cabeza, signo inequívoco de la escasa satisfacción que le producía su acto.

Minutos antes de las nueve, se encontraba de nuevo frente a la verja del jardín. Era una noche clara y la brisa apenas movía las ramas de los árboles. La quietud imperante rezumaba un algo siniestro, parecido a la calma que antecede a la tempestad.

Repentinamente alarmado, Poirot apresuró el paso, como si un sexto sentido le pusiese sobre aviso.

De pronto, se abrió la puerta de la verja y Claude Langton, presuroso, salió a la carretera. Su sobresalto fue grande al ver a Poirot.

—¡Ah…! ¡Oh…! Buenas noches.

—Buenas noches, *Monsieur* Langton. ¿Ha terminado usted?

El joven lo miró inquisitivo.

—Ignoro a qué se refiere —dijo.

—¿Ha destruido ya el nido de avispas?

—No.

—¡Oh! —exclamó Poirot como si sufriera un desencanto—. ¿No lo ha destruido? ¿Qué hizo usted, pues?

—He charlado con mi amigo Harrison. Tengo prisa, *Monsieur* Poirot. Ignoraba que vendría a este solitario rincón del mundo.

—Me traen asuntos profesionales.

—Hallará Harrison en la terraza. Lamento no detenerme.

Langton se fue y Poirot lo siguió con la mirada. Era un joven nervioso, de labios finos y bien parecido.

—Dice que encontraré a Harrison en la terraza —murmuró Poirot—. ¡Veamos!

Penetró en el jardín y siguió por el sendero. Harrison se hallaba sentado en una silla junto a la mesa. Permanecía inmóvil, y no volvió la cabeza al oír a Poirot.

—¡Ah, *mon ami*! —exclamó éste—. ¿Cómo se encuentra?

Después de una larga pausa, Harrison, con voz extrañamente fría, inquirió:

—¿Qué ha dicho?

—Le he preguntado cómo se encuentra.

—Bien. Sí; estoy bien. ¿Por qué no?

—¿No siente ningún malestar? Eso es bueno.

—¿Malestar? ¿Por qué?

—Por el carbonato sódico.

Harrison alzó la cabeza.

—¿Carbonato sódico? ¿Qué significa eso?

Poirot se excusó.

—Siento mucho haber obrado sin su consentimiento, pero me vi obligado a ponerle un poco en uno de sus bolsillos.

—¿Que puso usted un poco en uno de mis bolsillos? ¿Por qué diablos hizo eso?

Poirot se expresó con esa cadencia impersonal de los conferenciantes que hablan a los niños.

—Una de las ventajas, o desventajas del detective, radica en su conocimiento de los bajos fondos de la sociedad. Allí se aprenden cosas muy interesantes y curiosas. Cierta vez me interesé por un simple ratero que no había cometido el hurto que se le imputaba, y logré demostrar su inocencia. El hombre, agradecido, me pagó enseñándome los viejos trucos de su profesión.

“Eso me permite ahora hurgar en el bolsillo de cualquiera con sólo escoger el momento oportuno. Para ello basta poner una mano sobre su hombro y simular un estado de excitación. Así logré sacar el contenido de su bolsillo derecho y dejar a cambio un poco de carbonato sódico.

“Compréndalo. Si un hombre desea poner rápidamente un veneno en su propio vaso, sin ser visto, es natural que lo lleve en el bolsillo derecho de la americana.

Poirot se sacó de uno de sus bolsillos algunos cristales blancos y aterronados.

—Es muy peligroso —murmuró— llevarlos sueltos.

Calmosamente y sin precipitarse, extrajo del otro bolsillo un frasco de boca ancha.

Deslizó en su interior los cristales, se acercó a la mesa y vertió agua en el frasco.

Una vez tapado lo agitó hasta disolver los cristales. Harrison lo miraba fascinado.

Poirot se encaminó al avispero, destapó el frasco y roció con la

solución el nido.

Retrocedió un par de pasos y se quedó allí a la expectativa.

Algunas avispas se estremecieron un poco antes de quedarse quietas. Otras treparon por el tronco del árbol hasta caer muertas. Poirot sacudió la cabeza y regresó al pórtico.

—Una muerte muy rápida —dijo.

Harrison pareció encontrar su voz.

—¿Qué sabe usted?

—Como le dije, vi el nombre de Claude Langton en el registro. Pero no le conté lo que siguió inmediatamente después. Lo encontré al salir a la calle y me explicó que había comprado cianuro potásico a petición de usted para destruir el nido de avispas. Eso me pareció algo raro, amigo mío, pues recuerdo que en aquella cena a que hice referencia antes, usted expuso su punto de vista sobre el mayor mérito de la gasolina para estas cosas, y denunció el empleo de cianuro como peligroso e innecesario.

—Siga.

—Sé algo más. Vi a Claude Langton y a Molly Deane cuando ellos se creían libres de ojos indiscretos. Ignoro la causa de la riña de enamorados que llegó a separarlos, poniendo a Molly en los brazos de usted, pero comprendí que los malentendidos habían acabado entre la pareja y que la señorita Deane volvía a su antiguo amor.

—Siga.

—Nada más. Salvo que me encontraba en Harley el otro día y le vi salir a usted del consultorio de cierto doctor, amigo mío. La expresión de su rostro me dijo la clase de enfermedad que padece y su gravedad. Es una expresión muy peculiar, que sólo he observado un par de veces en mi vida, pero es inconfundible. Refleja el conocimiento de la propia sentencia de muerte. ¿Tengo razón o no?

—Sí. Sólo dos meses de vida. Eso me dijo.

—Usted no me vio, amigo mío, pues tenía otras cosas en qué pensar. Pero yo advertí algo más en su rostro; advertí esa cosa que los hombres tratan de ocultar, y de la cual le hablé antes. Odio, amigo mío. No se moleste en negarlo.

—Siga —apremió Harrison.

—No hay mucho más que decir. Por pura casualidad vi el nombre de Langton en el libro de registro de venenos. Lo demás ya

lo sabe. Usted me negó que Langton fuera a emplear el cianuro, e incluso se mostró sorprendido de que lo hubiera adquirido. Mi visita no le fue particularmente grata al principio, si bien muy pronto la halló conveniente y alentó mis sospechas. Langton me dijo que vendría a las ocho y media. Usted que a las nueve. Sin duda pensó que a esa hora me encontraría con el hecho consumado.

—¿Por qué vino? —gritó Harrison—. ¡Ojalá no hubiera venido!

—Se lo dije. El asesinato es asunto de mi incumbencia.

—¿Asesinato? ¡Suicidio querrá decir!

—No —la voz de Poirot sonó claramente aguda—. Quiero decir asesinato. Su muerte sería rápida y fácil, pero la que planeaba para Langton era la peor muerte que un hombre puede sufrir. Él compra el veneno, viene a verlo y los dos permanecen solos.

Usted muere de repente y se encuentra cianuro en su vaso. ¡A Claude Langton lo cuelgan! Ése era su plan.

Harrison gimió al repetir:

—¿Por qué vino? ¡Ojalá no hubiera venido!

—Ya se lo he dicho. No obstante, hay otro motivo. Le aprecio, *Monsieur* Harrison.

Escuche, *mon ami*; usted es un moribundo y ha perdido la joven que amaba; pero no es un asesino. Dígame la verdad: ¿Se alegra o lamenta ahora de que yo viniese?

Tras una larga pausa, Harrison se animó.

Había dignidad en su rostro y la mirada del hombre que ha logrado salvar su propia alma. Tendió la mano por encima de la mesa y dijo:

—Fue una suerte que usted viniera.

Problema en el mar

—¡Coronel Clapperton! —dijo el general Forbes, en un tono que sonó como un ronquido o un resoplido.

La señorita Ellie Henderson se inclinó hacia delante, con un mechón de su suave cabello gris meciéndosele por la cara. Sus ojos oscuros y vivos brillaban de satisfacción maligna.

—¡Un hombre con un aspecto tan militar! —dijo, con malicia, y se echó hacia atrás el mechón de pelo, esperando el resultado de su frase.

—¡Militar! —estalló el general Forbes. Se tiró de su bigote guerrero, con el rostro de un rojo subido.

—Estaba en la guardia, ¿no? —murmuró la señorita Henderson, rematando su obra.

—¿En la guardia? ¿En la guardia? ¡Qué sarta de estupideces! ¡Ese individuo era un artista de variedades! ¡Palabra! Se alistó y estuvo en Francia, contando las latas de ciruelas y de manzana. A los teutones se les cayó una bomba perdida y le mandaron a Inglaterra con una herida sin importancia en el brazo. No sé cómo fue a parar al hospital de *lady* Carrington.

—¡Conque fue así como se conocieron!

—¡Exacto! El tipo interpretó el papel de héroe. *Lady* Carrington no tenía cabeza, pero si tenía montones de dinero. El viejo Carrington había negociado con municiones.

—Llevaba sólo seis meses de viuda. Este tipo se hizo con ella en un momento. Luego ella le enchufó en el Ministerio de la Guerra. ¡Coronel Clapperton! ¡Bah! —terminó, con un bufido.

—Y antes de la guerra era artista de variedades —murmuró la señorita Henderson, tratando de imaginar al distinguido coronel Clapperton como un cómico de nariz colorada, entonando canciones

bufas.

—¡Exacto! —dijo el general Forbes—. Se lo oí decir al viejo Bassington Krench. Y él se lo oyó al viejo Barger Corterill, que lo supo por Snooks Parker.

La señorita Henderson asintió vivamente.

—Bueno, entonces no hay más que hablar —dijo.

Una sonrisa fugaz asomó al rostro de un hombre bajito, sentado cerca de ellos. La señorita Henderson observó la sonrisa. Era muy observadora. La sonrisa mostraba que aquel hombre había apreciado la ironía envuelta en su última observación… ironía que el general ni por un momento sospechó.

El general tampoco veía las sonrisas. Echó una ojeada a su reloj, se puso en pie y observó:

—Ejercicio. Hay que mantenerse en forma cuando se está en un barco.

Y se marchó a cubierta.

La señorita Henderson miró al hombre que se había sonreído. Era una mirada de persona educada, con la que indicaba que estaba dispuesta a entablar conversación con su compañero de viaje.

—Es activo, ¿verdad? —dijo el hombre bajito.

—Da la vuelta a cubierta cuarenta y ocho veces exactamente —dijo la señorita Henderson—. ¡Qué cotilla es! ¡Y luego dicen que es a las mujeres a las que nos gusta el escándalo!

—¡Qué descortesía!

—Los franceses son muy corteses —comentó la señorita Henderson, con un matiz de interrogación en la voz.

El hombre bajito reaccionó prontamente a la insinuación.

—Belga, *mademoiselle* —dijo.

—¡Ah! Belga.

—Hércules Poirot, a su disposición.

El nombre despertó en ella algún recuerdo. ¿Dónde lo habría oído antes?

—¿Lo pasa usted bien en el barco, *Monsieur* Poirot?

—Francamente, no. Ha sido una estupidez el haberme dejado convencer para venir. Detesto la mar. Nunca está tranquila, nunca, ni un minuto.

—Bueno, reconocerá usted que ahora está tranquila.

Monsieur Poirot lo admitió, a regañadientes.

—*A ce moment*, sí. Por eso revivo. Por eso vuelvo a interesarme por lo que sucede a mi alrededor… por ejemplo, ha despertado mi interés su tacto en manejar al general Forbes.

—¿Se refiere usted a…?

La señorita Henderson se calló.

Hércules Poirot inclinó la cabeza.

—A su manera de sacarle aquel escándalo. ¡Admirable!

La señorita Henderson se rió, sin dar muestras de sentir el menor embarazo.

—¿Aquel quite sobre la guardia? Yo sabía que eso le haría quedarse sin habla. —Se echó hacia delante, en actitud confidencial —. Confieso que me gusta el escándalo… ¡cuanto peor intencionado sea, mejor!

Poirot la miró, pensativo. Era una mujer de cuarenta y cinco años, satisfecha de representarlos, esbelta, de figura muy bien conservada, de agudos ojos oscuros y cabello gris.

Ellie dijo, de pronto:

—¡Ya sé! ¿No es usted el famosísimo gran detective?

Poirot hizo una inclinación de cabeza.

—Es usted muy amable, *mademoiselle*.

Pero no rechazó el cumplido.

—¡Qué emocionante! —dijo la señorita Henderson—. ¿Se halla usted tras una pista, como dicen en los libros? ¿Tenemos entre nosotros un criminal de incógnito? ¿Soy indiscreta?

—Nada de eso. Me duele desilusionarla, pero estoy aquí, como los demás, sencillamente para divertirme.

Lo dijo con voz tan lúgubre que la señorita Henderson se rió.

—Bueno, mañana podrá bajar a tierra en Alejandría. ¿Ha estado usted antes en Egipto?

—Nunca, *mademoiselle*.

La señorita Henderson se levantó un tanto bruscamente.

—Voy a reunirme con el general en su paseíto —anunció, con sequedad.

Poirot se puso en pie, cortésmente.

Ella le hizo un saludo ligero y salió a cubierta.

A los ojos de Poirot asomó por un momento una expresión un poco perpleja, luego se levantó, los labios fruncidos por una sonrisita, asomó la cabeza por la puerta y miró a cubierta. La

señorita Henderson se inclinaba contra la barandilla, hablando con un hombre alto, de aspecto militar.

La sonrisa de Poirot se acentuó. Volvió al salón de fumar con las mismas precauciones con que la tortuga se mete en su concha. Por el momento, el salón de fumar era sólo suyo, pero supuso certeramente que aquella situación no podía durar mucho.

Y no duró. La señora Clapperton entró por la puerta del bar con el aire resuelto de la mujer que siempre ha podido pagar el precio más alto por todo lo que necesitaba.

Llevaba el cabello rubio platino cuidadosamente ondulado y protegido por una redecilla, y la figura, sometida a masajes y dietas, cubierta con un elegante conjunto deportivo.

—¡John! —dijo—. ¡Ah, buenos días, *Monsieur* Poirot! ¿Ha visto usted a John?

—Está en la cubierta de estribor, *madame*. ¿Voy…?

Ella le detuvo con un gesto.

—Me sentaré aquí un minuto.

Se sentó con aires de reina en la butaca frente a la suya.

Desde lejos podían echársele veintiocho años. De cerca, a pesar del maquillaje perfecto, y de las cejas, muy bien depiladas, no representaba los cuarenta y nueve que tenía, sino posiblemente cincuenta y cinco. Sus ojos duros, de pupilas diminutas, eran de una tonalidad azul pálido.

—Sentí no verle anoche en el comedor —dijo—. Desde luego, el mar estaba un poco picado.

—*Précisément*… —dijo Poirot con calor.

—Afortunadamente, yo no me mareo nunca —dijo la señora Clapperton—. Digo afortunadamente porque, como padezco del corazón, probablemente marearme significaría la muerte para mí.

—¿Padece usted del corazón, *madame*?

—Sí, tengo que tener muchísimo cuidado. No debo fatigarme. ¡Todos los médicos lo dicen!

La señora Clapperton había iniciado el tema, para ella fascinante, de su salud.

—John, pobrecito mío —prosiguió—, se desvive por evitarme que haga demasiadas cosas. ¡Vivo tan intensamente, mi querido *Monsieur* Poirot!

—Sí, sí.

—Siempre me dice: «Trata de vegetar un poco, Adeline». Pero no puedo. Yo creo que la vida ha sido hecha para vivirla. A decir verdad, me agoté siendo muy joven, durante la guerra. Mi hospital… ¿ha oído usted hablar de mi hospital? Claro que tenía enfermeras y todo eso, pero era yo quien lo llevaba realmente.

Suspiró.

—Su vitalidad es maravillosa, querida señora —dijo Poirot, con el tono un poco mecánico de la persona que dice lo que esperan que diga.

La señora Clapperton soltó una risita juvenil.

—¡Todo el mundo me dice lo joven que estoy! ¡Es absurdo! Nunca niego que tenga cuarenta y tres años —continuó con franqueza un tanto falsa—, pero a mucha gente le cuesta trabajo creerlo. «¡Tienes tanta vitalidad, Adeline!», me dicen. Pero la verdad, *Monsieur* Poirot, ¿qué sería de uno si no tuviera vitalidad?

—Se moriría —dijo Poirot.

La señora Clapperton frunció el ceño. No le gustó la respuesta. Aquel hombre, pensó, quería hacerse el gracioso. Se levantó y dijo fríamente:

—Voy a buscar a John.

Al cruzar la puerta, se le cayó el bolso. Éste se abrió y su contenido se desparramó por el suelo. Poirot corrió galantemente a ayudarla. Tardó varios minutos en recoger las barras de labios, las polveras, las pitilleras, el encendedor y otras cosas diversas.

La señora Clapperton le dio las gracias cortésmente, salió luego a cubierta y dijo:

—¡John!

El coronel Clapperton continuaba enfrascado en su conversación con la señorita Henderson. Se volvió y se acercó apresuradamente a su esposa, inclinándose hacia ella en actitud protectora. ¿Estaba su silla en el sitio apropiado? ¿No era mejor…? Su actitud era muy cortés y solícita. Evidentemente, una esposa mimada por su amante esposo.

La señorita Henderson miró al horizonte, como si la escena le desagradara profundamente.

De pie en la puerta del salón de fumar, Poirot observaba.

Una voz áspera y temblona dijo a su espalda:

—Si yo fuera su marido, le daría con un hacha.

El viejo caballero, a quien la gente joven del barco, sin ningún respeto, conocía por el Patriarca de los Plantadores de Té, acababa de entrar, arrastrando los pies.

—¡Chico! —llamó—. ¡Tráeme un *whisky*!

Poirot se agachó para recoger un trozo de papel caído del bolso de la señora Clapperton y que le había pasado inadvertido. Observó que era parte de una receta para un preparado de digitalina. Lo guardó en el bolsillo, con la intención de devolvérselo más tarde a la señora Clapperton.

—Sí —continuó el anciano pasajero—. Es una mujer venenosa. En Poona conocí a una como ella. En el año 87.

—¿Y le dio alguien con un hacha? —preguntó Poirot.

El anciano meneó tristemente la cabeza.

—Mató a su marido a disgustos antes de un año. Clapperton debía ponerse en su puesto. Consiente demasiado a su mujer.

—Ella tiene la bolsa —dijo Poirot gravemente.

—¡Ja, ja! —rió entre dientes el anciano—. Lo ha expresado muy bien, en pocas palabras. Ella tiene la bolsa.

Dos chicas entraron atropelladamente en el salón de fumar. Una de ellas tenía la cara redonda y pecosa, y su cabellera oscura flotaba en desorden; la otra tenía pecas y el cabello rizado y castaño.

—¡Al rescate, al rescate! —exclamó Kitty Mooney—. Pam y yo vamos a rescatar al coronel, pobre Clapperton.

—A rescatarlo de su mujer —dijo Pamela Cregan, jadeante.

—Es una monada de hombre…

—Y ella es horrorosa, no le deja hacer nada —exclamaron las dos chicas.

—Y cuando no está con ella, lo atrapa la Henderson…

—Que es muy agradable. Pero viejísima…

Salieron corriendo, diciendo entrecortadamente, entre risa y risa:

—¡Al rescate, al rescate!

Que el rescatar al coronel Clapperton no era un arranque pasajero sino un proyecto arraigado en ellas, quedó demostrado aquella misma noche, cuando Cregan se acercó a Hércules Poirot y murmuró:

—Obsérvenos, *Monsieur* Poirot. Vamos a raptarlo delante de las narices de su mujer y a llevarlo a pasear a la luz de la luna en el

puente superior.

En aquel preciso instante, el coronel Clapperton estaba diciendo:

—Le concedo que el Rolls Royce es caro. Pero tiene uno coche para toda la vida. Mi coche…

—Mi coche, querrás decir, John —dijo la señora Clapperton con voz chillona.

Él no demostró que su grosería le molestaba. O ya estaba acostumbrado o si no… «O si no…», pensó Poirot, y se puso a meditar.

—Claro, querida, tu coche.

Clapperton hizo una pequeña inclinación a su esposa y terminó lo que estaba diciendo, imperturbable.

«*Voilà… ce qu'on appelle de pukka sahib* —pensó Poirot—. Pero el general Forbes dice que Clapperton no es un caballero. No sé qué pensar».

Alguien propuso una partida de *bridge*. La señora Clapperton, el general Forbes y una pareja de mirada aguda se sentaron a la mesa de juego. La señorita Henderson se había disculpado, saliendo a cubierta.

—¿Y su marido no juega? —preguntó el general Forbes, indeciso.

—John no jugará —dijo la señora Clapperton—. Es un fastidio.

Los cuatro jugadores empezaron a barajar las cartas.

Pam y Kitty avanzaron sobre el coronel Clapperton, cogiéndole cada una por un brazo.

—¿Se viene usted con nosotras? —dijo Pam—. Arriba, al puente. Hay luna.

—No seas tonto, John —dijo la señora Clapperton—. Vas a enfriarte.

—Con nosotras no, desde luego —dijo Kitty—. ¡Ya nos encargaremos de que no se enfríe!

Clapperton se marchó con ellas, riendo.

Poirot salió a la cubierta de paseo. La señorita Henderson estaba de pie junto a la barandilla y volvió la cabeza, esperanzada. Al ver a Poirot que se acercaba a ella, la desilusión asomó a sus ojos.

Charlaron un rato. Luego, como él permaneciera silencioso, preguntó la señorita Henderson:

—¿En qué piensa?

Poirot respondió:

—Estoy pensando en mis conocimientos del idioma inglés. La señora Clapperton dijo: «John no jugará al *bridge*…». ¿No se suele decir, «no puede» jugar al *bridge*[2]?

—Creo que ella toma como una ofensa personal el que su marido no juegue al *bridge* —dijo Ellie secamente—. Ese hombre ha sido un idiota casándose con ella.

Poirot sonrió, amparado en la oscuridad.

—¿No cree usted en la posibilidad de que sean felices? —preguntó Poirot tímidamente.

—¿Con una mujer como ésa?

Poirot se encogió de hombros.

—Muchas mujeres odiosas son adoradas por sus maridos. Un enigma de la Naturaleza. Reconocerá usted que no parece afectarle nada de lo que ella diga o haga.

La señorita Henderson estaba pensando su respuesta cuando, a través de la ventana del salón de fumar, llegó hasta ellos la voz de la señora Clapperton.

—No, creo que no voy a jugar otra partida. ¡Aquí se ha viciado el aire! Voy a subir al puente a tomar el fresco.

—Buenas noches —dijo la señorita Henderson—. Me voy a la cama.

Y desapareció bruscamente.

Poirot se encaminó al salón, desierto, salvo por la presencia del coronel Clapperton y las dos chicas. Clapperton estaba haciendo trucos con las cartas y, al observar la destreza con que manejaba la baraja, Poirot recordó lo que el general había contado sobre su profesión de artista de espectáculos de variedades.

—Ya veo que le gustan las cartas, aunque no juegue al *bridge* —observó Poirot.

—Tengo mis razones para no jugar al *bridge* —le dijo Clapperton, mostrando su encantadora sonrisa—. Se lo voy a demostrar. Vamos a jugar una mano.

Repartió las cartas con rapidez.

—Cojan sus cartas. Bueno, ¿qué hay?

Se rió al ver la expresión de desconcierto de Kitty.

Mostró sus cartas y todos hicieron lo mismo. Kitty tenía todos los tréboles, *Monsieur* Poirot los corazones, Pam los diamantes y el

coronel Clapperton las picas.

—¿Ve usted? —dijo—. El hombre que puede dar a sus compañeros y a sus adversarios las cartas que quiera, vale más que se mantenga alejado de una partida amistosa. Si la suerte se vuelve de su lado, podrían decirle cosas desagradables.

—¡Oh! —dijo Kitty, sin aliento—. ¿Cómo ha podido hacerlo…? Parecía que repartía las cartas como todo el mundo.

—La rapidez de la mano engaña la vista —dijo Poirot en tono sentencioso, y observó el repentino cambio de expresión del coronel.

Fue como si se hubiera dado cuenta de que se había descuidado por un momento.

Poirot sonrió. El ilusionista se había dejado ver, tras la máscara del perfecto caballero.

El barco llegó a Alejandría al amanecer de la mañana siguiente.

Cuando Poirot subió a desayunar, encontró a las dos chicas ya listas para bajar a tierra. Estaban hablando con el coronel Clapperton.

—Tenemos que bajar enseguida —instó Kitty—. Los de los pasaportes se marcharán de un momento a otro. Viene usted con nosotras, ¿verdad? ¡No nos va a dejar ir solas a tierra! Nos podrían ocurrir cosas horribles.

—Desde luego, no creo que debáis ir solas —dijo Clapperton sonriendo—. Pero no sé si mi mujer se sentirá con ánimos de ir.

—¡Qué lástima! —dijo Pam—. Pero puede quedarse descansando.

El coronel Clapperton parecía un poco indeciso. Se veía claramente que la tentación de hacer novillos era muy fuerte. En eso, advirtió la presencia de Poirot.

—¿Qué hay, *Monsieur* Poirot, baja usted?

—No, creo que no —contestó Poirot.

—Voy… voy a hablar con Adeline —decidió el coronel Clapperton.

—Vamos con usted —dijo Pam. Le hizo un guiño a Poirot—. A lo mejor podemos convencerla para que venga también —añadió en tono grave.

Al coronel Clapperton pareció agradarle la idea, como si le quitaran un peso de encima.

—Venid entonces las dos —dijo alegremente.

Se marcharon los tres juntos por la cubierta B.

Poirot, cuyo camarote estaba frente por frente del de los Clapperton, los siguió con curiosidad.

El coronel Clapperton, un poco nervioso, golpeó con los nudillos en la puerta del camarote.

—¿Adeline, querida, estás levantada?

La voz adormilada de la señora Clapperton contestó desde dentro:

—¡Jesús! ¿Quién es?

—Soy yo, John. ¿Quieres bajar a tierra?

—Desde luego que no. —Habló con voz chillona y terminante—. He pasado muy mala noche y me voy a quedar en cama casi todo el día.

Pam intervino, vivamente:

—Oh, señora Clapperton, lo siento. ¡Nos gustaría tanto que viniera con nosotros!

¿Seguro que no quiere venir?

—Completamente segura. —La voz de la señora Clapperton sonó aún más aguda.

El coronel Clapperton intentaba, sin éxito, hacer girar el picaporte.

—¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros.

—Lo siento, querida, perdona. Sólo quería mi guía Baedeker.

—Bueno, pues te quedarás sin ella —exclamó la señora Clapperton—. No voy a salir de la cama. Vete ya, John, y déjame un poco tranquila.

—Desde luego, querida, desde luego.

El coronel se retiró de la puerta. Pam y Kitty le rodearon.

—Vamos enseguida. Menos mal que tiene el sombrero en la cabeza. ¡Ay, Dios mío!

No se habrá dejado el pasaporte en el camarote, ¿verdad?

—Lo tengo en el bolsillo… —empezó el coronel.

Kitty le apretó el brazo.

Inclinado sobre la barandilla. Poirot les estuvo viendo salir del barco. Oyó que alguien a su lado respiraba profundamente y, al volver la cabeza, vio a la señorita Henderson, que tenía la vista fija

en las tres figuras que se alejaban.

—Conque se han ido a tierra —dijo, desanimada.

—Sí. ¿Va a bajar usted?

Poirot observó que llevaba puesto un sombrero de ala y un bolso y unos zapatos muy elegantes. Tenía el aspecto de haberse arreglado para desembarcar. Sin embargo, tras una pausa brevísima, la señorita Henderson pareció que había desistido de hacerlo y dijo:

—No. Me voy a quedar a bordo. Tengo que escribir muchas cartas.

Se volvió y dejó a Poirot.

Jadeando, tras sus cuarenta y ocho vueltas a la cubierta de paseo, el general Forbes ocupó el lugar de la señorita Henderson.

—¡Ajá! —exclamó al ver al coronel y a las dos chicas que se alejaban—. ¡Conque ésas tenemos! ¿Dónde está *madame*?

Poirot explicó que la señora Clapperton se quedaba en cama, descansando.

—¡Increíble! —exclamó el general—. Ella estará levantada para la comida, y si resulta que el pobre desgraciado, sin tener permiso, no se presenta, habrá jaleo.

Pero los pronósticos del general no se cumplieron, y cuando el coronel y las dos damiselas que le acompañaban regresaron al barco, a las cuatro de la tarde, no había hecho todavía acto de presencia.

Poirot estaba en su camarote y oyó al marido llamando a la puerta del suyo, de un modo un poco culpable. Oyó que la llamada se repetía, que el coronel trataba de abrir la puerta y que, por último, llamaba a un camarero.

—Oiga, no me contestan. ¿Tiene usted una llave?

Poirot saltó de su litera y salió al pasillo.

La noticia corrió por todo el barco como reguero de pólvora. Horrorizados, los pasajeros se enteraron de que la señora Clapperton había sido hallada muerta en su litera, con una daga egipcia hundida hasta el corazón. En el suelo de su camarote apareció un collar de ámbar.

A un rumor siguió otro, a cuál más contradictorio. ¡Se estaba reuniendo e interrogando a todos los vendedores de collares que habían sido autorizados para subir a bordo aquel día! ¡Una elevada

suma de dinero había desaparecido de un cajón del camarote! ¡Se había seguido la pista a los billetes y habían sido recuperados! ¡No habían sido recuperados! ¡Había desaparecido una fortuna en joyas! ¡No había desaparecido ninguna joya! ¡Un camarero había sido arrestado, confesándose culpable del asesinato!

—¿Qué hay de verdad en todo ello? —preguntó la señorita Henderson.

Era ya tarde. La mayoría de los pasajeros se habían retirado. La señorita Henderson condujo a Poirot a un par de sillas, en el lado más protegido del barco.

—Ahora, dígame —ordenó.

Poirot la observó, pensativo.

—Es un caso interesante —dijo.

—¿Es cierto que le han robado joyas de mucho valor?

Poirot negó con la cabeza.

—No. No han robado ninguna joya. Sin embargo, ha desaparecido una pequeña cantidad de dinero suelto que había en un cajón.

—Nunca volveré a sentirme segura en un barco —dijo la señorita Henderson, estremeciéndose—. ¿De cuál de esos brutos indígenas se sospecha? ¿Hay alguna pista?

—No —dijo Hércules Poirot—. Todo es muy… extraño.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Ellie vivamente.

Poirot extendió las manos.

—Eh bien, considere usted los hechos. La señora Clapperton llevaba muerta por lo menos cinco horas cuando la encontraron. Había desaparecido algún dinero. En el suelo, junto a la cama, había un collar. La puerta estaba cerrada con llave y la llave había desaparecido. La ventana, ventana, no ojo de buey, da a la cubierta y estaba abierta.

—Siga —dijo la mujer, impaciente.

—¿No le parece a usted extraño que se cometa un asesinato en esas circunstancias?

Tenga en cuenta que todos los nativos autorizados a subir a bordo, los que cambian dinero y los vendedores de postales y collares, son conocidos de la policía.

—De todos modos, los camareros cierran con llave los camarotes —indicó Ellie.

—Sí, para evitar cualquier ratería sin importancia. Pero esto… esto es un asesinato.

—¿Qué es lo que está usted pensando exactamente, *Monsieur* Poirot? —Habló con voz un poco jadeante.

—Estoy pensando en la puerta cerrada con llave.

La señorita Henderson consideró este extremo.

—No veo ninguna dificultad en eso. El asesino salió por la puerta, la cerró y se llevó la llave, para impedir que el asesinato fuera descubierto demasiado pronto. Fue una idea muy inteligente, porque no fue descubierto hasta las cuatro de la tarde.

—No, no, *mademoiselle*, no ha comprendido lo que quiero decir. No me preocupa cómo salió, sino cómo entró.

—Por la ventana, naturalmente.

—*C'est possible*. Pero le costaría trabajo poder pasar por ella y, además, no olvide que siempre hay gente paseándose por cubierta.

—Entonces, por la puerta —dijo la señorita Henderson, impaciente.

—Pero olvida usted, *mademoiselle*, que la señora Clapperton había cerrado la puerta con llave por dentro. La había cerrado antes de que el coronel Clapperton bajara a tierra esta mañana. El coronel intentó incluso abrirla… de modo que sabemos que estaba cerrada.

—Tonterías. Seguramente se atrancó y no movería el picaporte como es debido.

—Pero no se trata solamente de que lo diga él. Oímos a la señora Clapperton decir que había cerrado la puerta.

—¿Quiénes la oyeron?

—La señorita Mooney, la señorita Cregan, el coronel Clapperton y yo.

Ellie Henderson dio unas pataditas en el suelo con su bien calzado pie, permaneciendo en silencio durante unos segundos. Luego dijo en tono un poco irritado:

—Bueno, ¿y qué deduce usted de eso? Si la señora Clapperton pudo cerrar la puerta, supongo que también podría abrirla.

—Precisamente, precisamente. —Poirot volvió hacia ella su cara sonriente—. Y ya ve usted a dónde nos conduce este pensamiento. Fue la señora Clapperton quien abrió la puerta y dejó entrar al asesino. Ahora bien, ¿es probable que abriera la puerta a un vendedor de collares cualquiera?

Ellie objetó:

—Puede que no supiera quién era. Puede que el asesino llamara a la puerta, ella se levantó y abrió; él, entonces, entró por la fuerza y la mató.

Poirot negó con un gesto.

—*Au contraire*. Estaba descansando tranquilamente en la cama cuando la apuñalaron.

La señorita Henderson clavó en él su mirada.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó bruscamente.

Poirot sonrió.

—Bueno, parece como si ella conociera a la persona a quien dejó entrar, ¿verdad?

—¿Quiere usted decir —dijo la señorita Henderson, con voz un poco áspera— que el asesino es uno de los pasajeros?

Poirot asintió.

—Eso parece.

—¿Y el collar que apareció en el suelo, era una pista falsa?

—Precisamente.

—¿Y lo mismo el dinero robado?

—Exacto.

Permanecieron un momento en silencio. Luego, la señorita Henderson dijo lentamente:

—La señora Clapperton me resultaba de lo más desagradable y no creo que nadie en el barco le tuviera simpatía, pero nadie tenía un motivo real para matarla.

—Excepto, tal vez, su marido —dijo Poirot.

—¿No creerá usted…? —Se detuvo.

—Todo el mundo en este barco opina que el coronel estaría plenamente justificado si «le diera con un hacha». Creo que esa expresión emplearon.

Ellie Henderson le miró… expectante.

—Pero tengo que decir —continuó Poirot— que yo por mi parte, no he visto ninguna señal de exasperación en el bueno del coronel. Además, y esto es más importante, tiene una coartada. Estuvo durante todo el día con esas dos chicas y no volvió al barco hasta las cuatro. Entonces, la señora Clapperton llevaba muerta ya bastantes horas.

Ambos permanecieron en silencio unos momentos.

Ellie Henderson dijo en voz baja:

—¿Pero sigue usted pensando que… un pasajero del barco…?

Poirot inclinó la cabeza afirmativamente.

Ellie Henderson se rió de pronto, con una risa atolondrada y retadora.

—*Monsieur* Poirot, le va a costar trabajo probar su teoría. Hay muchos pasajeros en este barco.

Poirot se inclinó ante ella.

—Emplearé una frase de uno de los escritores de novelas policíacas: «Tengo mis métodos, Watson[3]».

Al día siguiente, a la hora de la cena, cada pasajero encontró junto a su plato una hoja mecanografiada, en la que se solicitaba su presencia en el salón principal, a las ocho y media. Cuando todos se hallaron reunidos, el capitán subió al estrado donde solía tocar la orquesta y les dirigió la palabra.

—Señoras y caballeros, todos ustedes conocen la tragedia que ocurrió ayer en este barco. Estoy seguro de que todos desean colaborar para entregar a la justicia al autor de tan cobarde crimen. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Tenemos entre nosotros a *Monsieur* Hércules Poirot, probablemente conocido de todos ustedes como persona con amplia experiencia en… en asuntos de esta índole. Espero que escuchen con atención lo que tiene que decirles.

En ese momento, el coronel Clapperton, que no se había presentado en el comedor, entró en el salón y se sentó junto al general Forbes. Parecía aturdido por el dolor, no daba en absoluto la sensación de sentirse liberado de un peso. O era un gran actor o había querido sinceramente a su desagradable esposa.

—*Monsieur* Hércules Poirot —dijo el capitán, bajando del estrado.

Poirot ocupó su lugar. Tenía un aspecto muy cómico, dándose importancia y sonriendo ampliamente a su auditorio.

—*Messieurs, mesdames* —empezó—. Son ustedes muy amables al tener la benevolencia de escucharme. *Monsieur le capitaine* les ha dicho que tengo cierta experiencia en estos asuntos. Tengo, es cierto, una pequeña idea propia para llegar al fondo de este caso concreto.

Hizo una seña a un camarero y éste empujó, subiéndole luego al

estrado, un objeto voluminoso, sin forma definida y envuelto en una sábana.

—Lo que voy a hacer puede que les sorprenda un poco —les advirtió Poirot—. Puede que piensen que soy un tipo raro, o un loco. Sin embargo, les aseguro que tras mi locura, como dicen ustedes los ingleses, hay método.

Su mirada se cruzó con la de la señorita Henderson. Empezó a desenvolver el voluminoso objeto.

—Tengo aquí, *messieurs y mesdames*, un testigo importante que nos ayudara saber quién mató a la señora Clapperton.

Con manos hábiles, apartó el trozo final de la tela y apareció el objeto envuelto: una muñeca de madera, casi del tamaño de una persona, vestida con un traje de terciopelo y un cuello de encaje.

—Vamos, Arthur —dijo Poirot con la voz ligeramente cambiada; ya no parecía extranjero, sino que hablaba inglés con seguridad y con ligero acento de los barrios bajos londinenses—. ¿Puedes decirme —repitió—, puedes decirme algo sobre la muerte de la señora Clapperton?

El cuello de la muñeca osciló un poquito, su mandíbula inferior descendió y empezó a moverse, y una voz de mujer, muy aguda y chillona, dijo:

—¿Qué pasa, John? La puerta está cerrada. No quiero que me molesten los camareros.

Se oyó un grito, el ruido de una silla al caerse y un hombre se tambaleó, con la mano en la garganta, tratando de hablar, tratando… De pronto, su cuerpo pareció encogerse y cayó de cabeza.

Era el coronel Clapperton.

Poirot y el médico del barco se levantaron, tras examinar la postrada figura.

—Me temo que se acabó. Corazón —dijo el médico escuetamente.

Poirot asintió.

—La impresión de haber visto su truco descubierto —dijo.

Se volvió hacia el general Forbes.

—Fue usted general, quien me dio una pista muy valiosa al mencionar el teatro de variedades. Estoy desorientado, me pongo a pensar y por fin se me ocurre.

Supongamos que antes de la guerra el coronel Clapperton fuera ventrílocuo. En ese caso, tres personas pudieron oír perfectamente la voz de la señora Clapperton hablando desde el camarote cuando ya estaba muerta…

Ellie Henderson estaba a su lado. Tenía una mirada sombría y triste.

—¿Sabía usted que padecía del corazón? —preguntó.

—Lo suponía… La señora Clapperton hablaba de su padecimiento del corazón, pero me parecía una de esas mujeres a quienes gusta que las crean enfermas. Entonces recogí del suelo un trozo de una receta de un preparado con una fuerte dosis de digitalina. La digitalina es una medicina para el corazón, pero no podía ser de la señora Clapperton, porque la digitalina dilata la pupila. Yo no noté en ella ese fenómeno… pero cuando vi los ojos de él, enseguida observé que presentaba esta dilatación.

Ellie murmuró:

—¿Entonces pensó usted que… que su experimento podría… terminar así?

—Fue el mejor medio, ¿no le parece, *mademoiselle*? —dijo Poirot suavemente.

Vio que a sus ojos asomaban las lágrimas.

—Usted lo sabía —dijo Ellie—. Lo ha sabido… todo el tiempo… Que le quería… Pero no lo hizo por mí… Fueron esas chicas, la juventud… hizo que se sintiera atado. Quería ser libre, antes de que fuera demasiado tarde… Sí, estoy segura de que fue por eso… ¿Cuándo sospechó usted… que era él?

—Su dominio de sí mismo era demasiado perfecto —dijo Poirot sencillamente—. Por irritante que fuera la conducta de su mujer, no parecía afectarle. Eso significaba, o que ya se había acostumbrado y no le hacía mella, o… Eh bien, me decidí por la segunda posibilidad. Y acerté. También me llamó la atención su insistencia, la víspera del crimen, en mostrar su habilidad en los juegos de manos. Fingía estar traicionándose a sí mismo, involuntariamente. Pero un hombre como Clapperton no se traiciona. Tenía que haber una razón. Si la gente le creía ilusionista, no era probable que creyeran que había sido ventrílocuo.

—¿Y la voz que oímos, la voz de la señora Clapperton?

—Una de las camareras tiene una voz no muy distinta de la

suya. La induje a que se escondiera tras el escenario y le enseñé las palabras que tenía que decir.

—Fue una trampa… una trampa muy cruel —exclamó Ellie.

—Los asesinatos no merecen mi aprobación —dijo Hércules Poirot.

¿Cómo crece tu jardín?

Hércules Poirot hizo con sus cartas un ordenado montón, colocándolo ante sí. Cogió la primera de las cartas, examinó un momento la dirección, despegando luego el dorso del sobre con una pequeña plegadera que tenía siempre en la mesa del desayuno para ese fin y extrajo el contenido. Dentro había otro sobre, sellado con lacre y en el que se leía: PRIVADO Y CONFIDENCIAL.

Hércules Poirot alzó ligeramente las cejas, murmuró: ¡*Patience! ¡Nous allons arriver*!, y de nuevo puso en juego la pequeña plegadera. Del sobre salió entonces una carta, escrita con letra temblona y picuda. Algunas palabras estaban subrayadas de un modo muy notorio. Hércules Poirot desdobló la carta y leyó. En la parte superior, de nuevo se leían las palabras «privado y confidencial». A la derecha estaba escrita la dirección, Rosebank, Charmans Green, Bucks, y la fecha, veintiuno de marzo.

Señor Poirot:

Me ha recomendado a usted una antigua y buena amiga mía, que sabe lo preocupada y disgustada que he estado en estos últimos tiempos. Claro que mi amiga no conoce los hechos; por tratarse de un asunto estrictamente confidencial no se los he confiado a nadie. Mi amiga me ha dicho que es usted la discreción personificada y que no tema verme envuelta con la policía, cosa que, si mis sospechas resultan fundadas, me desagradaría muchísimo. Pero por supuesto, es posible que esté equivocada por completo. No me considero ya con la cabeza lo bastante despierta —padeciendo como padezco de insomnio y habiendo sufrido el pasado invierno una grave enfermedad—

para investigar las cosas por mí misma. No tengo ni medios ni capacidad para hacerlo.

Por otra parte, debo insistir una vez más en que se trata de un asunto de familia en extremo delicado y que por muchas razones puede que desee echar tierra sobre el mismo. Teniendo seguridad de los hechos, podré ocuparme yo misma del asunto y así lo prefiero. Espero que este punto haya quedado bien claro. Caso de aceptar usted esta investigación, le agradecería me lo comunicara a la dirección que figura al principio de la carta.

Atentamente,

Amelia Barrowby.

Poirot leyó la carta dos veces, del principio al fin. De nuevo alzó ligeramente las cejas. Luego la dejó al lado y cogió el segundo sobre del montón.

A las diez en punto entró en la habitación donde la señorita Lemon, su secretaria particular, esperaba recibir instrucciones para la jornada. La señorita Lemon tenía cuarenta y ocho años y un aspecto poco atractivo. La impresión general que producía era la de un montón de huesos colocados de cualquier modo. Su pasión por el orden casi igualaba la de Poirot, y, aunque muy capaz de pensar por sí misma, nunca lo hacía a no ser que se lo ordenaran.

Poirot le entregó el correo de la mañana.

—Tenga la bondad, señorita, de contestar todas estas cartas, diciendo que no, con buenas palabras.

La señorita Lemon echó una ojeada a las distintas cartas, garabateando un jeroglífico en cada una de ellas. Eran signos que solamente ella podía leer, de un código suyo particular: «jabón suave», «bofetada», «ronroneo», «seco», etc. Hecho esto, levantó la vista hacia Hércules Poirot, solicitando más instrucciones.

Poirot le tendió la carta de Amelia Barrowby. Ella la sacó de su doble envoltura, la leyó y miró a Poirot con expresión interrogante.

—¿Bueno, *Monsieur* Poirot?

Tenía el lapicero en alto, a punto, sobre el cuaderno de taquigrafía.

—¿Qué opina usted francamente de esta carta, señorita Lemon?

Frunciendo ligeramente el ceño, la señorita Lemon dejó el

lapicero y leyó de nuevo la carta. El contenido de las cartas nunca tenía ningún significado para la señorita Lemon, salvo desde el punto de vista de redactar una respuesta adecuada. Muy de tarde en tarde solicitaba su jefe sus facultades humanas, dejando a un lado su personalidad profesional. Cuando esto ocurría, la señorita Lemon sentía cierta irritación. Ella era una máquina casi perfecta, total y gloriosamente desinteresada por los problemas humanos. La verdadera pasión de su vida era dar con un sistema de archivo perfecto, al lado del cual todos los demás sistemas serían olvidados. Por las noches soñaba con este archivo. Sin embargo, como Poirot sabía muy bien, la señorita Lemon era muy capaz de tratar con inteligencia los asuntos puramente humanos.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—Una señora de edad —dijo la señorita Lemon—. Está muerta de miedo.

Y añadió, echando una ojeada a los dos sobres:

—Todo muy misterioso, y no le dice nada en absoluto.

—Sí —dijo Hércules Poirot—. Ya lo he notado.

La señorita Lemon posó una vez más su mano esperanzada sobre el cuaderno de taquigrafía. Por fin, Poirot, tras una pausa, respondió:

—Dígale que será para mí un honor visitarla en el día y a la hora que me indique, a no ser que prefiera venir a consultarme aquí. No escriba la carta a máquina, escríbala a mano.

—Muy bien, *Monsieur* Poirot.

Poirot mostró el resto del correo.

—Éstas son facturas.

Las manos eficientes de la señorita Lemon establecieron una rápida selección entre ellas.

—Las pagaré todas menos estas dos.

—¿Por qué no esas dos? No hay error en ellas.

—Son unas firmas con las que tiene usted relaciones desde hace muy poco tiempo. No hace buen efecto pagar demasiado pronto, acabando de abrir una cuenta… parece como si estuviera usted trabajando el terreno para conseguir un crédito.

—¡Ah! —murmuró Poirot—. Me inclino ante su superior conocimiento del comerciante británico.

—Poco habrá que yo no sepa con respecto a ellos —dijo la

señorita Lemon con expresión torva.

La carta para la señorita Amelia Barrowby fue escrita y echada al correo, pero no llegaba respuesta alguna. Quizá, pensaba Hércules Poirot, la anciana señora había descubierto el misterio por sí misma. Sin embargo, le sorprendía un poco el que, de ser así, no hubiera escrito unas líneas corteses, diciendo que ya no necesitaba sus servicios.

Cinco días más tarde, después de recibir las instrucciones de la correspondencia, dijo la señorita Lemon:

—Esa señorita Barrowby a quien escribimos… no es extraño que no haya contestado. Ha muerto.

Hércules Poirot dijo en voz muy baja: «¿Ha muerto?». Sus palabras, más que una pregunta, parecían una respuesta.

La señorita Lemon abrió el bolso y extrajo de él un recorte de periódico.

—Lo vi en el «metro» y lo arranqué.

Aprobando mentalmente el hecho de que la señorita Lemon, a pesar de haber empleado la palabra «arranqué», había recortado la noticia cuidadosamente con unas tijeras, Poirot leyó el suelto, extraído de la sección de «Nacimientos, Defunciones y Enlaces», del Morning Post. «El 26 de marzo falleció de repente, en Rosebank Charman's Green, Amelia Jane Barrowby, a los setenta y tres años de edad. Se ruega no envíen flores».

Poirot le leyó y murmuró entre dientes: «De repente». Luego dijo, vivamente:

—Señorita Lemon, ¿tiene usted la bondad de escribir una carta?

La señorita Lemon cogió un lápiz y tomó la carta en rápida y correcta taquigrafía.

Distinguida señorita Barrowby:

No he recibido contestación de usted, pero como estaré por las inmediaciones de Charman's Green el viernes, la visitaré dicho día para tratar con mayor amplitud del asunto mencionado por usted en su carta.

Atentamente, etc.

—Escriba enseguida esta carta y si la echa pronto llegará a Charman's Green de seguro esta noche.

A la mañana siguiente, el segundo correo trajo una carta en un sobre de luto.

Muy señor mío:

En contestación a su carta, he de manifestarle que mi tía, la señorita Barrowby, falleció el día veintiséis. En consecuencia, el asunto de que habla ya no tiene importancia.

Atentamente,

Mary Delafontaine.

Poirot sonrió para sí.

—Ya no tiene importancia… ¡Ah! Eso ya lo veremos. *En avant*… vamos a Charman's Green.

Rosebank era una casa que parecía hacer honor a su nombre, lo cual no puede decirse de muchas casas de su estilo y carácter[4].

Hércules Poirot se detuvo en el sendero que conducía a la puerta principal y dirigió una mirada aprobatoria a los bien trazados macizos que se extendían a ambos lados.

Había rosales, que prometían una buena cosecha para cuando llegara la estación, y, ya en flor, narcisos, tulipanes tempraneros, jacintos azules… El último macizo estaba bordeado parcialmente por conchas.

Poirot murmuró para sí:

—¿Cómo es esa cancioncita que cantan los niños ingleses?

«Mistress Mary, quite contrary
How does your garden grow?
Whith cockle-sells and silver bells
And pretty maids all in a roze[5]*».*

«Puede que no haya un sinfín —pensó—, pero, por lo menos, aquí viene una doncella, para que se cumpla en todas sus estrofas la cancioncita infantil».

La puerta principal se había abierto y una pulcra doncellita, con gorro y delantal, contemplaba indecisa el espectáculo que ofrecía un señor extranjero de grandes bigotes, hablando solo en voz alta en medio del jardín. Era, según observó Poirot, una doncellita muy mona, de redondos ojos azules y mejillas sonrosadas.

Poirot se quitó el sombrero y se dirigió a ella:

—Perdone, ¿vive aquí la señorita Amelia Barrowby?

La doncella lanzó un sonido entrecortado y sus ojos, a consecuencia de la impresión, se redondearon aún más.

—¡Ay, señor! ¿No lo sabía? Se ha muerto. ¡Tan de repente! El martes por la noche.

Titubeó, luchando entre dos instintos encontrados: primero, la desconfianza hacia el extranjero, y segundo la fruición natural de su clase en explayarse en el interminable tema de enfermedades y muertes.

—Me sorprende usted —dijo Hércules Poirot, faltando a la verdad—. Tenía una cita para hoy con la señora. Sin embargo, quizá pueda ver a la otra señora que vive en la casa.

La doncellita, antes de responder, pareció titubear un poco.

—¿La señora? Sí, a lo mejor podría usted verla, pero no sé si querrá recibir a nadie.

—A mí me recibirá —dijo Poirot, entregándole una tarjeta.

La autoridad con que habló, surtió el efecto deseado.

La doncella de mejillas rosadas se hizo a un lado y condujo a Poirot hasta un salón, situado a la derecha del vestíbulo. Luego, con la tarjeta en la mano, se fue a avisar a su señora.

Hércules Poirot miró a su alrededor. El salón era completamente convencional: en las paredes, papel color de harina de avena, con un friso en el borde; cretonas de color indefinido; cojines y cortinas de color rosa y profusión de chucherías y adornos. No había nada en la habitación que se destacara, que indicara la presencia de una personalidad definida.

De pronto Poirot, que era muy sensible para estas cosas, sintió que unos ojos le observaban. Giró sobre sus talones. Una chica estaba de pie en el umbral de la puerta ventana, una chica de baja estatura, cetrina, de pelo muy negro y mirada llena de desconfianza. Entró en la habitación y, al tiempo que Poirot se inclinaba ligeramente en ademán de respeto ante ella, saltó bruscamente:

—¿Por qué ha venido?

Poirot no respondió. Se limitó a alzar las cejas.

—Usted no es abogado, ¿verdad?

Hablaba bien el inglés, pero nadie, ni por un momento, la

hubiera tomado por inglesa.

—¿Por qué había de ser yo abogado, *mademoiselle*?

La chica se le quedó mirando fijamente con una expresión sombría.

—Pensé que a lo mejor lo era. Pensé que a lo mejor había venido a decir que ella no sabía lo que hacía. He oído hablar de esas cosas; la influencia indebida le llaman, ¿verdad? Pero no es cierto. Ella quiso que el dinero fuera mío y lo será. Si es necesario tendré un abogado propio. El dinero es mío. Ella lo dejó escrito así, y así será.

Estaba muy fea, con la barbilla hacia delante y los ojos lanzando chispas.

La puerta se abrió y entró una mujer alta.

—Katrina —dijo.

La chica retrocedió, enrojeció, y, farfullando algo ininteligible, salió por la puerta ventana.

Poirot se volvió hacia la recién llegada, que de modo tan eficaz había zanjado la cuestión, pronunciando una sola palabra. En su voz había habido autoridad, desprecio y una nota de ironía refinada. Poirot se dio cuenta enseguida de que aquélla era la dueña de la casa, Mary Delafontaine.

—¿*Monsieur* Poirot? Le he escrito a usted. No habrá recibido mi carta.

—He estado fuera de Londres.

—Ah, comprendo; eso lo explica. Permita que me presente. Me llamo Delafontaine.

Mi marido. La señorita Barrowby era tía mía.

El señor Delafontaine había entrado tan silenciosa mente que su llegada había pasado inadvertida. Era un hombre alto, de cabellos grises y aspecto indeciso. Se acariciaba la barbilla con movimientos nerviosos. Con frecuencia miraba a su mujer y era evidente que dejaba que ella llevara la voz cantante en las conversaciones.

—Siento mucho molestarles en medio de su aflicción —les dijo Hércules Poirot.

—Ya comprendo que no ha sido culpa suya —dijo la señora Delafontaine—. Mi tía murió la tarde del martes. Fue de lo más inesperado.

—De lo más inesperado —dijo el señor Delafontaine—. Un gran

golpe.

Sus ojos estaban fijos en la puerta ventana, por donde había desaparecido la chica extranjera.

—Les pido a ustedes perdón —dijo Hércules Poirot—, y me retiro.

Dio un paso en dirección a la puerta.

—Un momento —dijo el señor Delafontaine—. ¿Dice usted que tenía… ejem… una cita con tía Amelia?

—*Parfaitement*.

—Si nos dijera usted de qué se trataba —dijo su esposa—, quizá pudiéramos ayudarle.

—Se trata de un asunto reservado —dijo Poirot—. Soy detective —añadió, sencillamente.

El señor Delafontaine tiró una figurita de porcelana que tenía en la mano. Su esposa parecía perpleja.

—¿Un detective? ¿Y tenía usted una cita con la tía? ¡Qué cosa más extraordinaria! —Se quedó mirando fijamente a Poirot—. ¿No puede usted decirnos nada más, *Monsieur* Poirot? Todo esto es… fantástico.

Poirot guardó silencio algunos segundos. Cuando habló, lo hizo escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Es difícil para mí, señora, saber lo que debo hacer.

—Diga —dijo el señor Delafontaine—. No mencionó a los rusos, ¿verdad?

—¿Los rusos?

—Sí, ya me entiende… bolcheviques, rojos, etc.

—No seas absurdo, Henry —dijo su mujer.

Delafontaine se disculpó, muy turbado.

—Perdón… perdón… Tenía curiosidad.

Mary Delafontaine miró abiertamente a Poirot. Sus ojos eran muy azules, del color de las miosotis.

—Si puede usted decirnos algo, señor Poirot, le agradecería mucho que lo hiciera. Le aseguro que tengo… tengo motivos para pedírselo.

El señor Delafontaine se mostró alarmado.

—Ten cuidado… ya sabes que a lo mejor no hay nada cierto en todo ello.

De nuevo la esposa le detuvo con una mirada.

—¿Qué dice usted, *Monsieur* Poirot?

Lentamente, con gravedad, Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo. Lo hizo con gran pesar, pero lo hizo.

—Por el momento, señora —dijo—, lamento no poder decir nada.

Se inclinó, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta.

Mary Delafontaine le acompañó al vestíbulo. En el peldaño, Poirot se detuvo y la miró.

—Parece que tiene usted gran afición a su jardín, ¿no es así, señora?

—¿Al jardín? Sí, le dedico mucho tiempo.

—*Je vous fait mes compliments*.

Se inclinó de nuevo y se dirigió a la verja a grandes pasos. Al cruzar la verja y torcer hacia la derecha, miró hacia atrás y su mente anotó dos impresiones: un rostro cetrino que le observaba desde una ventana del primer piso y un hombre erguido, de porte militar, que se paseaba de arriba abajo por el otro lado de la calle.

Hércules Poirot se dijo para sus adentros:

«Decididamente, aquí hay gato encerrado. ¿Qué haremos para cogerlo?».

Después de considerar la cuestión, se dirigió a la oficina de Correos más próxima. Desde allí hizo dos llamadas telefónicas, cuyo resultado pareció satisfacerle. Luego dirigió sus pasos al cuartelillo de policía de Charman's Green, donde preguntó por el inspector Sims. El inspector Sims era un hombre cordial, alto y corpulento.

—¿*Monsieur* Poirot? —preguntó—. Me lo pareció. Me acaba de llamar el jefe hace un momento para hablarme de usted. Dijo que se pasaría usted por aquí. Venga usted a mi despacho.

Una vez cerrada la puerta, el inspector señaló una butaca a Poirot, se acomodó en otra y volvió hacia su visitante una mirada llena de curiosidad.

—¡No pierde usted el tiempo, *Monsieur* Poirot! Viene usted a vernos acerca del caso de Rosebank casi antes de que sepamos que existe semejante caso. ¿Cuál fue el motivo de su interés por este caso?

Poirot sacó la carta que había recibido y se la entregó al inspector. Éste último la leyó con cierto interés.

—Interesante —dijo—. Lo malo es que puede significar tantas

cosas… Es una pena que no haya sido un poco más explícita. Nos hubiera ayudado ahora.

—¿Quiere usted decir…?

—Puede que hubiera estado viva.

—¿Es que su muerte es… dudosa?

—Va usted tan lejos como todo eso, ¿eh? ¡Hum! No digo que no tenga usted razón.

—Le ruego, inspector, me haga usted una relación de los hechos. No sé nada en absoluto.

—Muy fácil. La vieja señora se puso mala el martes por la noche, después de cenar. Muy alarmante, convulsiones, espasmos y todas esas cosas. Llamaron al médico. Cuando llegó, estaba muerta. Parecía que había muerto de un ataque. Bueno, al médico no le gustó mucho el aspecto que presentaban las cosas. Tartamudeó un poco y doró la píldora lo que pudo, pero dio a entender claramente que no podía extender un certificado de defunción. Y en cuanto a la familia respecta, esto es todo lo que hay.

Están esperando el resultado de la autopsia. Nosotros hemos llegado un poco más lejos. El médico nos informó confidencialmente enseguida (él y el cirujano de la policía hicieron juntos la autopsia) y el resultado no deja lugar a dudas. La señora murió a consecuencia de una fuerte dosis de estricnina.

—¡Ah!

—Eso es. Un asunto muy feo. El caso es saber quién le dio la estricnina. Deben habérsela dado muy poco antes de su muerte. Al principio creíamos que se la habían dado con la cena, pero, francamente, parece que hay que desechar esa idea. Comieron sopa de alcachofas, servida de una sopera, pastelón de pescado y tarta de manzana.

Una cena como puede verse frugal.

—¿Quiénes eran los comensales?

—La señorita Barrowby y el señor y la señora Delafontaine. La señorita Barrowby tenía una especie de enfermera y señorita de compañía, una chica medio rusa, pero no comía con la familia. Después de retirar la comida de la mesa la chica comió de lo mismo. Tiene una muchacha, pero era su noche libre. Dejó en el horno la sopa y el pastelón de pescado y la tarta de manzana era fría. Los tres comieron lo mismo y, aparte de eso, no creo que sea

posible hacer tragar estricnina a nadie de ese modo. La estricnina es amarga como la hiel. Me dijo el médico que puede notarse su sabor en una solución de uno por mil, o algo por el estilo.

—¿Y con café?

—Con café es más fácil, pero ella no tomaba nunca café.

—Ya comprendo. Sí, parece un punto muy difícil de aclarar. ¿Qué bebió con la comida?

—Agua.

—Vamos de mal en peor.

—Sí, es un verdadero lío.

—¿Tenía dinero la señora?

—Creo que estaba muy bien. Claro que todavía no conocemos los detalles concretos.

Tengo entendido que los Delafontaine están bastante mal de dinero. La señora ayudaba a sostener la casa.

Poirot sonrió.

—¿De modo que sospecha usted de los Delafontaine? —dijo—. ¿De cuál de ellos?

—No quiero decir precisamente que sospeche de ninguno de los dos en particular. Pero ahí tiene usted, son sus únicos parientes cercanos y su muerte les proporciona una bonita cantidad de dinero, estoy seguro. ¡Ya sabe cómo es la naturaleza humana!

—Algunas veces, inhumana; sí, muy cierto. ¿Y no tomó ni bebió nada más la anciana?

—Bueno, a decir verdad…

—¡Ah, *Voilà*…! Me parecía que tenía usted algo dentro de la manga, como dicen ustedes los ingleses… la sopa, el pastel de pescado, la tarta de manzana… ¡*betise*! Ahora llegamos al centro de la cuestión.

—No lo sé. Pero lo cierto es que la anciana tomaba unos sellos antes de las comidas. Ya me entiende, no eran píldoras, ni tabletas, sino unas de esas cajitas de papel de arroz con unos polvos dentro. Era una medicina completamente inofensiva, para la digestión.

—Admirable. Nada más fácil que llenar uno de los sellos con estricnina y sustituirlo por uno de los otros. Pasa por la garganta tragado con un poco de agua y no se nota el sabor.

—Eso es. Lo malo es que fue la chica la que se lo dio.

—¿La chica rusa?

—Sí. Katrina Rieger. Era una especie de criada, enfermera y señorita de compañía de la señorita Barrowby. Creo que no la dejaba en paz: tráeme esto, tráeme lo otro, tráeme lo de más allá, frótame la espalda, sírveme la medicina, vete corriendo a la farmacia… ese plan. Ya sabe usted lo que son esas señoras mayores, tienen buenas intenciones, pero lo que necesitan en realidad es una esclava negra.

Poirot sonrió.

—Y así estamos —continuó el inspector Sims—. No encaja muy bien que digamos.

¿Por qué iba a envenenarla la chica? Muerta la señorita Barrowby, se queda sin trabajo y no es tan fácil encontrar empleo; no tiene preparación especial, ni nada de eso.

—Sin embargo —sugirió Poirot—, si la caja de los sellos no estaba guardada, cualquiera de la casa pudo tener oportunidad de realizar la sustitución.

—Naturalmente, estamos en eso, *Monsieur* Poirot. No tengo reparo en confesarle que estamos haciendo averiguaciones… discretamente, claro. Cuándo fue preparada la medicina, dónde la guardaban de costumbre… Con paciencia y mucho trabajo pesado y oscuro conseguiremos lo que buscamos. Luego está también el abogado de la señorita Barrowby. Mañana tengo una entrevista con él. Y el director del banco. Todavía hay mucho que hacer.

Poirot se levantó.

—Voy a pedirle un favor, inspector Sims: que me diga cómo marcha el asunto. Lo consideraré como un gran favor. Éste es mi número de teléfono.

—¡No faltaría más, *Monsieur* Poirot! Cuatro ojos ven más que dos; además, habiendo recibido la carta, tenía usted que estar en el asunto.

—Me abruma usted, inspector.

Cortésmente, Poirot estrechó la mano del inspector y se marchó.

Al día siguiente por la tarde le llamaron por teléfono.

—¿Es usted, *Monsieur* Poirot? Le habla el inspector Sims. Parece que aquel asuntito que sabemos usted y yo se va animando.

—¿De verdad? Cuénteme, se lo ruego…

—Bueno, ahí va el artículo número 1… y bastante importante, por cierto. La señorita B dejó un pequeño legado a su sobrina y todo

lo demás a K. En consideración a su gran bondad y atenciones para con ella… así es como se expresa. Eso cambia el aspecto de las cosas totalmente, a mi juicio.

Ante la mente de Poirot se presentó una escena: un rostro sombrío y una voz apasionada que decía: «El dinero es mío. Ella lo ha escrito así y así será». El legado no iba a constituir una sorpresa para Katrina; tenía conocimiento de él con anticipación.

—Artículo número 2 —continuó la voz del inspector Sims—. Nadie más que K anduvo con el sello.

—¿Está usted seguro de eso?

—La propia chica al menos no lo niega. ¿Qué opina usted de eso…?

—Es sumamente interesante.

—Sólo necesitamos una cosa más… pruebas de cómo llegó a sus manos la estricnina.

No creo que sea difícil.

—¿Pero hasta ahora no ha tenido éxito?

—Acabo de empezar, como quien dice. La encuesta fue esta mañana.

—¿Qué ocurrió en ella?

—Se aplazó por una semana.

—¿Y la señorita… K?

—Voy a detenerla por sospechosa. No quiero correr riesgos. Puede que tenga amigos en el país que traten de sacarla de esto.

—No —dijo Poirot—. No creo que tenga ningún amigo.

—¿De verdad? ¿Qué le hace decir a usted eso, *Monsieur* Poirot?

—Es sólo una idea más. ¿No hay más «artículos», como usted los llama?

—Nada que tenga mucha relación con el caso. Parece que la señorita B había hecho algunas tonterías últimamente con sus valores… debe haber perdido una suma bastante elevada. Es un asunto un poco raro, pero no veo que tenga mucho que ver con el problema principal… por el momento, al menos.

—No, puede que esté usted en lo cierto. Bueno, muchas gracias. Ha sido usted muy amable en telefonearme.

—Nada de eso. Soy un hombre de palabra y comprendí que estaba muy interesado. Quién sabe, puede que me eche usted una mano antes de terminar este asunto.

—Eso sería para mí un gran placer. Por ejemplo, podría ayudarle a usted si consiguiera dar con un amigo de Katrina.

—¿No había dicho usted que no tenía amigos? —dijo el inspector Sims, sorprendido.

—Estaba equivocado —dijo Hércules Poirot—. Tiene un amigo.

Antes de que el inspector pudiera hacer más preguntas, Poirot colgó.

Con expresión grave, se encaminó a la habitación donde la señorita Lemon escribía a máquina. Al acercarse su jefe, la señorita Lemon levantó las manos del teclado y le miró, interrogante.

—Quiero que se imagine usted una pequeña historia —le dijo Poirot.

La señorita Lemon dejó caer las manos en su regazo, en actitud resignada. Le gustaba escribir a máquina, pagar cuentas, archivas y anotar los compromisos de su jefe. El que le pidiera que se imaginase en situaciones hipotéticas le aburría mucho, pero lo aceptaba como una parte desagradable de su trabajo.

—Es usted una muchacha rusa —empezó Poirot.

—Sí —dijo la señorita Lemon, con un aire sumamente británico.

—Está usted sola y sin amigos en este país. Tiene usted razones para no desear volver a Rusia. Está usted empleada como una especie de esclava, enfermera y señorita de compañía de una señora de edad. Es usted humilde y paciente.

—Sí —dijo la señorita Lemon, obediente, pero incapaz de imaginarse a sí misma en actitud humilde ante ninguna señora.

—La anciana le coge cariño a usted. Decide dejarle su dinero y así se lo comunica.

Poirot hizo una pausa.

La señorita Lemon dijo «sí» una vez más.

—Y entonces, la anciana descubre algo. Puede que sea un asunto de dinero, que se haya dado cuenta de que usted no ha sido honrada con ella. O puede que sea más grave todavía: una medicina que tenía un gusto raro, una comida que sienta mal… Bueno, el caso es que empieza a sospechar de usted y escribe a un detective muy famoso… en fin, el más famoso de todos los detectives, ¡a mí! Tengo que ir a visitarla poco después. Y entonces, como dicen ustedes los ingleses, la grasa está en el fuego, el peligro es inminente. Hay que obrar con rapidez. Y así, cuando el gran

detective llega, la anciana está muerta. Y el dinero va a parar a usted… Dígame, ¿le parece razonable?

—Muy razonable —dijo la señorita Lemon—. Quiero decir, muy razonable para una rusa. Yo, personalmente, nunca me emplearía de señorita de compañía. Me gusta que mis obligaciones estén bien definidas. Y, naturalmente, nunca se me ocurriría asesinar a nadie.

Poirot suspiró.

—¡Cómo echo de menos a mi amigo Hastings! ¡Tenía tanta imaginación y una mentalidad tan romántica! Bien es verdad que siempre se equivocaba, pero eso en sí mismo era una guía.

La señorita Lemon permaneció en silencio. Ya había oído hablar otras veces del capitán Hastings y no le interesaba el tema. Dirigió una mirada melancólica a la hoja mecanografiada que tenía ante ella.

—¡De modo que le parece a usted razonable! —murmuró Poirot.

—¿A usted no?

—Me temo que sí —suspiró Poirot.

Sonó el teléfono y la señorita Lemon salió de la habitación para contestarlo. Cuando volvió dijo:

—Otra vez el inspector Sims.

Poirot corrió al aparato. Escuchó lo que le decía el inspector y exclamó:

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Sims repitió su declaración:

—Hemos encontrado un paquete de estricnina en la habitación de la chica escondido debajo del colchón. Acababa de llegar el sargento con la noticia. Podemos decir que esto liquida la cuestión.

—Sí —dijo Poirot—. Creo que el asunto está liquidado. Su voz había cambiado; parecía, de pronto, llena de confianza.

«Había algo que estaba mal —murmuró para sí—. Lo sentí… no, no lo sentí. Debe haber sido algo que vi. *En avant*, pequeñas células grises. Meditad, reflexionad. ¿Era todo lógico, estaba todo en orden? La chica, su ansiedad respecto al dinero… la señora Delafontaine; su marido… su referencia a los rusos… una imbecilidad, pero bueno, él es un imbécil; la habitación… el jardín… ¡ah! Sí, el jardín».

Se enderezó. En sus ojos apareció la luz verde. Se puso en pie de un salto y se dirigió a la habitación contigua.

—Señorita Lemon, ¿tiene usted la bondad de dejar lo que está haciendo y hacer una investigación?

—¿Una investigación, *Monsieur* Poirot? No creo que valga la…

Poirot la interrumpió.

—Dijo usted un día que conocía muy bien a los comerciantes.

—Desde luego que sí —dijo la señorita Lemon con seguridad en sí misma.

—Entonces el asunto es sencillo. Tiene usted que ir a Charman's Green y encontrar a un pescadero.

—¿A un pescadero? —preguntó la señorita Lemon, sorprendida.

—Exacto. El pescadero que servía el pescado a Rosebank. Cuando lo encuentre usted, le preguntaré una cosa.

Poirot le entregó un papel. La señorita Lemon lo cogió, leyó lo que había escrito en él sin mostrar interés, hizo una señal de asentimiento y cubrió la máquina con su correspondiente funda.

Iremos juntos a Charman's Green —dijo Poirot—. Usted al pescadero y yo al cuartelillo de la policía. Tardaremos una media hora desde Baker Street.

Al llegar a su destino fue recibido por el sorprendido inspector Sims.

—Vaya, trabaja usted deprisa, *Monsieur* Poirot. No hace más de una hora que le hablé por teléfono.

—Tengo que pedirle una cosa: que me deje ver a esa chica, Katrina… ¿cómo dice que se llama?

—Katrina Rieger. Bueno, no creo que haya nada que lo impida.

Katrina parecía más cetrina y sombría que nunca. Poirot le habló muy amablemente.

—*Mademoiselle*, quiero que se convenza de que no soy enemigo suyo. Quiero que me diga usted la verdad y toda la verdad.

Los ojos de Katrina chispearon, retadores.

—He dicho la verdad. ¡He dicho la verdad a todo el mundo! Si a la señora la envenenaron, yo no he sido. Todo esto es una equivocación. Usted quiere quitarme el dinero.

Hablaba con voz ronca. Parecía, pensó Poirot, una pobre ratita acorralada.

—Háblemе del sello, *mademoiselle* —continuó Poirot—. ¿Nadie salvo usted anduvo con él?

—Ya lo he dicho, ¿no? Los habían preparado aquella tarde en la

farmacia. Los llevé a casa en mi bolso… muy poco antes de la cena. Abrí la caja y le di uno a la señora Barrowby, con un vaso de agua.

—¿Nadie los tocó salvo usted?

—Nadie.

¿Una rata acorralada… pero valiente, quizá?

—Y la señorita Barrowby cenó únicamente lo que nos ha dicho: la sopa, el pastel de pescado y la tarta, ¿verdad?

—Sí.

Fue un «sí» desesperado. Sus ojos oscuros no veían luz en ninguna parte.

Poirot le dio unas palmaditas en el hombro.

—Tenga valor, *mademoiselle*. Todavía puede usted ser libre… sí, y rica… una vida cómoda.

Ella le miró con desconfianza.

Al salir, Sims le dijo:

—No entendí bien lo que me dijo por teléfono… algo sobre un amigo que tenía la chica.

—Tiene uno. ¡Yo! —dijo Hércules Poirot y, antes de que el inspector pudiera recobrarse, había salido del cuartelillo de policía.

En el salón de té del Gato Verde, la señorita Lemon no hizo esperar a su jefe, sino que fue directamente al asunto.

—El hombre se llama Rudge y tiene la pescadería en High Street. Tenía usted razón: exactamente docena y media. He tomado nota de lo que me dijo —y entregó la nota.

Poirot lanzó un sonido profundo, semejante al ronroneo de un gato.

Hércules Poirot se encaminó a Rosebank. Estaba parado en el jardín, con el sol poniéndose a sus espaldas, cuando Mary Delafontaine se le acercó.

—¿*Monsieur* Poirot? —su voz denotaba sorpresa—. ¿Ha vuelto usted?

—Sí, he vuelto. —Poirot hizo una pausa y luego dijo—: Cuando viene aquí por primera vez, me vino a la mente la rima infantil:

Di, María, la obstinada,
¿Cómo crece tu jardín?
Tiene conchas, campanitas,
de doncellas un sinfín.

Poirot terminó:

—Sí, tiene conchas, conchas de ostras, ¿verdad, *madame*?

Señaló con la mano en determinada dirección.

Ella contuvo la respiración, quedándose luego muy quieta. Sus ojos miraron a Poirot con expresión interrogante.

Él asintió.

—¡*Mais oui*! ¡Lo sé todo! La muchacha dejó la comida preparada. Ella, lo mismo que Katrina, jurará que no comieron ustedes otra cosa. Sólo usted y su esposo saben que le trajeron docena y media de ostras, un regalito *pour la bone tante*. ¡Es tan fácil poner estricnina en una ostra! ¡Se traga, *comme ça*! Pero quedan las conchas. No deben echarse al cubo. La criada las hubiera visto. Y entonces pensó usted en bordear con ellas uno de los macizos. Pero no había las suficientes; el borde no está completo. Hace mal efecto, estropea la simetría del jardín, encantador, a no ser por ese detalle. Esas pocas conchas de ostras producen una nota discordante… Me desagradaron cuando viene aquí por vez primera.

Mary Delafontaine dijo:

—Supongo que lo habrá adivinado usted por la carta. Sabía que había escrito, pero no sabía cuánto había dicho.

Poirot contestó evasivo:

—Sabía por lo menos que se trataba de un asunto de familia. Si se hubiera tratado de Katrina, no habría motivo para echar tierra al asunto. Me figuro que usted o su esposo negociaron los valores de la señorita Barrowby en provecho propio y que ella lo descubrió…

Mary Delafontaine asintió.

—Hacía años que lo veníamos haciendo… un poco aquí y otro poco allá. Nunca me di cuenta de que fuera lo bastante lista para enterarse. Y entonces me enteré de que había mandado llamar a un detective y de que le dejaba el dinero a Katrina… ¡esa miserable!

—Y entonces puso la estricnina en el cuarto de Katrina. Comprendo. Se salvaba usted y salvaba a su marido de lo que yo pudiera descubrir y cargaba a una chiquilla inocente con la culpa de un asesinato. ¿No tiene usted piedad, señora?

Mary Delafontaine se encogió de hombros… sus ojos color miosotis miraban a Poirot. Él recordó su primera visita, la perfecta actuación de Mary Delafontaine y las torpes intervenciones de su marido. Una mujer superior… pero inhumana.

—¿Piedad? ¿Para esa miserable intrigante? —dijo ella dando rienda suelta a su odio.

Hércules Poirot dijo lentamente:

—Creo, señora, que sólo ha tenido usted dos afectos en su vida. Uno es su marido.

Los labios de Mary Delafontaine temblaron.

—Y el otro… su jardín.

Poirot miró en torno suyo. Su mirada parecía pedir perdón a las flores por lo que había hecho y por lo que iba a hacer.

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el*

Nilo (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] El conejo tiene una cara agradable / su vida privada es una desgracia. / En verdad que no sabría decir a ustedes / las cosas terribles que hacen los conejos. (N. del T.) < <

[2] Esta conversación tiene que parecer un poco oscura al lector desconocedor del idioma inglés. Efectivamente: en inglés suele decirse «no puede jugar» cuando nosotros decimos «no sabe jugar»; y al decir «no jugará» en futuro puede implicar desagrado por parte del que habla, como en este caso (N. del T.) <<

[3] Alusión a Conan Doyle y sus novelas de Sherlock Holmes (N. del T.) < <

[4] Rosebank significa loma de rosas. (N. del T.) < <

[5] Di, María, la obstinada, /¿cómo crece tu jardín? / Tiene conchas, campanitas, / de doncellas un sinfín. < <